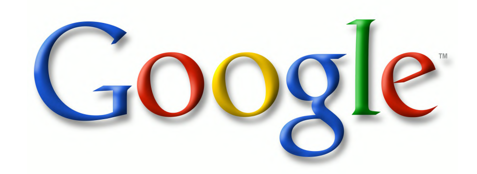

Google



HISTORIA

DEL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS.

HISTORIA

DEL

ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS,

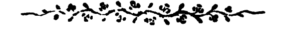
SU ESPULSION DE ESPAÑA

Y SUS CONSECUENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DEL REINO.

POR

DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRÍA,

VIZCONDE DE SAN JAVIER, ABOGADO DE LOS TRIBUNALES NACIONALES, INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS DE ARQUEOLOGIA Y NUMISMATICA DE MADRID Y DE TARRAGONA, CABALLERO DE LA INCLITA Y MILITAR ORDEN DE SAN JUAN, ADMINISTRADOR DE TODAS RENTAS DE LA ISLA DE FERNANDO PÓO Y DEMAS POSESIONES ESPAÑOLAS EN EL GOLFO DE GUINEA.



MADRID: 1861.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

AL EXCMO. SEÑOR

DON LEOPOLDO O'-DONNELL Y JORIS,

GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE, GENTIL-HOMBRE DE CAMARA DE S. M., DUQUE DE TETUAN, CONDE DE LUCENA, VIZCONDE DE ALIAGA, SENADOR DEL REINO, CAPITAN GENERAL DE EJÉRCITO, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, MINISTRO DE LA GUERRA Y DE ULTRAMAR; GRAN CRUZ DE LAS REALES Y MILITARES ORDENES DE SAN FERNANDO Y SAN HERMENEGILDO, DE LA DISTINGUIDA DE CARLOS III, DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DE LA DE SAN MAURICIO Y SAN LAZARO DE CERDEÑA, DE SAN FERNANDO DE MÉRITO DE NAPOLES, DE LA DE SAN ESTÉBAN DE HUNGRIA, DE LA DEL LEON DE BÉLGICA, DE LA DEL GRAN DUCADO DE HESSE, Y DE LA DE LA TORRE Y ESPADA DE PORTUGAL, GRAN CORDON DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, Y CRUZ DE GRAN OFICIAL DE LA ORDEN DE LOS SERAFINES Y DEL CORDON AZUL DE SUECIA, CABALLERO DE LA DE SEGUNDA Y TERCERA CLASE DE SAN FERNANDO, ETC., ETC., ETC.

En el momento en que la Europa contempla asombrada el triunfo de las armas españolas en Africa, y en que tremola vencedora sobre los muros de la ciudad santa

del islamismo, sobre Tetuan, esa ciudad, fundada por los moriscos, antes espulsados de España, la bandera de castillos y leones, no será fuera de propósito dar á conocer la dramática historia de un pueblo que, vencido por Isabel I la Católica, despues de siete siglos de costosas lides, vivió largo tiempo aun entre nosotros, hasta que un gran error político le hizo espulsar de nuestro suelo, marchando al Africa á aumentar el número de nuestros enemigos.

Hoy, mas feliz que Isabel la Católica, la Segunda Isabel ha hecho tremolar el estandarte de la Cruz allende el mar, y sobre la ciudad santa, do nunca se habia aclamado el nombre de Cristo.

Vuecencia ha tenido la gloria de escribir con su espada esta bella página en la historia del siglo XIX.

Lo que en tiempo de Felipe II ejecutaron con los moriscos el marqués de los Velez, el de Mondejar, y don Juan de Austria en las Alpujarras, y en tiempo de Felipe III en Valencia don Sancho de Luna, don Agustin Mejía, y el conde de Castellá, Vuecencia lo

ha hecho con mas rapidéz, mejor fortuna y mas gloria para España, en las regiones del Africa.

La historia del ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS, Y SU ESPULSION DE TODOS LOS REINOS DE ESPAÑA, Y SUS CONSECUENCIAS, es la obra de un jóven, pero que ha invertido mucho estudio en ella, registrando concienzudamente los documentos originales en el mismo archivo de Simancas.

Admirador de Vuecencia, que tan alto ha sabido colocar hoy el nombre español, le suplico admita la dedicatoria de esta obra, que adquirirá un gran brillo llevando á su frente el ilustre nombre del vencedor en Africa.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA,

VIZCONDE DE SAN JAVIER.

HISTORIA

DEL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS,

SU ESPULSION DE ESPAÑA

Y SUS CONSECUENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DEL REINO.

La espulsion de los moriscos fué el consejo mas osado y bárbaro de que hace mencion la historia de todos los anteriores siglos.

(*Memorias del Cardenal Richelieu*, tomo X. pág. 231.)

Yo nací para orar: un solo dia
Quise mostrarme rey, y de sus lares
Á las arenas líbicas lanzados
Un millon de mis súbditos se vieron.
Los campos todos huérfanos gimieron,
Llore la industria su viudez ¿qué importa?
Su voz no llega á mí.

(QUINTANA, *Oda al Escorial.*)

I.

INTRODUCCION.

En el momento en que la Europa contempla asombrada el glorioso triunfo de las armas españolas en Africa, y en que tremola vencedora sobre los muros de la ciudad santa del islamismo, sobre Te-

tuan, esa ciudad, fundada por los moriscos, antes espulsados de España, la bandera de castillos y leones, no será fuera de propósito dar á conocer la dramática historia de ese pueblo, que vencido por Isabel I, la Católica, despues de siete siglos de costosas luchas, vivió largo tiempo entre nosotros, hasta que un gran error político los hizo espulsar del modo mas injusto é inhumano de nuestro suelo, marchando al Africa á aumentar el número de nuestros enemigos y abriendo una honda herida en el seno comun de la patria.

Hoy mas feliz que Isabel la Católica, la Segunda Isabel ha hecho tremolar el estandarte de la cruz allende el mar, y sobre la ciudad santa de nuevo se ha aclamado el nombre de Cristo.

Dominada y ocupada sucesivamente la España por los cartagineses, por los romanos del tiempo de los Escipiones, por los godos del IV al VIII siglo, y por los moros, estos fueron de entre todos los conquistadores los que dejaron mas útiles huellas en el terreno que dominaron.

Su brillante civilizacion tiene por monumentos esos nobles y preciosos edificios que han sembrado en unas provincias: revelando en otras su importancia social por instituciones agrícolas é industriales, que se han conservado hasta nosotros: por un sistema de riego, que es aun el asombro de los viageros, y á cuyas equitativas é imparciales leyes acuden todavía para decidir sus cuestiones los labradores valencia-

nos. Aunque capital de un reino independiente, aunque mansion real, Valencia no recibió ni una mezquita como Córdoba, ni una Alhambra como Granada, ni una Giralda como Sevilla; empero en sús innumerables canales de riego, esparciendo por todas partes las fecundas aguas del Guadalaviar y del Júcar, apropiaron los moros estériles terrenos: y la importacion de estrañas plantas, naturalizó allí las riquezas vegetales de otros climas, dando sábias leyes para proteger la esplotacion de estos nuevos manantiales de prosperidad, y para que fuesen el patrimonio igual de todos.

Si el naranjo, el limonero, la higuera chumba, llamada todavía hoy en algunos paises higuera de moros, la granada, cuyo nombre recuerda hoy la espléndida córte de Boabdil, el níspero, el algodon, el membrillo, el azufaifo, la palma y otras plantas medicinales y aromáticas, derraman la riqueza y la opulencia en las deliciosas llanuras de Valencia, en los deliciosos cármenes de Granada y jardines de Sevilla, si una buena legislacion especial vela en su conservacion, si estos productos de su suelo reciben un aumento de valor al elaborarse en numerosas fábricas, si las sedas labradas producen hoy muchos millones, el pensamiento reconocido de los españoles debe remontarse á los moros. A ellos son deudores de estos beneficios, porque ellos fueron los primeros autores, porque lo que ellos mismos no crearon, se ha hecho despues á su imitacion y

bajo la inspiracion de los recuerdos que dejaron.

Vencidos los moros en Granada por Isabel I, quedaron como súbditos fieles suyos, bajo ciertos pactos solemnes. Mas tarde, una falsa política los impulsó á la rebelion. Fueron vencidos, y la intolerancia de un clero poco ilustrado, la debilidad de Felipe III, y el interés de un ministro venal, causaron una honda herida en la poblacion, en la industria y agricultura de España.

II.

IMPOSIBILIDAD DE FUNDIRSE LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA EN OTRA.—NO BASTAN A LOGRARLO LAS CONQUISTAS DE LOS CARTAGINESES, NI LAS DE LOS ROMANOS, NI LA DE LOS GODOS.—INVASION DE LOS ARABES.

Una circunstancia digna del profundo estudio del observador presenta la historia de España, y es la de que las naciones de índole y de clima diversos, que han venido á dirimir sns querellas en el suelo español, jamás ha desaparecido por la fusion de los siglos: ó las ha esterminado la guerra, ó han tenido que ir á otras comarcas á buscar una suerte mas propicia.

Ocupada en un principio por los fenicios la España, el Mediterráneo vió con orgullo surcar sus flotas, trasportando en ellas las riquezas de este privilegiado pais, y un pueblo de marineros, pilotos y mercaderes, estendieron su comercio por el mundo. Los

fenicios fueron espulsados por los rudos iberos, á quienes puso las armas en la mano la perfidia de los cartagineses. Sucumbieron estos mas tarde al valor de las legiones romanas. Nada quedó de ellos en España, mas que la reminiscencia de las gloriosas hazañas de Annibal y de los Asdrúbales.

Apareció Roma, ciudad en un principio de pastores y de bandidos, sus belicosos hijos se prepararon á la conquista del universo, y avanzan paso á paso. La Italia primero, despues la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega se le someten. La Macedonia, la Grecia y el Epiro sufren su yugo. La España y la Galia sucumben; y la Gran Bretaña, que semejanté á un bagel dormido sobre sus áncoras, podia contar con el mar para detener á los vencedores, ve las águilas romanas penetrar en su recinto.

Como un vasto coloso estiende Roma sus inmensos brazos, del Danubio al Atlas, y desde el Océano al Eufrates.

Europa, Asia, Africa, todo obedece la ley de Roma, cuando de las llanuras centrales del Asia se adelanta lentamente un pueblo bárbaro y feroz. Los Hunos, empujados por otros pueblos desconocidos, se precipitan á su vez sobre los Alanos, los Alanos sobre los Godos, los Godos sobre los Germanos, y este terrible huracan de pueblos bárbaros, arrojados los unos sobre los otros, viene á caer sobre Roma y sobre las provincias sujetas á su poder.

Roma, como se ve en sus leyes, reconoció los

fueros de las primitivas razas españolas, y cuando á fuerza de tiempo y perseverancia llevaba mas adelantada la obra de una cumplida reconciliacion, la entrada de los bárbaros vino á sepultar los vestigios de la civilizacion latina.

España, una de las mas hermosas provincias romanas, vió erigirse en señores y tiranos de su suelo á las tribus errantes que la invadieron. Vió á los alanos perecer por el hierro entre el Tajo y el Guadiana: á los vándalos terminar sus incursiones devastadoras en las playas de Africa: presenció la lucha con que los Silingos, que llegaron á dominar á Galicia, se èsterminan entre sí con insaciable encono, y espian la barbárie con que habian afligido á los indígenas. Los godos fueron los únicos que lograron dominar con estabilidad la España, consolidando su poder, no tanto por la fuerza de las armas, como por el carácter de valedores y de amigos de los pueblos, abandonados á merced de aquellos bárbaros turbulentos y crueles.

Cerca de tres siglos vivió feliz y tranquila la España bajo el cetro de los reyes visigodos, empero la fusion de estos pueblos no pudo realizarse sin vencer grandísimos obstáculos. Fermentaba contra los dominadores una antipatía peligrosa. A juzgar por algunas leyes del código visigodo, fué necesario autorizar y declarar honrosos los enlaces de las familias góticas con las de estirpe española. Comenzaban con esta nueva ley á estrecharse los vínculos de union, y

á estinguirse los rencores hereditarios, cuando una nueva raza vino á producir una revolucion inesperada y una lucha que no habia visto igual, y tal vez no volverá á ver el mundo.

En aquel tiempo Dios habia permitido que todo el Oriente recibiese la palabra de Mahoma, y doblase la cerviz bajo su espada, y los califas sus sucesores habian conquistado reinos é imperios.

El belicoso árabe atraviesa sobre su ligero corcel los abrasadores desiertos del Africa, viene á sentarse sobre la roca de Ceuta, y desde allí, midiendo con un golpe de envidiosa vista la distancia que le separa de la otra columna de Hércules, se apresta á hacer de la España su presa y su conquista. Tan rápido como el águila, la comarca que intenta invadir queda á su espalda. Los montes no ofrecen sino un débil obstáculo á su inmenso vuelo; salva las alturas, y se deja caer sobre Castilla.

El entusiasmo ardiente é irresistible que señaló los primeros dias de la religion musulmana, bastaria solo para esplicar la rapidez de la conquista, sin las facciones en que se hallaban divididos los godos, el resentimiento y traicion del conde don Julian, y la imprudente temeridad que comprometió en las márgenes del Guadalete, en una sola batalla, la suerte de todo un imperio.

El hermoso cielo de España, su sol menos abrasador, habia agradado á los infieles.

¡Con qué entusiasmo no bajaron sobre las deli-

ciosas costas de la Andalucía! Allí no veian tristes y abrasadoras playas, sino hermosas sombras, y límpidas aguas. ¿Qué se hizo del viento de Africa que devora las plantas y los hombres? ¡Que sople todavía en el desierto, que agote el tibio manantial donde el viagero puede apenas aplacar su ardiente sed! En España por do quiera hallaban frescas y perfumadas brisas, por do quiera flores y frutos y hermosas ciudades, Sevilla y Toledo, Granada y Córdoba, Murcia y la encantadora Valencia!

Asi habian saludado los moros las playas españolas. La fama habia llevado á su pais la relacion de las estrañas maravillas que la España vendida por uno de sus hijos habia ostentado ante sus ojos. Entonces no hubo en toda la Mauritania un solo jóven que no saltase sobre su corcel, y blandiendo su cimitarra viniese á aumentar las numerosas bandadas de aventureros ardientes, intrépidos, que cual enjambres de abejas llegaban al campo de Tarik á fin de someter la España al califa y á las leyes del Coran.

Pelayo, unido por los vínculos de la sangre al rey don Rodrigo, á quien habia acompañado en la batalla del Guadalete habia combatido á su lado, y no pudiendo evitar á aquel príncipe su funesta suerte, emprendió salvar la España. Pelayo, ese soldado de brazo de hierro, marcha á los montes de Asturias y acepta entonces la corona de España, cual hubiera aceptado el martirio con una santa resignacion.

Con un puñado de valientes, sin mas refugio que

las profundas cavernas, y las inaccesibles rocas de Asturias, detiene el ímpetu victorioso de los árabes dueños de toda la España, y comienza una admirable resistencia, una lucha de ocho siglos que debia formar de los pueblos con tanto tiempo y sangre reconquistados un imperio mas grande y poderoso que el de los godos. Asi como Moisés no pudo entrar en la tierra prometida á su pueblo, asi el santo y valiente Pelayo no pudo realizar estos grandes designios de Dios.

Estaba reservado su cumplimiento á una muger fuerte, á una gran reina, á Isabel la Católica!!!

III.

CONDICION SOCIAL DE LOS CRISTIANOS SOMETIDOS Á LOS ÁRABES.—ORÍGEN DE LOS MOZARABES.—SEPARACION DEL ELEMENTO POLÍTICO Y RELIGIOSO.

Ochocientos años no bastaron para fundir en una la nacionalidad española y la nacionalidad musulmana. La misma repulsion que esperimentaron siglos antes los fenicios, los cartagineses, los romanos y los godos, esperimentaron los árabes vencedores de la España. Las poblaciones cristianas dejaban pasar al vencedor, pagaban sus tributos y conservaban obstinadamente su fé y sus costumbres. Esto produjo un nuevo sistema político, ó para ser mas exactos, estableció la primera separacion entre el elemento político y el elemento religioso. Es un error el creer que los árabes iban en su marcha conquistadora señalando su tránsito con el incendio, el asesinato y el pillage, como han escrito algunos exagerados cronis-

—

tas. La España se hubiera convertido en una vasta soledad, y no hubiera quedado monumento, ni señal alguna de las glorias que la raza oriental supo alcanzar en nuestro suelo.

La resistencia aunque vana que hallaron los vencedores en Ecija, Córdoba, Mérida, los confines de Granada y Murcia, inspiraron á un tiempo recelo y templanza á los caudillos musulmanes, y les obligaron á mostrarse como hombres de condicion mas blanda y tolerante que aquella con que la historia nos pinta á los terribles sectarios de Mahoma. Es una vulgaridad el suponer que los árabes impusieron á los españoles vencidos la alternativa de abrazar el islamismo ó la muerte. La conquista, en lugar de ser una propaganda, fué una simple adquisicion de territorio. Tales fueron los principios que tomaron por base los soldados de Tarik y de Muza en la dominacion de España. Los españoles que se sometieron de grado ó por fuerza, fueron llamados ***Mixti-Arabes***, y por corrupcion de esta palabra ***Mozarabes***.

Los mozárabes conservaron sus propiedades, por las que pagaban los mismos impuestos y contribuciones que los musulmanes, aunque se hallaban esceptuados del servicio militar; es decir que pagaban el cinco por ciento sobre los bienes muebles y el diezmo de la renta de los inmuebles. Además los varones pagaban por una sola vez la ***capitacion*** por rescate de sangre. Los árabes tomaron para sí todas las armas y los caballos considerados como pertrechos de

guerra: se adjudicaron con las propiedades de los que emigraban, las del fisco y una parte de los bienes de las iglesias. Algunas de estas fueron transformadas en mezquitas, las mas permanecieron consagradas al culto cristiano. Las ciudades tomadas á viva fuerza sufrieron el saqueo y pagaron dobladas las contribuciones. Nada se cambió en el ejercicio del culto que practicaban los cristianos sin vejacion alguna. Las iglesias pagaban su tributo. Estaba prohibido levantar nuevos templos, empero podian reparar y reconstruir los antiguos sin darles mayores dimensiones. Las ceremonias de la religion se verificaban en lo interior de las iglesias á puerta cerrada, sin ser vigiladas por los musulmanes. Estaban prohibidas las procesiones, y en general toda manifestacion esterior del culto cristiano. Solo los mozárabes de Córdoba tenian el privilegio de tañer sus campanas para el culto divino.

A cambio de esta tolerancia, los vencedores precavieron todas las tentativas de los cristianos contra la religion de su profeta. El musulman renegado era castigado con la pena de muerte. Bastaba para ser reputado musulman, que un cristiano, aun en el esceso de la embriaguez, pronunciase la tan sabida fórmula *¡La ilah illa Allah rra Mohamet rasonl Allah!* ¡No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta! El cristiano que impedia á otro el apostatar, era castigado con la muerte. El que injuriaba al profeta, y el que mantenia comercio ilícito con una musulma-

na, tenia que optar entre el islamismo, ó la muerte.

Bajo el régimen de la conquista, los mozárabes conservaron pura la organizacion civil y política de los godos, en tanto que una nueva constitucion se iba elaborando en las montañas de Asturias y de Leon. Asi cuando se reconquista Toledo por Alfonso VI, los mozárabes que tanto habian contribuido á recuperar la antigua capital del imperio godo, reclamaron la conservacion de lo que llamaban sus privilegios; y obtuvieron el derecho de gobernarse separadamente por sus propios magistrados, en tanto que los castellanos eran regidos por los suyos. Prueba clara de que los árabes dejaron subsistente, valedero y en pie cuanto de una manera directa no atacaba á su dominacion.

Los diversos gobiernos que se sucedieron en la España musulmana hasta los Almoravides, protegieron á los mozárabes. El pueblo bajo musulman les fué siempre hostil, y los cristianos nada hicieron por disminuir esta hostilidad. Cifraban su orgullo en desafiarlos. Religion, instituciones, costumbres, hábitos, todo lo toleraron los árabes en sus súbditos cristianos sin adoptar nada de ellos. Cuando la victoria inclinó la balanza en favor de los cristianos, los mozárabes comenzaron á revolverse en favor de sus hermanos. Entonces los Almoravides, sin ódio, sin crueldad, los deportaron convencidos de que usaban de un derecho de legítima defensa.

IV.

RECONQUISTA PROGRESIVA DE LA ESPAÑA—CAUSA DE SU RETRASO DE SIETE SIGLOS.

Deslumbrados con el éxito de sus triunfos, sumidos en una engañosa seguridad, los monarcas árabes se entregan á las delicias de Córdoba y Granada en el seno de las ciencias, y rodeados de las obras maestras de esa rica arquitectura que embellecia sus palacios y mezquitas, desdeñan en un principio un enemigo pobre, pero atrevido. Los sucesores de Pelayo abandonan el sistema de defensa; bajan de los montes, invaden las ciudades, y en el curso de los siglos clavaron la cruz de Cristo en los muros de las principales capitales de España. Las tierras sucesivamente arrancadas á los moros pasan al dominio de los caballeros cristianos, que las fertilizan con su industria. Los conquistadores se con-

vierten por derecho propio en señores del terreno conquistado, y la esperanza de estas adquisiciones inflama la ambicion de los nobles, y especialmente de los que moraban en las fronteras de los estados árabes. Creáronse las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, que fueron terror de la morisma, un grande elemento para la reconquista, y cuyos gefes, los grandes maestres, tan importante papel hicieron en las revueltas y discordias civiles de los siglos XIV y XV.

Alfonso VII tiene la imprudencia de dividir sus estados entre sus hijos, y las coronas de Leon y de Castilla quedan separadas, hasta que en Fernando III se reunen para siempre estas dos ramas de la monarquía goda. La guerra contra los árabes recibe un nuevo impulso, y Fernando el Santo clava la cruz de Cristo sobre los minaretes de la mezquita de Córdoba y en los muros de Sevilla.

Jaime I de Aragon, el Conquistador, somete al mismo tiempo á Valencia, Murcia y las islas Baleares.

Difícil era pensar á mediados del siglo XIII y despues de las brillantes conquistas de Fernando III y Jaime I de Aragon, que debian trascurrir aun doscientos cincuenta años antes de someter el reino de Granada y de libertar enteramente la patria del yugo musulman!....

No se podia suponer que la ambicion, el celo religioso, el ódio nacional debiesen pararse en una

carrera que no ofrecia mas que obstáculos, en la apariencia tan fáciles de vencer. Al contrario, los esfuerzos de los españoles comienzan á debilitarse y á ser mas raras sus conquistas. Una de las causas que contra toda esperanza prolongaron esta memorable lucha fué la inmensa ventaja que encontraron los moros en su retirada. Su poblacion, derramada antes sobre toda la superficie de la España, se halló entonces condensada en un solo punto, y ocupando el menor espacio posible. Habian estado confundidos en las provincias del Norte y del centro con los cristianos mozárabes, que vasallos y tributarios suyos, aunque tratados con benignidad, no dejaban por eso de ser sus naturales é irreconçiliables enemigos. Cuando Toledo y Zaragoza cayeron en poder de un príncipe cristiano, estaban llenas estas ciudades de esos degenerados cristianos que á consecuencia de un largo trato con sus dominadores habian introducido, segun dice Mariana, el dialecto de la Arabia en la lengua castellana.

En el siglo XII, exasperados los moros con los reveses que sufren sus armas, comenzaron á perseguir á sus súbditos cristianos, cuyo secreto ódio sospechaban, y los forzaron á huir ó á abjurar de su religion.

Cuando Fernando III se precipitó sobre la Andalucía, y en dos victoriosas campañas ocupó á Baeza y sitió á Córdoba, tan célebre por la cultura de las ciencias de la Arabia, y por los nombres de Avicena

y Averroes, como por los espléndidos trabajos de una dinastía opulenta y magnífica, ya el cristianismo habia casi enteramente desaparecido de las provincias meridionales. El hambre y el hierro hicieron capitular (16 de julio de 1236), á Córdoba, la gran ciudad que ciento veinte y dos años habia sido la capital de los califas. El culto de la cruz se celebró en su magnífica mezquita solemnemente purificada, y el rey de Castilla y de Leon descansó en el suntuoso palacio que Abderraman habia construido tres siglos antes. Grande fué el dolor de los musulmanes al saber la pérdida de Córdoba. Dos insurrecciones estallan casi al mismo tiempo contra los africanos, la una en Valencia, de que aprovechándose hábilmente Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador, se apodera de aquel reino y las Baleares, y la otra en Granada, donde destronado Abou-Said busca en el campo cristiano un asilo y seguridad para su amenazada existencia. Abandonó el destronado monarca al implorar la generosidad de Fernando el reino de Jaen, y ofreció seguir al rey cristiano con la mitad de la renta de sus estados y sus tropas todas, para auxiliarle en sus ulteriores empresas. Fernando restableció á Abou-Said sobre el trono de Granada.

La cruz de Cristo y las lunas africanas marchan juntas por primera vez, y se presentan delante de Sevilla. Los moros de Sevilla vieron con indignacion el estandarte de Cristo y el de Mahoma desplegados

en un mismo campo para someterlos. Diez y seis meses duró el sitio. La ciudad fué tomada por asalto el 21 de diciembre de 1248.

Cuando Zaragoza y otras ciudades habian caido en poder de los españoles, se habia permitido á los moros continuar habitando en ellas, como habitaban antes los cristianos en la condicion de súbditos, no de esclavos; empero despues de la toma de Sevilla fueron todos arrojados de ella á las posesiones que aun conservaban ó al Africa, y se invitó á que nuevos habitantes de todas las partes de España viniesen á fijar allí su residencia.

Las ciudades fuertes de Andalucía, como Gibraltar, Algeciras y Tarifa, opusieron á los príncipes cristianos una resistencia que no habian encontrado en Castilla. Exigian penosos sitios, eran algunas veces reconquistadas por el enemigo, y espuestas siempre á sus ataques. Lo que constituia la gran fuerza de los mahometanos de España, eran la alianza y los socorros de sus hermanos de Ultramar. Acostumbrados hoy á asociar la idea de piratas al nombre de los moros de Africa, no concibe fácilmente nuestra imaginacion aquellas poderosas dinastías, aquellos belicosos caudillos, aquellos numerosos ejércitos que durante ocho siglos ilustraron los anales de esta nacion. Jamás invocaron en vano su asistencia los árabes de España, empero al reclamarla temian los efectos de su ambicion.

Probablemente debieron los reyes de Granada la

ventaja de mantenerse por tanto tiempo en su reino á la indolencia que insensiblemente se apoderó de sus enemigos, y que constituye uno de los rasgos distintivos del carácter español. La cesion del reino de Murcia hecha á la corona de Castilla, privaba á Aragon de toda posibilidad de estender las conquistas que habian ilustrado á sus primeros soberanos, y sus sucesores igualmente emprendedores llevaron sus ambiciosas miras allende los límites de la Península. El castellano, sufrido é incontrastable en los reveses, vió disminuir su energía á medida que sintió menos la presion de la adversidad. Despues de haber libertado con sus armas la mayor parte de su pais, quiso mejor dejar á sus enemigos señores de una sola provincia, que esponerse á la fatiga de completar su triunfo.

Si no se hubiera visto en épocas anteriores que el espíritu de revueltas civiles y de insubordinacion no habia sido un obstáculo para el engrandecimiento de la monarquía castellana, podríamos atribuir la falta de brillantes conquistas contra los moros á la perturbacion que agitó á la nacion por mas de un siglo despues de la muerte de Fernando III, en quien la España admiró un héroe, el trono un gran rey, y la Iglesia un santo.

A Fernando el Santo sucede Alfonso X, llamado el Sábio, por los progresos que hizo en las ciencias, sobre todo en la astronomía. Los errores de la administracion, los males que no supo prevenir hicieron

decir que constantemente ocupado de las cosas del cielo descuidaba las de la tierra. Como legislador Alfonso, en el código de las Siete Partidas, sacrificó los derechos de su corona á las usurpaciones de Roma y su filosofía no le impidió ser bastante insensato para dejarse seducir durante veinte años con la ilusoria perspectiva del trono imperial. Corriendo tras del trono imperial de Alemania que le disputa Ricardo de Inglaterra, abandonó á Castilla. Las córtes se opusieron mandándole volver y renunciar á esta temeraria espedicion que le hubiese costado el trono. En estas ilusorias pretensiones musulmanes tributarios de Murcia y otras provincias, sublevados bajo la proteccion del rey de Granada, invocan los socorros del Miramamolin, rey de Fez, Abou-Jusouf-Jacoub (1257) y resuelven la conquista de toda la España, que hubieran llevado á efecto sin el valor y la intrepidez de su hijo don Sancho que salvó la pátria, y á quien sus hazañas valieron el sobrenombre del *Bravo*. En los últimos años de su tempestuoso reinado tuvo Alfonso que luchar contra su hijo. El derecho de sustitucion en las herencias era desconocido hasta entonces en Castilla. Por la regla establecida en el órden de las sucesiones, el pariente mas próximo era preferido siempre al mas lejano, el hijo tenia mejor derecho que los nietos. Alfonso habia introducido el principio de la sustitucion en su código de las Siete Partidas. El infante don Fernando, el de la Cerda, murió dejando dos hijos varones. Sancho, su tio, hi-

zo valer sus derechos fundados en la antigua ley de la sucesion en Castilla. Los descendientes de don Fernando, llamados los infantes de la Cerda, sostenidos por la Francia, de cuyo rey eran parientes, y por Aragon dispuesto siempre á tomar parte en las turbulencias de Castilla, continuaron por mas de medio siglo reclamando sus derechos y perturbando la tranquilidad pública.

Don Sancho, ídolo del ejército por su valor, amado del pueblo por su liberalidad, convocó córtes en Valladolid, que declararon á su favor la cuestion de sucesion, y le invistieron de la autoridad real con el título de regente. Las principales ciudades le siguieron. Alfonso invocó entonces contra su propio hijo el auxilio del rey de Marruecos, que cercó á Córdoba, pero que libertó don Sancho haciendo reembarcar para Africa al Miramamolin.

La autoridad de los papas estaba entonces en su mayor poder. Lanzó sus rayos el pontífice, y el hijo rebelde que habia resistido las fuerzas combinadas de su padre y el rey de Marruecos, inclinó su frente al anatema de la Iglesia y pidió perdon.

Los anales de Sancho IV y de sus dos sucesores inmediatos Fernando IV y Alonso XI, presentan una série de turbaciones civiles vergonzosas y deplorables. En Fernando el IV comienzan las largas minorías, las regencias tempestuosas, los odios fraternales, las guerras civiles que debian durar dos siglos.

Los nobles, los ricos hombres se rebelan toda vez

que creen haber recibido un agravio de su rey. Tienen el derecho, ó mas bien están en posesion de abjurar la obediencia por un acto solemne, que los libra de incurrir en la pena y nota de traidores. Llámase este acto el desnaturalizarse. Un pequeño número de familias compone una oligarquía, el peor de todos los estados. Los mismos hombres son alternativamente ministros y favoritos de los reyes, ó sus enemigos armados en campo abierto. Muchas veces cuando no pueden defenderse en sus villas y castillos, ó son escasos sus parciales, se retiran á las fronteras de Granada, y se alian con los árabes, combatiendo al lado de los enemigos de su patria y de su religion.

Don Pedro I sube al trono despues de la muerte de su padre Alfonso XI. La historia le ha dado el sobrenombre de el CRUEL. Los poetas le han llamado el JUSTICIERO. Se supone que el espíritu de partido ha exagerado gravemente sus crímenes. La historia está llena de calumnias, y calumnias que no se borran jamás, pero la historia no ha calumniado á don Pedro. La historia de su reinado, trazada, es verdad, en gran parte por la pluma de uno de sus mas violentos enemigos, hace una larga enunciacion de los asesinatos cometidos á la faz del mundo, á la luz del dia, recientes en la memoria de una multitud de personas que vivian en la época del cronista Ayala.

La posteridad que hace justicia de las prevenciones de los contemporáneos, acepta y sanciona los juicios dictados por la verdad imparcial. Don Pedro

el Cruel recibe el trono bajo los mejores auspicios; domada la altivez de la nobleza castellana, destruido el poder de los moros.

Comienza su reinado asesinando á la querida de su padre doña Leonor de Guzman, sacrifica á la inocente Blanca de Borbon, su esposa, para arrojarse en los brazos de la hermosa María Padilla; hace dar muerte á tres de sus hermanos, presenciando él mismo la de don Fadrique. Manda degollar alevosamente al rey de Granada Alhamar, que se acoge á su hospitalidad, y hace espirar bajo el puñal de sus verdugos al maestre de Calatrava y otros personages de los mas distinguidos. Enrique de Trastamara venga á su madre y sus hermanos y á la humanidad entera, matando con sus propias manos á su hermano y á su rey, cuyo trono ocupa.

Su reinado da un respiro á Castilla, fatigada con tantas guerras civiles. Los reinados sucesivos de Juan I y Enrique III no son tan pacíficos, en particular el de este último, que comienza por una minoría.

De un año sube despues al trono Juan II. Su reinado es una série de conspiraciones y guerras civiles. Rey débil, fué dominado por su favorito don Alvaro de Luna. Don Alvaro justifica la confianza de su monarca, haciendo respetar la dignidad real tan largo tiempo envilecida. Se apodera con audacia de la espada de condestable, arrancada á uno de los gefes de la faccion vencida, la empuña con mano firme y

valerosa, y las victorias de Figuera y Guadix hacen estremecer en sus cimientos el trono de los árabes de Granada.

Los enemigos de don Alvaro escitan la codicia de don Juan II, que para apoderarse de su riqueza, débil monarca entrega al verdugo en Valladolid la cabeza del ministro, que durante cuarenta y cinco años habia llevado sobre sus hombros todo el peso de la dignidad real.

Juan II no sobrevive largo tiempo á su favorito. Sucede en el trono Enrique IV el Impotente. Si el padre no fué respetado, el hijo fué despreciado. El marqués de Villena ejerce sobre el hijo el mismo imperio que sobre el padre ejerciera don Alvaro de Luna. Un nuevo favorito, don Beltran de la Cueva, derriba al marqués de Villena! Posee la confianza del rey y de la reina. Nacen nuevos y mas grandes disturbios. Pónese en duda la legitimidad del nacimiento de la hija del rey, doña Juana heredera del reino, á quien llaman por escarnio la Beltraneja, nombre que le ha conservado la historia. Alzan por reina á doña Isabel, hermana del rey, casada con don Fernando, príncipe de Aragon, que ocupa el trono despues de la muerte de Enrique y de haber vencido á los parciales de la Beltraneja.

V

TOMA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS.—CONDICION SOCIAL DE LOS MOROS.

Isabel I y Fernando de Aragon con su enlace, reconstituyen el poder real, y los antiguos reinos rivales siempre, de Castilla y Aragon, se reunieron para siempre y formaron la monarquía española. Apenas terminaron la guerra civil y se afirmaron en el trono, resolvieron dar á la Europa una insigne muestra del vigor que la monarquía española iba á desplegar en su reinado. El armisticio concluido con los moros de Granada, no habia sido interrumpido en una larga série de años; las circunstancias no habian permitido á Juan II y Enrique IV comenzar el ataque, y los moros mismos destrozados como sus enemigos los cristianos, por guerras civiles y por las disensiones de la familia de sus reyes, se contentaban con gozar sin oposicion de la mas hermosa provincia de la Pe-

nínsula. A creer á nuestros historiadores los monarcas de Granada eran en general usurpadores y tiranos, pero no es fácil concebir esa grandeza, esa magnificencia que distinguia los reinos mahometanos de España, sin atribuir á sus gobiernos algunas medidas sábias y benéficas. Esas hermosas provincias del Mediodía han perdido despues su antiguo esplendor, circunstancia demasiado humillante para el orgullo nacional, es el que este pais nada ofrezca mas interesante á la admiracion del viagero, que los monumentos que ha dejado en pos de sí una raza estrangera y odiada, una raza de conquistadores.

Aunque en todos los años, cristianos y moros corrian alternativamente el pais talando los campos, no se reputaba roto el armisticio porque existia un singular tratado. Entendíase duraba la tregua entre cristianos y moros, aun cuando estos se apoderasen de alguna plaza con tal que hubiese sido ocupada sin aparato de guerra, sin desplegar banderas ni tocar trompetas y en menos de tres dias. Zahara tomada asi por los moros fué el pretesto de la guerra.

Hasta entonces los cristianos se habian contentado en caso semejante con usar de represalias; empero Isabel y Fernando conocieron que la conquista de Granada no era superior á sus fuerzas, y que pondria fin á una lucha que habia durado cerca de ocho siglos. Los castellanos invadieron el reino de Granada, animados por su reina Isabel, única á quien querian obedecer. Viéronse en este ejército los futuros con-

quistadores de Berbería y Nápoles, Pedro Navarro y Gonzalo de Córdoba el Gran Capitan.

En la misma decadencia del poder de los moros, abierta Granada por todos puntos á la invasion, debilitada por facciones intestinas, que llevaron á una de las facciones á favorecer al comun enemigo, no pudo este reino ser sometido sino despues de diez años sucesivos de una guerra obstinada y sangrienta. Los cristianos en los diez años, se hicieron dueños de Albama, el baluarte y antemural de Granada. Tomaron á Málaga, el depósito del comercio de España con el Africa, ocuparon á Baza, ciudad entonces de cincuenta mil habitantes, y llegaron al fin con ochenta mil á poner sitio á Granada, presa de las mas funestas discordias. El hijo se habia armado allí contra el padre, el hermano contra el hermano. Abdalah y su tio se habian dividido los restos de esta soberanía agonizante, y el último habia vendido su parte á los españoles por una rica indemnizacion en dinero. Quedaba Boabdil, que se habia reconocido vasallo de Isabel y de Fernando, y que seguia, mas bien que dirigia, el obstinado furor del pueblo.

La reina Isabel, ídolo de los castellanos, impulsaba con su presencia el sitio que duró nueve meses. Un moro fanático intentó dar de puñaladas á la reina. Un incendio destruyó el campo de los cristianos; pero la reina Isabel, á quien nada desanimaba, que no conocia obstáculos, para preservar á sus soldados de los rigores de la estacion, hizo construir sólidamente de

piedra un nuevo campo en ochenta dias, y alzando á vista de los moros la poblacion de Santa Fé, mostró á los musulmanes que el sitio sería eterno, y no se levantaria jamás.

Granada sufria todos los horrores del hambre. Amotinado el pueblo contra su rey, abrió sus puertas á Fernando y á Isabel, bajo la promesa formal de una solemne capitulacion que firmaron el rey, la reina, los infantes, sus herederos, diez y ocho obispos y diez y nueve grandes capitanes, nueve duques, cinco marqueses, quince condes, seis grandes maestres, comendadores ó priores de las órdenes militares, por último, los cuatro notarios mayores de los reinos de Castilla, Leon y Aragon, en una palabra, cuanto podia representar todos los poderes del Estado.

En este estenso tratado que contenia cincuenta y cinco capítulos, se conservaba á los moros de Granada su libertad, su religion, su lengua, sus costumbres, trages y usos, sus propiedades, sus leyes, sus tribunales. Debian ser juzgados por empleados de su nacion, protegidos por las autoridades cristianas. Todas estas inmunidades se estendian á los renegados y á los hijos de éstos, considerados en todo como musulmanes de orígen. Los prisioneros hechos durante la guerra y los esclavos granadinos, debian ser inmediatamente puestos en libertad. El territorio de Granada era declarado tierra de asilo y de franquía para los esclavos moros naci-

dos en las provincias de Castilla y de Aragon que lograsen refugiarse en él. Todos los habitantes musulmanes de este territorio, quedaban perpétuamente exentos del servicio militar, sin mas gabelas y contribuciones ordinarias que las que les habian impuesto los reyes moros. Los moros de Granada quedaban facultados para emigrar libremente al Africa á costa de los reyes, durante únicamente los tres primeros años, y pasados estos, en cualquier tiempo pero á su costa, conservando sus propiedades, administrándolas y percibiendo sus rentas, sin que estas tuviesen que pagar contribucion por razon de su destino. La facultad de viajar á los paises berberiscos y permanecer temporalmente allí, se les otorgaba. Los beneficios de esta capitulacion se hacian estensivos á los moros de todo el reino que sometiesen su territorio en el término de treinta dias, debiendo gozar de la misma libertad, privilegios y franquicias que los de Granada, como á los moros granadinos que en aquella época residieren en Africa y volviesen antes de tres años á España.

La capitulacion de Granada en que Isabel y Fernando estamparon sus régias firmas YO EL REY, YO LA REINA, en el centro de la rueda que formaban los nombres de los grandes dignatarios del Estado, fué el último acto diplomático espedido en esta forma, el último *privilegio rodado*. Isabel que libertó al trono de la tutela de los ricos-hombres en que por tantos siglos, con gran detrimento de la patria habia estado,

se eximió de la obligacion de hacer confirmar por los grandes los tratados y capitulaciones. Los firmó desde entonces solamente con el rey su marido.

En 2 de enero de 1492 se rindió Granada, é hizo su entrada triunfal la reina Isabel con el rey don Fernando. Asi se vieron cumplidos los votos que los españoles habian formado, y se cerró la lucha que habia comenzado al pie de la roca de Calpe siete siglos, ochenta años y dos dias antes, el jueves 30 de abril de 711. El 2 de enero de 1492, que terminó la regeneracion de España, fué un viernes. A la hora tercera de la tarde la cruz de plata del arzobispo de Toledo, el estandarte de Santiago y el pendon real de Castilla, aparecieron uno tras otro en la cumbre de la mas alta torre de la Alhambra, á la misma hora en que mil cuatrocientos cincuenta y nueve años antes se alzaba en el Gólgota la cruz de Cristo, signo de la redencion y de la libertad del género humano!!!....

Isabel y Fernando entraron triunfantes en Granada. El rey moro les presentó las llaves del palacio y fortalezas, y obtuvo el permiso de retirarse con gran parte de sus riquezas á un pequeño principado, situado en las montañas de la Alpujarra, que abandonó muy pronto para ir á morir con sus correligionarios en Africa.

Al divisar por última vez desde una altura su antigua capital lloró, y la sultana su madre, indignada de su debilidad, *Llora*, le dijo, *llora como una muger*

la pérdida de un reino por cuya defensa no has sabido morir como un hombre.

Isabel y Fernando entraron en Granada, la ciudad de las cien torres, cuyas catorce puertas ocupaba el ejército cristiano, y pasearon por sus calles desiertas, delante de sus cerradas casas, en medio del estupor, de la desconfianza de los vencidos y de una calma tan alarmante como solemne. Entregaron las llaves y el mando de la ciudad al conde de Tendilla, y se volvieron á su campamento de Santa Fé, para hacer despues su entrada pública y solemne tres dias despues, el dia 5 de enero.

Casi toda la Europa tomó parte en la alegría de España, celebrando con magníficos regocijos tan feliz é importante acontecimiento: el papa Alejandro VI concedió á Fernando é Isabel el título de *Reyes Católicos*, título con que son conocidos en la historia, y que han trasmitido á sus sucesores.

La toma de Granada no fué solo un triunfo glorioso para España, sino para toda la cristiandad. Pareció en la lucha política de las dos religiones contrabalancear la pérdida de Constantinopla, tomada por los turcos en 1453.

VI.

BAUTISMO FORZADO DE LOS MOROS.—ORIGEN DE LOS MORISCOS.—FUERO DE MOROS EN VALENCIA.

Con la rendicion de Granada y la estensa y solemne capitulacion que Isabel y Fernando concedieron á los moros quedaron estos asociados en cierto modo á la nacionalidad española, empero conservando terminantemente su religion y sus leyes, sus trages, usos y costumbres. En el mismo dia 5 de enero, en que hicieron su entrada solemne en Granada los Reyes Católicos, empezó ya á violarse su capitulacion. Un caballero, don Pedro García de Avila, apartándose de la régia comitiva, y penetrando en lo interior de la ciudad, se abandonó á los mayores escesos contra los míseros vencidos. Quejáronse éstos, y el rey Fernando pronunció contra él la pena de muerte; pero su sentencia no se ejecutó, y el cul-

pable continuó al servicio de la reina, y disfrutando de su favor.

En el mismo 5 de enero se apoderaron los reyes de la mezquita de Attaybin, una de las principales, y la hicieron consagrar ál culto cristiano, bajo la invocacion de *San Salvador*.

Mostraba Isabel el mayor ardor por la estension de la fé, y aunque el rey don Fernando no era menos piadoso, templaba su celo la prudencia. Ya años antes, cediendo á las exigencias del clero y al espíritu intolerante de sus pueblos, habian establecido en 1480 en Sevilla, en virtud de autorizacion del papa Sixto IV, para reprimir el incremento y audacia de los judíos, contra los que se alzaba un clamor general, el tribunal de la Inquisicion, existente ya en Francia y en Italia, y cuya fundacion pretenden algunos hacer subir al concilio de Verona en 1148, en el que se mandaba á los obispos que por sí, ó por medio de sus delegados, *inquiriesen* todas las personas sospechosas en la fé, para castigarlas primero espiritualmente, y luego con penas temporales si esto no bastaba.

Los Reyes Católicos establecieron en España la Inquisicion, tribunal que destruyó por largo tiempo la felicidad de los pueblos, que sofocó el genio y las luces bajo un odioso despotismo. El establecimiento de la Inquisicion encontró grandes obstáculos principalmente en Aragon. Asesinaron en Zaragoza en el mismo templo á un inquisidor para aterrar á los de-

más. Todo fué en vano: el nuevo establecimiento, dirigido en un principio contra los judíos y los moros, era demasiado conforme á las ideas religiosas y de intolerancia de la mayor parte de los españoles, para no triunfar de estos ataques. El título de familiar de la Inquisicion, que llevaba consigo la esencion de los cargos municipales, fué de tal modo solicitado, que en ciertas ciudades sobrepujaba el número de los familiares al de los habitantes, y las Córtes tuvieron que poner órden en la concesion de esos títulos. Hasta los mismos grandes, tan altivos, y que mas de cien veces habian hecho temblar á los reyes, se honraban con los oficios mas viles de este tribunal sangriento de la Fé, y contaron entre los dictados de su grandeza, el de alguacil de este tribunal!.. Cuando una nacion se halla asi preparada no hay que maravillarse de cómo ha podido existir el tribunal de la Inquisicion, y verificarse esas espulsiones en masa de millares de sus mas industriosos habitantes, dejando en gran parte despoblado su suelo, yermos sus campos, y arruinada su industria.

Esta intolerancia, encarnada en el carácter español, hizo que algunos prelados y altos personages, con indiscreto celo, tratasen de persuadir á los Reyes Católicos, que prescindiendo de la capitulacion solemne, del decoro debido á sus promesas, de la fé jurada, obligasen á los moros de Granada inmediatamente á aceptar el bautismo ó á vender sus bienes y emigrar al Africa.

Debatióse en el consejo de la reina este proyecto, cuya sola enunciacion era un insulto á la lealtad de aquella católica princesa, y el célebre dominico fray Tomás de Torquemada, primer inquisidor general, y que tambien habia sido confesor de Isabel, se mostró en él el defensor inesperado de la libertad de cultos. Torquemada sabia por el ejercicio de sus terribles funciones que toda conversion impuesta por mundanales motivos, solo sirve para hacer apóstatas, y perpetuar con las generaciones la hipocresía sacrílega de los padres.

Los Reyes Católicos, que habian agotado en la larga guerra de diez años contra Granada los recursos todos de la España, se determinaron á no romper del todo y de pronto las capitulaciones, sabiendo que la primera violacion de los tratados engendra otras, y que asi la capitulacion de Granada se iria con el tiempo rasgando artículo por artículo, y que para ejecutar inmediatamente aquel proyecto á que se inclinaba mucho el ánimo fervoroso de la reina Isabel, se hubieran necesitado mas hombres y dinero que para la conquista de Granada. Organizados, armados todavía se hallaban los moros en las Alpujarras, con su rey Boabdil, que podia volver á ponerse á su cabeza, y que al verse atacados en el sagrado de la conciencia se hallarian mas firmes que en los tiempos en que el amor á la patria y el temor á la servidumbre no les habian impedido destrozarse entre sí.

Para acallar las exigencias de los prelados, para contentar en algo la impaciente intolerancia de algunos magnates, y halagar el fanatismo de las masas, tal vez para hacer un ensayo, se dió el 30 de marzo de aquel mismo año de 1492 en Granada un edicto que mandaba á los judíos que saliesen de España en el término de tres meses, bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes, con prohibicion espresa de que se llevasen el oro y la plata. Ciento setenta mil familias que componian la poblacion de ochocientas mil almas, vendieron apresuradamente sus bienes y huyeron á Portugal, á Italia, á Africa y hasta Levante. Entonces se vió dar una casa por un caballo, una viña y un olivar por un pedazo de tela ó de paño.

Esta espulsion fué el primer golpe terrible que llevó la poblacion y la industria de España.

Los reyes creyeron sin faltar á las capitulaciones de Granada erigir en aquella ciudad un arzobispado para los nuevos habitantes cristianos del territorio conquistado y para la conversion de los moros, dando la reina Isabel aquella silla á su confesor fray Hernando de Talavera, obispo de Avila. Granada habia tenido antes de la invasion de los moros una silla episcopal. Los Reyes Católicos encontraron en su restablecimiento un medio político de unir los moros al resto de la España por la religion cristiana. Rehusaron obligar á los moros por la violencia á hacerse cristianos, respetaron sus

usos, y hasta les dejaron vestirse de seda cuando á los súbditos de Isabel, para combatir el lujo que dominaba en aquella época, se les prohibia usar de aquella clase de vestidos. El establecimiento de un obispado católico fué en Granada el establecimiento de una *mision* pacífica.

Fernando é Isabel tuvieron que marchar á Cataluña, donde les llamaban negocios políticos interesantes con la Francia, y dejaron la noble mision de conservar su conquista á don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, que se habia mostrado protector decidido de los moros como capitan general; al nuevo arzobispo fray Hernando de Talavera, y para la estricta observancia é interpretacion de las capitulaciones á Fernando de Zafra, su secretario.

Nacido en humilde condicion en Talavera el fraile Gerónimo Hernando, habia llegado por su virtud y por su sabiduría á ser confesor de los Reyes Católicos y obispo de Avila. Unido con el conde de Tendilla formaba con este noble caballero, segun la espresion de un cronista de aquella época, un alma en dos cuerpos. Como cristiano y como obispo miraba al bien espiritual de las paises nuevamente conquistados. La conversion de los moros era todo su anhelo, el objeto supremo de sus deseos. Aunque de edad avanzada aprende él mismo el árabe, recomienda al clero su estudio, hace traducir á este idioma el Nuevo Testamento, la liturgia y el Catecismo,

para que sirvan de base á la instruccion que quiere dar á los moros. Distribuye entre ellos sus rentas, y la pureza de sus costumbres: su angelical dulzura atrae poco á poco á Jesucristo el pueblo conquistado. El número de los nuevos cristianos crecia de dia en dia, y nadie era mas amado en Granada que el *gran Alfaquí* de los cristianos, como llamaban los moros á Talavera.

Apoyaban los reyes esta mision con las ventajas que concedian á los convertidos. Siete años pasaron tranquilos y felices para los moros de Granada, en que los tres nobles varones Tendilla, Talavera y Zafra que allí habian dejado los Reyes Católicos, cimentaban la paz entre dos pueblos rivales que siempre se habian odiado, y que comenzaban ya á deponer sus antiguos odios.



Al salir de las Córtes de Ocaña los Reyes Católicos fueron á Granada en setiembre de 1499 para ver con sus propios ojos aquel pueblo que siete años antes habian sometido. Llevaron consigo al arzobispo de Toledo, el célebre fray Francisco Jimenez de Cisneros, á quien la reina Isabel habia confiado la direccion de su conciencia al separarse en Granada de su santo confesor fray Hernando de Talavera.

Cisneros era uno de esos caractéres estraordinarios que raras veces se presentan en la escena del mundo. Hijo del pueblo se consagra á la carrera eclesiástica, prefiere á los altos empleos á que puede aspirar, la oscuridad de un cláustro y toma el hu-

milde hábito de Francisco de Asís. La austeridad de sus costumbres y su talento llaman la atencion de Isabel, que sabia distinguir todo lo grande, y lo elige para confesor. En vano se resiste, cede, pero conserva en medio de la córte la dureza de su carácter, la severa austeridad de religioso. Nombrado arzobispo de Toledo, la dignidad mas alta de la Iglesia entonces despues del pontificado, la recibe despues de rehusarla, porque el papa le compele á ello. Mientras mas trata de aislarse, mas estudia los intereses y las miras humanas, y domina con su talento las pasiones de los hombres sin tomar sus costumbres. Ministro de Isabel y de Fernando, despliega aunque con dureza en el gobierno talentos superiores en la administracion, fidelidad incorruptible, desinterés y españolismo puro.

Al marchar los Reyes Católicos para Sevilla, en noviembre del mismo año de 1499 dejaron en Granada á Cisneros para que ayudase al piadoso Talavera en la santa mision de convertir á los moros, recomendando á los dos prelados la continuacion de su sistema de mansedumbre adoptado por Talavera. Antes Jimenez de Cisneros habia hecho dar la ley de 31 de octubre de 1499, ley cuya moderacion ha sido elogiada por todos y en la que se prohibia á un moro desheredar á su hijo por haberse convertido al catolicismo señalando dotes á costa del Estado y de los bienes procedentes de la conquista de Granada á las doncellas moras que se convirtiesen á la fé de

Cristo. Tambien se mandaba rescatar á costa del erario público á los esclavos moros convertidos.

En cuanto salieron los reyes de Granada, tomó Jimenez de Cisneros una autoridad absoluta. No dice la historia con qué título. Si fué una usurpacion, el crédito que gozaba con los reyes y en el pueblo, basta para esplicar como nadie se le opuso. El arzobispo Hernando Talavera consintió con tanta mas voluntad cuanto que lo único que le interesaba era el honor de Dios, la salvacion de las almas y no su autoridad esclusiva en su diócesis. El arzobispo de Toledo mas enérgico, menos tolerante que el de Granada, comenzó la conversion de los moros por los mismos medios que tan buen resultado habian dado á Talavera, empero pervirtiéndolos para darles una accion mas pronta. Llamó al palacio de la Alcazaba á los principales alfaquíes ó sacerdotes moros, asi como á sus sábios promoviendo con ellos conferencias religiosas, dejándoles entrever los favores del gobierno si abrazaban el cristianismo y sus rigores si persistian en conservar la fé de Islan. Para acrecentar la influencia de sus palabras hacia á los mas sensuales ricos regalos de telas y vestidos de púrpura y de seda á la usanza mora, ó de muebles y trages al estilo español. El arzobispo, Jimenez de Cisneros, á pesar de las cuantiosas rentas de su obispado, no pudo sostener tanta generosidad sin hipotecar para muchos años despues las rentas de su mitra. Ensalzábase con entusiasmo la pródiga generosidad del prelado de To-





ledo. La conversion de un gran número de alfaquíes arrastró tras sí la de muchísimos moros que á porfía enviaban aquellos á Cisneros para merecer mas grande recompensa, siendo tanto el número de prosélitos que se hicieron de este modo, que en un solo dia, el 18 de diciembre de 1499, bautizó Cisneros en la iglesia del Salvador á cuatro mil personas.

Como en las grandes misiones Cisneros confirió este sacramento, no por ablucion, sino por aspersion, y datando orgullosamente desde este dia la conversion de Granada, instituyó anualmente una festividad en su memoria, que se celebraba en Toledo y en Granada al mismo tiempo que la de la de la espectacion al parto de la Vírgen María. En poco tiempo una parte considerable de Granada adoptó el cristianismo, y comenzó á presentar un esterior enteramente cristiano. Entonces comenzó á dejarse oir el sonido de las campanas, prohibido á los sarracenos bajo pena de multa, y el arzobispo Jimenez de Cisneros, á quien se atribuia esta mudanza, fué llamado por los moros el *alfaquí campanero.*

Semejantes resultados habian necesariamente de provocar una reaccion de parte de los moros mas fervorosos. Mientras algunos alfaquíes abandonaban asi la causa del profeta, otros, y con ellos las personas mas distinguidas, viendo con profundo dolor la ruina de que se hallaba amenazada la fé de sus padres y queriendo impedir la desercion de los suyos al cristianismo, trataron de predicar al pueblo la fidelidad

al culto de Mahoma. Las predicaciones de los doctores de la ley musulmana, se hallaban prohibidas por las leyes de Castilla, en la ley segunda, título veinticinco, libro sesto de la séptima Partida. Granada se hallaba, sin embargo, bajo un régimen escepcional. Al capitular no habian comprendido fuese prohibido á sus sacerdotes afirmarlos con su palabra en la fé de Mahoma. Trataron, pues, de oponer tribuna á tribuna. Cisneros, cuyo genio no se arredraba ante ningun género de oposicion hizo encarcelar á los que levantaban mas alto la voz. Pasando con indiscreto celo los límites del tratado entre la corona y los moros, hizo instruir por fuerza á los presos en la fé cristiana por medio de sus capellanes, tratando con severidad á los que se resistian. El zegrí Azaator, rico y altivo moro de los que mas se habian distinguido durante la guerra, descendiente de la célebre familia de Abenhamar, tan celebrada por los poetas, y que gozaba de gran consideracion entre los suyos, fué encerrado en un calabozo, y el encargado de su conversion, Pedro Leon, capellan del arzobispo, lo trató cargándolo de grillos, y haciéndolo ayunar de tal modo y con tal rigor que, depuesta su arrogancia, con humildad mas ó menos verdadera, pidió el bautismo, y haciendo alusion al nombre del que le habia catequizado, decia que Cisneros no tenia mas que soltar su *Leon*, y en pocos dias quedaria convertido el moro mas obstinado. El zegrí, que en el bautismo recibió el nombre de Gonzalo de

Fernandez, en memoria de un combate que habia tenido antes en los llanos de Granada con Gonzalo Fernandez de Córdoba, se mostró toda su vida un celoso defensor de la religion cristiana. Se unió con fidelidad inviolable á Jimenez de Cisneros y el arzobispo le empleó en una multitud de negocios, que exigian un celo ardiente y consumada prudencia. El ejemplo del zegrí y sus palabras causaron sensacion tan profunda, que muchos se apresuraron á abrazar el cristianismo. Estos resultados hicieron concebir á Jimenez la esperanza de estirpar muy pronto el islamismo en Granada.

Desdeñó los consejos de los que menos impacientes querian aguardar del porvenir la victoria completa de la fé. Creyó que tardar y aguardar, era hacerse culpable con los moros de la condenacion de sus almas. Quiso con un solo golpe anonadar el islamismo. Hizo quemar en medio de la plaza pública de Bivarrambla cuantos libros árabes pudo recoger de las bibliotecas públicas, de las librerías particulares, y los que le habian entregado los alfaquíes, sin tener en cuenta que algunos eran preciosos monumentos de caligrafia, maravillas de pintura, y prodigios de encuadernacion. Solo se salvaron de las llamas trescientas obras de medicina, que mas tarde fueron depositadas en la universidad de Alcalá.

Asi perecieron en un solo dia los tesoros intelectuales de toda una nacion. Desde entonces no pudo un moro granadino trasmitir á la posteridad el menor

dato de las cosas de su tiempo. El mas sábio de los orientalistas, *Conde*, dice que fueron ochenta mil los volúmenes incendiados, siendo muy sensible que esta accion, comparable con la del incendio de la biblioteca de Alejandría por el califa Omar, no hubiera sido esta vez cometida por un bárbaro ignorante, sino por uno de los mas grandes amigos de las ciencias, y esto precisamente en los momentos en que con sus propios recursos alzaba una nueva universidad en Alcalá de Henares....

Enconáronse los ánimos en los moros que se sentian humillados y proclamaban en alta voz que se faltaba á las promesas reales, á los privilegios que se les habian concedido. Creció este odio con los medios que desplegó Cisneros, que se habia hecho conferir poderes especiales por el inquisidor general fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, sucesor del célebre Torquemada, contra los renegados y sus hijos, á quien los moros llamaban *elches*. Creia que por ser hijos de renegados cristianos podia reclamarlos por fuerza la Iglesia; y por otra parte les hacian arrebatar sus hijos para educarlos en la religion cristiana contra la voluntad de sus padres. Atesorábase el odio en el corazon de los moros; debia estallar de un momento á otro.

Dos familiares del arzobispo Cisneros, de los que diariamente prendian y maltrataban á los moros, fueron un dia al Albaycin para conducir á la cárcel á una jóven sirviente, á una elche. A los gritos de

aquella desgraciada corre á salvarla un grupo de moros; las contestaciones insolentes de los familiares irritan mas los ánimos; el uno de ellos salva su vida ocultándose; menos afortunado el otro, cae aplastado bajo el peso de una piedra que sobre él lanzan desde una ventana.

La muerte del alguacil fué la señal de la insurreccion de todo el cuartel del Albaycin, cuyas cinco mil casas habitaban esclusivamente los mahometanos. Corrieron á las armas, y reforzados por los moros de los otros puntos de la ciudad, se precipitaron en gran tumulto hácia la Alcazaba, donde habitaba Cisneros, para acabar con el opresor de su libertad y sus agentes. Algunos dias antes aquellos mismos moros quizá habian celebrado su generosidad por aquellas mismas calles que atravesaban entonces rugiendo y sedientos de su sangre. El arzobispo Cisneros mostró una heróica serenidad que revelaba su carácter. A los que trataban de llevarle por un camino secreto á la ciudadela de Granada, la célebre Alhambra, contestaba que *aguardaria en su puesto la corona del martirio y que jamás abandonaria á los que habia comprometido.* Animó con su ejemplo á sus gentes á una valerosa resistencia, y arregló con prudencia y con la mayor calma los preparativos de la defensa de su casa. Logró resistir á los asaltos del pueblo durante toda la noche. A la mañana siguiente, al amanecer, el noble conde de Tendilla trajo de la Alhambra doscientos arqueros que salvaron al arzobispo

del peligro llevándoselo á aquella fortaleza. Sin embargo, duro nueve dias todavía la revuelta.

El conde de Tendilla veia el peligro que habia en contemporizar y la imposibilidad de obrar en que se hallaba. Despues de haber calculado sus fuerzas, creyó prudente parlamentar. Envió en señal de paz al Albaycin el escudo de sus armas con un mensagero. Hirieron al mensagero y apedrearon el escudo. Atrincherados en los puntos en que en otro tiempo en las guerras civiles Boabdil habia desafiado á su padre y á su tio, se creian dueños de dictar sus condiciones. Improvisaron un gobierno con cuarenta gefes para dirigir el movimiento con órden. El verdadero rey de Granada era entonces Cisneros; hizo llamar de nuevo á los alfaquíes y trató de calmar con amistosas palabras á la muchedumbre. La conmocion no se aplacaba. Entonces el arzobispo fray Hernando de Talavera hizo una tentativa tan feliz como peligrosa. Fiado en el prestigio de su nombre se presentó en medio de las enfurecidas turbas de los moros, acompañado de un solo capellan que llevaba delante de él la cruz arzobispal. A imitacion del papa San Leon saliendo al encuentro de Atila, entró á pie en el cuartel de los sublevados infieles con el aire tan tranquilo y sereno cual si fuese á predicar las verdades de la fé á hombres deseosos de su salvacion. La vista de un prelado tan afable, tan generalmente querido, aplacó inmediatamente el furor de aquellas gentes irritadas agrupándose las masas en derredor del san-

to alfaquí de los cristianos, para besar con reverencia la orla de sus vestiduras.

Aprovechó el conde de Tendilla aquella momentánea calma enmedio de un furioso huracan, para presentarse tambien ante la muchedumbre, cual un mensagero de paz para mostrar sus benévolas intenciones. Al llegar á la plaza arrojó al pueblo su gorro de grana: el pueblo le contestó con una aclamacion de inmensa alegría. Aquellos dos hombres populares hicieron ver entonces á los moros lo inútil de su empresa contra todo el poder de España, y que solo podia ser orígen para ellos de calamidades, mientras que si se sometian inmediatamente, emplearian el conde y el arzobispo toda su influencia para hacer ver que solo se habian alzado en favor de las reales promesas; y para prueba de la sinceridad de sus intenciones, el conde dejó en rehenes en el Albaycin, su esposa y sus dos hijos pequeños.

El pueblo quedó sosegado y tranquilo, y el cadí Cidi-Ceibona dió una satisfaccion á los gobernadores cristianos, mandando demoler las barricadas y entregando á cuatro de los culpados en el asesinato del familiar del arzobispo, los que fueron brevísimamente juzgados y ahorcados.

Gran disgusto recibieron los Reyes Católicos al saber las noticias de Granada: creian ver perder el fruto de tantas sangrientas guerras, del trabajo de tantos años; empero Cisneros marcha á Sevilla y defiende sus actos con tanta elocuencia y habilidad, que no

solamente merece la aprobacion de la reina Isabel, sino sus elogios redoblando el favor que dispensaba á su confesor. Entonces, por consejo suyo se mandó á Granada un juez comisario, para proponer á los habitantes del rebelado cuartel la alternativa de recibir el bautismo ó ser castigados como culpables de alta traicion. El resultado de esta medida en que se hollaba abiertamente la fé de los tratados, fué que casi todos los moros de la ciudad y de los alrededores de Granada pasaron al cristianismo, algunos huyeron á Berbería, y otros fueron á encastillarse en las ásperas cumbres de la Alpujarra, declarándose en rebelion abierta y tremolando el antiguo pendon de sus reyes para defender la creencia de sus antepasados.

Ni los ruegos ni las promesas del capitan general, ni del arzobispo Talavera, ni los rehenes tan caros á su corazon que habia entregado á los moros heróicamente el conde de Tendilla, pudieron doblegar tan inflexible tenacidad de Isabel y de Fernando, que contrastaba con la admirable moderacion, el discernimiento de los moros granadinos, que devolvieron sanas y salvas á su protector las preciosas prendas de una palabra sincera pero imprudente.

Esta conversion esterior y forzada en que Mahoma vivia siempre en el corazon de aquellos cuyos labios confesaban el nombre de Jesucristo, la miraron los Reyes Católicos como una medida política, cuyo resultado no debia esperarse de la generacion presente, sino de la posteridad de esta.

El nuevo y célebre historiador norte-americano Prescott, en su historia de Fernando y de Isabel, emite sobre Cisneros un severo juicio con motivo de esta conversion forzada de los moros, llamando á su modo de obrar ***obra maestra de casuística monacal***, porque alegó la rebelion de los moros como un motivo justo para violar los tratados. Fundábase el arzobispo Cisneros en que los moros habian sido los primeros en violar con su rebelion los tratados, y que ningun gobierno se hallaba obligado á mantener á súbditos rebeldes las ventajas que les hubiera concedido en la condicion de una sumision pacífica y fiel.

El sultan de Egipto, de Siria y de Palestina, á quien en su conflicto habian acudido los moros de Granada viendo la opresion religiosa que pesaba en España sobre los que profesaban sus creencias, amenazó á los Reyes Católicos con represalias y con hacer abrazar el islamismo á los numerosos súbditos cristianos que tenia en sus reinos. Para precaver tamaña desgracia envió la reina Isabel al soberano musulman como embajador estraordinario, al docto Pedro Martir de Angleria, prior de la iglesia de Granada, el que desplegó tanto talento en su difícil mision, que aplacó la cólera del sultan dejando á los cristianos de sus estados en la libertad de sus creencias.

Huyeron muchos habitantes de Granada, y refugiándose en las Alpujarras, hicieron temer á los indomables hijos de las montañas igual suerte que á los de la antigua capital. Tomaron las armas, se apo-

deraron de las plazas fronterizas, y segun su antigua usanza hicieron correrías y devastaciones en las comarcas habitadas por los cristianos, sin pensar que ese era precisamente el medio de atraer sobre sí la calamidad que deseaban evitar.



Fernando é Isabel trataron de prevenir el alzamiento por medio de la siguiente carta que les dirigieron desde Sevilla:

«Don Fernando é doña Isabel, etc. A vos Alí Dordux, Cadí mayor de los moros de la Jarquia é Garbia, é á vos, cadix, alguaciles, viejos é buenos hombres, moros, nuestros vasallos de los villas é logares de la dicha Jarquia é Garbia del obispado de Málaga é serranía de Ronda, é cada uno de vos, salud é gracia. Sepades, que nos es fecha relacion que algúnos vos han dicho que nuestra voluntad era de vos mandar tornar, é haceros por fuerza cristianos: é porque nuestra voluntad nunca fué, ha sido, ni es que ningun moro tornen cristiano por fuerza, por la presente vos aseguramos é prometemos por nuestra fé é palabra real, que no habemos de consentir ni dar logar á que ningun moro por fuerza torne cristiano: é nos queremos que los moros nuestros vasallos sean asegurados é mantenidos en toda justicia como vasallos é servidores nuestros. Dada en la ciudad de Sevilla á veintisiete dias del mes de enero de 1500 años.—YO EL REY.—YO LA REINA.—Yo Fernando de Zafra, secretario.



Una costosa esperiencia habia hecho aprender á

os moros lo que valian las palabras de los reyes. No depusieron las armas, y el conde de Tendilla, de acuerdo con el Gran capitan Gonzalo de Córdoba que se hallaba en Granada, salió á combatir á los rebeldes, á quienes arrancó la fortaleza de Güejar, siendo el primero Gonzalo de Córdoba, que escaló el muro. El pueblo fué entrado á saco, y dos mil trescientos esclavos fueron llevados en triunfo á Granada con los sangrientos despojos de los rebeldes. A pesar de este escarmiento para aterrar á los alpujarreños, continuó la sublevacion, y el mismo rey Fernando el Católico con un poderoso ejército, tuvo que entrar en las Alpujarras tomándoles la orgullosa Lanjaron, plaza casi inespugnable, mientras los generales se apoderaban sucesivamente de otras plazas, imponiendo á los rebeldes terribles castigos.

Asustados y desanimados los habitantes de otras partes de las Alpujarras, se rindieron sucesivamente en el trascurso del año 1500, y fueron tratados con dulzura por el Rey Católico. Tuvieron, sin embargo, que entregar sus armas y sus plazas fuertes y pagar bajo el nombre de *farda* una enorme contribucion de guerra. Se confiscaron á favor de las iglesias las rentas y propiedades de las mezquitas y se sometió á los moros á las mismas contribuciones que pagaban los castellanos y de que se hallaban exentos por la capitulacion de Granada. Se les obligó á recibir misioneros cristianos, empero á ninguno se forzó á recibir el bautismo, por respeto sin duda á la carta real que

pocos meses antes habian escrito los Reyes Católicos. La sabiduría de estas medidas, llenas de moderacion, dice Prescott, fué cada dia mas evidente, no solo para la conversion de los montañeses aislados, sino para casi toda la poblacion de las grandes ciudades de Baza, Guadix y Almería.

En la division de autoridad que los Reyes Católicos habian hecho al principio de su reinado, Isabel se habia reservado la absoluta direccion de los negocios eclesiásticos, el derecho de nombrar los obispos, de que usaba con una firmeza contraria muchas veces á los deseos de su mismo esposo y aun del papa. Don Fernando no tenia medio de oponerse á los proyectos de la reina en lo concerniente á los intereses de la religion. No pudo ni impedir á la reina hacer enviar por el arzobispo de Sevilla misioneros á los moros de las Alpujarras ni intervenir en las instrucciones que se dieron á aquellos sacerdotes. De presumir es que estos misioneros estaban encargados de hablar otro lenguaje que el de la persuasion, porque fué asombroso el éxito que consiguió su predicacion entre aquellos hombres que acababan de tomar las armas por la defensa del Coran. La reina marchó á fines de julio á Granada á fin de activar con su presencia la obra de la conversion, y en los tres meses siguientes todos los habitantes de la Alpujarra, los de Guadix, Almería y Baza recibieron el bautismo.

El 20 de setiembre de aquel mismo año de 1500 se publicó una pragmática real que cambiaba la for-

ma de gobierno de Granada y la constituia definitivamente bajo el mismo pie que las demas ciudades de España. En su consecuencia cesó el gobierno paternal de aquellos tres distinguidos triunviros, Tendilla, Talavera y Zafra. Se constituyó un ayuntamiento y se trasladó á Granada la chancillería de Ciudad-Real. No bastaron estas providencias para impedir que estallase una nueva y mas terrible rebelion en otro punto de las montañas moriscas.

Los habitantes de la Sierra Bermeja, al Oeste de Granada, irritados de la defeccion de sus hermanos del Este, se vengaron en la sangre de los cristianos, y á despecho de las pacíficas protestas del gobierno, asesinaron á los misioneros, aterraron á los pueblos de la comarca con robos, cautiverios y muertes. El rey Fernando en persona marchó de nuevo contra los rebeldes, y despues de haberlos arrollado á su entrada en la serranía, fué destrozada en los desfiladeros de la montaña una gran parte de su ejército. Allí pereció heróicamente el hermano mayor del Gran Capitan, don Alonso de Aguilar, el 21 de marzo de 1501. Alli cayeron tambien otros muchos nobles, y hubo pocas grandes familias en Castilla que no se cubrieran de luto en aquel infausto dia!...

Los moros mismos se llenaron de espanto cuando pensaron en la venganza que iba á caer sobre ellos, y asustados de su propia victoria solicitaron la paz al presentarse el Rey Católico, á principios de abril, delante de Ronda.

Aunque profundamente herido en sus sentimientos de nacionalidad española Fernando, en su prudencia vió la imposibilidad de reducirlos por la fuerza de las armas, y cortó la efusion de sangre permitiendo pasar á Africa á los que no quisiesen, recibiendo el bautismo, vivir entre los cristianos, suministrándoles buques para su transporte mediante veinte ducados por familia. Solo un corto número quiso emigrar, y Fernando fiel á su palabra real los hizo trasportar al Africa. Casi todos se declararon dispuestos á adoptar la religion cristiana, y en breve no se halló en todo el reino de Granada un solo moro que no hubiese recibido el bautismo, en tanto que los de las otras provincias de España continuaban profesando su antigua creencia.

Los descendientes de los antiguos moros convertidos al cristianismo, llevaron desde entonces el nombre de *moriscos*, y fueron objeto de compasion por el destino ulterior que les reservaba la suerte. No podemos negar, sin embargo, que mas de una vez atrajeron la calamidad sobre su cabeza, por continuar secretamente adheridos al islamismo y conspirar frecuentemente contra su pais.

El sistema de Cisneros habia triunfado completamente; los Reyes Católicos le dispensaban todo su favor, le aposentaron en su mismo palacio de la Alhambra, y reclamaron sus consejos en los negocios mas secretos y mas importantes.

Como existian todavía moros en Avila, Toro, Za-

mora y otros puntos de Castilla, se dió el 20 de julio de 1501 un edicto que prohibia á los moros de Granada todo trato y comunicacion con los aun no convertidos de las provincias de Castilla, para preservarlos de los peligros de la recaida.

No se creyó esto suficiente para estirpar de raiz el culto mahometano, y se espidió en Sevilla el 14 de febrero de 1502 otra pragmática calcada sobre el famoso edicto de espulsion de los judíos. En ella se mandaba que todos los moros no bautizados de los reinos de Castilla y de Leon, mayores de catorce años los varones, y de doce las hembras, emigrasen antes de terminar el mes de abril. Se les permitia como antes á los judíos enagenar sus bienes, pero á condicion de no llevarse su valor en oro y plata, y de no emigrar al territorio de Africa y Turquía con quien se hallaba la España en guerra. Mas tarde un edicto de 17 de setiembre de 1502, no les permitió emigrar sino á Aragon y á Portugal. Pocos hicieron uso del derecho de emigracion, y la mayor parte recordando los trabajos que habian sufrido los judíos que prefirieron el abandono de su patria al de su culto, recibieron el bautismo á imitacion de los de Granada.

En Aragon al contrario, el islamismo fué tolerado hasta el tiempo de Cárlos V. Los nobles señores aragoneses y valencianos, comprendiendo bien sus intereses, conociendo que entre la riqueza del señor y el contento de los vasallos hay una íntima correla-

cion, se anticipaban á las prudentes ideas que don Fernando el Católico en vano intentaba prevaleciesen en Castilla. Hacian mas aun, las provocaban. Temerosos de que las sugestiones de la reina Isabel hiciesen ceder al rey don Fernando y decretase el bautismo de los moros como ley general, obtuvieron de éste la promesa de no alterar cosa alguna en materia de moros de lo acordado en las córtes de Orihuela en el año **1488**, en que á peticion de los tres brazos se mejoró la condicion de los moros. A cambio de esta promesa consintieron en recibir la Inquisicion que tanto habian repugnado admitir en sus reinos.

En 1510, muerta ya la reina Isabel, en las córtes de Monzon preocupados siempre los señores aragoneses y valencianos de la suerte de sus vasallos, pidieron en cambio de una contribucion de cien mil ducados, destinada á la guerra de Africa, y obtuvieron con otras ventajas la sancion legal de la promesa que el rey les habia hecho ocho años antes. Entonces se estableció un nuevo fuero para los moros, declarando que no podrian ser espulsados, desterrados, arrojados del reino de Valencia ni de las ciudades y villas reales de aquel reino, ni forzados á tornarse cristianos. Decia además el rey en este notable documento, que no queria y que tal era su voluntad, que ni por él ni por sus sucesores se pusiese impedimento alguno al comercio y negociacion de los moros del dicho reino, ni á sus contrataciones con y entre los cristianos, gozando de la mas ámplia y omnímoda li-





bertad. Este documento escrito en valenciano existe en la coleccion de fueros de Valencia. *Fori Regni Valentie. in estravaganti*, folio 73.

Así se consagró la libertad del culto mahometano en el reino de Valencia, y por un acto enteramente semejante en el de Aragon, precisamente en el momento en que el islamismo se hallaba proscripto en Castilla. Cada uno de estos dos pueblos seguia su camino, tenia su legislacion diferente; empero iba á sonar la hora en que iban á quedar confundidos para siempre. En que se iba á consumar la reunion de los dos reinos, y que se iba á fundar la monarquía española y dejarse sentir en Valencia el predominio fatal de los castellanos.

VII.

LAS GERMANIAS EN VALENCIA.—BAUTISMO FORZADO DE LOS MOROS.

La felicidad interior de los Reyes Católicos no correspondia á la gloria que habian alcanzado en su reinado. La muerte de su hijo el príncipe de Asturias, fué seguida inmediatamente de la de su hermana la reina de Portugal, que murió de parto en Toledo. Esta princesa dió á luz un príncipe, que no tardó en seguirla al sepulcro. Doña Juana, que se habia casado con Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, hijo de Maximiliano, emperador de Alemania, era la única hija que quedaba á los reyes Isabel y Fernando, la que debia sucederles en las coronas de Castilla y de Aragon.

La reina Isabel, esta gran reina, adorada del pueblo castellano, cuyo noble carácter tan bien representaba, y de quien defendia la independencia contra

su esposo, no pudo resistir á las desgracias de familia. Una mortal languidez minaba lentamente su existencia. El triste estado del único hijo que le quedaba, la princesa doña Juana, llenaba sus dias de pesar. La indiferencia del archiduque su esposo habia alterado su razon. Con verdad podia quejarse Isabel de que sus pesares como madre, habian igualado á su prosperidad como reina. Estos pesares, unidos á una enfermedad del pecho, debilitaron su constitucion física. Murió en Madrid (1504) á los setenta y ocho años de edad, llorada de sus súbditos, admirada de la Europa.

A la muerte de Isabel, Juana heredó la Castilla bajo la regencia de Fernando; empero Felipe el Hermoso, que maltrataba á su muger, tanto como era amado de ella, vino á Castilla á despecho de su suegro, y le arrebató toda la autoridad.

A este tiempo (1506) murió en tres dias, de resultas de un esceso, á la edad de veintiocho años, y doña Juana quedó en posesion del poder real; empero la muerte de su esposo acabó de hacerla perder del todo la razon. Vió entonces la España cuantas estravagancias pueden caber en la imaginacion de una muger apasionada. Hizo sacar de la tumba el cadáver de su esposo, colocarlo como en vida en su aposento; viajar con él; evitar celosa la presencia de toda muger, y prodigarle todas las señales de amor y ternura, esperando la infeliz con la mayor confianza que algun dia tornaria su querido esposo á la vida.

Doña Juana quedó incapaz de ocuparse en los negocios del estado. La historia la ha conservado el nombre de su terrible enfermedad; *¡La Loca!* La mayoría de los castellanos llamó con urgencia á don Fernando á la regencia.

Don Fernando que se hallaba entonces en Nápoles, que habian conquistado sus armas, viene á Castilla; se apodera de su regencia, y ocupa tambien la Navarra, bajo pretesto de que Juan II de Albret habia negado el paso á las tropas que queria enviar á Francia para la guerra de la Santa Liga, hallándose así soberano de toda la España.

Aquel rey tan prudente y previsor, conocia cuán funesto iba á ser para la España pasar bajo una dominacion estrangera, y sentia vivamente dejar al Austria tan hermosa herencia. Se casó con doña Germana de Foix, sobrina de Luis XII, rey de Francia, para privar á su hija doña Juana y á su posteridad de las coronas de Aragon y de Navarra. Por un momento creyó ver realizados sus deseos con el nacimiento de un hijo; pero en breve pasó éste desde la cuna al sepulcro.

Tambien aspiró por su testamento á restringir la herencia de Cárlos de Austria; pero al fin le dejó por universal heredero, instituyendo al cardenal Jimenez de Cisneros regente de Castilla, y á don Alfonso, arzobispo de Zaragoza, su hijo natural, regente de Aragon, al morir á la edad de setenta y cuatro años. (1516)

Por la muerte de Fernando el Católico, heredó su nieto las coronas de España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Cárlos tenia diez y seis años, se hallaba entonces en Flandes, jamás habia visto la España, y seguia esclusivamente los consejos de Guillermo de Croi, señor de Chievres, y de Adriano de Utrech, dean de Lobayna, hombre de humilde cuna, hijo de un tejedor, y á quien mas tarde elevó al pontificado.

Cárlos, apenas supo en Bruselas la muerte de su abuelo, se declaró de propia autoridad rey de Castilla y de Aragon, á lo que se oponian las leyes de España, pues la reina era su madre doña Juana, cuya incapacidad no habia sido declarada por las córtes. Nombró por regente á Adriano; empero en breve revocó los poderos de éste, dejando al cardenal Jimenez de Cisneros el ejercicio de la regencia, á pesar de hallarse en la edad de ochenta años. El cardenal Cisneros juntó el Consejo real y los grandes, y con su energía que arrojó en la balanza política, cual la espada de Breno, el título de rey de Cárlos fué reconocido, precediendo en todos los actos el nombre de la reina doña Juana al suyo. Cisneros procuró afirmarle en el trono contra las pretensiones de la nobleza con un vigor y una fuerza de voluntad y energía superiores, increibles en su avanzada edad. «*Yo llevaré delante del rey*, decia, *á todos los nobles de* »*Castilla amarrados á la punta de mi cordon de francis-* »*cano.*» Y cuando una diputacion de la grandeza discutia con él la validez de los actos que le habian

conferido la regencia, enseñaba á los grandes desde el balcon de su casa las tropas que él habia creado, formadas en batalla, con un formidable tren de artillería; «*Mirad*, les dijo con voz firme y altiva, *esos »son mis poderes, con ellos gobierno á Castilla, y la go- »bernaré hasta que vuestro amo y el mio venga á tomar »posesion de su reino.*» En aquel dia cesó en España el poder que hasta entonces habian ejercido los grandes.

Diez y nueve meses duró la regencia del cardenal Cisneros; en ella quedó sujeta la turbulenta grandeza; disminuida la influencia política que daban á las ciudades sus fueros y privilegios; el poder militar que el sistema feudal colocaba en la grandeza pasó al pueblo creando un ejército permanente; mandando á las ciudades levantar cuerpos que llevaban su mismo nombre, y que se llamaba la *milicia efectiva,* arma de dos filos, como todas las instituciones populares. Cisneros se habia servido de ella solamente contra la nobleza; Cárlos la vuelve contra la nobleza y contra el pueblo: y muy pronto debiera él á su vez verla vuelta contra él mismo.

Al año siguiente 1517, Cárlos seguido de una brillante córte de señores flamencos, desembarca en Villaviciosa de Asturias, y mata con su injusto desden al anciano regente que con tantos esfuerzos le habia asegurado la sucesion del trono.

El archiduque de Austria, poseedor de tantos estados, cargada la frente con tantas coronas, no

vió nunca en la España mas que una provincia, una porcion de su vasta monarquía; gobernó mas como una fraccion de su vastísimo imperio, que como un estado distinto, al pueblo del mundo menos á propósito para ser confundido con los demás pueblos. Pensando ya en sus brillantes destinos y en la púrpura imperial, no venia á España á administrarla segun sus leyes, sino á esplotar en el interés de su propia grandeza el primer pueblo que le habia hecho llevar una corona real. Así la historia jamás le designa por su nombre español de don Cárlos I, le llama siempre con razon Cárlos V!...

Nombrado emperador de Alemania, resuelve Cárlos pasar á tomar posesion de la corona imperial, convoca á las córtes de Castilla en Santiago de Galicia, cosa hasta entonces desusada: exige de las córtes un subsidio mas cuantioso, y antes de haberse pagado el anterior. Niéganse á su concesion los diputados por Toledo, pero son violentamente desterrados, y trasladadas las córtes á la Coruña, donde la intriga, la seduccion y las amenazas arrancan á los diputados débiles ó vendidos la concesion de un subsidio de doscientos millones de maravedises. Madrid, Córdoba, Toro, Salamanca, Toledo y Murcia, protestaron contra este don gratuito. Obtenido de cualquier modo de las córtes el dinero necesario para presentarse con esplendor en Alemania, Cárlos no difiere su partida. Nombra regente de los reinos de Castilla y de Leon al cardenal Adriano de Utrech, y

capitan general á don Antonio Fonseca, confiriendo los gobiernos de Aragon y de Valencia á don Juan de Lanuza, y don Diego de Mendoza conde de Mélito. Estos dos últimos nombramientos merecieron la aprobacion general.

El nombramiento de regente en Adriano, hirió el orgullo nacional, viéndose con escándalo, preferido un estrangero á toda la nobleza de España. En vano se suplica la revocacion de este nombramiento. Cárlos, sin dar oidos á las quejas de España, se embarcó en la Coruña el 22 de mayo de 1520, para ir á tomar posesion de la corona imperial, sin cuidarse de que dejaba detrás de sí una terrible revolucion!

Mientras Cárlos se ceñía la corona imperial, y en lejanas regiones navegantes y soldados españoles descubrian y conquistaban para ella mundos y tesoros, su tranquilidad interior se turbaba, se formaban comunidades en Castilla y germanías en Valencia, y estallaba una violenta insurreccion que debia acabar para siempre con su libertad política.

Tres años, desde 1519 á 1522, duraron las luchas intestinas, las discordias civiles.

En Castilla veia con indignacion el pueblo, que á pesar de los subsidios que las Córtes habian concedido á Cárlos, el monarca no accedia á las peticiones que se le habian presentado.

Alzáronse las principales ciudades del reino. Toledo fué la primera y levantó tropas á cuya cabeza puso á don Juan de Padilla. Segovia y Zamora arras-

tran á sus diputados por haber vendido en las Córtes sus derechos. La insurreccion cunde á todas las ciudades de Castilla, Andalucía y Galicia. Los gefes populares reunieron en poco tiempo un fuerte ejército estableciendo entre ellos una forma de union, asociacion ó comunidad, de donde tomaron el nombre de *Comuneros*. Formaron una junta en Avila, donde enviaron las ciudades sus diputados, y tomando el nombre de la *Santa Liga* comenzaron á deliberar sobre los negocios del estado, atacando el nombramiento de un estrangero para la regencia de Castilla, como contrario á las leyes fundamentales del reino, y deponiéndole de sus funciones.

Padilla intenta poner al frente de las comunidades á la reina doña Juana, retirada en Tordesillas desde la muerte de su esposo, empero aquella pobre loca no dió señales de salir de su antigua sombría melancolía, y no pudo con sus actos prestar apoyo alguno á la revolucion. Cárlos hace algunas concesiones desde Alemania, ofrece un perdon general, exhorta á la nobleza á sostener su causa y la de la aristocracia contra las pretensiones de los comuneros, y nombra al almirante y condestable de Castilla regente del reino con Adriano.

Los comuneros formularon en un famoso memorial sus peticiones, entre ellas, que las propiedades de los nobles se sometiesen á las mismas contribuciones y cargas que las del pueblo. La nobleza que entró en la liga, cuando se trataba solo de coartar la

autoridad real, abandonó un partido cuyo triunfo le hubiera sido funesto porque proclamaba la libertad y la igualdad ante la ley, y se colocó al lado del trono. El mando del ejército comunero se dió á don Pedro Giron, uno de los grandes de Castilla, desairando á Padilla, preferencia singular cuando se trataba de ensalzar al pueblo sobre los grandes. El desgraciado éxito de sus primeras operaciones le hacen en breve dejar el mando. Padilla vuelve á ser proclamado general, toma por asalto á Torrelobaton y lo entrega al pillage. Empiezan á conferenciar realistas y comuneros. Disgustada de la inaccion una parte de las tropas de Padilla, y deseosa de gozar en paz el botin de Torrelobaton, abandona el campo de la liga. Los regentes avanzan contra Padilla, cuyo campo habia debilitado la defeccion. En vano intentó retirarse sobre Toro y evitar la batalla. Alcanzado en los campos de Villalar, en vano hace prodigios de valor. Su artillería colocada por malicia ó por impericia en un terreno fangoso, le es inútil, quedando completamente derrotado. Padilla, Bravó y Maldonado, dos de los gefes mas principales, capitanes de las tropas de Segovia y de Salamanca, cayeron prisioneros, y fueron degollados como traidores. La mayor parte de las provincias pidieron gracia, dando Valladolid el ejemplo. Publicóse una amnistía general esceptuando á las cabezas, que fueron todos presos y muertos.

Aunque el espíritu de rebelion no dejó de propa-

garse á Aragon, don Juan de Lanuza impidió que degenerase en una insurreccion positiva.

Al mismo tiempo que ardia en los campos de Castilla la guerra de las comunidades, otra asociacion de tendencias y de índole diametralmente opuesta, se formaba en medio de arroyos de sangre en el reino de Valencia bajo el nombre de *Germanía*, asociacion formada por los plebeyos y dirigida especialmente contra la nobleza. Tendió la mano á los comuneros por una de esas contradicciones que esplican bastante los espedientes ordinarios de la política.

Los estragos de una fatal epidemia tenia consternada á Valencia. Abandonaron la ciudad huyendo de la peste las autoridades y casi todos los nobles y personas mas notables. Corria la voz al mismo tiempo de que se preparaba en Argel un desembarco de los moros en las costas valencianas. Con arreglo á las disposiciones de Fernando el Católico se pusieron sobre las armas los artesanos y las gentes del pueblo para prepararse á la defensa. Atribuíanse las calamidades que afligian á Valencia á la cólera divina irritada por los vicios que se cometian, especialmente el de sodomía, que miraba el pueblo con horror. El 7 de agosto, de 1519, predicando en la catedral un fraile francisco, tomó por testo lo horrendo de este pecado y el castigo que Dios enviaria á los pueblos que contasen en su seno á los manchados con el crímen que en la antigua ley hizo llover el fuego del cielo sobre las malditas ciudades de Sodoma y Go-

morra. Inflamóse el fanático celo de los oyentes consternados con las calamidades de la peste.

Concluido el sermon, corrieron á casa de un panadero á quien la voz pública designaba como mancillado con aquel delito, se apoderaron de él y lo arrastraron á la plaza de la catedral, donde hicieron una hoguera y lo quemaron vivo, rechazando la intervencion del clero que en procesion y con la hostia sagrada salió en vano á arrancarles su víctima. Al dia siguiente el gobernador don Luis Cabanillas, que se hallaba en Murviedro, vino á Valencia para instruir el proceso. Sucedió lo que acontece siempre, que cuando la masa de una poblacion ha tomado parte, no se obtiene prueba alguna contra los particulares.

Orgullosos los del pueblo con aquel triunfo, comenzaron á formarse en escuadras y armarse bajo el modelo de la *milicia efectiva*, creada por el cardenal Cisneros, y tomaron en su lenguage el nombre de la *santa germanía*, calificándose asi su asociacion ó hermandad. El pretesto que tomaron para esta asociacion, debia conciliarles, asi como su nombre, las simpatías de las gentes religiosas, y sobre todo de los frailes, de los que muchos se alistaron en ella. Proclamaron armarse contra los moros, proporcionándose asi el medio de alzarse contra los protectores de los moros, los nobles, á quienes odiaban de muerte.

Las clases del pueblo estaban en Valéncia tirani-

zadas por la clase noble, hacia algunos años. Habia el pueblo atesorado en el sufrimiento y en el silencio, caudal inmenso de ódio, porque era inútil toda queja, y escusada toda demanda de justicia. Las leyes no tenian ninguna fuerza, y el obispo Sandoval, al hacer una pintura de las vejaciones que los nobles hacian sufrir á los del pueblo dice: «*Si un oficial hacia »una ropa, los caballeros le daban de palos, porque pedia »que le pagásen la hechura: y si se iba á quejar á la jus»ticia, costábale mas la querella que el principal.*»

Estos agravios hubieran bastado para disculpar á la germanía, si se hubiese limitado á no ser mas que una asociacion para la reparacion legal de las injurias, por lo que muchas personas honradas y pacíficas adoptaron desde luego la idea de aquella hermandad ó cofradía. El gran vicio de las asociaciones populares, es que concluyen siempre por separarse de su objeto.

Una vez puesta la máquina en movimiento, las gentes aviesas y de malas pasiones se apoderan de su direccion. Muy á los principios comenzaron á descubrir su verdadero objeto. Al entrar los agermanados, juraban sostenerse mútuamente contra la nobleza, y sacrificar á este fin sus bienes y sus haciendas.

Un cardador anciano llamado Juan Lorenzo, á quien el pueblo miraba con singular deferencia, propuso en memoria de Cristo y de sus doce apóstoles, que se formase una junta de trece artesanos que dirigiesen todos los negocios para la defensa del reino

contra los moros, y del pueblo contra los nobles, obligándose todo miembro de la germanía á llevar sus causas y procesos al tribunal arbitral de los trece síndicos, sin apelar á los fueros del reino. Uno de los síndicos nombrados fué Guillen Sorolla, tejedor de lana, que debia de ser el alma de la germanía, hombre violento, de valor á prueba, y que no carecia de cierta habilidad. Sucedia esto á últimos de diciembre de 1519.

Alarmados los nobles, enviaron ocho comisionados al rey, que se hallaba en Barcelona, donde acababa de prestar juramento como conde de Cataluña, despues de haber jurado en Zaragoza los fueros como rey de Aragon, para suplicarle que viniese lo mas pronto posible á jurar los fueros de Valencia en persona, segun lo exigia su constitucion, porque su presencia sería la única capaz de restablecer el órden. Cárlos mandó que se congregáran las córtes de Valencia bajo la presidencia del cardenal Adriano, y que en ellas prestaria su juramento por medio de tres comisarios, no siéndole posible el ir personalmente á Valencia, por urgirle el ir á las córtes de Castilla en Santiago, y querer marchar inmediatamente á Alemania. Al mismo tiempo prohibió á los agermanados presentarse armados y celebrar sus reuniones sin permiso del gobernador. La germanía mandó tambien sus representantes al rey, haciendo ver la necesidad que habian tenido de armarse para evitar una inminente invasion de los moros, y ponerse á

cubierto de las injusticias y tropelías de los nobles. Sorolla aprovechó hábilmente esta ocasion, para hacer entender al rey que estaban resueltos á sostener su voluntad de prestar por comisarios su juramento en las Córtes.

Esta hábil maniobra valió á la germanía un privilegio en forma, una carta real fechada en Fraga, en que el rey la reconocia como asociacion regular y la facultaba para pasar en cada año cuatro revistas generales. Inmenso fué el efecto de este privilegio, cuya copia comunicó Sorolla activamente á todas las ciudades y villas del reino.

El cardenal Adriano, el vice-canciller don Antonio Agustin y el regente de la chancillería de Aragon, llegaron á Valencia para prestar el juramento de sus fueros en nombre del rey. La nobleza reunida en Córtes rehusó de acuerdo con el brazo eclesiástico, recibir á los delegados. Dos veces persistieron en su negativa los estamentos, á pesar de dos órdenes reiteradas del rey. El cardenal Adriano puso entonces en accion la germanía. Los agermanados prepararon una revista para el domingo 29 de febrero de 1520, á la que invitaron á los delegados del rey, el cardenal Adriano y el vice-canciller. Ocho mil agermanados desfilaron con su bandera desplegada, todos armados y gritando al pasar por frente de los régios comisarios *¡viva el rey!* El cardenal los aplaudia saludando graciosamente á la bandera de los tejedores que le recordaba su antiguo orígen y oficio. Al dia si-

guiente llevó su complacencia hasta recibir afable á una comision de los plebeyos que fueron á cumplimentarle. Las Córtes no se dejaron intimidar; no mostraron la debilidad y servil complacencia de que iban á dar un vergonzoso testimonio las Córtes de Castilla en la Coruña.

Los tres comisarios salieron de Valencia sin haber prestado en ellas el juramento á nombre del rey, y el cardenal Adriano marchó á Galicia á recibir de Cárlos el nombramiento de regente que debia ser ocasion de tantas revueltas.

A punto de embarcarse ya en la Coruña para Alemania, llegaron los comisionados de los nobles de Valencia y los enviados de la germanía con sus últimas súplicas al rey. Solicitaban los nobles un edicto para disolver la germanía: los agermanados aspiraban á tener en lo sucesivo las plazas de jurados ó regidores en el ayuntamiento de Valencia, para sí ó para los gremios á que pertenecian. El rey no decidió la cuestion; ofreció á los nobles nombrar un virey con plenos poderes, lo que hizo eligiendo á don Diego de Mendoza conde de Mélito, y dió al mismo tiempo á Juan Caro, representante de la germanía, una carta de recomendacion para el futuro virey de Valencia, á quien tres dias despues el mismo Cárlos dió por escrito opuestas instrucciones.

Conducta inconcebible en un monarca que en 7 de mayo recomendaba á los agermanados, y con fecha 10 del mismo mes reducia á la nulidad las pretensiones

que no se atrevió á negar franca y lealmente!!...

Entró en Valencia el 9 de mayo el nuevo virey. Las Córtes le prestaron juramento el mismo dia, pero reservando sus derechos por una protesta. La audacia de los agermanados habia crecido hasta el punto de que al hacer su entrada pública en Valencia el virey y acompañado de toda la nobleza dirigirse por el camino mas corto á la catedral, Guillen de Sorolla rodeado de los Trece y de gran número de agermanados cogió las bridas de la mula que montaba el virey, y le dijo: «*Los reyes y los príncipes no buscan atajos »en sus entradas solemnes.*» El audaz plebeyo marcó la ruta que habia de seguir el representante de uno de los monarcas mas poderosos del mundo y aquella ruta se siguió. Sorolla reclamó del virey la entrada de dos jurados de la clase plebeya, fundado en la carta del rey. El virey queria negar su peticion; Sorolla amenazó con que habria dos jurados plebeyos, ó la sangre inundaria el pavimento de la Casa de la ciudad. El dia 26 de mayo se hizo la eleccion y resultaron nombrados los indicados por los Trece y sin un solo voto los propuestos á nombre del rey. El virey rehusó ratificar la eleccion, empero los nuevos jurados entraron en el ejercicio de sus funciones. En aquel mismo dia para celebrar su triunfo hizo la Junta de los trece un alarde de sus fuerzas pasando una gran revista y desfilando por delante del palacio del virey, sobre cuyas puertas dispararon insolentemente algunos arcabuzazos.

El éxito que iban obteniendo las pretensiones de los agermanados y la publicacion de la carta real de 7 de mayo, en que se anunciaba y recomendaba al virey la germanía, hizo que se levantaran en su favor casi todos los pueblos de Valencia. Játiva se alza, Murviedro sigue el movimiento, forma su junta y asalta su castillo donde se habian refugiado los nobles, pasándolos bárbaramente á cuchillo, sin respetar á sus inofensivas mugeres ni á los inocentes niños. La lucha quedó francamente declarada entre el pueblo y la nobleza. Los nobles para atender á su propia defensa nombraron veinte representantes, que con omnímodo poder proveyesen á la seguridad de todos. Asi la fuerza popular de los Trece y la de los nobles se colocaron frente á frente.

El menor pretesto iba á hacer correr arroyos de sangre en la hermosa ciudad del Cid. Los agermanados lo buscaban y lo hallaron pronto. Iba á espiar en el patíbulo un criminal sus delitos por sentencia del tribunal y órden del virey. Sorolla y sus parciales lo arrebatan á la justicia á pretesto de que no ha sido condenado segun los fueros, y lo conduce á la catedral á pretesto de ser tonsurado. Ataca á la cabeza de tres mil agermanados el palacio del virey, resuelto á apoderarse de su persona. No logra su intento por la heróica resistencia que hace la guardia, y entonces se esconde y hace que sus amigos propalen la noticia de que el virey lo habia hecho asesinar secretamente. No conoció entonces límites el furor popular,

cercaron el palacio y con frenéticos gritos amenazaban matar al virey y á cuantos nobles con él se hallaban si no parecia Sorolla. El obispo de Segorbe descubre el sitio donde se oculta, le busca, se arroja á sus pies que baña de lágrimas, y le conjura á que con su presencia evite las calamidades que van á caer sobre la ciudad. El feroz agermanado cede al llanto del anciano prelado, monta á la grupa de su mula, se presenta en el sitio del combate y el pueblo como por encanto depone las armas á los gritos de *¡Viva el rey! ¡Viva Sorolla!*

Los tres dias que habia durado el tumulto, acobardaron de tal modo al virey conde de Mélito que, aprovechando el momento de la espansion popular por haber parecido Sorolla, huyó secretamente de Valencia (6 de junio) fué despues á Concentaina y de allí á Játiva, á cuyo castillo se retiró el 23 de julio, empero espulsado tambien por los plebeyos pidió un asilo al duque de Gandía que mantenia en órden su distrito.

Con la cobarde retirada del virey, quedó abandonada Valencia á los Trece, y los nobles y sus familias tuvieron que huir á buscar un asilo en los pocos puntos qne no habian alzado el pendon de la germanía. Morella, así como en Castilla Simancas habia sido el único pueblo que se habia sostenido contra las comunidades, resistió los halagos, las persuasiones y hasta las armas de los agermanados. Habia jurado, y lo cumplió, permanecer fiel al rey, por lo que el rey

escribió á Morella desde Aquisgram dándole las gracias (en 22 de octubre de 1520).

Era tal la anarquía de Valencia y los crímenes que se cometian, que los mismos Trece comenzaron á ver que eran instrumentos de algunos malvados y que no eran bastantes á reprimir al pueblo, y trataron de entablar negociaciones con el virey. El conde de Mélito asustado de la situacion que habia creado su debilidad é impericia, no tenia la conciencia de su verdadero poder, temia comprometerse en todo y asi rechaza las escitaciones de los nobles para la resistencia, como los avances que para una avenencia le hacian los Trece.

Al fin llamó á la nobleza á Valdigua (17 de agosto.) Acude ésta, forma un ejército, y en vez de lanzarse con ella á campaña, envia á Alemania una diputacion al rey para pedirle instrucciones. Mientras se iba tan lejos á buscar un remedio urgente, pasóse el resto del año y los cuatro primeros meses del siguiente 1521. Los agermanados habian variado la administracion pública, repartídose los cargos y empleos, y habian establecido el reinado del terror.

Un secretario del rey viene al cabo de tanto tiempo á anunciar desde Alemania las órdenes severas del rey emperador. Tiene que huir á escape de Valencia el 29 de abril donde habia sido recibido á pedradas.

Despejábase la situacion; los agermanados se declaraban francamente enemigos del rey. La nobleza

iba á combatir por el trono, y al mismo tiempo por su seguridad. Los moros de Valencia dependian de los señores, y dejando la azada y el arado con que cultivaban las tierras, empuñaron la pica y el mosquete para defender á sus amos, y formando numerosos cuerpos, acudieron á oponerse á la devastacion que en pós de sí llevaban las improvisadas huestes de los artesanos, cardadores y pelaires de Valencia.

Llega al mas alto punto la exasperacion contra los moros; estalla en Valencia con violento tumulto á la vista de los dos cadáveres de dos agermanados que se encontraron ahogados en las acequias de Murviedro, y cuya muerte se les atribuye; ármase el pueblo, recorren los frailes las calles con un crucifijo en la mano, predicando la guerra santa contra los infieles, y se saca la bandera que se enarbolaba en las lides contra los musulmanes colocándola sobre la puerta de Serranos. Saquean el barrio de los moros y los Trece con seis mil sicarios se resuelven á tomar la ofensiva.

El carpintero Miguel Estelles marcha sobre Morella para hacerla entrar en la germanía; el terciopelero Vicente Peris se dirige á atacar el ejército de los nobles que el virey habia reunido en Valdigua. Los dos para justificar el título de *Santa Germania* proclaman que van á esterminar á los moros ó á hacer que reciban el bautismo.

Estelles intima en vano su sumision á Morella, es derrotado en su retirada por don Alonso de Aragon,

duque de Segorbe, cae prisionero y es descuartizado.

Peris marcha sobre el ejército del virey: á su vista, éste tan poco militar como politico vacila, y se retira el 22 de julio á la fortaleza de Gandía. Al fin sale de ella el 25 y presenta la batalla. En medio de ella es abandonado por la artillería castellana que se pasa al campo enemigo, y huye precipitadamente á Denia, y los nobles ó se retiran á sus castillos ó se internan en Castilla.

Gandía es ocupada por los agermanados; los moros pagaron muy caro el valor, la fidelidad que habian mostrado en la batalla: sus casas fueron saqueadas, incendiadas, violadas sus mugeres é hijas, y en medio de los escombros de sus casas y sobre los cadáveres calientes aun de sus familias, se arrodillaron para recibir el bautismo á cambio de la vida. Los agermanados ébrios de sangre hacian el oficio de sacerdotes pronunciando las palabras sacramentales rociándolos con escobas y ramas mojadas en el agua de las acequias.

Los agermanados se derramaron por todo el pais, saqueando y bautizando á las poblaciones moriscas, que no tenian mas delito que ser vasallos de sus enemigos. En algunas partes desplegaron una atrocidad sin ejemplo. Seiscientos moros se defendian en el castillo de Polop con heróica resistencia, y solo por el hambre capitularon con las tropas del feroz Peris, bajo las garantías de sus vidas y la conservacion de sus bagajes. Fiados en la capitulacion bajaron desarma-

dos al llano donde recibieron por aspersion el sacramento del Bautismo. Terminada la ceremonia se arrojaron sobre ellos los agermanados cuando se preparaban á marcharse, diciendo, segun cuenta Escolano en sus Décadas de Valencia: *«que jamás estarian mejor »preparados para morir, y que aquello era echar almas al »cielo y dineros en sus bolsas.»* En un instante fueron asesinados los seiscientos moros.

Peris volvió á Valencia desde Polop dejando tras de sí el castillo de Orihuela cuando se hallaba ya próximo á rendirse á los plebeyos, falta que cometió por el temor de verse desobedecido de sus indisciplinadas huestes.

Mientras pasaba esto al otro lado del Júcar, el duque de Segorbe, cuyas fuerzas consistian principalmente en la infantería morisca, en número de cuatro mil hombres y en mil quinientos peones cristianos á lo mas, con una pequeña tropa de caballeros, saliendo de su campo de Almenara marchó al encuentro de los agermanados de Murviedro, mandados por el mesonero Juan Sison. Les presentó la batalla, que perdida en un principio por haber huido la caballería de los señores, fué ganada por la firmeza de la infantería mora, que dejó sembrado de cadáveres el terreno, y rechazó á Sison, que á pesar de haberse conducido cual hábil y valiente capitan, esperimentó la suerte de los gefes populares que no vencen, siendo acusado por los suyos de traicion y asesinado á su vuelta á Murviedro. Cara costó la vic-

toria de Almenara al duque de Segorbe, porque habia perecidó casi toda la infantería mora, y tuvo que retirarse condenado á la inaccion, á Nules.

El aspecto que iban tomando desfavorable á la causa del pueblo, los sucesos de las comunidades de Castilla, influyó poderosamente en los destinos de la germanía de Valencia.

El duque de Gandía se avistó con el condestable y el almirante de Castilla, á quien el rey con el cardenal Adriano acababa de nombrar nuevamente regentes de aquel reino. Comprendieron los nuevos gobernadores, que aun cuando eran bastante terribles los comuneros, su poder sería irresistible el dia en que pudieran contar con la activa cooperacion de los agermanados de Valencia. El marqués de los Velez, virey de Murcia, invadió el reino de Valencia por sus fronteras meridionales. Se apoderó sucesivamente de Aspe, Crevillente y Alicante, y para socorrer el castillo de Orihuela batió á los agermanados que osaron presentarle la batalla el 20 de agosto, ahorcando á su caudillo el escribano Pedro Palomares y á los trece que formaban la junta de la ciudad de Orihuela.

Las rápidas y contínuas ventajas del marqués de los Velez, exàsperaron en Valencia á los mas revoltosos y díscolos, empero el partido de los hombres de bien, comprimido hasta entonces, alzó la cabeza. Algunos plebeyos que no habian tomado parte en los desórdenes, que temian verse envueltos en la comun

ruina de su partido, tuvieron bastante fuerza para hacer llamar á Valencia como único medio de salvacion al infante don Enrique de Aragon, padre de aquel duque de Segorbe que desde su retiro de Nules habia avanzado ya á sitiar á Murviedro. El infante aceptó su proposicion; llegó el 20 de setiembre á Valencia, y se alojó en el palacio del arzobispo.

Nació con su llegada una escision entre los partidarios de Sorolla, y Peris y los miembros mas inofensivos y honrados de la germanía. Crecieron los desórdenes y la confusion. Peris que osaba apellidarse *capitan general*, se colocó frente á frente del infante.

En el dia 9 de octubre, en que se celebraba en Valencia el aniversario de su gloriosa conquista por don Jaime I de Aragon, escitó Peris un tumulto, y como las cosas mas leves sirven de pretesto para las grandes revoluciones, al ver á unos muchachos que jugaban en la calle de Caldereros, inmediato al cuartel de los moros, con un cuadro viejo de un San Miguel hollando bajo sus plantas al dragon infernal, y que con aire amenazador y marcial continente lo paseaban, les arrebata el cuadro, y arrastrando tras de sí al pueblo, fué á colgarle en la única mezquita de Valencia. Los frailes y eclesiásticos de la germanía proclamaron que en aquel acto se mostraba visiblemente el dedo de Dios; bendijeron inmediatamente la mezquita destinándola al culto, y hoy es la iglesia de San Miguel. El pueblo invadió despues las casas de los moros, y como habia hecho en Gandía, Polop y tantas

otras partes, mezcló el agua santa del bautismo con la sangre. Las mismas manos vertieron una y otra, retirándose satisfechos de haber convertido de este modo al cristianismo á los que no habian tenido el valor suficiente para arrostrar el martirio por la religion de su falso profeta.

En tanto Murviedro se rendia y entraba en ella el 16 de octubre el virey conde de Mélito con el duque de Segorbe. Desde allí amenazaba á la capital, mientras por otro lado el marqués de los Velez, el de Moya y los señores de Albatera y de Mogente, con siete mil infantes y ochocientos caballos, avanzaban sobre la misma.

Sorolla y Peris abandonan la ciudad y se retiran á mantener aun la guerra en el valle de Júcar, situándose en Alcira. Valencia en tanto capitula el 18 de octubre, y trece dias despues entra el virey conde de Mélito en el palacio que tan vergonzosamente habia abandonado. El ejército quedó acantonado en los pueblos de la comarca. Los auxiliares castellanos se portan como enemigos, y tratan á los moros como pudieran haberlo hecho los agermanados.

Alcira y Játiva alzaban todavía rebeldes la bandera de la germanía. Marchaba contra la primera el virey; la asedia inútilmente durante veintidos dias, y rechazado, va á buscar mejor fortuna á Játiva, donde tampoco es mas próspera su suerte. Bloquea á Játiva, y á pesar de ocho mil hombres y un buen tren de batir, no da ni un solo asalto. Es tan inepto,

que se deja engañar por el astuto Sorolla que le ofrece entregar la ciudad á su hermano el marqués de Cenete, si se retira el ejército. Con esta simple convencion verbal, se retira á Montesa, y el hermano del virey, cuando se presenta para apoderarse de la plaza, es hecho prisionero, á pesar de haberse defendido briosamente, por la deslealtad de los agermanados. Valencia á una voz reclama contra aquella traicion, y hasta los plebeyos mismos y Sorolla pone en libertad al marqués de Cenete.

El terrible Peris sale de Játiva con alguna gente, y se dirige á Valencia á reanimar á sus parciales. A pesar de una columna de cien caballos, que ronda por las afueras de la ciudad, para prenderle ó impedirle la entrada, logra introducirse una noche en ella el 18 de febrero de 1522, Se instala tranquilamente en su propia casa, en la calle de Gracia, convoca á sus parciales, medita los planes de volver á establecer su dominacion en Valencia, y juran estos morir por defenderle. Cinco mil hombres pone el gobierno sobre las armas, y divididos en tres cuerpos, atacan simultáneamente por diferentes puntos la calle en que vivia Peris. Penetran las tropas del rey á un tiempo en la calle de Gracia, y una espantosa lluvia de piedras, de muebles y de agua hirviendo, les arrojaban las mugeres, que desde las ventanas caia sobre los soldados.

Despues de tres horas de combate, llena la calle de muertos, heridos y moribundos, llegan á la casa

los soldados y la incendian. Al ir á salir Peris entre las llamas, fué muerto por uno de los grupos del pueblo, y arrastrado su cadáver es colgado en la horca en la plaza del Mercado, y cortada su cabeza, colocada primero en una ventana y clavada despues en la puerta de San Vicente. Diez y nueve compañeros mas del feroz Peris fueron ahorcados en las cárceles secretamente en aquel dia, y colocados despues sus miembros en los caminos reales. Fué arrasada hasta en sus cimientos la casa de Peris, y su solar es hoy la plazuela de Galindo.

En este dia puede decirse que terminó la germanía en Valencia, no obstante que aun continuaron por algun tiempo los encuentros y combates entre las tropas reales y los agermanados. En todas estas espediciones se distinguieron los moros, especialmente los de la baronía de Cortes. Dos veces se presentaron los agermanados en campo raso, y dos veces fueron batidos: el 15 de abril, en Carlet, y el 2 de setiembre, en Bellus. Con esto, y los refuerzos que el emperador, vuelto ya á España, envió al virey, y con sus órdenes terminantes, tornó á comenzar el sitio de Játiva, cuando se hallaban solas las mugeres en la poblacion, el 6 de setiembre de 1522, hicieron tan varonil defensa, que dieron tiempo y lugar á que volvieran los agermanados, que andaban recorriendo la comarca. El famoso Guillen Sorolla cayó en manos del virey, entregado por un moro, vasallo de un noble, que sin dnda quiso vengar asi las persecu-

ciones terribles que habian sufrido sus hermanos. Fué ahorcado en Játiva, el 18 de noviembre, y dos dias despues se rindió el castillo de aquella ciudad. Privada Alcira del apoyo de Játiva, imitó su ejemplo. Perecieron en el cadalso la mayor parte de los gefes de la germanía, habiendo costado mas de catorce mil víctimas esta temeraria rebelion á los artesanos y plebeyos de Valencia. La clase popular sucumbió en Castilla y en Valencia, y en ambos reinos quedó poderoso el trono, y prepotente la nobleza.

Los moros que con tanta lealtad habian servido el partido del rey, iban á ver renovar de un modo mas cruel, despues de terminada aquella sangrienta y porfiada guerra, las llagas que esperaban con fundamento cicatrizase el poder vencedor del monarca.

VIII.

PROSCRIPCION DEL ISLAMISMO EN VALENCIA.—INSURRECCION.—TERMINA LA GUERRA Á LAS IDEAS, Y COMIENZA Á LOS USOS Y COSTUMBRES.

A mas de diez y seis mil ascendia el número de los moros bautizados por los agermanados de Valencia, á quienes estos habian colocado entre el hacha del verdugo y el agua sacrosanta del bautismo. Los moriscos bautizados así, no eran verdaderamente cristianos, conservaron apego á las prácticas musulmanas, y continuaron ejecutándolas bajo la tolerancia de los caballeros y nobles de quien habian sido tan decididos defensores, pagándoles dobles tributos á cambio de no renunciar á sus creencias. El emperador Cárlos V, cuyas ideas eran favorables á la propaganda religiosa, quiso someter á la opinion del pon

tífice y de los teólogos españoles la cuestion de la validez del bautismo conferido á los moros por los agermanados de Valencia. El papa Clemente VII ocupaba entonces la silla de San Pedro. A ella habia sido elevado el 19 de noviembre de 1523. La influencia del emperador era grande con la silla apostólica, así es que el 12 de mayo de 1524, á instancias del embajador español en Roma, el duque de Sesa, firmó el papa una bula relevando al rey de sus juramentos, invitándole á ocuparse de la conversion de los moros de la corona de Aragon, no obstante los fueros de Monzon, confiriéndole el poder de reducir á esclavitud á los moros si se negaban á abrazar el cristianísimo. *Elapso termino, servi tui sint et esse intelligantur*, decia la bula. Familias enteras de moros, escarmentadas con los desmanes de las germanías, y recelosas de un mas triste porvenir, habian emigrado al Africa. Solo en el año 1523 habian salido cinco mil familias. Aplazó el rey la cuestion de proceder contra los moros que no se convirtiesen al cristianismo, para resolver antes la de si debia considerarse á los bautizados por los agermanados como cristianos ó como moros.

En febrero de 1525, se reunió en el convento de San Francisco de Madrid una junta compuesta inquisidor general, de los miembros de los consejos de Castilla y de Aragon y de algunos teólogos. Veinte y dos sesiones celebró la junta. A la última asistió el emperador Cárlos V. Todos contestaron afirmativa-

mente no influyendo poco para esta decision la opinion personal de Cárlos V; sin embargo, no bastó á mudar el parecer del sábio fraile gerónimo Jaime Benet, que por espacio de treinta y ocho años habia ocupado con grande gloria de las ciencias y utilidad de la Iglesia una cátedra de derecho canónico en la universidad de Lérida, el que sostuvo con inflexible lógica y con las doctrinas mas puras de la Iglesia la nulidad de aquellos forzados bautismos diciendo, que el reputar á los moros asi bautizados como cristianos era el medio de considerarlos despues como apóstatas. Fray Jaime Bleda, que ha escrito una obra titulada *Defensio fidei in causa neophitorum sive Moriscorum Regni Valentiæ, totiusque Hispanie*, rebuscando cuantas argucias puede sugerir el mas inconsiderado fanatismo, sostiene la validez del sacramento, porque para sustraerse á sus efectos era preciso pronunciar, nó mental sino abierta y claramente estas palabras, «no quiero» *nolo*, y los moros no la habian pronunciado. Verdad es que el hierro de los verdugos no les hubiera dejado acabar de articular esta palabra!!...

Triunfaba el sistema de intolerancia inaugurado por la política del cardenal Jimenez de Cisneros. En 4 de abril de 1525 espidió el emperador una real cédula declarando válido el bautismo impuesto á los moros en tiempo de las germanías y envió á Valencia al obispo de Guadix, comisario del inquisidor general con otros dos eclesiásticos, para que confirmasen á los cristianos moros de Valencia, y reconcilia-

sen sin imponer penitencia alguna á los apóstatas arrepentidos, y bautizasen á sus hijos. Adjudicó al culto católico las mezquitas en que se hubiese celebrado el sacrificio santo de la Misa. El obispo de Guadix, don Gaspar de Abalos y los dos eclesiásticos que le acompañaban, los famosos predicadores el franciscano fray Antonio de Guevara y el dominico fray Juan de Salamanca, llegan el 10 de mayo á Valencia, y el 14 publican desde el púlpito, pregonan y citan por carteles á todos los moros para que acudan á reconciliarse y á gozar de la amnistía real en el término de treinta dias imponiendo la pena de muerte y confiscacion de bienes á los rebeldes y contumaces. Los dos predicadores recorrieron todos los pueblos de Valencia, y los nuevos cristianos al ver que se les reconciliaba con la Iglesia sin penitencia, acudian en tropel á los comisarios, que daban la absolucion á los apóstatas, bautizaban á sus hijos y pasaban de largo sin instruirlos en el catecismo. En cuatro meses y medio fueron visitados todos los pueblos y aldeas de un reino tan dilatado como Valencia, por aquellos dos celosos predicadores que volvieron á entrar en la capital el 28 de setiembre.

Habia llegado el momento en que el emperador Cárlos V, queria usar de la bula que le habia concedido Clemente VII. Habia dado el 13 de setiembre una real cédula para obligar á todos los moros de Valencia á abrazar el cristianismo. Invitaba en ella á los moros á no luchar contra los designios de Dios, á cuya

inspiracion divina atribuia su resolucion, prometiendo tratarlos como cristianos si obedecian, y castigarlos severamente de lo contrario, empero sin espresar los premios y los castigos. Los tres comisarios de la Inquisicion y del Rey, hicieron saber el 8 de octubre á todos los pueblos que les concedian el término únicamente de diez dias para deliberar, pasado el cual cesarian en el lenguaje de la persuasion, mandando entretanto que ningun musulman se apartase de su domicilio, bajo pena de ser reducido á esclavitud.

Pasaron los diez dias y no respondieron los moros. Aprestábanse, no á recibir el bautismo, sino á huir, vendiendo por cualquier precio sus bienes y muebles.

Un edicto de 21 octubre, prohibió toda venta á los moros.

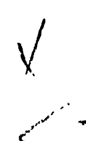
El 16 de noviembre, se promulgó la cédula del rey que abolia definitivamente el culto mahometano. Mandaba en ella el rey á los señores bajo su responsabilidad y bajo pena de la confiscacion de sus bienes, desarmar á los moros sin dejarles mas que un cuchillo sin punta, inventariar sus armas y entregarlas á los comisarios bajo pena al moro que las usase, de cien azotes y la esclavitud; que en el término del tercero dia se cerrasen todas las mezquitas y no pudiesen practicar, ni en público ni en secreto, ceremonia alguna de su antiguo rito; que llevasen en sus sombreros los moros, el distintivo de una media luna azul; que fuesen obligados á asistir á todas las solemnidades religiosas, y concurrir á los sermones de sus parro-

quias, y que no trabajasen los domingos. La infraccion de cada uno de estos artículos, escepto la de trabajar en domingo que solo se castigaba con una multa, tenia sus penas particulares, ademas de la esclavitud.

Al dia siguiente los inquisidores de Valencia, publicaron un decreto dado el 3 de noviembre en Toledo por el inquisidor general, que se llamó el edicto de la *delacion*. En él se mandaba bajo pena de escomunion reservada, que toda persona delatase á su tribunal á los que faltasen á cualquiera de estos mandamientos. El 25 de noviembre se publicó por último solemnemente un edicto mandando que todos los moros, hombres, mugeres y niños, no bautizados, debian salir del reino de Valencia para fines de diciembre; de toda España para últimos de enero del siguiente año de 1526, bajo pena de esclavitud, debiendo de embarcarse precisamente en el puerto de la Coruña. Se les marcaba el itinerario que debian seguir por Requena, Utiel, Madrid, Villafranca y la Coruña. Dice Escolano en sus Décadas de la historia de Valencia, que el objeto de esta medida de inconcebible rigor, en los detalles de su ejecucion, era el que no «se quedasen en las fronteras de Africa y que consu«mieran en tan largo camino el dinero que llevaban, «cuando no tuviera el de que con algun movimien«to, dieran ocasion á que los degollaran en Castilla.»

Dos dias despues, los comisarios publicaron escomunion reservada y una fuerte multa contra

cualquiera persona que, requerida por ellos, no les prestase auxilio, y conminaron al mismo tiempo con la multa de cinco mil ducados á cualquier señor que conservase en sus tierras y posesiones un solo moro, pasado el 31 de diciembre.



Estas medidas llenaron de estupor á los moros, redujeron al silencio á sus protectores. Acudieron en tamaño apuro los moros á la reina doña Germana, lugarteniente y gobernadora del reino de Valencia, que habia sucedido al conde de Mélito, para que les autorizase para enviar una embajada al emperador. Germana de Foix, la ilustre viuda de Fernando el Católico, que tenia los nobles sentimientos de este gran rey, les firmó un seguro el 19 de setiembre; y doce síndicos de las aljamías se presentaron en Toledo delante de Cárlos V. A su primera demanda, de que les diese cinco años de tiempo para hacerse cristianos, ofreciendo asistirle con cincuenta mil ducados, respondió ásperamente el emperador, que él los daria de buen grado porque acelerasen su marcha. Limitáronse entonces á pedir la facultad de embarcarse en Alicante, y tambien les fué negado, á pretesto que desde allí pasarian fácilmente á Africa. Conociendo la necesidad de abrazar el cristianismo, pidieron que en ese caso no pudiese juzgarlos en cuarenta años el tribunal de la Inquisicion. Cárlos V se negó tambien á esta condicion, remitiéndoles al inquisidor general, prorogándoles por toda gracia el plazo de su salida hasta el 15 de enero. Al salir del

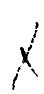
alcázar real de Toledo, se dirigieron al inquisidor general, el arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique. Este prelado acogió las demandas de los moros con la mayor afabilidad. Se constituyó en su abogado con el rey, y obtuvo de él mas que habian osado pedirle los delegados de la poblacion musulmana. Les prometió el 16 de enero en contestacion á un memorial que le habian entregado, que la Inquisicion los trataria como á los moros nuevos de Granada, á quienes no se perseguia sino por apostasía formal, y debidamente probada. Prometia que el legado del papa revalidaria los matrimonios incestuosos, contraidos segun la ley musulmana; que tendrian cementerios separados, y segun su conducta se les concederia ó negaria el permiso de salir de sus pueblos los domingos, tolerándose durante diez años todavía el uso de la lengua árabe y las vestiduras moriscas. En órden á la administracion temporal, el emperador revocaba la órden del desarme, nivelándolos en las cargas y contribuciones con los cristianos viejos, haciendo que las universidades moriscas de Valencia, Játiva, Alcira, Villareal y Castellon de la Plana, continuasen administrando sus bienes separadamente, sin contribuir á los gastos municipales.

Llevaron los comisionados esta contestacion á Valencia, y ora movidos por el cambio favorable é inesperado de su suerte, ora convencidos de la imposibilidad de resistir, la mayor parte de los moros se pre-

sentaron á los comisarios, que los bautizaron solemnemente usando de la aspersion con el hisopo, por ser tan crecido número que no era posible hacerlo de otro modo. Solo fray Antonio de Guevara, dice en sus *Epistolas aureas y familiares*, haber dado el bautismo á veinte y siete mil casas de moros.

Los moros de Benaguacil, no cedieron tan facilmente á los deseos del emperador, cerraron la puerta á los comisarios eclesiásticos, se fortificaron en su villa y corrieron á unirse con ellos los vecinos de los pueblos inmediatos. Menester fué que el gobernador de Valencia con dos mil hombres y artillería, fuese á reducirlos. Rindiéronse despues de un sitio de un mes el 15 de febrero de 1526, sometiéndose á recibir el bautismo y pagar en vez de la pena de confiscacion y esclavitud, en que habian incurrido, una multa de doce mil ducados. Muchos lograron sin embargo fugarse y llegar á la sierra de Espadan, una de las mas considerables de la cadena de montañas que separa los reinos de Aragon y de Valencia.

Alli acudieron cuantos moros querian conservar la fé del profeta. Mas de cuatro mil hombres, decididos á morir peleando, se reunieron en las gargantas de aquella áspera sierra. Arrojaron el guante al emperador Cárlos V, nombrando para llevar la corona de Abder-Rahman y de Jacouf á un labrador vecino de Algar, llamado Carbaio, que aceptó sin vacilar aquel peligroso puesto, cambiando su nombre por el de Selim Almanzor *(el victorioso)*.



Fortificó en escalones todas las laderas de la sierra, cortó peñascos, labró lo que llamaban galgas y muelas para derrumbarlas por las cuestas abajo; multiplicó los obstáculos hasta lo infinito y erizó de fortificaciones aquella áspera comarca. La lentitud del gobierno de Valencia, le dió tiempo para perfeccionar todas estas obras con la poca gente que tenia. Faltaban soldados al poderoso monarca que llenaba la Europa con la fama de sus triunfos, y hubo necesidad de tomar dinero á préstamo; reembolsable despues de la victoria con los productos de los bienes confiscados á nombre del emperador que disponia de las minas de Mejico y del Perú.

Con este empréstito se levantaron tres mil infantes á los que se reunió la nobleza del pais al mando del duque de Segorbe, y marcharon á atacar á los moros, en sus rudas fortalezas. En el primer asalto que intentaron (abril 1526), recibieron tanto daño los cristianos con las piedras y muelas que desde lo alto de los riscos sobre ellos se desgajaban que tuvieron que retirarse á Segorbe con pérdida de sesenta hombres y doscientos heridos.

Murmuraban los soldados del duque suponiendo hacia flojamente la guerra, porque la mayor parte de los rebeldes eran sus vasallos. Esta idea y el terror que inspiraron al ejército las enormes piedras rodadas desde lo alto de los picos inaccesibles disgustaron á todos. El ejército se desbandó, el duque se retiró á sus tierras, y los nobles se volvieron á Valencia.

Selim Almanzor prepara las brechas de su agreste fortaleza, arranca nuevos peñascos para precipitarlos sobre nuevos enemigos, y aprovecha la retirada de los cristianos que malgastan un tiempo precioso en Valencia en consejos inútiles de guerra, para bajar á los pueblos inmediatos á la sierra á buscar bastimentos y sacar recursos en el valle de Mijares. En una de estas escursiones, acompañadas siempre de la devastacion, entró Selim en el pueblo marítimo de Chilches, saqueó las casas, degolló á cuantos vecinos cristianos no pudieron huir, destruyó la iglesia y arrebatando sus alhajas y copon con las sagradas formas, se las llevó á lo alto de sus montañas.

Grande fué, indecible, la consternacion que se apoderó de Valencia á la noticia de este sacrílego crímen. Al ver la hostia santa en manos de los moros todos quisieron correr á la sierra de Espadan á rescatar el precioso cuerpo de Jesucristo. El clero, á quien no se permitió, cual deseaba, ir á la guerra, se limitó á las oraciones como Moisés cuando Josué combatia á los enemigos del pueblo de Dios. Los altares se cubrieron de luto cual en la Semana de Pasion, y en todas las iglesias del arzobispado solo se emplearon los ornamentos negros en todos los oficios divinos. Cerráronse los tribunales, se desplegó el estandarte de la ciudad al lado del de la cruzada, y acompañadas de una pompa lúgubre se fijaron estas banderas en la puerta de Serranos. Hiciéronse cuantiosos donativos para allegar fondos, y

numerosos voluntarios agregados á la multitud de nobles y señores de todo el reino formaron un entusiasmado ejército.

El saqueo de Chilches se habia verificado á últimos de mayo, el dia 1.º de julio seis mil voluntarios se acampaban alrededor de la sierra de Espadan. El duque de Segorbe se puso á la cabeza de esta espedicion, batió á los moros que andaban fuera de la montaña, los persiguió hasta hacerlos replegar á la sierra de Espadan, cogiéndoles un botin de valor de 30,000 ducados. El legado del papa Clemente VII concedió desde la córte, á nombre del soberano pontífice, indulgencia plenaria á cuantos tomasen parte en la guerra contra los moros de Espadan.

Dos meses pasaron los cristianos trepando con el mayor entusiasmo por aquellos cerros y bajando los mas rodando mezclados con las enormes peñas que los moros arrojaban desde la cumbre, sin poder ganar las trincheras de aquella sierra tan vasta, enriscada y fortalecida. El duque de Segorbe, que veia estrellarse su reputacion militar ante aquellas rocas, y que oia atribuir á tibieza lo que era deseo de evitar pérdidas inútiles, pidió al emperador diese órden para que un cuerpo de alemanes que habia traido de los Paises Bajos y que iban á embarcarse para Italia se reuniesen al ejército valenciano.

El 17 de setiembre llegaron tres mil alemanes al campo de los valencianos, conducidos por el céle-

bre coronel Rocandolf, y á la mañana siguiente se apoderaron de una sierra contrapuesta á la de Espadan y que servia como de paso para ella. Selim no les esperaba por aquel lado y lo abandonó despues de una corta resistencia, tomando desde entonces aquel punto el nombre de *Montaña de los Cristianos*. El duque de Segorbe con el apoyo de la posicion tomada resolvió dar una batida general á la sierra por cuatro diferentes puntos á un tiempo, dividiendo todas sus tropas en cuatro cuerpos.

Al amanecer del 19 de setiembre las tres columnas españolas y la alemana se ponen en movimiento. Diez mil cristianos trepaban á la vez por aquellas ásperas montañas para someter á los moros que con los anteriores ataques se habian reducido á tres mil. Parecia que la montaña se hundia y desmoronaba. Las piedras rodando abrian brecha en las filas cristianas que inmediatamente eran cubiertas con nuevos guerreros pero que daban tiempo á los moros para replegarse. Cada posicion costaba un nuevo combate. Peleábase con igual ardor por ambas partes, los cristianos no daban cuartel, los moros tampoco lo pedian. De posicion en posicion fueron retrocediendo los moros hasta el castillo que tenian en la cumbre donde se hallaron concentrados. Las cuatro columnas cristianas llegaron al mismo tiempo y entonces comenzó una horrible escena de matanza y carniceria. Selim Almanzor pereció con las armas en la mano, dos mil moros quedaron muertos, otros precipi-



tándose por la sierra huyeron á la Muela de Cortes. donde mas adelante se rindieron el 10 de octubre. Cara costó la victoria á los cristianos porque dejaron tendidos en el campo considerable número de muertos y heridos, entre ellos muchos nobles y caballeros. El botin de esta victoria, vendido despues públicamente, valió 200,000 ducados. El ejército vencedor hizo su entrada en Valencia, paseó triunfante sus calles para ir á depositar el estandarte de la ciudad en el ayuntamiento, y el de la cruzada en la catedral. Los alemanes se embarcaron pocos dias despues para Italia. Se mandaron bautizar los pocos moros que aun quedaban sin recibir el agua santa y se quemaron como en otro tiempo en la plaza de Bibarrambla de Granada todos los libros árabes en la del Mercado de Valencia.

Al mismo tiempo que se agitaban los moros valencianos intentaron tambien sublevar el reino de Aragon y tomaron las armas los de Villafeliz, Ricla, Calanda, Muel y otros puntos. Fueron reducidos al cristianismo por el mismo sistema adoptado en Valencia: se les hizo optar entre la espulsion sin medios para vivir en otra parte y el bautismo. En vano el conde Ribagorza y otros señores aragoneses representaron al monarca el ningun peligro que ofrecia la permanencia de los moros y lo útiles é indispensables que eran para la prosperidad del pais. Cárlos V permaneció inflexible. En el año 1526 desaparecieron en todas las provincias de España los signos esterio-

res del islamismo. Los moros no fueron ya conocidos bajo este nombre, sino que en todos los actos oficiales y en todos los documentos públicos se les llamó *cristianos nuevos ó moriscos.*

Triste fué su condicion: como cristianos nuevos la Inquisicion tenia siempre fijo sobre ellos su ojo vigilante, como sospechosos de heregía; como moriscos el pueblo los odiaba viendo en ellos á sus enemigos.

Era imposible su fusion con el pueblo español. Los descendientes de Muza y de Tarif estaban condenados al esterminio, ni el signo santo de la religion que á la fuerza se habia estampado sobre su frente debia bastar á salvarlos. Habia concluido una persecucion é iba á abrirse otra. Habia terminado la guerra á las ideas, iba á comenzar la guerra á los usos y á las costumbres, á la intolerancia de las pasiones religiosas iba á unirse la intolerancia de la civilizacion europea.

Los moros de Granada no habian sido menos fieles al emperador Cárlos V que lo habian sido los de Valencia. No debian tampoco ser mas felices en la recompensa á su lealtad. Cuando los comuneros en Castilla tremolaron el estandarte de la libertad, y los agermanados de Valencia, se levantaron contra la nobleza, se conmovió el reino de Granada como estremecido por el mismo sacudimiento que agitaba aquellas provincias. Habia en él razas diversas, autoridades discordes y masas prontas á seguir cualquier bandera contraria al gobierno. En la

parte oriental del reino de Granada, en los confines de Murcia, se alza, en 1520, un audaz aventurero llamado Mercadillo, que proclama los mismos principios que los comuneros de Castilla, se apodera de Huescar, logra que Baza y su estenso territorio apoyen su movimiento. Entonces el marqués de Mondejar, capitan general de Granada, con algunos tercios de soldados y cuatro mil moriscos mandados por don Fernando de Córdoba, don Diego Lopez Abenajar y don Diego Lopez, moros nuevamente bautizados atacan bizarramente y destruyen á los comuneros que habian tenido la imprudencia de abandonar las murallas de Huescar y aceptar la batalla que les ofrecieron los castellanos y los moriscos.

Mientras el duque de Segorbe reducia á los rebeldes de Espadan, el emperador Cárlos V habia ido á Granada, donde hacia el 5 de junio de 1526 una entrada verdaderamente magnífica en compañía de la emperatriz Isabel de Portugal con quien acababa de casarse en Sevilla. Juró en la catedral guardar los fueros y privilegios de aquel reino, entre los que se hallaban los derechos tan poco respetados de los moros consignados en las capitulaciones de los Reyes Católicos. Desde su llegada comenzó á oir las quejas de los cristianos viejos contra los moriscos culpándolos del aumento de los *monfis* ó salteadores que infestaban los caminos, del abuso que hacian del permiso de tener armas convirtiendo sus casas en arsenales, de donde se proveian los monfis. Al mismo tiempo

los moriscos presentaron al emperador un memorial de los agravios que les hacian los clérigos, escribanos y alguaciles. El emperador le remitió todo al Consejo, el cual propuso el nombramiento de cinco visitadores para verificar la certeza de los agravios, asi como el proceder de los moriscos en materia de religion.

Esta apariencia de imparcialidad ocultaba un proyecto concebido de antemano. Los cinco visitadores eran personas interesadas en la cuestion. Era el presidente de ellos don Gaspar de Abalos, obispo de Guadix, cuyo modo de proceder hemos visto en la comision inquisitorial que acababa de desempeñar en Valencia. Los demas visitadores eran el franciscano fray Antonio de Guevara, cuyo fanático celo tanto habia brillado tambien en las forzadas conversiones de los moros de aquel reino y los doctores Quintana, Pedro Lopez, y el licenciado Utiel, pertenecientes todos al cabildo eclesiástico de Granada.

A hombres de este temple no habia necesidad de recomendarles severidad en el exámen de las costumbres y religion de los moriscos. De la visita resultó ser muy fundadas y graves las quejas espuestas por los moriscos, empero tambien resultó que de todos los bautizados veinte y siete años antes, no habiendo tenido la voluntad parte en su conversion, eran interiormente mahometanos, que volvian públicamente á la práctica de sus antiguos ritos. El emperador, para evitar este escándalo, el mas grave que

pudiera presentarse en aquella época de reaccion y proselitismo religioso, hizo convocar en la capilla de su palacio una junta de trece miembros eclesiásticos y legos. El arzobispo de Sevilla, inquisidor general; el arzobispo de Granada; los obispos de Guadix, y Almería sus sufragáneos; el obispo de Osma, como confesor del rey; los obispos de Mondoñedo y Orense; el comendador mayor de Calatrava don García de Padilla; el presidente del Consejo de Castilla, arzobispo de Santiago, con tres ministros mas de aquel supremo tribunal, fueron llamados á fijar la suerte de los moriscos de Granada. En la capilla real, al lado del sepulcro de los Reyes Católicos, se discutió en diez sesiones la suerte y el bienestar de medio millon de almas. Entonces se decidió que la Inquisicion de Jaen se trasladase á Granada para freno y terror de los conversos. Entonces se borró hasta la última línea del tratado que habia abierto á los Reyes Católicos las puertas de Granada. Aprobando el rey todos los artículos que le presentaba formulados la junta, los convirtió en ley el 7 de diciembre, mandando por una pragmática-sancion que dejasen la lengua, el trage y el apellido morisco, que las mugeres llevasen el rostro descubierto, que los hombres solicitasen del corregidor el permiso para llevar espada, que todas las escrituras se hiciesen en lengua española, que los sastres no les cortaran vestidos, ni los plateros les labraran joyas á su usanza y estilo, que á los partos de las moriscas asistieran matronas cristianas

viejas para que no usaran de ceremonias musulmanas. Se mandaba tambien erigir en Granada, Guadix y Almería colegios para la educacion y enseñanza cristiana de los hijos de los moriscos.

Apenas habia casi firmado el emperador Cárlos V la pragmática de 7 de diciembre, mandó á instancias de los moriscos, y mediante un servicio de 80,000 ducados que le ofrecieron ademas de sus ordinarios tributos, se suspendiesen sus efectos por todo el tiempo que fuese su real beneplácito, pudiendo usar el lenguaje, el trage morisco, espada y puñal en poblado, y lanza en el campo, haciéndoles ademas merced de que jamás pudiera el tribunal de la Inquisicion, confiscar sus bienes.

Con aquellos 80,000 ducados comenzó á levantarse al año siguiente en el recinto de la Alhambra un suntuoso edificio, que no llegó nunca á concluirse, el palacio de Cárlos V.

En Valencia despues de la victoria de Espadan y la sumision de Cortes, los moriscos solo pensaron en congraciarse con sus amos, y en ocultarse para verificar en la sombra y en el silencio, las ceremonias del islamismo. Temblaban á la Inquisicion, á punto de hacérseles intolerable la mansion en su patria. En Granada las víctimas de la persecucion no abandonaban el pais, y huian á reunirse con las bandas organizadas de los monfis ó salteadores que dominaban hacia mucho tiempo, los ásperos riscos de la Sierra Nevada. En el reino de Valencia donde las costas eran mas acce-

sibles, tomaron el partido de emigrar. Los corsarios de Barbaroja que infestaban las costas de Valencia, entre los moriscos reclutaron los remeros para sus galeras y encontraron guias cuando penetraban en lo interior. Los cabreros moriscos, desde lo alto de las montañas, descubrian mas lejos sus barcos que los vigías de los cristianos en sus torres colocadas de legua en legua en la costa, y les hacian señales convenidas.

Los señores valencianos temblaban por sus intereses, al ver la emigracion de sus moriscos, y temblaban igualmente al verles en connivencia con los piratas berberiscos, porque preveian posible segun el espíritu de la época, la terrible medida de la espulsion. Los moriscos constituian la riqueza, la fortuna de los señores valencianos. Habia un antiguo refran que espresaba esta idea: *quien tiene moro tiene oro*. Así los nobles valencianos trataron de evitar á toda costa la persecucion de los moriscos. En las Córtes de **1528**, otorgaron al emperador los subsidios exigiendo que el virey su representante, proclamase en las Córtes de Monzon una amnistía general. Solicitaron que la confiscacion de los bienes impuesta en virtud de sentencia de la Inquisicion se entendiese en provecho de los herederos del morisco apóstata. Esta proposicion pasó en las Córtes de **1533**, y la aprobó el emperador.

Ostigados por los inquisidores huian los moriscos ó no pagaban sus rentas: los señores reclamaron en **1537** y el emperador accedió á que las multas que por la Inquisicion se impusiesen á los moriscos, las

pagasen ellos, sometiéndolas al juicio del gobernador de Valencia, pagando el duplo los inquisidores si se declaraban las multas mal impuestas. Obtuvieron en 1528 para indemnizarse de sus pérdidas conservar la jurisdiccion que poseian sobre los moros musulmanes, sobre los moros convertidos, manteniendo el pago de los antiguos tributos. La Inquisicion luchó en este terreno ventajosamente contra los grandes, obtuvo del papa una bula datada el 15 de julio de 1531, en la que se mandaba á los señores bajo pena de escomunion, descargasen á sus vasallos de todos los tributos vejatorios á fin de que no tomasen horror á la religion cristiana, viéndose tratar de una manera distinta de los cristianos viejos. En esta innoble lucha de intereses los inquisidores y los nobles entraron en una composicion. Convinieron los inquisidores en que los señores heredasen los bienes confiscados con detrimento de los herederos naturales, y que la renta inquisitorial se pagase por las aljamas una parte, y la otra por los apóstatas, con los que se entenderia el Santo Tribunal para redimir pecuniariamente las penas leves corporales, es decir, la pena de azotes y la temporal de galeras. La prohibicion del lenguaje y del vestido árabe que tanto empeño ponian en obtener los españoles, se decretó en Valencia el 5 de diciembre de 1528. Cuatro años fué el plazo señalado por Cárlos V á los moriscos de Valencia. Este decreto se estendió en el mes de enero de 1529 á los moriscos de Castilla. Hemos visto el sacrificio pecuniario

con que compraron su indefinida suspension los moriscos de Granada. La Inquisicion con ese espíritu invasor que formaba el carácter distintivo de su existencia, se hizo adjudicar el conocimiento de las causas por infraccion á este decreto, como si el idioma árabe y los vestidos de hechura musulmana fuesen una heregía, recogiendo el beneficio de las multas que por ellas imponia.

Se adoptó tambien otra medida en las Córtes de **1537**: se prohibió á los moriscos el aproximarse á las costas, y cambiar de domicilio, y viajar sin permiso de los señores. Se prohibió tambien bajo pena de muerte ó de galeras á todo morisco rescatar de la esclavitud á ningun pariente, aunque fuese el padre á su hijo, para que no se disminuyese asi su caudal, y esta medida bárbara, atroz, fué reclamada por los tres brazos de las Córtes: el eclesiástico, el militar y el de la nobleza. Dudariamos hoy de su existencia á no leerla en el *Forum valentinum. In estravaganti, folio* 87.

Se exigia de los moriscos profesasen sinceramente la religion cristiana y no se cuidaba de proporcionarles los medios de instruccion. Los curas en las aldeas apenas residian, porque su asignacion era muy corta y sacada de los antiguos beneficios eclesiásticos, cuyos poseedores resistian y escatimaban su pago. El **14** de enero de **1534** nombró dos comisarios el emperador Carlos V para que cortasen este mal de raiz, mandando á todas las autoridades del reino les

prestasen el auxilio que pudieran necesitar, y el 7 de mayo previno á los moriscos recibiesen bien á los curas que estos comisarios instalasen en los pueblos. El dia 3 de julio se abrieron doscientas cincuenta y una nuevas iglesias, edificadas á espensas del clero valenciano y aragonés, y bajo la vigilancia del rey y de los inquisidores. Los nuevos curas catequizaron y predicaron como buenos pastores á sus ovejas. En 1536 se fundaron dos colegios en Valencia el uno, en Tortosa el otro, que mermaron las rentas de la mesa episcopal y disminuyeron los productos que percibian algunos conventos y monasterios. Mas tarde veremos si con estos esfuerzos del emperador Carlos V debidos al ilustrado celo del inquisidor general don Alonso Manrique, que tuvo que sufrir mil sinsabores del clero á quien mermaba sus rentas y hasta una denuncia al papa, se consiguió la instruccion de los moriscos y hacerlos verdaderamente cristianos.

IX.

REFORMA DE LOS MORISCOS DE GRANADA.—ALZAMIENTO EN LAS ALPUJARRAS.

A Cárlos V, descendiendo voluntariamente del trono, y humillando en un claustro su frente fatigada con tantas coronas, sucedió su hijo Felipe II. Este habia nacido en España, habia habitado constantemente en ella, habia adoptado sus costumbres, sus hábitos, su lengua. Fijó en ella la capital de su gobierno, el centro de su política, el objeto de sus proyectos y cuidados. Religioso hasta la intolerancia, fué causa de la sublevacion de las provincias flamencas, donde corrió á torrentes la sangre para sofocar las ideas protestantes, que allí habian encontrado eco. La intolerancia religiosa, que concluyó por hacer perder aquellas hermosas provincias á la corona

de España, debia producir tambien en su reinado la sublevacion de los moriscos de Granada. A los agravios que sufrian estos con el grave peso de los tributos, la rapacidad de los recaudadores, y la insolencia de los que, á pretesto de perseguir delincuentes, se alojaban en sus alquerías, vivian á su costa, y cometian mil desafueros, siendo como dice el historiador Mármol: «*mas eran los delitos que ellos cometian, que los delincuentes que prendian.*» se unieron las providencias que adoptó contra ellos el rey Felipe II. En las primeras córtes que celebró este rey en Castilla, á su regreso de los Paises Bajos en 1560, prohibió á los moriscos el servirse de esclavos negros, por los numerosos inconvenientes que se seguian de tolerarles este tráfico, aumentándose así la poblacion morisca y el peligro de que estos esclavos, que venian de su pais sin idea alguna de religion, fuesen instruidos secretamente en el mahometismo, imponiendo una multa de diez mil maravedises y la confiscacion del esclavo. Al mismo tiempo se les prohibió hacer el comercio del oro, plata y minerales en barra. Quejáronse los moriscos porque se les privaba de una propiedad, sin indemnizacion alguna, y les arrabataban los brazos necesarios para el cultivo de los campos, haciéndoles aparecer como sospechosos, cuando muchos de ellos se preciaban de buenos cristianos. El rey no revocó enterameute su decreto; por una cédula real se concedió el favor á las personas no sospechosas, costando el comprobar esta calidad mas

gastos y disgustos que los beneficios que proporcionaba.

En 1563, el 14 de mayo dirigió Felipe II al capitan general una real cédula en que se obligaba á los moriscos á presentar sus armas y las licencias de usarlas en el término de cincuenta dias, bajo la pena de seis años de galeras, debiendo estamparse en las armas el sello del capitan general, y dejando á su arbitrio el castigo de los que falsificasen su sello. Pocas armas se presentaron; escondíanse porque ya comenzaba á germinar el pensamieuto de una próxima rebelion. Muchos moriscos de ilustre nacimiento, descendientes algunos de sus antiguos reyes, renunnunciaron á llevar armas por no hacer poner en el puño de su espada el timbre de las armas de Mondejar. Multiplicábanse con esta medida los procesos y los castigos, y cual si el objeto fuese lanzar á los moriscos á lo rebelion, se cerró á estos la única esperanza que tenian para eludir el castigo, dos asilos inviolables: los templos y las tierras de señorío. Una real provision en 1564 abolió la inmunidad de las tierras señoriales, y restringió la de las iglesias á solos tres dias. Rota esta barrera, los pobres moriscos se vieron perseguidos con ardor por las gentes de la curia, que hicieron revivir viejos procesos, que dormian en el polvo de los archivos, y que llevaron la inseguridad y la alarma al seno de las familias. Marcharon muchos á las montañas, y los *monfís* y salteadores, recibieron gran refuerzo y camparon libres en las Alpujarras y la serranía de Ronda.

Cuando era mas preciso el acuerdo de las autoridades para concluir con los nuevos bandidos, se acaloraron mas que nunca las disputas de jurisdiccion y de prerogativas entre el capitan general y la chancillería. En vez de concentrar la fuerza en una sola mano el rey para dirimir la competencia la repartió entre los dos poderes. El presidente de la audiencia y los alcaldes podian levantar y mandar tropas, el capitan general tenia la inspeccion de la costa marítima. Las pequeñas cuadrillas que formaron los alcaldes no eran, como dice el historiador Mendoza, en su guerra de Granada, *ni bastantes para asegurar ni fuertes para resistir*. La justicia militar, la justicia civil, la justicia eclesiástica, hallaban por dó quiera culpables donde no los habia. Todos eran á reclutar para los monfís ó salteadores, cuyo número llegó á ser mayor que el de los moradores pacíficos de los pueblos. Adoptáronse varias providencias rigorosas pero ineficaces para reprimir á estos salteadores cuya audacia llegaba hasta penetrar en Granada. Entraban de noche en el Albaycin, robaban las mugeres y los niños de los cristianos y asesinaban á los hombres. Llegó el caso de que los cristianos no osasen salir á la calle de noche, ni á la vega de dia sino en número suficiente. Muchos jóvenes cristianos viejos, se armaron tambien, salian de noche á cazar los moriscos en las calles, y el alba del nuevo dia dejaba ver sus cadáveres tendidos en las calles y en los jardines. Tal era el triste aspecto que presentaba la hermosa Granada á fines del año de 1566.

Don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, uno de los teólogos que mas habian brillado por la sabiduría de sus doctrinas en el concilio de Trento, habia representado á Felipe II, en nombre del papa Pio IV, la necesidad de tratar con rigor á los moriscos y no tolerar en sus estados súbditos manchados con la heregía. Al ver el estado de Granada convoca en sínodo provincial á los obispos sus sufragáneos y proponen al rey la aplicacion de la pragmática de 1526, suspendida por el emperador Cárlos V. El rey, si bien religioso hasta el fanatismo, celosísimo por los derechos de la corona, despues de hacer entender al arzobispo que el sínodo provincial no podia entrometerse en los negocios políticos sino en materias puramente eclesiásticas, reprobando la forma y adoptando el fondo de su representacion considerándola como hecha por unos particulares y no por un concilio, la remitió á una junta especial. Formaron esta junta don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, presidente del consejo de Castilla; el duque de Alba; el prior de San Juan, don Antonio de Toledo; el vice-canciller de Aragon, don Bernardo de Bolea; el obispo de Orihuela; el inquisidor, don Pedro Deza, y el licenciado Menchaca; el doctor Velasco del consejo y camara real.

Esta junta se conformó con lo propuesto por el arzobispo Guerrero y aconsejó reproducir con mas rigor la pragmática de Carlos V, aquella famosa pragmática en que se prohibia la lengua arábiga en público y en secreto, en que se condenaban los trages, nombres

y costumbres moriscas, en que ni se les permitia formar una nacion aparte, ni se les dejaba que se creyesen parte de la española.

Firmó el rey esta pragmática que tan funestos resultados iba á dar, el 17 de noviembre de 1566.

Para ejecutar estas disposiciones se nombró presidente de la chancillería de Granada al inquisidor don Pedro Deza. Hace imprimir éste secretamente la pragmática, y dispone pregonarla simultáneamente en Granada y en todos los pueblos del reino con desusada pompa al son de trompetas y timbales, el 1.º de enero de 1567, la víspera del dia en que hacia setenta y cinco años, bajo la fé de los tratados, habian abierto sus puertas los moros á los Reyes Católicos.

No aterrados, sino indignados y ardiendo en ira, quedaron los moriscos, dispuestos á morir antes que sufrir tantas humillaciones. En vano los moriscos mas ancianos, ricos é influyentes, apoyados de los mas nobles caballeros, hablaron al presidente Deza, para que apartase tanta calamidad del pueblo converso. En vano se dirigieron al mismo Felipe II, y el mismo capitan general marqués de Mondejar marcha á Madrid para pedir la suspension de la pragmática, como un acto de justicia, y para evitar la conflagracion que amenazaba. El rey oyó los informes apasionados del inquisidor Deza, é hizo volver á Granada al capitan general, para que apoyase con las armas sus disposiciones.

Acercábase el último dia de diciembre de 1567,

en que las mugeres debian dejar sus ropas de seda y árabes atavíos, y se mandó á los curas que en todas las iglesias lo anunciasen así, empadronando á todos los niños y niñas de tres á quince años, para obligarlos á ir á las escuelas á aprender la lengua española y doctrina cristiana. Se destruyeron los baños que formaban las delicias de los moriscos, y se espulsó á todos los forasteros de la ciudad, haciéndolos que regresasen á sus casas.

Acudieron al presidente nuevas comisiones, quejándose de estos nuevos agravios, y no hallaron en él, ni afabilidad en el modo de recibirlos, ni acogida en sus demandas. Marcharon entonces á la córte los comisionados, conducidos por don Juan Enriquez, una de las personas de mas prestigio de Granada. Don Pedro Deza escribió al presidente del Consejo, el cardenal Espinosa, enemigo mortal de los moriscos.

Ante dos bonetes se estrellan todas las reflexiones mas prudentes, los cálculos mas fundados de una política previsora, como decia con tanta gracia como oportunidad, el capitan general marqués de Mondejar, aludiendo al inquisidor Deza y al presidente del Consejo, Espinosa. El rey, influido por Espinosa, ni aun abrió el memorial que se le presentaba, decretando que acudiesen al presidente don Pedro Deza.

Sin esperanza de remedio en su afliccion, los moros, de suyo supersticiosos, despues de haber consultado varias profecías, llamadas Jofores, conservadas en algunos de los libros árabes que habian podi-

do salvar de las hogueras del arzobispo Jimenez de Cisneros, proyectaron la atrevida empresa de resistir con las armas. Un tintorero, llamado Farax-Aven-Faráx, de la noble familia de los Abencerrajes, hombre sagaz, de genio ardiente y atrevido, concibió el proyecto de la rebelion. Este tuvo conferencias con otros moriscos principales, que por casualidad se hallaban en Granada siguiendo pleitos en su chancillería, y formaron el proyecto de la conjuracion. El secreto fué el alma de sus operaciones, y antes de llevar á efecto su plan, resolvieron esplorar la voluntad de los habitantes de las Alpujarras. Para hacerlo con mas disimulo, mandaron á tres moriscos de su mayor confianza á recorrer el pais á pretesto de hacer una colecta general para la construccion de un hospital fuera de la ciudad, para los pobres enfermos cristianos, habiéndoles concedido el gobierno licencia para obra de tanta piedad.

Recorrieron los comisionados los pueblos, las ciudades y toda la costa; se pusieron de acuerdo con los caudillos de los *monfís* ó salteadores, escelente base para la formacion de un ejército; se informaron exactamente de la disposicion de los habitantes, de las armas que tenian, de los sitios de las costas donde mas fácilmente pódrian desembarcar los socorros que se lisonjeaban recibir de los moros del Africa y de los turcos. Volvieron los comisionados, despues de haber llenado su mision con la mayor puntualidad y secreto. Concertaron los

conjurados dar el golpe para el dia de Jueves Santo, 14 de abril de 1568, como dia en que, ocupados los cristianos en los misterios mas santos de su religion, deberian estar mas desapercibidos.

Ese vago rumor que precede siempre á las tormentas y convulsiones políticas, la altivez de algunos moriscos, reveló al gobierno la proximidad de algun peligro. El presidente Deza hizo prender en rehenes el 5 de abril un gran número de vecinos sospechosos entre los mas ricos é influyentes de la raza morisca, y retiró la licencia de usar armas de fuego á todos cuantos hasta entonces las habian obtenido. El capitan general marqués de Mondejar, siguiendo siempre un sistema de templanza y de moderacion, se presentó en el Albaycin, recomendando á sus habitantes la quietud y la tranquilidad.

Viendo los conspiradores receloso al gobierno, aplazaron para mas adelante la ejecucion de su proyecto, y para alejar de sí toda sospecha, hicieron que los habitantes mas influyentes y mas ricos, se presentasen al presidente Deza á manifestarle su sentimiento por las prevenciones que se tomaban, y á protestar de su sincero cristianismo y lealtad. El presidente Deza, como inquisidor, mantuvo en alarma y sobresalto á los cristianos de Granada. Era tal la inseguridad, que la indiscreta ligereza de un solo soldado bastó para poner en un conflicto la tranquilidad pública. En la noche del 21 de abril, creyendo el centinela de la Alhambra que eran moriscos unos

soldados cristianos que subian con hachas de viento al cerro del Albaycin, tocó á rebato la campana de la Vela. Las mugeres corrieron á refugiarse á los templos y á las fortalezas; los hombres, sobresaltados, salian por las calles y plazas, á medio vestir, con espadas y arcabuces, y hasta los frailes de San Francisco, abandonando sus celdas, se presentaron armados en la Plaza Nueva. El presidente y el corregidor ocuparon las bocas calles del Albaycin, preparándose á rechazar por la noche á los moriscos, que entre tanto temblaban encerrados en sus casas, por miedo de ser asesinados.

La conjuracion de los moriscos habia sido solo aplazada, y cuando creyeron mas dormida la vigilancia de las autoridades, volvieron á reanudar los hilos de su trama. Celebraron los del Albaycin un conciliábulo en casa de un cerero llamado Adelet, y se resolvieron á dar el grito de la insurreccion en la noche del 1.º de enero de 1569, porque las profecías que habian consultado en sus libros, prometian que Granada seria reconquistada por los hijos de Islam en el mismo dia en que se habia perdido. Envíaron emisarios para alistar hasta ocho mil hombres en los lugares del valle de Lecrin y de Orjiba, recorriendo aquellos pueblos, á pretesto de vender albardas. A una señal convenida, y que debia hacérseles desde el Pico de Santa Elena, debian dos mil monfís, ó salteadores, emboscados en unos cañaverales junto á Cenes, escalar el muro de la Alhambra por la parte

del Generalife. En el Albaycin debia estallar la insurreccion por tres puntos á la vez. Tres grandes grupos con sus banderas de diversos colores, carmesí la del que debia apoderarse de la puerta de Fajalauza; amarilla la del que debia ocupar la plaza de Bib-al-Bonut (hoy San Agustin el Alto); y otra azúl turquí de los que debian situarse en la puerta de Guadix. A la voz y señales convenidas, correria cada faccion á pasar á degollar á cuantos cristianos residiesen en su parroquia respectiva, y luego bajaria el primero por el camino de Fajalauza al Hospital Real, entraria por la puerta Elvira, atacaria el edificio de la Inquisicion, y pondria en libertad á los moriscos, y en prision y tormento á los inquisidores. El segundo correria por la Cuesta de San Gregorio y Calderería, á la cárcel; y el tercero bajaria por la Cuesta del Chapiz y Carrera del Darro, á la chancillería en busca del presidente, que debia ser asesinado. Despues se reunirian todos en Bibarrambla, y auxiliados por los ocho mil hombres del alistamiento, se pondria la ciudad en estado de defensa.

Toda esta trama se habia urdido con tanto secreto, que el gobierno no habia podido penetrarlo, porque sus juntas se habian tenido con pretestos plausibles, y solo los habitantes de las Alpujarras se habian armado. El marqués de Mondejar, entrando en algunas sospechas por la audacia que mostraban algunos moriscos, por los insultos y sarcasmos con que menospreciaban á los alguaciles y agentes cristianos

de justicia, y sobre todo, por la insolente jactancia con que publicaban que antes de cumplirse el 31 de diciembre, término fatal de la pragmática, *habria mundo nuevo*, representó al rey que necesitaba mayor número de tropas; empero Deza, que era enemigo suyo, por algunas competencias que habian tenido sobre los derechos de su jurisdiccion, le aseguró que no habia que temer ninguna rebelion; que los moros no estaban descontentos como el virey decia; que el último edicto era bastante para contenerlos, y los magistrados tenian autoridad y fuerzas para reducirlos á la obediencia; que el marqués deseaba la guerra, porque se prometia que el mando se habia de dar á él y á su hijo el conde de Tendilla. En vista de esta representacion se despreció la prudente esposicion del marqués, y no se le enviaron refuerzos para Granada.

No cabia en la cabeza del presidente don Pedro Deza, que pudiera haber un levantamiento general: juzgaba que todo eran maquinaciones de gente perdida, impotente, interesada en revolver el pais. Ni aun llegó á persuadirse de la inminencia de la rebelion y de la guerra, cuando el 23 de diciembre, un jesuita, el padre Albotodo, le dió cuenta de que un morisco arrepentido le habia revelado en la confesion el proyecto de la insurreccion. Se contentó con mandar reforzar las guardias aquella noche, y rondar por sí mismo la ciudad. A la mañana siguiente llegó la noticia de que aquella misma noche una par-

tida de monfís habia asesinado en Poqueira á varios escribanos y alguaciles de la audiencia, que habian salido á la sierra á pasar las vacaciones de Pascua, y que los caballeros Diego de Herrera y Juan de Hurtado, que subian desde Motril con cincuenta soldados y una carga de arcabuces, para guarnecer el castillo de Ferreira, al pernoctar en Cadiar habian sido degollados en sus mismos alojamientos. Antes que á las autoridades cristianas, llegó la noticia de estos asesinatos al Albaycin, trasmitida por fieles espías.

Tanta era la ceguedad del presidente Deza, que ni aun se alarmó con este fatal suceso, atribuyéndolo á algunos moros berberiscos que habrian desembarcado en la costa, y reunídose con los monfíes como tantas otras veces para atacar algun pueblo. No se aumentaron las precauciones en la ciudad, salvóse esta por un hecho providencial. Una gran nevada interceptando los pasos y las veredas de los montes, impidió llegar en la noche del 24 de diciembre al pié de los muros de Granada, á un cuerpo de seis mil moriscos montañeses, concertados de antemano. Su gefe Aben-Farax, sin reparar en lo crudo de la noche, con solo doscientos salteadores que pudo reclutar en los lugares de Pinos, Cenes y alquerías inmediatas, diciendo á los alpujarreños que los del Albaycin se le reunirian, y afirmando á los del Albaycin que llegarían los ocho mil hombres de Lecrin y de la Vega, llegó á la media noche á los mu-

ros de Granada, penetró en la ciudad agujereando el muro, sorprendiendo una guardia de soldados cristianos, recorriendo con su gente, dividida en dos turbas, varias calles, despertando á los moradores del Albaycin al grito sacramental de los árabes: «*No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*» Al ver tan poca gente los del Albaycin, no solo no les siguieron sino que se encerraron en sus casas. El toque de las campanas de San Salvador, con que dieron la alarma los cristianos, le hizo salir con su gente por el mismo portillo por donde habia entrado y retirarse á Cenes, despechado y lamentando el compromiso á que le habian conducido los que tan cobardes se mostraban; desesperado al verse privado de los auxilios de los montañeses de la Alpujarra, á quienes la nieve habia cerrado el paso de la sierra.

A la mañana siguiente los cristianos no podian darse cuenta de lo que habia pasado durante la noche. Se reconoció el Albaycin con muchas precauciones, y todo se halló tranquilo, sosegado y encerrados los moros en sus casas. Salió el capitan general en seguimiento de los monfís, hácia la falda de Sierra Nevada, á donde le decian haberse dirigido. No logró alcanzarlos, ni aun verlos. Aben-Farax y sus atrevidos compañeros, habian desaparecido entre las sierras cubiertas de nieve.

Creyeron los moriscos llegado el momento de tremolar francamente la bandera de la insurreccion. Reunidos los monfís y moriscos montañeses, alzaron

por su rey á un jóven de notable valor, descendiente de los antiguos califas Omniadas, llamado entre los moriscos Aben-Humeya; bautizado con el nombre de don Fernando de Valor y Córdoba. Habia sido caballero veinte y cuatro de la ciudad de Granada, empero su desarreglada juventud le habia hecho vender el cargo para poder pagar sus deudas. Hallábase preso en Granada y la noche de la víspera de Navidad, en que Aben-Farax habia hecho su rapidísima invasion en la ciudad, huyó acompañado de un esclavo negro, y de una morisca viuda, su querida, y fué á reunirse en Veznar con sus parientes los Valor, á quienes debió su ilusoria corona.

Al segundo dia de ser elevado Aben-Humeya al efímero trono sobre el que le colocaron los montañeses, se presentó Faráx con sus compañías de salteadores, y al saber la eleccion de rey que acababa de hacerse, reclamó para sí aquel honor, por ser tambien de la noble familia de los Abencerrajes, tener mas esperiencia en el arte de la guerra, y haber sido el primero que habia lanzado en medio del pueblo morisco el grito santo de la libertad. Los de Veznar sostuvieron decididamente la eleccion, y cuando estaban á punto de combatir, se acordó por todos para evitar rivalidades que don Fernando Valor fuese el rey, y Faráx su alguacil mayor, la dignidad mas alta que despues de la del rey conocieron los moros.

Faráx marchó el 31 de diciembre con quinientos

monfís ó salteadores, á propagar la insurreccion por todo el pais montuoso del reino de Granada, desde las playas de Vera hasta los confines de Gibraltar. Proclamaron á Mahoma, degollaron á cuantos cristianos caian en sus manos, incendiaron las iglesias, robaron las casas de los que huian á refugiarse en las torres ó en los templos, de donde el hambre ó el fuego los hacia salir para encontrar una muerte lenta y cruel. Por todas partes sembraron el martirio, la desolacion y la muerte, ensañándose mas particularmente con los sacerdotes, añadiendo al martirio de estos el escarnio y la pública afrenta.

Aben-Humeya desaprobó y trató de impedir tanta crueldad, proponiéndose desde luego organizar su gente, pedir socorros al Africa y seguir una nueva política. Mas de tres mil españoles perecieron en el espacio de seis dias, de un modo bárbaro, por órden y á la vista del feroz Aben-Faráx, que ni perdonó á los amigos personales del rey Aben-Humeya.

Al llegar al castillo de Laujar, el 29 de diciembre, morada en otro tiempo del destronado Boabdil, hizo Aben-Humeya separar cautelosamente á Faráx de sus terribles monfís, y mandando le diese cuentas de sus robos, le depuso del cargo de alguacil mayor que trasladó á Aben-Jahunar el Zagüer, su tio. Asi si bien no se atrevió á arrostrar la impopularidad de quitar la vida á aquel mónstruo, inutilizó completamente su influencia. Mandó dar un pregon para que en lo sucesivo no se pudiera dar muerte á

las mugeres y á los niños, y que á los hombres antes de condenarlos se les sometiese á un juicio.

El desaliento y la confusion reinaron en Granada con la noticia del levantamiento general de los moriscos, con la organizacion que habian tomado eligiendo un rey, y el terror que inspiraban los martirios y cruelísimos suplicios que en todas partes se imponian á los cristianos viejos. Entonces los partidarios mas acérrimos de las medidas severas, se arrepintieron aunque tarde de haber provocado con su temeridad tantas desgracias, y una guerra tan cruel. El prudente y animoso marqués de Mondejar que habia visto condenado su plan de moderacion y templanza y que habia previsto las consecuencias de un inoportuno rigor, puso á Granada al abrigo de un golpe de mano de los rebeldes, y marchó el dia 3 de enero á atacarlos en sus mismas montañas con un reducido ejército de dos mil infantes y cuatrocientos caballos, únicos que pudo juntar en todas las ciudades y villas de su capitanía general. El marqués de Mondejar pasó al Padul, é hizo alto en aquella poblacion, la primera del valle de Lecrin.

En la noche del 4 de enero es atacada su vanguardia por los moriscos, á las órdenes de un rico labrador del valle llamado el Xaba, empero fueron rechazados los moriscos, teniendo que retirarse á Poqueira, donde se hallaba Aben-Humeya, que condenó á muerte al Xaba por el mal éxito de su ataque nocturno. Permaneció en Durcal algunos dias el marqués

de Mondejar, y despues de haber recibido refuerzos de Ubeda y Baeza y de otros puntos, penetró en el centro de la Alpujarra. Rechazó el 19 de enero á los moriscos que atrincherados en la mesta de Lanjaron, habian cortado el puente de Tablate que facilita el paso de un profundísimo barranco.

Un fraile franciscano, fray Cristóbal Molina, con un Crucifijo en la mano izquierda, una espada en la derecha, los hábitos recogidos en el cordon y una rodela á la espalda, llegó al paso, se apoyó en un madero y saltó. Siguiéronle varios soldados entusiasmados, cayeron algunos rodando y murieron en el hondo del abismo, salváronse otros mas afortunados y recompusieron el puente, y por alli pasó todo el ejército.

Forzado aquel paso que parecia inespugnable, marchó el marqués á Lanjaron, socorrió á Orjiba, en cuya torre se habian sostenido los cristianos diez y siete dias, peleando continuamente. Socorrida Orjiba se dirigió á Poqueira, en la que entró despues de haber derrotado á Aben-Humeya, que con cuatro mil hombres trató de impedirle el paso de Alfajarabin. Grande fué el botin que alli cogió, muchas las mugeres y los niños que quedaron cautivos.

Al mismo tiempo sufrió un desastre que consternó al ejército. La compañía que dejó el marqués de Mondejar guardando el puente de Tablate, fué sorprendida por quinientos moriscos, que degollaron á los cristianos, y á unos cuantos que buscaron su salva-

cion en una iglesia, los quemaron inhumanamente dentro del edificio. El tio y general del rey Aben-Humeya, el Zagüer, quiso entrar en tratos con el capitan general marqués de Mondejar, ofreciendo entregársele si se les ofrecia un seguro para sus personas. Nada les ofreció al pronto el capitan general, y dirigiéndose sobre el grueso de los rebeldes con un tiempo horroroso de nieves y de aguas, dejando helados en el camino á muchos de sus soldados llegó el 17 de enero á Jubilés, cuyo castillo se le rindió, siendo trescientos los soldados que en él habia, con mas doscientas mugeres que alli se habian refugiado. Mandó el marqués por mas seguridad poner á las mugeres dentro de la iglesia, mas como todas no cupiesen, se las colocó en el campo cercadas por una línea de tropa. Era la noche del 18 de enero.

Un soldado cristiano quiso á media noche apartar una mora; la doncella se resistió y el raptor la amenazaba; un jóven, amante suyo, que la seguia disfrazado de muger, acudió, dió un golpe al soldado, le arrebató su espada, le hirió y acometió á los demás cristianos: cundió la voz de que entre aquellas mugeres venian varones disfrazados. A esta voz se irritó la soldadesca en la oscuridad de la noche, y asesinó al mancebo y á las demas mugeres. Al centellear del acero, y al siniestro resplandor de las armas de fuego, dice un historiador, fueron inmoladas las infelices, que no tenian mas defensa que sus lágrimas y dolorosos gemidos. La carnicería duró

hasta el amanecer. El marqués irritado, mandó ahorcar á tres de los mas culpables; pequeño castigo de tamaño desman, pero que marcaba la reprobacion del general á aquel acto de barbárie. Bien era necesario esta reprobacion, porque las tropas indisciplinadas y sedientas de rapiña é irritadas con la resistencia, saqueaban las casas de los moriscos, los pasaban á cuchillo, en su furor lo mismo trataban á los moros que hacian la guerra, que á los que vivian pacíficos y apartados de la lucha.

El marqués que habia comenzado sus tratos, para someter por medio de un indulto á los principales caudillos y terminar con una política conciliadora y no por las armas una guerra tan costosa á la España, para borrar en parte la impresion de la horrible matanza de Jubilés mandó dar un salvoconducto á los que habian entregado voluntariamente las armas, desoyendo las murmuraciones de sus capitanes, que querian llevar la guerra á sangre y fuego, y le culpaban de demasiado blando y tolerante con los moriscos. Se puso en comunicacion con Aben-Humeya, á quien hizo le escribiera su grande amigo don Alonso de Granada, escitándole á que se sometiera con un ejército situado en Andaráx, Ugijar y las Guájaras; empero la imprudencia de un capitan cristiano, que sin órden alguna atacó y puso en fuga á un escuadron de moros, en la cuesta de Iniza cerca de Paterna, el 27 de enero, precisamente en los momentos en que Aben-Humeya estaba leyendo la última carta del

marqués de Mondejar, sobre su sumision, le hizo no solo desconfiar y rehusar rendirse aventurando su fortuna á la suerte de las armas, sino que habiendo entrado en recelos de su propia familia, hizo asesinar á su suegro y repudió á su muger.

Los cristianos arrollaron las tropas de Aben-Humeya, se apoderaron de Paterna, cautivaron alli á la madre y á las hermanas del rey Aben-Humeya, á multitud de mugeres moriscas, cogieron un rico botin, y dieron libertad á ciento cincuenta cristianas que tenian cautivas. Ignorante el marqués de Mondejar del efecto que habia producido en Aben-Humeya el imprudente ataque de Paterna cuando se hallaba á punto de rendirse, mandó hacer alto á su gente en un encinar, aguardando de un momento á otro el ver llegar á Aben-Humeya para hacer su sumision.

El ejército, no sabedor de los tratos que mediaban entre su general y el caudillo de los rebeldes, murmuraba de que no se le dejase marchar en persecucion del enemigo. Al dia siguiente continuó su marcha el marqués de Mondejar, siguió á los fugitivos y ocupó á Andaráx, donde, siguiendo su política, dejó en sus casas á los moros que vinieron á sometérsele, y mandó entregar á tres alguaciles de la tierra mas de mil moriscas de las que llevaba cautivas, para que estos las devolviesen á sus familias.

Volvió el marqués á Ugijar, permaneció alli cinco dias preparando una espedicion á las Guájaras, tierra de Salobreña y Almuñecar, famosas

por el Peñon de Guajar Alto, sitio fuerte en la cumbre de un escarpado monte, accesible solo por una vereda angosta y prolongada durante un cuarto de legua. Allí habia mil hombres valientes y decididos, á las órdenes del Zamar, alguacil de Jatar. El 11 de febrero, despues de tres ataques en que las tropas cristianas hicieron prodigios de valor, llegaron casi á la cumbre, empero indecisa la victoria, defirió el marqués de Mondejar el postrer ataque para el dia siguiente. Aprovecharon aquella noche el Zamar y los suyos para salir con muchas mugeres que quisieron seguirlos, y calladamente y por sendas y despeñaderos se deslizaron hácia las Albuñuelas. Al amanecer del dia 12 de febrero ocuparon las tropas cristianas el fuerte, y el marqués, para desmentir la reputacion de blando con los vencidos, de que le motejaban en el ejército y en Granada, permitió fuesen degollados los viejos, las mugeres y los niños, que confiados en la clemencia del vencedor, habian permanecido en el fuerte. El Zamar, cargado con una hija suya de trece años, desmayada con el cansancio de la huida, fué alcanzado por la caballería cristiana que salió á perseguir á los fugitivos, se defendió heróicamente, pero herido en un muslo, fué preso, llevado á Granada, y condenado á morir atenaceado. El marqués repartió el botin entre los soldados, é hizo asolar el fuerte. La victoria de las Guájaras acabó de reducir la Alpujarra. Faltaba solo para completar su triunfo al marqués de Monde-

jar apoderarse del rey de los moriscos Aben-Humeya y de su tio el Zagüer.

Supo por sus espías que se retiraban por la noche á Mecina en casa de Aben-Aboo, moro influyente que alli vivia con la salvaguardia del marqués. Mandó con seiscientos hombres al capitan don Gaspar Maldonado para sorprenderlos. A un soldado al estar cerca de la casa se le escapó el tiro de su arcabuz y dió la alarma. El Zagüer con otros moros se arrojaron por la ventana y ganaron la sierra. Aben-Humeya que se hallaba durmiendo, salta de la cama y encuentra la casa cercada de los cristianos. Trabajaban para derribar la puerta. Abrela de pronto Aben-Humeya, precipítanse en tropel adentro los soldados con grande oscuridad, y él queda escondido tras del umbral, escapando á la muerte por este ardid y su gran serenidad.

En tanto que el marqués de Mondejar batia á los rebeldes por la parte de Orgiba, el marqués delos Velez con sus capitanes penetró con las tropas que sacó de Murcia por la parte de Lorca, adelantándose hasta Oria, recorriendo la tierra de Filabres, y sentando el dia 13 de enero sus reales en la villa de Tabernas.

El movimiento del marqués de los Velez en un territorio en que no ejercia mando, fué una especie de desaire que se hizo por el rey á instigacion del presidente Deza, al prudente y esforzado capitan general de Granada. El marqués de los Velez conti-

nuó sus operaciones recorriendo á Filix, Andaráx y Ohanes, batiendo en todas partes á los moriscos, llevándolo todo á sangre y fuego, repartiendo entre su indisciplinada hueste el botin, reemplazando con el incentivo de la ganancia los que despues de las batallas huian con los despojos y esclavas á gozar por aquellos cerros el fruto de sus rapiñas.

Las ventajas de los cristianos no bastaban á sofocar la rebelion. El trato inícuo que se daba á los que habian depuesto las armas bajo la buena fé de un salvoconducto, irritaba y exasperaba á los rebeldes. Hubo momentos en que en la córte alarmados de lo grave y prolongado de la lucha se pensó en que el mismo Felipe II marchase á Granada á ponerse al frente del ejército y con su presencia y autoridad redujese aquel reino, como antes lo habia hecho el rey don Fernando el Católico. Prevaleció la opinion del cardenal Espinosa y de los que creyeron que bastaba enviar á Granada á don Juan de Austria, hermano bastardo del rey Felipe II, que se presenta por primera vez en la escena política á los veintidos años de su edad, para que asistido de un consejo de guerra que se habia de formar en Granada, determinase todo lo relativo á la pacificacion de aquel reino, sin poder resolver nada de por sí sin consultarlo antes con el Consejo.

Este nombramiento lo hizo el rey el dia 17 de marzo. Apenas cundió entre las tropas que combatian en las Alpujarras la noticia de que iban á ser

mandados por un príncipe, cuando rompieron el freno de la disciplina militar, faltaron al respeto y consideracion á sus gefes, abandonándose en el pais teatro de la guerra á los mas bárbaros escesos. Saqueaban las aldeas, asesinaban á sus moradores, violaban las mugeres, y produjeron tal exasperacion, que muchos que hasta entonces no habian tomado parte en la lucha, empuñaron las armas y salieron al campo á vengar tantas afrentas. Recurrieron de nuevo á su rey Aben-Humeya, ofreciéndole esta vez no abandonarle y pelear hasta morir. Aben-Humeya aceptó sus ofertas y los animó con la esperanza de socorros del Gran Turco, que habia ido á solicitar su hermano Abdallad.

En Granada el dia 17 de marzo, se cometió un gran crímen que debia acrecer la indignacion de los moriscos, y proporcionarles nuevos y mas implacables partidarios. Existian detenidos en calidad de rehenes ciento diez moros de los mas ricos é influyentes, aunque inhábiles para la guerra, entre ellos don Antonio y don Francisco de Valor, padre y hermano de Aben-Humeya.

Hallábanse encerrados en la cárcel de la chancillería, y en el silencio de la noche, de improviso fueron acometidos por los mismos cristianos que los custodiaban, y aunque aquellos infelices en siete horas de desesperada defensa y agonía arrojaron sobre sus asesinos palos, ladrillos, muebles, cuanto hubieron á las manos, fueron todos inhumanamente

degollados, salvándose solo el padre y el hermano de Aben-Humeya, á quienes aquella noche se habia separado de las habitaciones destinadas á la matanza.

Exasperados con estos ultrages los moriscos mas dóciles y sumisos, corrian á las armas y peleaban hasta morir ó vengarse. Asi ocurrió en Valor, donde los mismos vecinos, tranquilos el dia antes, derrotaron á ochocientos hombres, la flor del ejército, acaudillados por los capitanes Alvaro de Flores y Antonio de Avila, y pasaron á cuchillo á estos dos gefes y á casi toda su tropa. En Turon mataron tambien al capitan de Adra, Diego de Gasca. Asi iban pereciendo miserablemente insignes capitanes, y á cambio de esto, los cristianos con implacable ódio asesinaban sin compasion á los ancianos, las mugeres y los niños de los vencidos.

Aguardaban con ánsia todos la presencia de don Juan de Austria, creyendo ver en él el remedio de tantos desórdenes. Despidióse el príncipe del rey su hermano en Aranjuez, el 6 de abril de 1569, marchando á Granada acompañado de don Luis Quijada que le habia criado en su infancia, y á quien habia mirado como padre hasta el momento en que en Valladolid le reveló Felipe II, abrazándole como hermano, lo escelso de su nacimiento. Entró en Granada el 13 de abril por entre las filas de diez mil hombres, y con el ceremonial que habia arreglado el mismo Felipe II.

Allí en medio del triunfo se encontró con un es-

pectáculo artificiosamente preparado por el implacable presidente de la chancillería, don Pedro Deza. Mas de cuatrocientas mugeres cristianas viejas, vestidas de luto, destrenzados los cabellos y llorosas, viudas y huérfanas víctimas de la rebelion, le pidieron venganza contra los autores de su desgracia.

Al dia siguiente, una comision de los moriscos mas ricos é influyentes, se le presentó quejándose de los agravios de las autoridades cristianas, y de los insultos y desmanes con que la soldadesca maltrataba á los de su raza. Ofreció don Juan proteccion á los que permaneciesen fieles, y prometió tomar en consideracion los agravios de que se quejaban para remediarlos. Congregó inmediatamente el consejo que el rey le habia nombrado, y con el cual debia contar para todo, compuesto del duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, del arzobispo de Granada, del presidente de la chancillería Deza, del marqués de Mondejar, y de don Luis de Requesens, comendador mayor de Leon.

En el consejo predominaban opuestas opiniones, luchaban encontrados sistemas. El marqués de Mondejar opinaba por proseguir la reduccion que los mismos moriscos deseaban; el presidente Deza proponia hacer salir del Albaycin y de la Vega á todos los moriscos, internándolos en los pueblos de Castilla.

Mientras tan discordes pareceres se agitaban y se aguardaba la resolucion de Felipe II, don Juan de Austria, absteniéndose de dar su voto sobre la des-

poblacion de Granada, se limitó á reforzar las guarniciones que ocupaban los cristianos en torno de la Alpujarra, á nombrar capitanes, á refrenar con vigor la licencia del soldado, y á establecer la mas severa disciplina.

En tanto que se perdia en Granada un tiempo precioso en las disensiones del consejo, Aben-Humeya, situado en el corazon de la Alpujarra hácia Ugíjar, se preparaba no solo á resistir sino á tomar la iniciativa en el ataque. Recibió algunos refuerzos de moros de Argel al mando del turco Husseyn, y dando el mando á los capitanes de su mayor confianza, les encargó que esquivando batallas campales fatigasen incesantemente á las tropas cristianas con marchas rápidas, y con una contínua movilidad.

En breve se derramaron sus partidas por los términos de Almería, Málaga, y la sierra de Bentomiz, amenazando con sus correrías la florida vega de Granada, derrotando á las compañías cristianas y pasando á cuchillo á todos los cristianos que caian en sus manos. El corregidor de Velez, Arévalo de Zuazo, reuniendo un numeroso cuerpo de la gente del territorio de su jurisdiccion de Málaga, intentó en el mes de mayo apoderarse del peñon de Frigiliana, en cuya fortaleza natural se habian establecido los moriscos. Batido completamente con pérdida de muchos soldados é intrépidos capitanes, tuvo que retirarse vergonzosamente á Velez para ser testigo de los progresos de la insurreccion. El marqués de los Velez, deseoso de

acreditarse con un hecho señalado á los ojos de don Juan de Austria, rechaza en Berja á Aben-Humeya, que con diez mil hombres de la flor de su ejército y asistido de su tio el Zagüer, y sus mejores generales, acometió á aquel pueblo por tres puntos á la vez.

Mil quinientos moriscos quedaron tendidos en el campo de batalla. Aben-Humeya se retiró á Cadiar á rehacerse de tan fuerte derrota. El comendador mayor de Leon, don Luis de de Requesens, que venia á tomar asiento en el consejo de don Juan de Austria en Granada, llegó á la costa desde Italia con una escuadra de veinte y cinco galeras. Hizo desembarcar los tercios viejos de Nápoles, y el 11 de junio, despues de una ruda pelea en que perecieron los mas ilustres y esforzados capitanes de sus tercios, se apoderó del famoso peñon de Frigiliana, donde un mes antes se habian estrellado las fuerzas de Arévalo de Zuazo. La guarnicion fué pasada á cuchillo, quedando cautivas tres mil personas de ambos sexos, cogiéndose un riquísimo botin de oro, plata, perlas, sedería, granos y ganados.

Aben-Humeya, cuyo ánimo varonil no decaia por estos desastres, dispuso una espedicion hácia el rio Almanzora, insurreccionando toda la comarca y apoderándose de los castillos de Oria, las Cuevas, y Seron.

Seron, la mas importante de las fortalezas de aquella tierra, se rindió el 11 de julio, despues de haber sido completamente batido don Enrique Enriquez, que acudió de Baza á socorrerla.

Mientras corria á torrentes la sangre en los campos de las Alpujarras, don Juan de Austria se veia con impaciencia detenido en Granada, condenado á la inaccion que tan mal se avenia con su carácter impetuoso y guerrero, asistiendo á las discusiones del consejo que le habia impuesto su hermano Felipe II, y en el que veia tan encontrados intereses y tan opuestas inclinaciones.

Llegó al fin la respuesta de Felipe II á la medida terrible que le propuso el consejo, y cuya rápida ejecucion encomendaba á su hermano don Juan. El 23 de junio amanecieron sobre las armas todas las tropas de Granada, y los destacamentos de los pueblos de la Vega. Se mandó por pregon que todos los moriscos acudiesen á sus parroquias. Obedecieron todas las familias llenas de terror y temiendo la muerte.

El presidente Deza les dió seguridades de la vida, empero conocian el carácter duro de aquel inquisidor, no se tranquilizaron los moriscos, y mas al permanecer encerrados en las iglesias toda la noche con crecidas guardias en sus puertas. A la mañana siguiente trasladándolos entre gente armada á los salones del hospicio, creyeron que los iban á degollar, al ver que el capitan de Sevilla, Alonso de Arellano, dispuso llevar los moriscos de la parroquia del Salvador, precedidos de un Crucifijo en el asta de una lanza cubierto con un negro crespon. Desde el hospicio fueron saliendo por listas y bajo partida de registro, entregados á las justicias de los pueblos á

donde iban á ser internados. Tres mil quinientos moriscos que vivian pacíficamente en Granada, fueron espulsados de su patria.

Miserable espectáculo, dice el historiador Mármol, fué el contemplar tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas, con semblante doloroso y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, su patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenian, y aun no sabian cierto lo que se haría de sus cabezas.

Los caminos por donde transitaron estos miserables espulsados quedaron cubiertos de cadáveres. Perecieron unos de fatiga y cansancio, otros despues de ser robados, por los golpes y maltratamiento de sus mismos conductores. Quedaron en espantosa soledad muchos barrios, destruidos sus magníficos baños, y los hermosos cármenes, que embellecian la vega de Granada y que habian creado los árabes. Los soldados alojados en las casas que habian quedado desocupadas, las robaron y destruyeron á su placer, y sin que sus gefes por miedo al motin ó á la desercion hiciesen nada ni les reconvinieran.

Mientras don Juan de Austria y sus consejeros se ocupaban en espulsar de Granada á inofensivos ancianos y débiles mugeres, Aben-Humeya habia conquistado todos los fuertes y el territorio del rio Almanzora donde podia reclutar armas y caballos. Orgulloso con su triunfo, escribió á don Juan de Aus-

tria una carta quejándose de que la Inquisicion hubiese dado tormento á don Antonio de Valor su padre, y á don Francisco su hermano. Se confesaba el único responsable de la guerra que sostenia, y ofrecia entregar por su rescate ochenta cautivos cristianos, ó mas si se le exigiesen, aun cuando estuviesen en poder del Gran Turco. Amenazaba con tomar crueles represalias si no se suspendia la persecucion á su familia.

Grandes debates ocasionó en el consejo de don Juan de Austria la lectura de esta carta. Se acordó no responderle y que su padre don Antonio de Valor escribiese á su propio hijo, aconsejándole se apartase de su mal camino y diciéndole era falso se le hubiese dado tormento.

Las disensiones que se notaban en el consejo paralizaban la accion de las operaciones de la guerra, y asi el rey, bajo el pretesto de enterarse de cuanto ocurria llamó á la córte al marqués de Mondejar, el que ya no volvió mas á Granada.

Eliminado del consejo el único obstáculo que se oponia al sistema del terror, se prescindió de toda consideracion de templanza, y se pregonó por bando general el 19 de octubre de 1565, la órden para llevar la guerra á sangre y fuego en Granada y en toda la Andalucía.

Cuando la guerra se hallaba mas ensangrentada, cuando los moros acababan de hacer sus correrías victoriosas por el valle de Lecrin, un suceso inespe-

rado vino á cambiar el aspecto de la rebelion. Enamorado Aben-Humeya de la jóven viuda con quien habia huido de Granada al ir á ponerse al frente de la insurreccion, habia escitado violentamente los celos de un morisco vecino de Albacete de Ugijar, llamado Diego Alguacil. Mientras compartia con Aben-Humeya el trono de las Alpujarras, seguia comunicándose con su primo Diego Alguacil esta nueva Dalila, siendo el instrumento de una traicion en que entraron algunos moriscos agraviados por los castigos que Aben-Humeya les habia impuesto por su falta de valor en las acciones de guerra.

Diego Lopez Aben-Aboo y el capitan de los turcos Husseyn, que habia venido de Argel, seducido por medio de una carta fingida en que se suponia que trataba de venderlos, le sorprendieron en los brazos de la hermosa morisca. Aben-Aboo y Alguacil se arrojaron sobre él y lo estrangularon.

Mostró Aben-Humeya gran serenidad, despreció á sus asesinos, y declaró morir satisfecho por haber vengado las injurias que los ministros del rey Felipe habian hecho á su esclarecida familia. Su casa fué saqueada y repartidas sus mugeres, muriendo en afeminado lecho sin tiempo para tomar las armas, á impulsos de la venganza de un celoso, el que titulándose rey de Granada y de Andalucía habia dado un carácter de grandeza al alzamiento, que de otro modo hubiera sido considerado como una insurreccion de los monfís ó salteadores.

A la muerte de Aben-Humeya, es elegido rey Diego Lopez Aben-Aboo, que recibe la confirmacion de su título del virey de Argel que le manda algunos socorros. Fueron prósperas sus primeras operaciones en la guerra. El nuevo rey cerca la villa y fuerte de Orjiba; rechaza entre Acequia y Lanjaron al duque de Sesa, que acude en socorro de los sitiados desde Granada. Se apodera de la villa fuerte de Galera, tenida por inexpugnable, y derrota á las tropas que desde Huéscar acudian á socorrer á los cristianos. No solo sorprendian sus partidas convoyes y rendian las escoltas cristianas, sino que con insolencia se mostraban hasta en la misma Vega de Granada.

Don Juan de Austria, á quien las órdenes del rey tenian hacia ocho meses clavado en Granada, representó á su hermano cuan tíbiamente se hacia la guerra, el peligro de que la rebelion cundiera á los reinos de Valencia y de Murcia, y su ánsia por salir de Granada á dirigir en persona las operaciones militares. Accedió Felipe II á los deseos de su hermano, mandando que se formasen dos ejércitos, uno á la parte del rio Almanzora, al mando de don Juan de Austria, y otro con destino á la Alpujarra, á las órdenes del duque de Sesa.

Con gran júbilo fué recibido en el ejército don Juan de Austria por la gente de guerra, acompañándole muchos caballeros de los que hasta entonces no se habian movido. La primera empresa del príncipe

fué apoderarse de Güejar, desalojando de ella á los moriscos que interceptaban los convoyes que iban á las Alpujarras, corrian la Vega, y se presentaban hasta en las puertas de Granada. Libre de estos enemigos, y habiendo recibido refuerzos en Baza, con un ejército ya de doce mil hombres, cercó el fuerte de Galera, que en tanto tiempo no habia podido rendir el marqués de los Velez. Colocó baterías, hizo minas, y haciendo saltar los peñascos y conmoviendo la poblacion, asentada sobre el cerro, dió un asalto general, ganando palmo á palmo el terreno, dejándolo sembrado de cadáveres. No se dió cuartel y fueron pasados á cuchillo dos mil cuatrocientos moriscos, y lo que es mas doloroso, cuatrocientas mugeres y niños. Aquel dia, el 10 de febrero de 1570, dejó de existir la villa de Galera, que mandó asolar don Juan de Austria y sembrar de sal. Necesitaba vengar las grandes pérdidas que durante su sitio habia esperimentado su ejército.

Menos feliz fué don Juan de Austria en el reconocimiento que hizo el dia 19 de febrero de 1570 en la fortaleza de Seron. Alli estuvo á punto de perecer por una bala que le dió en la celada, y que por ser demasiado fuerte le preservó la vida. Alli entre varios valientes capitanes vió morir de una bala de arcabuz en el hombro á don Luis Quijada, el antiguo amigo y confidente de Cárlos V, el hombre á quien por tantos años habia tenido por padre y que amaba como á tal.

Reforzado su ejército, volvió el 5 de marzo sobre Seron. Los moriscos no le esperaron. Ellos mismos incendiaron la poblacion y el castillo, y en número de siete mil hombres se subieron á la sierra.

Dirigióse á combatir á Tijola: los moriscos se salieron silenciosamente por la noche, y solo hallaron los cristianos cuatrocientas mugeres y niños y un rico botin que tenian alli guardado. Don Juan asoló aquella villa, y con no poca sorpresa del mismo ejército se apoderó de las fortalezas de Purchena, Cantoria y Tahalí y otras que iban abandonando los moriscos. Fernando el Habaquí se habia puesto en comunicacion con don Juan de Austria con el objeto de proporcionar la sumision de los moriscos y hacer consentir en ella al rey Aben-Aboo. Mandaba las fuerzas de aquella comarca y se proponia abandonar á los cristianos las fortalezas del rio Almanzora, persuadiendo á los moriscos que eran insostenibles, replegándose á la Alpujarra para facilitar despues mejor la sumision.

Don Juan de Austria publicó un bando haciendo merced de la vida y prometiendo hacer justicia á los que probaran las violencias y opresiones que los habian provocado á levantarse, á condicion de que pusieran sus personas en manos de su magestad ó de don Juan de Austria. Se ofreció premiar á los que de edad de quince á cincuenta años se presentasen dentro de dicho plazo, armados de un arcabúz, una ba-

llesta, con que pudiesen hacer libres á dos de sus parientes. Se señalaban como puntos para hacer la sumision el campo de don Juan de Austria ó el del duque de Sesa. Se condenaba á los que dentro de dicho término no se sometiesen á la pena de muerte que irremisiblemente habrian de sufrir.

Al mismo tiempo se fingieron por el licenciado Castillo, que poseia perfectamente el árabe, varias cartas, figurando ser de algun alfaquí, en que persuadia á los sublevados para que se sometiesen al rey, á fin de evitar tantas calamidades como sobre el pais atraia la temeridad de Aben-Aboo y de sus parciales.

Entretanto el duque de Sesa conseguia desconcertar á los rebeldes con sus victorias, y reducir con su prudencia á muchos de los mas bravos moriscos. Se apoderó durante el mes de marzo del castillo de Velez, de Benaudalla y Lentegi: fortificaba á Competa, á Maro, y á Nerja, pacificando la costa de Almuñecar, y espulsaba y hacia emigrar al interior de España á los de Borje, Comares, Cutar y Benamargosa.

Coincidió con estos sucesos la espulsion que se hizo el 19 de marzo de todos los moros de paz, sacándolos del reino de Granadra, internándolos en los pueblos de la Mancha y de ambas Castillas. Se les indemnizó del valor de los bienes muebles y ganados que poseian, imponiéndose pena de la vida á cualquiera de los moriscos que se quedaran ocultos

en la ciudad, en las alquerías y cortijos. Este fué el primer ensayo que se hizo de espulsion.

Don Juan de Austria y el duque de Sesa, que habia visto á pesàr de sus victorias, mermado por la desercion su ejército, se reunieron en el mes de abril en los Padules, y continuaron con actividad la guerra sin abandonar los tratos para la reduccion. Dispusieron que escribiese don Alonso de Granada Venegas directamente al mismo Aben-Aboo las condiciones ventajosas que le ofrecian para su sumision. Contestó éste sosteniendo la justicia del alzamiento y encargándole se viese con el Habaquí, á quien habia dado comision para aquel negocio.

Se reunieron en el Fondon de Andaráx el 13 de mayo de 1570, el Habaquí y los comisarios de don Juan de Austria. Propuso el Habaquí las condiciones para la reduccion. Enviadas á don Juan de Austria y oido su consejo, se acordó responder que ante todo trajese poderes de Aben-Aboo, en cuyo nombre iban á rendirse, y que presentasen un memorial suplicando lo que únicamente se les habia de conceder. Redactóse para evitar dudas este memorial allí mismo, por el secretario de don Juan de Austria. El Habaquí prometió estar de vuelta antes de ocho dias con plenos poderes de Aben-Aboo.

Volvió en efecto, el 19 de mayo otra vez, al Fondon de Andaráx, mostró sus poderes, y quedaron convenidos los términos en que habia de hacerse la sumision.

Verificóse esta solemnemente en los Padules el 22 de mayo, llegando el Habaquí y arrojándose á los pies de don Juan de Austria, que se hallaba en su tienda rodeado de sus consejeros y capitanes. Rindió á sus pies su espada y una bandera en nombre de Aben-Aboo y de todos los aliados cuyos poderes traia. Don Juan de Austria le devolvió la espada, y le dió seguro de que nadie sería molestado, robado ni perseguido, y que á todos se les dejaria vivir con sus mugeres é hijos en el reino, escepto en la Alpujarra.

Terminada la solemne ceremonia del convenio, marchó el Habaquí á la Alpujarra á dar cuenta de haberse celebrado.

El dia 25 de mayo, con el consentimiento de Aben-Aboo y de todos los capitanes y soldados moriscos, señaló don Juan de Austria los comisarios que habian de recibir los moriscos que fuesen á reducirse. Aben-Aboo, resentido de no haber sacado en el convenio grandes ventajas para su persona, ó pesaroso de tener que dejar el título de rey, se negó á cumplir el convenio de reduccion, á pretesto de que el Habaquí no habia mirado por los intereses de su pueblo, y habia faltado á la lealtad. Indignado el Habaquí, ofreció á don Juan de Austria que él haría cumplir el convenio, ó traería atado á su presencia á Aben-Aboo.

Marchó decidido á cumplir su propósito con alguna gente, en busca del que acababa de ser su so-

berano. Aben-Aboo mandó contra él los moros de su guardia, batieron su escolta, lo cogieron, y Aben-Aboo lo hizo ahogar secretamente enterrándolo en un muladar, sin que en mas de treinta dias supiese nadie de su muerte.

Intentó todavía Aben-Aboo engañar á don Juan de Austria, prometiéndole verificar su sumision, Don Juan de Austria le envió el 30 de julio un mensagero, para que tratase directamente con él. Entonces con arrogancia le declaró, que habiendo sido elegido rey, aun cuando quedase él solo en la Alpujarra, jamás se daria á partido, teniendo para un apuro una cueva provista de agua y víveres para seis años, en cuyo tiempo no le faltaria una barca con que poder pasar á Berbería.

Entonces volvieron á formarse nuevamente otros dos cuerpos de ejército; con el uno entró el comendador mayor Requesens en la Alpujarra, y don Juan de Austria, y el duque de Sesa con el otro por la parte de Guadix, debiendo de encontrarse enmedio de las sierras.

En el mes de setiembre el comendador mayor Requesens, hizo una batida general en la Alpujarra. Lo llevó todo á sangre y fuego, destruyó los sembrados, pasó á cuchillo á cuantos hombres encontró, cautivó á las mugeres y á los niños, y los repartió entre sus capitanes y soldados. Buscó á los moriscos en las cuevas donde se ocultaban entre las breñas, haciéndolos salir de ellas por la fuerza de las armas,

ó encendiendo hogueras en sus bocas para abrasarlos con el fuego ó sofocarlos con el humo. Millares de moriscas, de viejos y de niños se cautivaron en estas correrías. Vendíasen por esclavos, y por ser tantos, á muy vil y bajo precio.

El 28 de octubre mandó el rey á don Juan de Austria y al presidente de Granada don Pedro Deza, que á la mayor brevedad posible se sacaran del reino de Granada é internasen en Castilla y Andalucía á todos los moriscos, así los de paz como los nuevamente reducidos.

Hizo ocupar don Juan de Austria todos los pasos de la sierra, y el dia 1.º de noviembre fueron espulsados de todos los pueblos y de todas las partes del reino de Granada los moriscos, hubieran ó no sido rebeldes.

Dividiéronse en escuadras de á mil quinientos, y fueron conducidos los de la ciudad de Granada, valle de Lecrin, sierra de Bentomiz, Hoya de Málaga, y serranía de Ronda á Córdoba, y repartidos luego por Estremadura y Galicia. Los de Baza, Huescar, Guadix y rio Almanzora, á la Mancha y Castilla la Vieja. Los de Almería y su territorio, embarcados para el reino de Sevilla. No se destinó ninguno al reino de Murcia, ni á las cercanías de Valencia por evitar el peligro del trato y comunicacion con los moriscos de aquellas tierras. Asi en un solo dia quedó despoblado de moriscos el reino de Granada, habiendo costado dos años y dos sangrientas campañas el hacerles doblar su cerviz.

Don Juan de Austria, el comendador mayor, y el duque de Sesa entraron triunfantes en Granada. Licenciaron las tropas de las ciudades, y el 30 de noviembre salió para Madrid don Juan de Austria, dejando al duque de Arcos el cargo de concluir con algunas partidas de moriscos que vagaban por la serranía de Ronda y la Alpujarra, entre otras una de cuatrocientos hombres, que mandaba todavía Aben-Aboo. Puesta á precio su cabeza, y conjurados para su pérdida los parientes de Aben-Humeya, que tenian que vengar su alevosa muerte, lograron que dos de sus mas íntimos confidentes le asesinasen el dia 15 de marzo en una cueva entre Berchul y Mecina de Bombaron, dándole un golpe en la cabeza con la culata de un arcabúz.

¡Asi concluyó el último Omniada! Su matador rellenó el cadáver de sal, y entablillado para que pudiera sostenerse caballero en una mula, cubierto cón sus mas ricos vestidos, entró en Granada y presentó el cadáver al duque de Arcos en el palacio de la chancillería. El cuerpo del ex-rey de la montaña fué arrastrado, descuartizado, y colocada su cabeza en una jaula de hierro, sobre la puerta del Rastro que da salida para las Alpujarras, con esta inscripcion: «*Esta es la cabeza del traidor Aben-Aboo, nadie la quite bajo pena de muerte.*»

El reino de Granada quedó despoblado, tuvieron que reclutarse en Galicia, Asturias, montañas de Leon y de Burgos colonos, y buscar ganados y ape-

ros de labor, con objeto de distribuirlos á los nuevos moradores; pero estos no sirvieron para el objeto. Los moriscos se habian llevado consigo el secreto de su industria; el pais quedó arruinado para mucho tiempo por la devastacion de los soldados. Los nuevos colonos, á quienes se les dieron las tierras bajo un reducido cánon, no encontraron medios para vivir. Los que consintieron en abandonar su antiguo pais, ó eran inhábiles para la labranza los unos, ó habian tenido los otros un género de vida licenciosa y poco apegada al trabajo. No cumplieron las condiciones bajo las cuales aceptaran las suertes ó porciones de territorio, y se fugaron ó se hicieron bandoleros. Apenas pudieron juntarse doce mil quinientas cuarenta y dos familias, con las cuales se poblaron doscientos setenta lugares, á que quedaron reducidos mas de cuatrocientos que habia en tiempo de los moros. El pais quedó empobrecido, despoblado, habituado á la inmoralidad, y aun hoy, despues de haber pasado mas de tres siglos, no se ha levantado todavía Granada de la postracion en que la dejó la espulsion de los moriscos.

——

X

GUERRA Y ESPULSION DE LOS MORÍSCOS DE VALENCIA.

Sube al trono Felipe III, á los 21 años de edad. Su inesperiencia, la debilidad de su carácter, no le hacen apropósito para contener la decadencia que en los últimos años de su padre comenzó á sentir la monarquía española; esta monarquía que había dado la ley y llenado de consternacion á todas las potencias de Europa. No heredó de su padre la ambicion, empero heredó el falso celo religioso y el fanatismo.

Don Francisco de Rojas Sandoval, marqués de Denia, caballerizo de Felipe III, cuando solo era príncipe de Asturias, conservó el ascendiente que tenía sobre él, y creado duque de Lerma y primer ministro, rigió á su arbitrio esta vasta monarquía. Hombre tan poco apto para el gobierno como el rey, fué el verdadero monarca de la España, y no trató

de unir á esta los moriscos, cuando la batian en brecha tres reinos á la vez; Enrique IV de Francia, Isabel de Inglaterra y Mauricio de Nasau.

Con el tratado de Verwinks de 1578, el de Londres de 1604, y la tregua de doce años ajustada en abril de 1609, habia ido comprando con mas ó menos honra el duque de Lerma la paz con Francia, con Inglaterra y con las Provincias Unidas, guerras tan fatales para la prosperidad de España, particularmente la guerra de los Paises Bajos que duró cuarenta años, y que costó á España mas de dos mil millones de reales, la flor de sus ejercitos y que anonadó á su comercio, sus recursos y su poder marítimo, pero al terminar esta guerra iba á recibir otra herida mas honda la prosperidad de la nacion española, por la ineptitud tambien y la codicia del primer ministro duque de Lerma.

Esclavo Felipe III de una supersticion y devocion poco ilustradas, aborrecía á los moriscos, á quienes su primer ministro el duque de Lerma, había ya tratado con dureza y prevencion cuando fué virey de Valencia en tiempo de su padre. Infestadas las costas valencianas por los piratas berberiscos, acusaban de mantener correspondencia secreta con ellos, y escitarlos y animarlos en sus espediciones, á los moriscos españoles, especialmente á los de las costas valencianas donde solian aproximarse aquellos piratas. Como conspiradores contra la seguridad del estado se les pintaba especialmente por el clero. Ya en el

mismo año en que Felipe III fué á Valencia á celebrar su matrimonio con Margarita de Austria, hija del archiduque Carlos y de María de Baviera, trató el rey de que los obispos con pastoral solicitud, se consagrasen á mejorar la condicion de los moriscos, y procurando la publicacion de un edicto de gracia, concediendo perdon general á cuantos abjuraren de sus errores y pidiesen la absolucion de sus pecados.

El 22 de junio del año de 1599, anunció el inquisidor general á todos los moriscos del reino, que el papa todavía les había concedido un edicto de gracia por el término de un año. El arzobispo de Valencia y los sufragáneos nombraron misioneros estraños á la Inquisicion, á los que se encomendó el cargó de publicar el edicto de gracia y el jubileo secular en su diocesi. El arzobispo don Juan de Rivera, encargó á los que mandaba á anunciar las palabras de benignidad del pontífice á los moriscos, que hiciesen saber á sus señores que aquel era el último plazo, y que si no correspondian cual era debido, el rey adoptaría otros medios para vencer su obstinacion.

En vano se empeñó el venerable arzobispo, en vano predicaron los misioneros, en vano los inquisidores se apoderaron de los moriscos reputados por alfaquíes, y los sumieron en las cárceles queriendo catequizarlos de este modo. En su celo el piadoso patriarca consagraba sus rentas á aumentar los recursos del colegio de los moriscos, y gastó cuarenta

mil libras en fundar otro para las mugeres. En su impaciencia religiosa no aguardó á que germinasen las semillas del bien, y en el mismo año en que hacia aquella fundacion, casi en el mismo mes, se decidió á reclamar la espulsion.

En 1602, elevó un memorial al rey reclamando la espulsion de la raza conversa. En él manifestaba el arzobispo que todos los moriscos eran apóstatas, pertinaces é incorregibles; que se correspondian los unos con los otros, y todos con los moros de Argel, los corsarios berberiscos y los turcos; que los obispos al permitir bautizarse sus hijos, tenian el dolor de pensar que se tornarían apóstatas; que todos los dias profanaban los sacramentos, perturbaban el culto de los cristianos viejos, desapareciendo del reino una cantidad de personas cristianas, imaginándose que estas eran asesinadas, y que las mugeres y los niños eran robados por los corsarios para aumentar el número de infieles en Africa; que las conspiraciones eran continuas, y se hallaba próxima España á su ruina como en los tiempos del rey don Rodrigo, habiendo sido los descalabros sufridos en el reinado anterior, como la pérdida de la armada invencible, y el mal éxito de la empresa de Argel, lecciones con que Dios avisaba á los reyes de España que debian emplear sus fuerzas, no fuera, sino dentro de ella, donde se hallaban sus mayores enemigos.

El rey y el duque de Lerma y su confesor fray Gaspar de Córdoba, contestaron al prelado elogiando

su celo por la religion, empero no tomaron disposicion alguna.

Una vez orillada la cuestion religiosa, importaba poco á Felipe III la cuestion política. En su indolencia dejaba el gobierno completamente abandonado en las manos del duque de Lerma, y éste se hallaba ocupado en los negocios de comprar tregua y descanso para la España, que estaba en guerra á la vez con tres poderosas naciones.

No le alarmaba por otra parte el temor de una rebelion de los moriscos, hecho con que amenazaba el arzobispo Rivera, porque la proporcion de los cristianos con los moriscos era bastante á tranquilizarlé. En el censo de 1599, habia mostrado el reino de Valencia tener veinte y ocho mil setenta y una familias moriscas, por setenta y tres mil setecientas veinte y una cristianas.

Sin embargo, el infatigable arzobispo dirigió una segunda memoria mas fuerte todavía que la primera, volviendo á ponderar al rey la obligacion en que se hallaba de esterminar á los infieles, haciéndole ver las consecuencias de la conducta de Cárlos V y de Felipe II, que en vano habian intentado convertir á hombres á quienes debieron esterminar ó espulsar como único medio para limpiar el reino de su perversa raza. La idea de esterminio y matanza de un millon de hombres horrorizaba al prelado; mas persuadido de la necesidad de deshacerse del pueblo morisco, proponia la espulsion como término medio,

indicando que comenzase por Castilla y Andalucía; que se vendieran los hombres, y los jóvenes se destinasen á los talleres ó al trabajo de las minas, conservando á los niños menores de siete años; que en Aragon y en el reino de Valencia se hiciese desaparecer la poblacion con medidas análogas, empero gradualmente, porque los moriscos de aquellos paises vivian aislados, no ponian en peligro la fé de los cristianos viejos, y eran enteramente los dueños de la agricultura, como de toda especie de industria y de arte, y arrojándolos á la vez habria esposicion de que sobreviniese una grande carestía, la miseria, y el hambre, por la desaparicion súbita del comercio y de los objetos de primera necesidad, en tanto que los moriscos de Castilla diseminados por las provincias, confundidos con los cristianos, hablando el castellano, teniendo una grande inteligencia, eran enemigos mas temibles para la fé y el estado, al paso que los otros eran útiles al cultivo de las tierras, y esplotacion de las fábricas.

La laboriosidad y la economía de los moriscos la presentaba el arzobispo como un grave cargo. La sobriedad, la frugalidad en su trato, el ningun lujo que tenian en sus casas y en los vestidos, y el afan con que á pesar de los impuestos que pagaban iban allegando el dinero y proporcionándose una situacion mas ventajosa que la de muchos cristianos viejos, la rapidez con que se multiplicaban por no admitir entre ellos el celibato y casarse muy jóve-

nes, el no contribuir al servicio de las armas, de que estaban eximidos, sin perder gente en las costosas guerras que entonces mantenia la España, y el no emigrar en busca de riquezas al Nuevo Mundo, todo esto habia aumentado prodigiosamente su poblacion.

La poblacion morisca del reino de Valencia iba en efecto ascendiendo en tan prodigiosa proporcion que á principios del siglo XVII, á peticion de las córtes del reino se suspendió la formacion de los censos para no revelar á los moriscos la fuerza que tenian.

No solo la intolerancia del clero culpaba á los moriscos de lo que eran escelentes cualidades y virtudes que debian haber procurado infundir en los cristianos viejos, sino que uno de los ingenios mas grandes de su siglo, el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, en su coloquio de los perros de Maudes, con su tono festivo, al describir á los moriscos los pinta de esta manera:

«Todo su intento es acuñar y guardar dinero acu»ñado, y para conseguirlo trabajan y no comen: »entrando el real en su poder, como no sea sencillo »le condenan á cárcel perpétua y á oscuridad eterna; »de modo que ganando siempre, llegan y amontonan »la mayor cantidad de dinero que hay en España; »ellos son su lepra, su polilla, sus picazas y sus co»madrejas: todo lo allegan, todo lo esconden y todo »lo tragan: considérese que ellos son muchos, y que »cada dia ganan y esconden poco ó mucho, y que »una calentura lenta acaba la vida como la de un ta-

»bardillo, y cómo van creciendo, se van aumentan»do los escondedores, que crecen y han de crecer »infinito como la esperiencia lo muestra; entre ellos »no hay castidad, ni entran en religion ni ellos ni »ellas; todos se casan, todos multiplican, porque el vi»vir sóbriamente aumenta las causas de la genera»cion; ni los consume la guerra, ni ejercicio que de»masiadamente los trabaje, róbannos á pie quedo, y »con los frutos de nuestras heredades, que nos re»venden, se hacen ricos; no tienen criados porque »todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos »en los estudios, por que su ciencia no es otra que » la de robarnos.» ¡Véase como el inmortal autor del Quijote se dejaba dominar de las vulgares preocupaciones de su época!

Al apasionado memorial del arzobispo Rivera contestaron los nobles y señores valencianos interesados en la conservacion de los moriscos que tanta utilidad les prestaban, y que con las crecidas rentas que como colonos de las tierras les pagaban sostenian su opulencia. Negaron las conjuraciones de los moriscos, que suponian inventadas por los frailes; exigieron pruebas jurídicas de sus acusaciones, y acusaron á su vez al clero de descuidar la instruccion de los moriscos, y de la odiosa invencion de establecer diferencias entre los cristiânos viejos y los cristianos nuevos.

Una y otra memoria fueron presentadas á las córtes en 1604; pero ni las córtes ni el rey toma-

ron providencia alguna, permaneciendo en la irresolucion.

Cuando los nobles valencianos negaban tan terminantemente las conjuraciones que se imputaban á sus vasallos, y salian garantes de su fidelidad, estaban los moriscos en inteligencias con los franceses; habian recibido en sus tierras á unos enviados del ministro francés, duque de la Force, habiendo fijado para el alzamiento el Jueves Santo: cuatro buques franceses debian presentarse aquella noche, llegar al Grao de Valencia; desembarcar soldados disfrazados que escalasen la muralla, y hacer el movimiento al amanecer. Esta conspiracion fué descubierta por un morisco á quien al salir de una grave enfermedad habia convertido fray Jaime de Bleda, religioso dominico, y uno de los hombres mas infatigables en la persecucion de los moriscos. Reveló la conjuracion al rey, y descubierta se prendió y ahorcó á los principales autores y cómplices, que fueron Pascual de Santisteban, Martin de Iriondo, Fernando de Charin, Pedro de San Julian, Miguel Alamin, y Pedro Cortés.

Ya no era posible dudar de que conspiraban los moriscos. El descubrimiento de esta conspiracion, unido con el que poco tiempo antes se habia hecho en Sevilla, hallando su Asistente ocultos en un barrio doscientos barriles de pólvora, y muchas armas escondidas para alzarse los moriscos de Andalucía en combinacion con los demas de España y de Africa,

revelaron el peligro, y escitaron los clamores del clero para que el rey tomase una medida de esterminio contra la raza morisca.

No todos los prelados opinaban de este modo, ni tenian el indiscreto celo que el arzobispo de Valencia, y el arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, tio del duque de Lerma. El obispo de Segorbe, don Feliciano Figueroa, con espíritu evangélico y verdadera tolerancia cristiana, en vez de aconsejar medidas duras y crueles, cuyas fatales consecuencias para el comercio y la agricultura conocia, impetró del papa Paulo V, que mandase á los prelados del reino se congregasen para tratar de asunto tan grave. El papa Paulo V otorgó un *breve* para que los prelados se reuniesen á tratar de este interesante asunto, y no quiso oir hablar de espulsion, únicamente se limitó á la conversion como padre comun de los fieles.

De comun acuerdo, el papa y el rey, escribieron al arzobispo de Valencia, mandándole que, convocando en sínodo á los obispos de Orihuela, Segorbe y Tortosa, en union de ellos y los eclesiásticos que creyesen mas convenientes, discurriesen los medios mas justos y apropósito, para convertir á los moriscos y cristianos nuevos. Como las materias que debian tratarse en este sínodo afectaban á los intereses del Estado y á los derechos de la Inquisicion, el rey mandó que asistiese á él un inquisidor, el doctor Bartolo Sanchez, y el marqués de Caracena, capitan general vi-

rey de Valencia, y ademas nueve teólogos consultores, de ellos seis regulares y tres del clero seglar, nombrando por secretario al cronista é historiador de Valencia, Gaspar Escolano, de cuyas interesantes *Decadas* hemos sacado muchas noticias.

El sínodo tomó entonces el nombre de junta, y comenzó sus sesiones en el palacio del virey el 22 de noviembre de 1606. Las graves é importantes cuestiones que se sometieron á la deliberacion de la Junta fueron las siguientes:

1.ª Si los cristianos nuevos eran hereges ó apóstatas.

2.ª Si se podia bautizar á sus hijos y dejarlos en poder de sus padres.

3.ª ¿Se debe obligar, ó dejar en libertad á los moriscos de confesar y recibir los sacramentos?

4.ª ¿Se les permitiria declarar sus dudas en materia de fé, sin que los que los oyesen incurriesen en pena no teniendo obligacion de denunciarlos?

Sobre cada uno de estos puntos hubo largos y acalorados debates. Las sesiones de la junta duraron tres meses, hasta marzo de 1607, en cuya época se enviaron á la junta suprema establecida en Madrid, para tratar de estas materias, todos los memoriales y respuestas que á los capítulos habia dado la junta de Valencia. Dividiéronse los pareceres de ésta en los tres primeros puntos, y en el último estuvo unánimemente conforme en que era inútil discutir con los moriscos porque el Koran les prohibia las disputas reli-

giosas y jamás se atrevian á confesar sus infidelidades por miedo á la Inquisicion.

El arzobispo decidió por sí las cuestiones que los teólogos no se habian atrevido á resolver: declaró que los moriscos eran apóstatas; dijo que no se les debia permitir bautizar á sus hijos ni se les podia recibir á la comunion. Entonces llegó hasta esponerse por el dominico fray Jaime de Bleda la opinion de que no siendo verdadera confesion la de los moriscos, no estaban los confesores obligados á guardarles el secreto. ¡Qué modo de estimular á los nuevos cristianos á frecuentar los santos sacramentos!!!..

El resúmen de las resoluciones de la junta de Valencia, se terminaba con esta sentencia: se debe reiterar á los moriscos el bautismo, obtener por última vez un edicto de gracia, instruirlos, y si no solicitan de nuevo ser bautizados, espulsarlos del reino.

Las sesiones prolongadas de la junta, el secreto no siempre bien guardado en corporaciones numerosas, agitaron y alarmaron á los moriscos. Comenzaron á reanudar sus relaciones con Francia y los Paises Bajos, se descubrieron algunas conjuraciones, ó al menos se aparentó descubrirlas, y el padre Bleda, que en su obra de *La defensa de la fé y espulsion de los moriscos* se califica jactanciosamente á sí mismo de *azote de los moriscos*, y que habia estado en un contínuo movimiento para su persecucion yendo desde España á Roma, de donde habian tenido que espulsarle, se dirigió con sus denuncias al duque de Lerma.

Este ministro, cuya ineptitud tan costosa fué para la España, hizo creer al rey que una vasta conjuracion se estendia por todo su reino, apoyada en los moriscos. Atemorizó el ánimo débil y apocado de Felipe III, le persuadió de que era indispensable la espulsion total de los moriscos de sus estados. Acostumbrado á plegarse á la voluntad de su ministro favorito, el rey, al proponerle la medida mas grave y que iba á caracterizar de una manera bien poco ventajosa todo su reinado, «*Grande resolucion*, contestó al duque de Lerma; *hacedlo vos, duque*» (6 de junio de 1600). Asi se adoptó el consejo mas osado y bárbaro de que hace mencion la historia de todos los anteriores siglos.

Coincidió el tomar esta atrevida y audaz resolucion con la tregua de los doce años, hecha con las Provincias-Unidas de Flandes; de modo que quedaban disponibles todas las fuerzas de España para el osado y terrible golpe que se proponia dar el duque de Lerma.

La pragmática de espulsion de los moriscos de Valencia, se firmó en Segovia el 4 de julio del mismo año. Antes de ejecutarla, el duque de Lerma tomó todas las precauciones necesarias para asegurar aquel golpe. Pusiéronse sobre las armas las milicias efectivas de Valencia, Castilla y Leon; se dieron órdenes reservadas á los vireyes y capitanes generales de Nápoles, Sicilia y Milan, para que con sus galeras, compañías y tercios, viniesen á cruzar en las costas de Valencia. Se hicieron tantos y tan grandes

aprestos, cuàl si se proyectara la conquista de un gran reino. Se encargó la direccion de èsta árdua empresa á un valiente veterano, don Agustin Mejía, maestre de campo, el cual fué á Valencia el 20 de agosto, y presentó cartas al arzobispo y al virey para que en un todo se entendiesen con él. A la llegada de Mejía á Valencia, comenzó éste á celebrar misteriosas conferencias con el virey y el arzobispo, á inspeccionar los cuarteles, á visitar las fortalezas y castillos y las plazas de las costas, pertrechándolas de todo lo necesario.

No dejó de sorprender al arzobispo Rivera que la espulsion de los moriscos empezase precisamente por Valencia, cuando lo que él proponia era el que fuese por Andalucía. El P. fray Jaime Bleda en su crónica, cuenta que, desahogando con él su dolor el venerable arzobispo, le decia: «*Padres, bien podemos de aqui en adelante comer pan é yerba, é remendar los zapatos,*» aludiendo á las grandes pérdidas que iban á sufrir las rentas del clero valenciano con la espulsion.

Por mucho que se quiso guardar el secreto, no podia menos de transpirarse una resolucion de tamaña importancia. Veíase en los Alfaques, en Denia y en Alicante, desembarcar de las galeras de España varias tropas, mientras las galeras de la armada cruzaban las aguas de Valencia. Veíase tambien que don Pedro de Toledo, que mandaba la armada española, habia saltado en tierra y se habia enseñoreado de la

sierra de Espadan, inaccesible guarida, donde años antes habian desafiado los moriscos el poder de Cárlos V. Los nobles valencianos presienten su ruina, el pueblo sospecha la proximidad de una gran catástrofe, al observar que los moriscos se retraen de frecuentar el mercado, produciendo una gran carestía, que amenaza convertirse en hambre. Entonces la nobleza en cuerpo se presenta al virey, y se lamenta de que no se les avise de lo que se proyecta, estando dispuestos como siempre á defender al rey con sus vidas y sus haciendas El marqués de Caracena responde que nada tiene que comunicarles, que nada puede hacer, que se dirijan al rey. Marchan los comisionados de la nobleza, y hablan á Felipe III; le pintan la ruina de sus propiedades, la pérdida inmensa que los monasterios y las universidades van á tener, porque se sostenian con los censos que pagaban los moriscos, y que ascendian á mas de doce millones. Le hicieron presente el menoscabo que iban á sufrir las rentas reales y la desesperada resistencia á que podia lanzarse aquella raza. Hasta llegaron á ofrecer hacer contribuir á los moriscos al mantenimiento de las galeras, consintiendo en la espulsion de los marítimos. El duque de Lerma permaneció sordo. Tal vez pensaba en el futuro capelo que habia de poner á cubierto su cabeza del hacha del verdugo, y cubrir sus concusiones, y queria mostrarse el defensor intolerante del cristianismo. El rey, que los oyó al parecer afablemente, les dió por toda

respuesta: «*El marqués de Caracena os hará conocer mi voluntad.*»

La voluntad del rey era conocida. El 21 de setiembre, al volver los diputados de la nobleza de Valencia, son convocados por el virey, que les lee un real decreto, de fecha 11 de aquel mes, por el que se les manda concurrir con todas sus fuerzas á la ejecucion de las medidas que iban á adoptarse. Entonces dió la nobleza valenciana un grande ejemplo de abnegacion y sumision á la monarquía. Escribieron al rey que podia pedirlos hasta su último ducado y su última gota de sangre, seguro de ser obedecido, aun en lo que iba á causar la ruina de sus rentas y la pérdida de su influencia social.

El dia 23, en las calles y plazas de Valencia se pregonó la pragmática de espulsion, en la que el rey apellidando hereges, apóstatas y traidores á los moriscos, decia que, usando de clemencia, no les condenaba á muerte, ni confiscaba sus bienes, con tal que se apresurasen á ser embarcados en el término de tres dias, y dejasen para siempre las tierras de España. Los principales capítulos de aquella bárbara pragmática eran:

En el término de tres dias todos los moriscos y mùgeres, bajo pena de la vida, habian de dirigirse para ser embarcados á los puertos que cada comisario les señalasen.

No se les permitia sacar de su casa mas que los bienes muebles que pudieran llevar sobre sus cuerpos.

Se prevenia no fuesen maltratados, vejados, ni molestados de obra ni de palabra.

Se proveia durante la embarcacion á su mantenimiento.

Se autorizaba á cualquiera que encontrase á un morisco desbandado fuera de su lugar, pasados los tres dias del edicto, para poder apoderarse de lo que llevara, prenderle y darle muerte si se resistia.

Se imponia la pena capital á todos los vecinos de cualquier pueblo en que se averiguase haber quemado los moriscos, ocultado ó enterrado alguna parte de su hacienda.

Se ordenaba que en cada pueblo de cien vecinos quedasen seis de los moriscos mas ancianos, á eleccion de los señores, entre los que fuesen reputados por mejores cristianos, para que pudiesen enseñar á los nuevos pobladores á cultivar la caña de azúcar y los arrozales.

Los niños menores de cuatro años podian quedarse si sus padres lo consentian. Los menores de seis, hijos de cristiana vieja, debian quedarse con sus madres, siendo espulsado el padre si era morisco.

Los que quisiesen ir á otros reinos podrian hacerlo, pero sin atravesar ninguna de las provincias de España.

No es fácil describir la sorpresa que ocasionó en los moriscos este desatentado bando. Los padres, las madres, los hijos, los hermanos, jóvenes, niños y an-

cianos, todos quedaron sumidos en la mayor consternacion y llanto. Hacíaseles abandonar la patria en que habian nacido ellos y sus antepasados, el suelo que habian regado con el sudor de su frente, y que habian fertilizado con su industria. La piedad habia desaparecido del corazon de todos; el terrible fallo lanzado por el débil monarca y el duque de Lerma, ministro inexorable, que iba á encontrar un nuevo venero de riqueza en esta audaz disposicion, debia cumplirse.

Pusiéronse de acuerdo los vecinos y nobles que tenian vasallos moriscos, las justicias de los pueblos con los comisarios nombrados por Mejía, para reunir á los que se iban á espulsar, y comenzaron estos á dirigirse en cuadrillas mas ó menos numerosas, á los puntos donde debian ser embarcados al Africa. Además de las setenta y tres galeras y galeones, se habian procurado gran número de buques de todos los puertos de España por medio de un embargo. Ninguno quiso aprovecharse de la libertad que les concedia el bando para trasladarse á tierras de cristianos. Fingieron al contrario, en su despecho, alegría por abandonar la tierra que de sí tan cruelmente los rechazaba. Sin embargo, aun hicieron un último y supremo esfuerzo, aun intentaron medios de conciliacion, recordando que los moriscos de Granada en tiempo de Cárlos V habian comprado á peso de oro la suspension de los terribles decretos con que se quiso anonadar su nacionalidad.

Los gefes de las *aljamas*, despues de haber hecho magníficas ofertas al virey de Valencia para que suspendiese la medida de la espulsion, proponiéndole mantener la escuadra, los fuertes, pagar una gran *farda* ó contribucion, y rescatar en todo tiempo á su costa á los cristianos que cautivasen los piratas berberiscos, meditaron si debian de tomar las armas ó someterse pacíficamente á las duras medidas del virey. Determinaron marchar é impedir que las familias que necesitaban los señores para formar nuevos colonos y que debian quedar en España, permaneciesen en ella.

Conocida esta decision de la aljama se pusieron en movimiento para la mar las poblaciones moriscas de Valencia. Veintidos mil quinientas personas se embarcaron en diez dias en el Grao de Valencia; cinco mil quinientas cincuenta y cinco de una sola vez en Denia; catorce mil seiscientas tres en Alicante; mas de diez mil en Vinaróz. Desde alli eran transportadas á Argel, Túnez, Orán, y otras ciudades de Africa, en que hallaban muy buena acogida y hospitalidad.

El mayor peligro para los moriscos estaba en llegar á los puertos de mar, porque deseosos los cristianos viejos de vengarse, y atraidos por el amor al pillage, formaban cuadrillas en los caminos, que asaltaban, robaban y asesinaban á los infelices moriscos, siendo preciso que el virey tomase fuertes medidas, levantando horcas en los caminos para castigar á los cristianos viejos que á tamaños crímenes se abandonaban.

No bastaban estas severas medidas para evitar los escesos que, produciendo irritacion en los moriscos, paralizaban los embarques. Soldados y paisanos rivalizaban en codicia y crueldad. Los paisanos se quejaban de que no se aceleraba la espulsion, y reunidos en cuadrilla salian á caza de moriscos.

El historiador de Valencia, Escolano, en una de sus Décadas, para probar el fanatismo que desplegaban los cristianos viejos, cuenta que un vecino de Palma andaba por los montes con su arcabúz á caza de moriscos; encontraba á alguno estraviado, lo mataba, y en seguida echaba á andar muy tranquilo y mesurado, con un rosario en la mano cual si anduviese haciendo penitencia por aquellos desiertos.

Los soldados, no solo deseaban que hubiese una rebelion, sino es que con falsas noticias de que los moriscos eran maltratados en Africa, procuraron escitarla. Era menester que fuertes escoltas acompañasen á los moriscos hasta los puertos donde tenian que embarcarse. Muchos señores con laudable celo, acompañaron hasta el mar á sus vasallos. El duque de Gandía, el marqués de Albaida, el conde de Almay, el de Buñol y el de Concentaina fueron con sus vasallos hasta dejarlos dentro de las embarcaciones. El duque de Maqueda llevó su generosidad hasta ir con sus vasallos de Aspe y de Crevillente, y dejarlos en Orán, cerciorado del buen recibimiento que se les hacia.

El estado constante de persecucion que se des-

plegó contra los moriscos les hizo tener impaciencia por embarcarse, y sin aguardar á que dieran la vuelta los buques del estado, en que marchaban hacinados los moriscos, pues que solo en dos viages trasladaron á Berbería setenta mil, fletaron por su cuenta buques particulares, vendiendo para poder pagar su pasage sus mejores efectos. Asi en el Grao de Valencia se vió vender por dos ducados objetos de un primoroso trabajo, vestidos, velos, bordados de oro, que habian costado doscientos ducados la víspera. Muchas de las familias, que creyéndose mas seguras, habian fletado por sí buques para ser trasladadas á Africa, perecieron en el camino víctimas de la avaricia y de la brutalidad de los patrones. Muchas fueron robadas y degolladas durante su travesía, y arrojadas al mar despues que los marineros se habian abandonado brutalmente con sus mugeres y sus hijas á los mas execrables escesos.

Entre otros lances que manchan de una manera indeleble el bárbaro golpe de la espulsion, y el modo con que se verificó, refieren los historiadores el cometido por el patron de un buque, Juan Bautista Riera, á quien en castigo se le impuso la pena de cortarle la mano derecha y hacerle despues morir en la horca. Llevaba éste en su buque una jóven bella, á quien para que no descubriese su maldad al llegar á Barcelona, arrojó al mar en la embocadura del Llobregat; cuando la infeliz, batallando con las ansias de la muerte, trataba de mantenerse sobre las aguas

y asirse á la lancha, el feroz marinero la quebrantó la cabeza con un remo, y desapareció su cabeza debajo de las aguas.

Semejantes escesos y crímenes hicieron que el virey prohibiese el que ningun morisco pudiera ser transportado á Africa en buques particulares.

La sed de oro aquejaba de tal manera á los que ordenaban la espulsion, que viendo que á pesar de la pragmática, por la connivencia bienhechora de los señores, los primeros emigrados habian llevado muchos de sus efectos muebles, que no tenian derecho á llevar, habiendo vendido sus ganados, sus granos, y aun algunos sus casas y sus tierras, valuándose en mas de un millon de ducados la suma que hicieron salir del reino, el 1.º de octubre, conforme con el dictámen de la chancillería, prohibió el virey todas las ventas de granos, aceites, casas, tierras, derechos y acciones, no permitiendo tampoco comprarlas á los cristianos viejos.

Esta disposicion fué una de las causas que impulsaron á la rebelion á muchos de los moriscos que aun quedaban en el reino, porque este bando cruel dejaba á los moriscos, á quienes habia cogido improvisada la espulsion, faltos de metálico, sin medios para proveerse de él, pasando en un instante, además de todas las calamidades que pesaban sobre su raza, desde el seno de la comodidad y de la abundancia al de la miseria y de la pobreza.

Resuélvense, al fin, acosados con tanta vejacion

á la resistencia los moriscos. El gobernador de Denia tiene que recurrir á la amenaza para hacer partir á tres mil individuos que habia reunido con trabajo en aquel punto. Los jóvenes se lanzaron á las montañas: formóse una faccion cerca de Gandía: otra entre Denia y Alcoy, que dándose la mano, reclutaron gente rápidamente. Veinte poblaciones de la sierra de Bernia se hallaban ya levantadas el 25 de octubre, y el 29 se sublevó toda la sierra. Disimularon al pronto las autoridades para embarcar los que ya tenian reunidos, viendo una ventaja en luchar con aquellos menos rebeldes.

Los insurrectos en número de quince á veinte mil hombres, se establecieron en el valle de Alhar, que defendian varios castillos. A sus pies se hallaba Murla, pequeña poblacion ocupada por ciento treinta y seis soldados cristianos. Como no tenian artillería ni armas de fuego, se limitaron á bloquear aquel punto en lugar de sitiarlo y asaltarlo con valor.

En el valle del Júcar se organizó tambien la resistencia. Asesinaron en Dos-Aguas, el 15 de octubre, al comisario encargado de verificar la espulsion. Los moriscos de Cofrentes, Jalance, siguieron al alfaquí Amira, que hizo sublevar á los de la Muela de Cortes. Allí levantaron por rey á un rico moro del lugar de Catadam, parroquia aneja á la de Lombay, llamado Turigí, hombre enérgico y valiente.

Este, á la cabeza de un millar de guerreros, cor-

tando los caminos que conducian á la Muela, se dispuso á combatir. En vano el gobernador del distrito de Játiva, don Francisco Milan, fué á parlamentar en persona con él, ofreciéndole un ámplio salvoconducto y una entrevista para arreglar á su satisfaccion con el virey los puntos concernientes á su suerte.

Turigí rechazó todo, exigiendo que se dilatase el embarque hasta la primavera, y se les dejase vender sus tierras y propiedades.

Por su parte los insurgentes del valle de Alhar, eligieron tambien otro rey, y dieron este nombre á un molinero de Confrides, llamado Gerónimo Millini. Hombre vulgar, cercado á poco en el valle de Alhar, reducido á la escasez por haber sido interceptados todos sus convoyes, pidió el 16 de noviembre capitular.

Don Sancho de Luna, que mandaba el ejército en ausencia de don Agustin Mejía, despues de muchas conferencias le propuso condiciones tan duras, que el molinero se resolvió á morir antes que aceptarlas. Esperaba socorros de los moriscos de Andalucía, y los esperó en vano.

Vuelto Mejía, no quiso este esperimentado capitan esponer su gente en un ataque mortal, como sería preciso para apoderarse á viva fuerza de la posicion que ocupaba el reyezuelo Mellini. En el castillo de Beni-Maurel se habia refugiado con gran número de familias, niños, y parte de sus riquezas.

Mellini, en fin, es atacado en su agreste baluarte por las tropas de Mejía, quien marchaba á su cabeza calzado con alpargatas como sus soldados, animándolos con sus palabras y con su valor. En vano los moriscos derrumban sobre él y su hueste enormes peñascos: Mellini muere combatiendo á manos del sargento Francisco Gallardo, que lo traspasa con su alabarda. Al ver muerto á su rey se desbanda el ejército, corriendo algunos á encerrarse en el castillo de Beni-Maurel. Ocho dias permaneció don Agustin Mejía al pié de aquella fortaleza, aguardando que se la entregase el hambre: torció la corriente de las aguas, y quitó á los sitiados todo medio de proporcionárselas, triunfando asi de su constancia. Al cabo, estenuados por el hambre y abrasados por la sed, los moriscos pidieron capitulacion, debiendo de rendirse y embarcarse inmediatamente.

Para formar una idea de los tormentos que sufririan aquellos infelices, baste decir, que cuando aseguradas sus vidas por don Agustin Mejía, salieron de sus rústicas fortificaciones, se arrojaron sedientos á los arroyos que salian de una fuente, bebiendo tanto y con tal ánsia, que muchos perecieron por la cantidad escesiva de agua.

La capitulacion en virtud de la cual se habian rendido el 26 de noviembre, fué violada. El historiador de Valencia Escolano, dice que Dios lo permitió asi para que no se hubieran marchado impunes despues de tantos delitos. Al ser conducidos para

embarcarse, fueron asaltados en el camino por los cristianos, que los mataban, no siendo poderosos los bandos y amenazas para escusarlos y librarles de aquella desventura. Llegó á tanto la miseria, que desesperados los padres vendian á sus hijos, por no verlos morir de hambre y desesperados de poderlos embarcar, no llegando á diez los que arribaron sanos y salvos á los puertos donde habian de encontrar sus naves.

Dice el historiador don Antonio de Rojas y Corral, en su relacion de la rebelion y espulsion de los moriscos del reino de Valencia:

«Vinieron desnudos desvalijados, enfermos, miserables, sin dinero ni matalotage. De esta suerte se embarcaron en Denia y en Javea trece mil doscientos de los rebeldes. En los pocos dias que estuvieron en los puertos aguardando tiempo, murieron muchos miserablemente, y es de creer que muy pocos vivieron despues, considerada su necesidad y desventura.»

La insurreccion de la Muela de Cortes, no tuvo los resultados que prometia en su principio. Abandonado por los suyos, que se rindieron sin haber combatido el 21 de noviembre, y que fueron embarcados en número de tres mil el 26, pasó el Júcar el reyezuelo Turigí, y con un puñado de hombres valientes, no admitiendo el salvoconducto que le ofrecia el virey, continúa haciendo la guerra sorprendiendo las partidas de tropa, haciendo perecer á

muchos soldados, y con rápidez increible apareciendo tan pronto en un punto como en otro. Pregonada y puesta á talla su cabeza, como lo habia sido en Granada la de Ben-Aboo, fué en el dia 6 de diciembre sorprendido por un morisco, Gaspar Bodes, resentido por haberle robado una hija. Deseoso de vengarse, guió los pasos de los que le buscaban, les enseñó la cueva en que se refugiaba, y preso y conducido á Valencia, fué el 16, despues de paseado sobre un asno, sentenciado á cortarle la mano derecha, y á ser ahorcado y descuartizado. Turigí murió protestando ser cristiano, y su cabeza fué colocada en la puerta de San Vicente. Dispersóse su cuadrilla, compuesta aun de mas de cuatrocientos hombres. Don Felipe Boiri los atrajo por la persuasion, y á fines de 1609 solo quedaba una veintena, contra los que fué inútil todas las persuasiones y las batidas que les dieron las tropas. Dos hermanos, Simon y Pedro Zapata, se dedicaron á sacarlos de las montañas. Simon pasó sesenta y tres dias exhortándoles á rendirse, y Pedro fué á ponerse él mismo en rehenes á Argel. Asi los decidieron á embarcarse.

Aun despues de la muerte de Turigí, se hizo una requisicion para recoger á los que andaban dispersos y ocultos. En esta segunda espulsion, cediendo el rey á los deseos del marqués de Caracena y otros varios señores, decretó que solo se obligase á salir á los mayores de doce años.

El arzobispo de Valencia Rivera, cuya parte

principal hemos visto en el fatal golpe de la espulsion, instó fuertemente para que fueran comprendidos hasta los de siete, haciéndoles bautizar *sub conditione*, por sospechas que suponia tenia de no haber sido bautizados bien la primera vez.

Desde el 26 de setiembre de 1609 hasta marzo de 1610 salieron del reino de Valencia mas de ciento cincuenta mil moriscos, y mas de la mitad no llegaron á los puertos á que fueron destinados, pereciendo víctimas del furor de los soldados en los caminos, ó de la brutalidad de los marineros en los mares. El rey Felipe III se apropió las haciendas de los moriscos cogidos con las armas en la mano, ó que se rindieron, y á los que no se dió muerte se les envió á galeras.

Las consecuencias de la espulsion de los moriscos se hicieron sentir inmediatamente en Valencia; empero no detuvieron en su fatal carrera al codicioso duque de Lerma, que obtuvo para sí y sus hijos de la parte que se apropió del producto en la venta de las casas de los moriscos, la cantidad de quinientos mil ducados, ó sean cinco millones de reales. El codicioso ministro estaba acostumbrado á esplotar en provecho propio las grandes medidas políticas. La traslacion de la capital á Madrid en 1606, le habia valido tres años antes un millon de reales, y una magnífica casa, pagando además la villa de Madrid los alquileres de las casas en que vivian todos sus hijos.

Para perpetuar la memoria de la espulsion de los moriscos de Valencia, suceso que llenaba de orgullo á aquel imbécil y corrompido ministro, se puso, y aun se conserva, en la sala capitular de Valencia una gran lápida de mármol el 21 de setiembre de 1609.

¡En esa lápida, mentiroso monumento para engañar á la posteridad, si con sangre no lo desmintiese la historia, se dice, despues de satisfacer la vanidad de los que intervinieron en la espulsion, grabando en ella sus nombres, que este grande acontecimiento se verificó *casi sin ruido, sine ullo pene tumultu*. Los torrentes de sangre que corrieron en Valencia, el horror de la Europa culta, el grito de reprobacion, que no ha bastado á acallar el trascurso de dos siglos y medio se alzan para desmentir tan servil adulacion.

El historiador Gaspar Escolano, este hombre tan autorizado que habia presenciado la mayor parte de los sucesos, para terminar la relacion de ellos, dice estas memorables palabras: «*y por tanto queda dado fin á las antigüedades del reino de Valencia, con el nuevo estado en que se halla, hecho de reino el mas florido de España en un páramo seco y deslucido por la espulsion de los moriscos.*»

Tambien el arzobispo Rivera quiso consagrar con un acto religioso este gran suceso, estableciendo una procesion todos los años, y señalando para esto una parte de sus rentas.

XI.

ESPULSION DE LOS MORISCOS EN LOS DEMAS REINOS DE ESPAÑA.

Espulsados los moriscos de Valencia, se dió un decreto para espulsar los de Andalucía y Murcia el 9 de diciembre de 1609, y otro el dia 18 de enero de 1610. Se encargó su ejecucion al marqués de San German, el cual de autoridad propia abrevió el plazo de treinta dias que el rey habia concedido, á veinte. Los moriscos andaluces se habian prevenido con tiempo y habian pasado mas de veinte mil secretamente al reino de Fez. Permitíanseles llevar los hijos de cualquiera edad, si marchaban á paises católicos; empero si preferian emigrar á Africa, tenian que dejar en España á los menores de siete años. Con estas condiciones salieron de las Andalucías ochenta mil moriscos.

En vano los diputados de Murcia se dirigen al

rey, pidiendo la suspension de la salida de los moriscos del reino, para no ver perdidas las artes y abandonada la agricultura; el rey y el duque de Lerma no oian reclamaciones, ni atendian á razon alguna. Los moriscos de Murcia fueron espulsados por don Luis Fajardo en número de mas de quince mil personas.

Los de Aragon fueron tambien arrojados del suelo que los vió nacer, y el encargado de la ejecucion del decreto que les lanzaba del reino, espedido en 27 de abril de 1610, fué el marqués de Aytona, que le ejecutó sin que el rey ni el ministro oyesen á los comisionados que los diputados de Aragon les mandaron para que lo revocase. Todas las fuerzas marítimas y terrestres de Valencia concurrieron á la espulsion de los moriscos aragoneses, en quienes se temia mas fuerte resistencia que en los valencianos, y que, sin embargo, se dejaron mansamente conducir por los comisarios, que abusaron de tal modo de ellos que, como dice fray Marco de Guadalajara Xavierre en su *Memorable espulsion y justísimo destierro de los moriscos de España*, hasta tuvieron que pagar el agua que bebian en los rios y la sombra á que se cobijaban bajo de los árboles. Setenta y cuatro mil fueron los moriscos espulsados de Aragon, pertenecientes á trece mil ochocientas noventa y tres familias. Embarcáronse en los Alfaques, y otros entraron en Francia por Navarra y Canfranc, teniendo que pagar diez escudos por cabeza.

Los moriscos catalanes fueron tambien espulsados, dándoles el plazo de tres dias para evacuar el pais, autorizando á cualquiera que encontrase alguno de ellos por los caminos ó fuera de poblacion, para que pudiera capturarlos, desbalijarlos, y matarlos en caso de resistencia, sin incurrir en pena alguna. Asi salieron de Cataluña cincuenta mil moriscos por el puerto de la Rápita desde el 29 de mayo al 10 de setiembre.

Los de Castilla, la Mancha y Estremadura, que se hallaban mas confundidos con los cristianos viejos y eran menos sospechosos y temibles, parecia que podian haberse salvado de la dura pena de ser lanzados de España. Mas la estincion de la raza morisca se hallaba decretada. Se determinó, pues, su espulsion, mandándoles que no pasasen por Valencia, Aragon, ni Andalucía. Concedióseles, sin embargo, por una gracia muy especial, el que los obispos pudieran dar licencia para quedarse en España á aquellos que se hubiesen hecho notar por cristianos viejos en su lenguage, en su trage, en las costumbres y en la observancia de la religion y frecuencia de los sacramentos. Aun con estas escepciones, salieron de las Castillas cien mil moriscos.

Por último, dos poblaciones aisladas, que habian sido esceptuadas aun en el edicto de 22 de marzo de 1612, fueron comprendidas en la espulsion. El conde de Salazar arrojó del valle de Ricote, en el reino de Murcia, dos mil quinientos moriscos, y del Campo de

Calatrava, mil ciento, á pesar de que gozaban privilegio de cristianos viejos desde los tiempos de la reina Isabel la Católica.

Es absolutamente imposible determinar á punto fijo el número de los moriscos que salieron de España. Los autores están discordes desde doscientos setenta mil á un millon. Escolano y el P. Guadalajara le fijan en seiscientos mil; fray Jaime Bleda en quinientos mil; Salazar y Mendoza en trescientos sesenta mil, y Fonseca cn setenta mil. Los cálculos mas fundados son de que el número mas aproximado fué el de un millon, debiendo contarse los que antes se habian fugado á Fez y los que habian perecido víctimas de la barbárie y de la codicia de los soldados, muriendo otros ajusticiados en los patíbulos, ó sepultados en los calabozos de la Inquisicion.

XII

LA ESPULSION DE LOS MORISCOS CONSIDERADA BAJO EL ASPECTO ECONOMICO, POLITICO Y RELIGIOSO, Y SUS CONSECUENCIAS PARA ESPAÑA.

No fué tanto el mal que originó á España la pérdida de esta crecidísima parte de su poblacion, por su número como por la clase y la índole de la poblacion espulsada, que era precisamente la de los agricultores, comerciantes é industriales, la poblacion en fin mas productora y la mas contribuyente. El cultivo del azúcar, del algodon y de los cereales, la cria del gusano de la seda en que tan aventajados eran los moriscos, quedó enteramente abandonada en las fértiles campiñas de Valencia, Murcia y Granada. Las fábricas de papel, de sedas, de paños que tenian en los castillos, tuvieron que cerrarse, porque no habituados los españoles á las artes y á la industria, miraban con desden y desprecio el ejercicio de aquellas

artes que habian acaparado para sí y con gran provecho los moriscos.

No solo aquellos infelices sufrieron persecucion bajo el pretesto religioso en España, sino que tambien se vieron espuestos á los ultrages, y hasta al martirio en algunas regiones de Africa. Eran poco cristianos para la España: eran demasiado cristianos para Africa. La situacion de estos desgraciados era violenta, terrible, insoportable.

Los males que ocasionó á la España la espulsion de los moriscos fueron tan graves, tan intensos, que el trascurso de dos siglos y medio no ha bastado para reponerla enteramente de ellos.

Los efectos de la espulsion se hicierou sentir poderosamente en el órden económico, en el político, y en el religioso.

En el órden económico se vió privada la nacion de la poblacion mas útil, productora y contribuyente; vió desaparecer con aquella emigracion mas de cien millones de reales que llevó consigo la raza proscripta, y ocasionó sobre la escasez del numerario que ya padecia España un gran mal. Costó el trasporte de los moriscos al Africa ochocientos mil ducados, y á pesar de la prohibicion favorecidos los moriscos por el embajador de Francia que les dió en secreto letras, esportaron al marchar muchos millones, dejando gran cantidad de moneda falsa que afectó al comercio, y la fortuna pública. Los campos quedaron sin cultivo, y en valde se trataba de que

los nuevos colonos aprendieran el cultivo de las tierras porque los que habian dejado para este objeto, segun la pragmática de la espulsion, triste y vergonzosa confesion por cierto para el pais, no se prestaban á enseñarlos de buena fé, ni ellos tenian el amor al trabajo, ni ponian en las labores la aficion que los antiguos propietarios del terreno.

Los señores territoriales perdieron mucho de sus rentas, y España, falta de labradores, no reemplazó jamás los que perdió en la espulsion. Una triste y pronta esperiencia vino á comprobar el funesto error cometido con aquella medida. El hambre se hizo sentir de una manera horrorosa en el año inmediato de 1610. El clero vió perdidas gran parte de sus rentas, y hubo hasta diez y ocho señores de los mas considerables á quienes tuvo el rey que señalar pensiones alimenticias porque habian quedado arruinados. En vano el marqués de Caracena ofreció á los labradores, que se hicieron venir de Galicia y otros puntos á poblar los lugares desiertos, todas las ventajas posibles. Ni los labradores llegaban en número suficiente, ni sabian dar la cultura conveniente á las tierras; y en vez de las poblaciones ricas que antes ocupaban el reino de Valencia hubo que escribir en el mapa de este hermoso pais la palabra *despoblado*. Disminuido considerablemente el patrimonio de los grandes, dejaron desiertos sus castillos, que fueron el albergue de los ladrones que se establecieron alli con una seguridad espantosa. El robo se organizó como una

profesion ordinaria, y el contrabando, su inseparable compañero, levantó á su lado su frente con tanta audacia como éxito. Las fortalezas feudales habian sido derribadas, y sus dueños, que no podian defenderse en sus estados por la falta de vasallos, se concentraron en las ciudades. La industria falta de los brazos inteligentes que la animaban se arruinó cerrándose las fábricas, quedando parados los talleres. Fué pues la espulsion de los moriscos económicamente considerada una medida calamitosa.

Como medida política y de seguridad para el Estado, en vano se buscará la justificacion en las conspiraciones supuestas que fraguaron los moriscos, de que les acusó el arzobispo Rivera y que tanto hizo valer en el ánimo débil del supersticioso Felipe III, la codicia de un ministro inepto como el duque de Lerma. No era, como se vió, el poder de los moriscos valencianos tan grande, que hubiese podido hacer vacilar nunca los fundamentos de la monarquía española, ni tampoco estas conspiraciones tenian tanta estension y medios que hubieran podido ser indomables. No era este, pues, un motivo para condenar al esterminio á una raza entera, á tantas generaciones.

Además, los moriscos espulsados produjeron otra clase de males á España mas funestos que los que se pretendia evitar con su espulsion, males que cubrieron sus costas de luto y desolacion por muchos años. Animados los moriscos del mas profundo ódio

contra los españoles, tratados de la manera horrorosa que hemos visto antes y en los momentos de su espulsion, muchos de ellos entraron al servicio de los otomanos en sus galeras y se dedicaron á ejercer la piratería, recorriendo con preferencia las costas de España. Los fastos de los bárbaros corsarios nos presentan ejemplos de esta verdad. Amurates Bayobi, natural de Albacete de la Mancha, fué un pirata célebre, cogido en las costas de Sicilia el 21 de octubre de 1623; mandaba diez galeras del Gran Señor con cuatro mil hombres que sembraban el terror en las costas del Mediterraneo, en España y en Sicilia.

Hasta que se estinguió completamente la raza de los moriscos españoles, adquirió gran preponderancia la piratería en el Mediterráneo. Arraez Blanquillo devastó durante diez años las costas de España hasta que cayó en manos de sus enemigos el año 1623. Al mismo tiempo un carbonero, que vivia antes pacíficamente en Osuna, Aboul-Alí, era el terror del Mediterráneo poniendo en consternacion repetidas veces las costas de Valencia, habiendo convertido la espulsion de su pais á un pobre carbonero en un terrible marino. En 1624 tres galeotas, mandadas por un zapatero de Ciudad-Real, Amurates Quibir-Guadiano, saquearon todas las costas del reino de Valençia y de la Italia. Estos ejemplos prueban que si á los moriscos los creyó Felipe III peligrosos en España, lo fueron mas espulsados de ella. Si tan enemigos los creia el monarca y su imbécil ministro, fué un error grande dejar-

los en libertad en pais estrangero para que pudiesen venir á causar los males que originaron en España.

Los moriscos arrojados de España, su patria, se dispersaron en gran parte sobre las costas de Africa. Las familias mas importantes se refugiaron en Marruecos, donde encontraron correligionarios, dispuestos á secundar sus deseos de venganza, animados ya, como se hallaban antes, de un odio eterno contra el nombre cristiano. Alli fundaron ciudades, entre otras Tetuan.

Una familia llamada Paez, tomó un terreno á las márgenes del rio Guad-el-Jelú, empero temiendo el furor de las kábilas, que los miraban con rencor como estrangeros, aunque profesaban su propia religion, construyeron sus moradas en las vertientes de un cerro, cuya posicion les ofrecia ventajas para su defensa. Poco á poco fueron alzando alli casas, que llegaron á formar una ciudad. Esta ciudad es Tetuan, ó como la llaman los moros *Cotaquen*, la ciudad sagrada de los muslimes.

La llegada de los nuevos emigrados que tan mal habian sido tratados en España, atizó los sentimientos hostiles que reinaban en el corazon de los árabes, de los rifeños, de los bereberes, que forman la parte mas notable de la poblacion marroquí, y durante una larga série de años, el imperio de Marruecos estuvo en abierta guerra, ora con el Portugal ó la España, ora con cualquiera otra potencia de la cristiandad.

Esta incesante guerra ofreció períodos diversos; unas veces las armas españolas triunfaban con su valor, otras veces al contrario, los bárbaros á favor de audaces maquinaciones, arrancaban al vencedor lo que con valor les habia conquistado.

De esta larga lucha resultó apoderarse la España de algunas posesiones en la costa de Africa. Allí posee aun la España, en aquella costa inhospitalaria á Melilla, el Peñon de Velez, Alhucemas y Ceuta, situada enfrente de Gibraltar, y que, como ésta, domina la entrada del Estrecho.

Un artículo del tratado de Lisboa en 1668, cedió Ceuta á la España. Objeto constantemente esta plaza de los ataques de los marroquíes, sufrió, cosa inaudita en la historia, un sitio de 26 años, desde el tiempo de Cárlos II, hasta que Felipe V hizo en 1720 que levantase este largo sitio, un ejército de diez y seis mil hombres, al mando del marqués de Lede.

En 1732, el mismo Felipe V tuvo que mandar otro ejército á las órdenes del conde de Montemar para salvar á Ceuta, que el emperador de Marruecos, instigado por el famoso aventurero, el duque de Riperdá, intentaba arrancar á la corona de España.

En tiempo de Cárlos III, en 1774, tambien los marroquíes atacan á la vez las plazas de Melilla, Alhucemas, el Peñon y Ceuta. Cárlos III les declara la guerra. Nuestras tropas les obligan en 1775 á im-

plorar la paz y dar nuevas seguridades para lo futuro.

Herederos del terreno donde en otro tiempo se alzó la famosa Cartago, son tambien herederos de la *fé púnica* proverbial en Roma. Infieles á sus promesas, siempre vencidos, vuelven al cabo de algun tiempo con mas ardor al insulto. No tienen el menor escrúpulo en violar los mas sagrados juramentos, los tratados mas solemnes. Todos los reyes de España han tenido que ejercer terribles represalias sobre estas poblaciones pérfidas, y el estado de la guerra puede decirse que jamás ha cesado por completo entre España y sus bárbaros vecinos.

La situacion de Ceuta y de Melilla es un estado de bloqueo perpétuo, interrumpido apenas por algunos períodos de paz sin cesar violada; y si durante largo tiempo ha esperado la España hacerlo cesar con negociaciones, los recientes insultos inferidos por los bárbaros á la España han venido á demostrar lo contrario.

Una gloriosa campaña de cinco meses, llevada de victoria en victoria por el general don Leopoldo O'Donnell, y en que se ha plantado el estandarte español, insultado en Ceuta, sobre la ciudad sagrada de los muslimes, Tetuan, ha demostrado al mundo en el año de 1860, que aun tenian los españoles la energía y el valor que en aquellas mismas regiones habian mostrado sus padres, en los brillantes tiempos de la monarquía de Felipe V. y de Cárlos III. Los mo-

ros han hecho la paz, cediendo una parte de su territorio cerca de Ceuta y sobre la costa del Occéano, pagando una crecida indemnizacion de guerra (cuatrocientos millones) quedando la ciudad sagrada de Tetuan en poder de la España hasta su completa satisfaccion.

No entra en nuestro propósito referir estos grandes hechos de nuestras armas, esta bella página de la historia de nuestro siglo, la hemos citado únicamente, al hablar del estado de hostilidad permanente de los árabes, á quienes ha sido siempre necesario escarmentar con la fuerza, y que hace doscientos cincuenta y dos años recibieron un poderoso refuerzo con la espulsion de los moriscos, que fué un gran mal para la nacion española, considerada económica y políticamente.

Solo bajo el aspecto religioso produjo un bien. El de la unidad religiosa, la identidad de creencias en todos sus habitantes. Compró España esta unidad religiosa á costa de su prosperidad interior, espulsando primero á los judíos, despues á los moriscos, y á costa de su engrandecimiento esterior, perdiendo las ricas y hermosas provincias de Flandes, despues de sepultar alli sus tesoros y sus ejércitos, por sostener la pureza de su religion.

¡Y á la nacion española que tan caro ha comprado su unidad religiosa, que todo lo ha sacrificado á ella, hasta un millon de sus habitantes, hay todavía quien la propone en este siglo, que renuncie á

ella, no á cambio de la posesion de un reino como el de los Paises Bajos, ó la conservacion de un millon de habitantes con su floreciente industria y riqueza, sino á trueque de estériles palabrerías!!!

FIN.

LOS MOROS DE GRANADA

MADRID.—Est. Tip. de Ricardo Fe, calle del Olmo, 4. Teléf. 1.114.

FLORIAN

Los Moros de Granada

CON UN PRÓLOGO

del

DR. PERIER

Versión de P. MORA ALBENCA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1897



PRÓLOGO

PASEANDO cierto día por la plaza de la Sorbonne, en París, hube de detenerme ante el escaparate de un almacén de libros de lance, cuando mi vista tropezó con un rótulo escrito en gruesos caracteres sobre un carlelito, el cual rótulo decía así: «Obra póstuma, inédita, del Conde de Salvandy: *Datos curiosos é interesantes relativos á los tiempos de la dominación de los árabes en España.*»

No bien leo el anuncio, cuando entro resueltamente en la tienda, trato sobre la marcha el precio del libro, y, con él bajo el brazo, me dirijo apresuradamente á mi casa.

Sin duda, aquella obra podría constituir ·ra mí un feliz hallazgo. Hacía bastante

tiempo que en mi cerebro bullía incesante una idea, descabellada acaso, y desde luego irrealizable tratándose de mí; había yo soñado en ser para España lo que Walter Scott fuera para su patria: el narrador pintoresco de sus costumbres, de sus tradiciones, leyendas y consejas. No extrañará, pues, el discreto lector, la prisa que me dí en adquirir el manuscrito del malogrado literato que tan bien supo pintar en su *Lorenzo* y en *Don Alfonso* el carácter de los españoles. ¿Quién podría decir que lo que ni Huber, ni Irving, ni Viardot consiguieron, no lo había de realizar yo? ¿Por qué Salvandy no había de ser mi Robertson?

Embebido en estos pensamientos, llegué á mi casa.

Cuando mi anciana tía Toinón vióme entrar con aquel infolio, exclamó, poniendo cara de vinagre y calándose los lentes para verme mejor:

—¡Así empezó Don Quijote!

Pero yo, sin detenerme á contestarle, entré en mi cuarto y me encerré por dentro; deseaba estar solo para leer á mis anchas el consabido manuscrito.

Aquella noche no me acosté hasta bien entrada la madrugada, leyendo de un tirón todo el libro.

Por una rara excepción, el anuncio del mercader no mentía; los datos eran en verdad, tan interesantes como curiosos, no pudiendo yo colegir de dónde los hubiera recogido el autor. En mi afán por leer cuanto tuviera alguna relación con la historia de España de la época de la Reconquista, había ido reuniendo tantos libros, que llegué á formar con ellos una verdadera biblioteca; pero ni en las viejas crónicas castellanas, ni en los rancios pergaminos de Al-Razy y otros autores árabes, como tampoco en las obras y revistas modernas, desde el *Magazin fur newe Historie* hasta la *Historical Encyclopedia*, había hallado hasta entonces noticias de más interés para el objeto que desde ha tiempo perseguía.

—¡Eureka! ¡Dí con ella!—exclamé con entusiasmo, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa cuando terminé la lectura.

Pero en el instante mismo retiré la mano, lancé un grito. Había derribado la palmato-

ria, y quedé á obscuras; y no era ciertamente esto lo que más sentía, sino un fuerte dolor en la muñeca, y sobre todo, la sangre que en abundancia por ella corría.

Como Dios me dió á entender encendí un fósforo.

¡Ah! ¡Qué horror! Mi mano, la mesa, la carpeta, y en particular el libro, estaban llenos, no de sangre, sino de tinta; y aún no era esto lo peor, sino que el tintero había ido á vaciarse precisamente en la hoja por donde el manuscrito estaba abierto, y que era uno de los capítulos más interesantes de la obra.

No tenía á mano trapo ni esponja; pero apliqué la lengua, y...

Escrito está: *los grandes designios á costa de cruentos sacrificios se han de realizar.*

En mi afán por quitar los borrones, no había tenido presente que el fósforo podría consumirse; y así, al mismo tiempo que mi boca paladeaba el sabor agridulce de la tinta, en el dedo pulgar de la mano derecha sentí el vivo escozor de una quemadura.

Mas, al fin, el escrito quedó, si no limpio, inteligible.

Y pasemos á ocuparnos de la obra.

Pero he de advertir antes que siento algún escrúpulo al hacerlo; porque ¿sabré yo demostrar su mérito? Mis alabanzas, por otra parte ¿no resultarian contraproducentes, considerándolas acaso como hijas de un interés mezquino ó particular? Por lo tanto, creo que mejor que cuanto pudiera yo decir, será el presentar una muestra del género.

Así, voy á traducir y á transcribir aquí, *ad pédem litteræ*, uno de los capítulos del libro; que es el siguiente:

DON MARTÍN DE BARBUDA

Abén-Abdallah Yusuf, hijo de Mohamed, el de Guadix, reinaba en Granada.

Serían sobre las cuatro de la tarde de un espléndido día de mayo, cuando una muchedumbre de gente de toda clase y condición se dirigía apresuradamente hacia el sitio que hoy ocupa la plaza de Bibrrambla: era que á aque- hora y en tal lugar, iba á celebrarse la ani-

mada y ostentosa fiesta que los moros denominaron *Juego de cañas.*

Mas no era sólo el deseo de presenciar los ejercicios de destreza de varios caballeros en una lid ordinaria, lo que aquel día estimulaba á los buenos musulmanes á concurrir á la justa, sino más bien el particular interés, inspirado por la ámistad ó la simpatía de cada cual, hacia uno de los dos bandos que jugaban en la singular contienda.

Unos cuantos jóvenes de las principales familias del bajalato de Guadix y Baza, á cuyo frente estaba un hijo del mismo Walí, habían lanzado un reto á los que hasta entonces gozaran de la fama de ser los más ágiles jinetes y los más diestros lanceros del reino granadino; y aquella tarde se había de decidir, si los de Ronda, que siempre salieron triunfantes en los torneos, no eran invencibles.

La gente apretaba el paso para llegar cuanto antes al circo y ocupar los mejores sitios. Los simples menestrales seguían el camino á pie, reunidos en grupos de familia ó amigos; yendo todos ataviados con sus mejores galas. en las que resaltaban los colores blanco y er

carnado de los turbantes y albornoces. De vez en cuando, pasaban á la ligera algunas literas herméticamente cerradas, conducidas por mozos negros ó berberiscos: aquí iban las mujeres del harén de algún señor granadino. Los magnates de la corte, los *Wazires*, los *Kaydes*, los miembros del *Meschuar* ó Consejo, así como los oficiales del ejército y los ciudadanos ricos, llegaban montados en caballos ó mulas lujosamente enjaezados.

La ancha plaza en que iba á tener lugar la justa, estaba rodeada de una fuerte empalizada formando círculo, cuyo centro era el destinado para los combatientes.

Detrás de las vallas se elevaban las gradas para el pueblo, y más arriba, sostenida por gruesas vigas pintadas de verde, la plataforma, dividida en varios compartimientos reservados para los nobles. Un lujo oriental, y casi desordenado, reinaba en estos últimos departamentos, siendo sobre todo de notar el destinado para el monarca moro, en el que abundaban con verdadera profusión las telas de seda y de Damasco, cuajadas de pasamanería y bordados en oro y plata, y los cache-

mires de brillantes colores, orlados y adornados de bellísimos arabescos y delicadas filigranas cordobesas.

En el balcón de este aposento se hallaba sentado un personaje de continente severo; su rostro era de un color muy subido, casi prieto, y sus ojos, negros y grandes, tenían el mirar, si apacible ó frío, también desdeñoso ó altanero. Su cabeza estaba cubierta con un turbante encarnado cuajado de rica pedrería, y de sus hombros caía una especie de manto blanco finísimo: era éste Aben-Abdallah. A su lado izquierdo ocupaba otro asiento un joven casi imberbe, en cuyo pálido semblante, de aspecto algo ceñudo, estaban marcadas las huellas de una reciente enfermedad; el cual era Mohamed, el príncipe heredero. Detrás de éstos, de pie, y en actitud respetuosa, aparecían varios personajes de la corte: el *Hagile*, el primero entre los jeques, el comandante de la guardia y seis ó siete oficiales, uno de los cuales sostenía en sus manos el estandarte del reino granadino, que era de rica seda de un amarillo claro, con la simbólica granada á medio abrir, formando sus granos hermos

rubíes, sobre los que reverberaban los rayos del refulgente sol.

Todas las miradas se hallaban fijas sobre el monarca, esperando con ansiedad el que éste hiciera la señal para dar comienzo á la fiesta. Al fin, Abdallah levantó su mano derecha, y en el mismo instante diversas trompas guerreras atronaron el espacio.

Por una de las puertas laterales de la plaza, salían poco después seis heraldos, montados en caballos blancos con grandes penachos levantados del mismo color; y llegados que hubieron frente al monarca, aquéllos hicieron un ceremonioso saludo, y se dirigieron para hacer el despejo, dando varias vueltas alrededor del circo, y retirándose en el mismo orden y previa idéntica ceremonia.

De nuevo déjase oir el áspero sonido de las cornetas, y en el mismo momento, y por opuestos lados, aparecen dos lucidos escuadrones, cada uno compuesto de ocho caballeros con otros tantos *silahdares* (escuderos).

Estos escuadrones eran: de Ronda, los que marchaban á la derecha; de Guadix y Baza, de la izquierda.

Llevaban los primeros por distintivo, una ancha cinta de seda jalde bordada en plata, y colocada en forma de banda sobre el pecho; sus corceles eran potros de la Serranía, de poca alzada, muy vivos, ágiles y fuertes; del blanco turbante pendía una gran pluma de color amarillo, vistiendo estos caballeros anchos calzones de terciopelo granate y una especie de jubón corto de lana fina de Lorça, pero no llevaban jaique ni albornoz; su calzado eran borceguíes bajos de piel de gamuza, sujetos con correas muy finas á la pierna, que iba cubierta con polainas de cabritilla mate. Los escuderos, aunque también vestidos de ricas telas de forma muy parecida á la de sus señores, diferían de éstos en cuanto al color, y en que carecían del distintivo de nobleza, cual era la banda y el plumero; siendo sus estribos y espuelas de acero bruñido, cuando los de aquéllos lo eran de plata y oro.

El traje de los que componían el segundo escuadrón guardaba analogía con el de los de Ronda, diferenciándose empero, en que la pluma de aquéllos era de color azul claro y de violeta la banda. Cuanto á los caballos,

eran píos, finos, esbeltos, de miembros flexibles y cabeza pequeña; oriundos de los desiertos de Africa y criados en la taha de Purchena. Tanto la crín como la cola de éstos y de los rondeños, estaba sujeta por medio de lazos y moños, formados con cintas multicolores artísticamente entretejidas con hilillos de oro.

Estos paladines, que eran los que aquella tarde habían de tomar parte en la contienda, sólo empuñaban como arma ofensiva y defensiva, una varilla larga y flexible desprovista de todo hierro.

Cuando los dos escuadrones hubieron llegado al medio de la plaza, los caballos tomaron el paso corto, y al estar bajo el palco regio se desplegaron en dos alas; después, y á un tiempo, paráronse en firme, saludaron cortesmente los caballeros al monarca, y volvieron por el mismo orden al sitio de salida, situándose cada bando á un lado de la puerta principal.

La ansiedad de los espectadores por presenciar la justa era cada vez mayor, y según su particular punto de vista, cada cual presa-

giaba á su manera el resultado de la lucha. Quién apostaba doble contra sencillo en favor de los de Ronda; quién pregonaba á voz en grito la destreza de los de Guadix y Baza, á los cuales, de antemano, adjudicaba el triunfo. Y en estas contiendas, y con tales discusiones, los ánimos iban excitándose por momentos, hasta llegar á convertirse en motines y pendencias; á tal punto llevaban á los buenos musulmanes su impetuoso carácter y su decidida afición por esta clase de fiestas.

Esperando la orden del rey, los caballeros seguían en sus respectivos sitios, demostrando en sus ademanes la impaciencia que á ellos también dominaba porque llegara el instante en que habían de poner en juego su destreza.

Al frente de los caballeros de Ronda iba Edressi-Al-Ramy, aquel esforzado paladín cuya cimitarra tan temida era por los cristianos de la frontera; seguíale Abul-Talik, el simpar jinete y correcto poeta, de quien había de descender aquel otro inspirado cantor de las bellezas de España, Abul-Beka, de cuyas odas y *flores*, ocupándose un comentarista árabe, dice que merecen estar escritas

letras de oro y exponerse en el templo de la Meca al lado de los poemas de Moallaka; detrás de Abul-Talik, refrenaba su indómito potro Naj, el de Loja, quien tan hábil era en el manejo del arco, que según expresión de uno de sus contemporáneos, *allí do ponía el ojo, clavaba la flecha*. Los compañeros de éstos eran jóvenes de las primeras familias moras de aquella parte de Andalucía.

Un hijo del Walí de Guadix, Alí Shaffy, comandaba el segundo escuadrón, compuesto asimismo de apuestos mancebos, entre los que se distinguía por su gentil donaire el imberbe Abul Khilkan, primogénito del caid de Andarax.

En tanto que llegaba el momento de entrar en liza, Al-Ramy daba en voz baja instrucciones á los suyos, mientras Alí acariciaba á su corcel que, espantadizo é inquieto se encabritaba sin cesar; por su parte, Abul Khilkan, sin parar mientes en cuanto á su alrededor pasaba, sólo tenía fija su atención en uno de los palcos de las mujeres, desde donde Ssobyhha, la hermosa hija del wazir Cadiar, presenciaba la fiesta.

Pero sin duda el destino había dispuesto que los buenos muslines no gozarían aquel día de la justa, y que el regocijo del pueblo habríase de trocar en tumultuosa algarada.

En los alrededores de la plaza déjase oir de repente tremenda vocería, aumentándose por momentos el ensordecedor ruido.

—¿Quiénes gritan?—se preguntaba la gente.—¿Acaso es una zambra de los israelitas, ó es que Zenetes y Mazamudes han venido de nuevo á las manos?

—Más bien podrá ser—replicaban algunos,—que el pueblo haya atacado á esos odiosos berberiscos de la guardia, á quienes Alá confunda.

Nadie, sin embargo, podía satisfacer la curiosidad general.

En esto, por la puerta principal entró en el circo un personaje de altivo continente y estatura colosal, grueso y fornido, de semblante hosco y barbitaheño, que llevaba con presuntuosa ostentación magníficos vestidos de seda y terciopelo, y en la cabeza un casco de bruñido acero en el que reverberaban los rayos del sol poniente. Este, que era el walí

de Granada, Al-Ahmed, se dirigió con resolución al palco del soberano seguido de varios oficiales moros, armados, como él, con largas y corvas cimitarras y gumías de puños artísticamente cincelados.

En el semblante de Aben Abdallah apareció un signo de sorpresa al apercibir al Walí; y cuando éste hubo llegado á su presencia, exclamó con vehemente acento:

—¿Qué azar te trae aquí mi buen Almed?

El Walí, haciendo un profundo acatamiento, y con voz ruda y opaca, replicó:

—*Amyr-al-Munemin*, acaban de llegar tres extraños emisarios de parte de esos *al ramys*...

—¡Cristianos!—le interrumpió vivamente el rey—¿Y qué desean?

—Su misión es tan importante, según dicen, que sólo con el emir desean entenderse.

Aben-Abdallah se irguió altanero, respondiendo secamente:

—No puedo recibirlos; si algo quieren, ahí está el Consejo de los jeques.

Al-Ahmed se aproximó al rey, y le dijo á media voz:

—Señor: por las trazas he colegido que esos cristianos deben ser traidores á los suyos. ¿Y no podrían ser ellos los instrumentos de que se vale el Altísimo para el cumplimiento de aquella predicción del fiel *Khatyb* de la grande Aljama: *¡La fortuna y el triunfo de las armas granadinas vendrán de parte de un renegado nazareno!*

Aben-Abdallah clavó su profunda y escrutadora mirada sobre el Walí, y después extendiendo su brazo con imperio, dijo:

—Hazles pasar.

El Walí hizo un profundo saludo, y se retiró seguido de sus oficiales.

Durante el anterior diálogo, cuantas personas había en la plaza no apartaban la vista del monarca y de Ahmed; olvidándose todos por un momento de la justa y de los caballeros, para prestar toda su atención sobre el grupo formado por aquéllos, haciendo los más extraños é inverosímiles comentarios de la intempestiva visita del Walí.

De allí á poco volvió á aparecer Ahmed; pero ahora venía acompañado de tres personas, cuyas severas vestiduras formaban sin

gular contraste con el inusitado lujo que por doquiera allí reinaba. Uno de ellos, el que marchaba al lado del Walí, y que era hombre ya entrado en años, llevaba puesto un hábito largo de sayal obscuro muy raído y deteriorado por el tiempo, cubriendo su cabeza un capuchón de la misma tela, y unas sandalias de piel de toro los pies; de su cuello pendía un rosario de gruesas cuentas rematado en una cruz de metal dorada y de gran tamaño; era, en fin, el traje usado por los numerosos ermitaños que en aquel tiempo se hallaban esparcidos por tōda España. Los dos compañeros del cenobita, que marchaban detrás de él, eran dos jóvenes vestidos á la usanza de los campesinos portugueses: pantalón y chaqueta de paño burdo, polainas de cuero y sombrero de anchas alas.

Los tres portugueses, pues sin duda lo eran dada su indumentaria y su afectada gravedad, caminaban impasibles por entre la muchedumbre, que los contemplaba con cierta curiosidad no exenta de prevención.

Llegados que hubieron delante de Aben ɔdallah, éste exclamó con brusco acento:

—¿Qué queréis?

El ermitaño, que hasta entonces llevara la vista fija en el suelo, levantó la cabeza, y sus ojos grandes, vidriosos é inquietos, cual si estuvieran animados por recóndita fiebre, se fijaron en el semblante del rey moro.

Después, con voz apagada y breve, replicó:

—Venimos de parte del Gran Maestre de Alcántara, Don Martín de Barbuda. He aquí su mensaje.

Y sin esperar la venia del monarca, con gran parsimonia, metió su mano bajo el hábito, de donde sacó un pequeño rollo sujeto con unos cordones de hilo negro; los cuales desató con mucho cuidado, desdoblando al fin un pergamino, en el que con marcada prosopopeya leyó en correcto árabe lo que sigue:

—«Yo, Don Martín de Barbuda, Gran Maestre de la ínclita y apostólica orden de Alcántara y San Julián de Pereiro, á Abdallah, jefe de las tribus moras de Granada.—En el nombre de Dios, único y verdadero, yo os requiero á tí y á todos los tuyos, á que, adjurando la falsa ley de Mahoma, abracéis

la fe de Jesucristo. Y no habéis de ver en este mi mensaje la obra ostensible del hombre, sino la oculta voluntad del Todopoderoso: es mi palabra no más que el eco de los designios del Altísimo. Mas si queréis pruebas, como obcecados incrédulos, yo os las presentaré bien palmarias. Elije tú, Abdallah, cien guerreros de los más esforzados entre los mahometanos, los cuales en singular combate habrán de reñir con sólo cincuenta caballeros cristianos; teniendo entendido que los vencidos con todos los de su raza, habrán de acatar las creencias de sus vencedores. Espero tu respuesta por el venerable ermitaño, mi enviado. ¡Que Dios te ilumine para...»

No pudo continuar. Los espectadores habíanse levantado en masa; y en tanto que unos gritaban desaforadamente, otros amenazaban á aquellos tres locos, que iban á escarnecer las creencias religiosas de un pueblo tan fanático como el musulmán.

El monarca granadino, sorprendido hasta la estupefacción por aquella inesperada salida, contemplaba al ermitaño, que impasible y con el pergamino en la mano, parecía como

que esperaba á que la tormenta pasara para continuar su interrumpida lectura.

Aben-Abdallah se volvió bruscamente hacia el Walí, y le dijo:

—¿Será un loco?

El semblante de Ahmed habíase tornado lívido de cólera, y con acento en que se traslucía toda la ira que en su pecho hervia, replicó:

—Señor, dejadlos de mi cuenta; haré en ellos un ejemplar castigo.

Aben-Abdallah no contestó, sino que movió la cabeza, y sus acerados dientes mordieron los labios hasta hacerse sangre.

—Ordena al momento que sea desalojada la plaza—dijo al fin;—y encierra á estos tres cristianos en la torre de los Gomerez; mañana resolveremos.

Y el monarca granadino se levantó, y con ademán descompuesto se dirigió hacia la puerta reservada para la Corte.

Momentos después, al son marcial de trompetas y atabales, una brillante comitiva, precedida de un escuadrón de coraceros de la Guardia, y del estandante de Al-Hamar, y

presidida por Aben-Abdallah, y el príncipe Mohamed, tomaba la cuesta que conduce al palacio de la Alhambra.»

———

Hasta aquí el capítulo de la obra de Salvandy.

Mas ésta, en mitad de un párrafo muy interesante en que se trata de aquella célebre escuela de Córdoba titulada *Dar-Alhikma* (Casa de la Sabiduría) se corta de repente, quedando por lo tanto incompleta.

Pero algunas líneas más abajo, hallé la siguiente nota, que explicaba el motivo de aquella interrupción.

«Mi estado de salud no me permite continuar por ahora estos apuntes ¡acaso no los termine! De todos modos, confío en que mi labor no ha de resultar inútil ni estéril; pues ¿no habrá alguien que quiera proseguir la honrosa y meritoria empresa? En tal caso, yo aconsejaría á éste, que para cuantas dudas le ocurriesen, consultase con Ebn-Saadi, comentarista árabe bastante ilustrado y morabito muy considerado entre los mahometanos

de Marruecos, el cual vive á ocho kilómetros al Norte de la ciudad de Tetuán, en la ribera del Mediterráneo.—Al mismo tiempo, en Andalucía podrían también facilitarle datos referentes á la historia de la dominación árabe, los señores siguientes (1):

Aquella noche no dormí, pensando en mi feliz hallazgo y en los dilatados horizontes que ante mí se abrían. ¿Sería yo al fin el predestinado?

Apenas me levanté de la cama, fuí en busca de mi tía, á quien la dije resueltamente:

—Mañana partiremos para Africa.

Tal efecto produjo en ella esta noticia, que dió un tremendo respingo, y se le cayó la cofia.

—¡A Africa! ¿Con los moros? ¡Fu!—replicó al fin, clavando en mí sus ojos, abiertos como dos platos.

—A Africa, sí, pasando por Andalucía. Pero

(1) Aquí, el Conde de Salvandy estampa los nombres de varios sujetos de aquella región: un erudito granadino; un discreto abogado, y un correcto literato de Almería, y un joven periodista de Málaga; de los cuales ya tendré ocasión de ocuparme en mi obra, titulada *De París á Tetuán*, que muy próximamente daré á la estampa.

si no queréis acompañarme, podréis quedaros aquí.

Y temiendo algún nuevo reproche de su parte, me alejé de allí.

Pero ahora caigo: ¿y Florián y sus *Moros de Granada*, dónde están?

Con la alegría perdí la memoria, y menos mal si tuviera espacio para enmendar la omisión, pues observo que va quedando poco papel.

Así, tendré que resumir.

Juan Pedro Claris Florián nació en 1755 en el castillo de Florián, situado en los Bajos Cevennes. Su padre, caballero de San Luis, pertenecía á la primera nobleza de Francia; su madre, Gillette de Salgues, era de origen castellano.

Desde muy joven mostró el autor de *Estela* y *Nemorín* su decidida afición á la literatura española, que acaso le inspirara su misma madre. Se complacía, sobre todo, con Cervantes, del cual tradujo al francés la *Galatea*.

Poco tiempo después dió á luz su *Numa*

Pompilio, obra que obtuvo, á pesar de algunos defectos de estilo, un éxito inusitado. Á propósito de ella, un escritor contemporáneo escribe lo siguiente: «Publicada tres años antes de la reunión de los Estados generales, la obra *Numa Pompilio*, no es más que una larga y continuada alusión á las aspiraciones políticas de la Francia. Aquel rey inspirado por la sabiduría, aquel príncipe discípulo de Zoroastro, elevado por los votos del pueblo á la augusta y suprema magistratura; ese Numa que hace de los nombres de padre y rey dos perfectos sinónimos, ¿no era desde luego la imagen del monarca constitucional del príncipe filósofo que aguardaba la nación? ¿Y al mismo tiempo no era como el emblema de las esperanzas que Luis XVI hizo concebir á su amado pueblo? Todo se veía entonces de color de rosa. La filosofía, decíase, nos gobernará; ¿y qué de beneficios no reportará á los hombres sujetos á su imperio? La edad de oro imaginada por los poetas, vendrá á ser una realidad. Todos los males desaparecerán con el fanatismo y la tiranía que los enjendra; el hombre virtuoso é instruído gozará de

una felicidad tan grande como exenta de inquietudes, imperando, en fin, las sencillas costumbres patriarcales y la solícita política de Numa.» (1)

En 1788 fué por dos veces laureado Florián por la Academia Francesa, la una por su epístola *El Ciervo del Monte Jura*, y la otra por su tierna y sentida égloga *Ruth*. Posteriormente, la docta sociedad le llamó á su seno por unanimidad de votos. En fin, en 1791 publicó su *Gonzalo de Córdoba*, cuya introducción la forma un resumen de la dominación de los árabes en España, y que es la que hoy aparece ante el público con el título de *Los moros de Granada*, estando ésta considerada como la mejor obra en prosa escrita por nuestro biografiado.

El estilo de Florián—dice la Harpe—es elegante, sencillo, armonioso, sabiendo moralizar al mostrar los defectos. Sobre todo, esta cualidad sobresale en sus célebres *Fábu-*

(1) *Florián*, artículo de M. Hugues Le Roux, inserto en el diario de París, *Le Temps* (10 de Julio le 1887), y reproducido en el tomo 50 de la *Nouvelle Bibliothèque*.

las, que le valieron elevarse hasta ponerse casi al nivel de Lafontaine. Las citadas producciones vieron la luz pública durante los días revolucionarios de 1793, en cuya época, á causa de sus ideas, de su noble apellido y de sus relaciones con la Corte, estuvo expuesto á morir trágicamente.

Ya libre, y vuelto á Sceaux, su antigua residencia, empezó á decaer visiblemente en su salud. Su última producción, *Nephtalé*, y hasta su mismo *Don Quijote*, revelaban sus sufrimientos físicos y morales. Pero aun así, Florián supo dar á sus obras aquel fin instructivo y moralizador que fué siempre su norma, pudiendo apropiarse muy perfectamente á ellas aquel conocido principio: *Cuando una lectura eleva nuestro espíritu y nos inspira sentimientos nobles y generosos, no hay que buscar otras reglas para juzgarla; el libro es bueno y hecho de mano maestra.*

Claris Florián murió muy joven, á la edad de treinta y nueve años, el 15 de Septiembre de 1794.

DR. PERIER

Montluçon, 8 de Enero de 1896.

LOS MOROS DE GRANADA



ÉPOCA PRIMERA

CONQUISTA DE LOS ARABES Ó MOROS

DESDE ÚLTIMOS DEL SIGLO VI AL VIII

I

SE conocen con el nombre de moros los habitantes de esa vasta región de Africa, limitada al oriente por el Egipto, al norte por el Mediterráneo, al oeste por el gran Océano, al mediodía por los desiertos de Berbería. Su historia, como la de casi todas las demás naciones en los principios, es obscura y está llena de fábulas las más extrañas é inverosímiles.

Hasta ahora, lo único comprobado es que desde las más remotas edades, las emigraciones de los habitantes de Asia hacia el suelo africa-

no fueron muy constantes: el mismo nombre de moros ya parece indicarlo así. La mayoría de los historiadores hablan de un Meleck-Yarfrik, rey de Arabia, el cual seguido de un numeroso pueblo que profesaba el sabeísmo, ó adoración de los astros, fué á ampararse á la Libia, huyendo de su patria; éstos fueron los que denominaron Africa á aquella parte de la tierra.

Las principales tribus de los moros pretenden descender de estos primeros pobladores de la Libia. Sin entrar en discusión sobre sucesos tan remotos, se puede desde luego asegurar que los antepasados de aquéllos fueron los árabes. Tanto unos como otros han habitado siempre bajo tiendas, llevando idéntica existencia errante, nómada, vagabunda.

En la historia antigua, los moros son conocidos con los nombres de númidas, getulianos y massilianos. Estas tribus, que aunque de la misma raza, eran enemigas entre sí, dependían en cierto modo de la famosa Cartago, y con ésta cayeron, entrando á formar parte de la dominación romana.

Después de varias é inútiles revueltas, originadas por el espíritu inquieto, fogoso é inconstante de estos pueblos, fueron á caer bajo el yugo de los vándalos, del que lograron librarse

pronto, para volver á ser conquistados un año después por Belisario.

Mas los árabes llegan á su vez á vencer á los griegos, y hasta someten á los mauritanos después de una guerra muy encarnizada.

Desde este momento, los moros, ya convertidos en musulmanes, se confunden con los árabes; por lo que se considera necesario decir aquí algunas palabras sobre esta nación extraordinaria, desconocida casi por completo durante tantos siglos, y que se levanta de repente, haciéndose dueña de la más grande porción de la tierra hasta entonces conocida.

Sin duda alguna, constituyen los árabes uno de los pueblos más antiguos del universo, y acaso el que mejor ha conservado en medio de las vicisitudes de los tiempos su peculiar carácter, su independencia absoluta, ó mejor dicho, su aislamiento de las demás naciones. Desde los siglos más remotos han vivido, como ya se ha dicho, en tribus, errantes en los campos ó reunidos en las ciudades, y sometidos á jefes que así ejercían las veces de guerreros como de magistrados; mas nunca estuvieron sujetos por completo á la dominación extranjera, á no ser de una manera momentánea. Los persas, los macedonios y los romanos intentaron someter-

los á su dominación; pero todo el esfuerzo con tal objeto empleado fué á estrellarse contra las duras rocas de los nabateos.

Orgullosos de su origen, que hacen remontar hasta los patriarcas, envalentonados por haber logrado defender siempre su libertad, el árabe, desde el fondo de sus desiertos, mira á las otras naciones con desprecio, como á mansos rebaños de esclavos sujetos á cada instante á cambiar de dueño. Valiente, sobrio, infatigable, endurecido desde la infancia por los más penosos trabajos, no temiendo ni á la sed ni al hambre, ni aun á la misma muerte, este pueblo no necesitaba más que de un gran hombre para hacerse dueño del mundo.

Y apareció Mahoma, en quien se hallaban reunidas las más relevantes cualidades: valor, sagacidad, gracia y elocuencia. Todos estos dones, que tanto imponen y atraen, los poseía aquél, en tan sumo grado, que aun en las naciones más adelantadas hubiera pasado por héroe; pero en este pueblo fanático é ignorante, fué un profeta, un semi-Dios.

Hasta que Mahoma apareció, las tribus árabes, rodeadas por todas partes de cristianos, de judíos y de idólatras, no profesaban una religión bien definida, sino que se habían apropia

do los dogmas diversos que constituían las creencias de aquéllós, mezclados confusamente con los de la antigua Sabea. Así admitían los espíritus, los ángeles buenos y malos y los sortilegios.

Después de haberlo meditado mucho y hasta la edad de cuarenta y cuatro años, pasados la mayor parte en estudiar el plan, Mahoma no se dió á conocer como fundador de una religión. Primero convenció y atrajo á su partido á los principales de su familia, que era la primera entre los árabes, y luego predicó al pueblo, inculcándole aquellos principios que tan bien se armonizan con el genio ardiente de su raza.

—Hijos de Ismael—les decía,—el culto que yo os enseño es el que profesaba vuestro padre Abraham, así como también el de Noé y el de todos los patriarcas. No hay más que un solo Dios, señor de los mundos, el cual se llama el *Misericordioso*. No adoréis más que á Él. Sed caritativos con los huérfanos, con los pobres, con los esclavos, con los cautivos; permaneced justos entre los hombres: la justicia es hermana de la caridad. Orad y haced limosnas. Vuestra recompensa será habitar en el paraíso de los rdines deliciosos, por donde siempre corren s de aguas límpidas y mansas. Combatid con

resolución á los impíos y á los incrédulos, y no cejéis hasta conseguir la victoria, para que abracen el islamismo ó paguen un tributo. Todo guerrero muerto en el campo de batalla irá á gozar de las delicias del cielo. Los que se porten con cobardía, no por esto podrán prolongar sus días: el instante en que el ángel de la muerte deba herirles, de antemano está señalado en el libro Eterno.

Estos preceptos, expresados en ese tono dulce al par que majestuoso á que tan bien se presta la lengua oriental, preceptos, por otra parte, inspirados por un ángel á un profeta, según éste mismo aseguraba, debían hallar muy pronto prosélitos en un pueblo tan apasionado por lo maravilloso y lo poético.

Y en efecto, así sucedió, viniendo á hacerse más simpática su causa y aumentando el número de sus adeptos la misma persecución de que fueron objeto en sus principios.

Los enemigos del profeta obligaron á éste á huir de la Meca, su patria, y á refugiarse en Medina. Esta huída formó época en su historia, y constituye la hégira de los musulmanes.

Desde este momento el islamismo, cual un torrente desbordado, se extiende por la Arabia y la Etiopía. En vano algunas tribus idólatras y

judías trataron de defender su antiguo culto; inútilmente la Meca arma sus soldados para combatir al enemigo de sus dioses. Mahoma, con la espada en la mano, dispersa aquellos ejércitos, se apodera de casi todo el país y de sus principales ciudades, perdona repetidamente á los vencidos, y se atrae por su clemencia y por su ingenio la simpatía de los pueblos.

Legislador, pontífice, jefe de todas las tribus árabes, general de un ejército formidable, respetado por los soberanos de Asia, venerado de su nación, secundado por capitanes hábiles que bajo sus órdenes se convierten en héroes, Mahoma se considera fuerte, y resuelve marchar contra Heraclio, cuando muere súbitamente en Medina de resultas de un veneno que le suministró una judía de Khan.

La muerte del profeta no detuvo ni los progresos de su religión, ni la conquista de los árabes.

Abubekr, suegro de Mahoma, fué nombrado para suceder á éste, tomando el título de *califa*, que quiere decir *vicario;* logrando penetrar con las armas, en los principios de su dominación, hasta el centro mismo de la Siria; dispersando las tropas de Heraclio y apoderándose de la ciudad de Damasco, cuyo sitio llegó á hacerse célebre, sobre todo por los hechos verdadera-

mente maravillosos realizados por Al-Kaled, apellidado la *Espada de Dios*.

Después de tantas victorias, en medio de tanta gloria, Abubekr se muestra, más que modesto, humilde: del inmenso botín cogido al enemigo, sólo toma para sus gastos particulares una suma insignificante, equivalente á cinco pesetas por día.

Omar, sucesor de Abubekr, hace marchar á Al-Kaled sobre Jerusalén, y esta ciudad es tomada por los árabes, corriendo igual suerte toda la Palestina y el resto de la Siria.

Los turcos y los persas piden la paz; Heraclio huye de Antioquía; el Asia tiembla ante Omar, y los terribles musulmanes, sin engreirse por tan continuadas victorias, sólo de Dios hacen depender el éxito y la fortuna. Rodeados por todas partes de riquezas, poseedores de los más hermosos países del mundo, viviendo en medio de los pueblos más corrompidos, los árabes observan una conducta moderada é intachable, y no olvidan ni por un momento sus austeras costumbres, su severa disciplina y su respeto para con el pobre y el desvalido. Los más ínfimos soldados deteníanse de repente en el saqueo de una ciudad á la primera orden de su jefe, entregando espontánea y fielmente el

oro, la plata y cuanto de valor habían cogido, para depositarlo en el tesoro público. Aquellos capitanes tan bravos, tan soberbios con los reyes sus enemigos, inclinaban humildemente la cabeza en señal de acatamiento, al recibir la más insignificante orden del califa, á cuya voluntad estaban por completo supeditados. Y en fin, el mismo Omar, el más grande y poderoso rey de Asia, emprende la marcha á Jerusalén, montado en un camello cargado con una cuba llena de cebada y arroz, y otra de agua, y por todo servicio un vaso de madera. Con tan sencillo equipaje atraviesa por medio de los pueblos recién conquistados, cuyos habitantes se apresuran á salir á su paso para acatarle, pidiéndole al mismo tiempo su bendición y haciéndole árbitro de sus diferencias.

Llegado que hubo á donde acampaba su ejército, Omar predica á sus soldados el valor y la moderación, y penetrando en Jerusalén, perdona á los cristianos que se habían rebelado, y da libertad á los prisioneros, permitiéndoles su culto y entregándoles sus iglesias.

Después, emprende la vuelta á Medina, en donde, en compañía de su pueblo, dirige constantemente preces al Dios de Mahoma por el triunfo de su causa.

Los musulmanes se resuelven á invadir el Egipto, al que en muy poco tiempo logran sojuzgar; y Alejandría es tomada por Amrú, uno de los mejores generales de Omar.

Por este tiempo fué cuando se destruyó aquella famosa biblioteca, objeto de tantos cuidados por parte de los sabios egipcios.

Los árabes, que tan apasionados eran por sus poesías, despreciaban en cambio los libros y las ciencias pertenecientes á las otras naciones. Así, Amrú hizo quemar aquella biblioteca formada durante tan largo tiempo por los Ptolomeos. Y, hecho singular digno de anotarse en este caso, aquel general, al par que experto guerrero, era un notable poeta y gran amigo y protector de los hombres de letras, tanto que sin la orden expresa del califa en contrario, hubiera entregado la gran librería del palacio al célebre Juan el *Retórico*, que se la pidió.

Amrú hizo ejecutar en Egipto un proyecto colosal, el de unir el mar Rojo con el Mediterráneo por medio de un canal navegable, á donde las aguas del Nilo iban á desembocar. Esta importantísima obra, tan provechosa para el comercio de Asia y de Europa, fué terminada en un espacio de tiempo muy corto. Posteriormente los turcos la destruyeron.

En tanto que otros generales pasaban el Eúfrates, y sometían la Persia, Amrú avanzó por Africa. Mas ya no existía Omar; Othman ocupuba su lugar.

En tiempo de este califa fué cuando los árabes conquistaron la Mauritania y sometieron á los ya débiles griegos, no encontrando sus armas resistencia más que en las tribus belicosas de los berberiscos.

Estos pueblos, libres y errantes, que vivían del pastoreo, habitaron primero en la Numidia, trasladándose después á las montañas del Atlas. Durante largo tiempo lograron conservar su independencia, defendiéndose con bravura en sus abruptos terrenos; mas al fin, Akbé, general musulmán, llegó á someterlos, imponiéndoles sus creencias.

Este mismo Akbé fué el que después de recorrer triunfante el Africa del uno al otro extremo, llega á orillas del Océano, y aquí, detenido por las aguas, mas lleno de entusiasmo por su religión, espolea su caballo, haciéndole entrar en el mar hasta la mitad del cuerpo; entonces tira de su espada y exclama:

—Ya lo ves, Dios de Mahoma: sin este elemento que me detiene, iría á buscar nuevas naciones para hacerles adorar tu santo nombre.

Hasta esta época, los moros, sujetos sucesiva-

mente, aunque de una manera incompleta, á los cartagineses, á los romanos, á los vándalos y á los griegos, no habían tomado más que una parte insignificante y poco directa en los asuntos de estas naciones. Errantes en los desiertos, casi no atendían á otra cosa más que al cuidado de sus rebaños, pagando impuestos muchas veces arbitrarios, y hasta sufriendo vejaciones de parte de sus jefes. De tiempo en tiempo, y en distintas ocasiones, trataron de librarse de estas cargas, refugiándose en el interior del país ó en las montañas del Atlas. La religión que profesaban constituía una mezcla de cristianismo é idolatría; sus costumbres eran las de los nómadas; groseros, embrutecidos por el despotismo, venían á ser poco más ó menos, lo que hoy son bajo la tiranía de los emperadores de Marruecos.

La llegada de los árabes produjo un cambio radical en la manera de ser de los moros. Las condiciones y el carácter de ambos pueblos, que tenían un origen común, que hablaban la misma lengua y poseían idénticas pasiones, contribuyó á ligar íntimamente á vencedores y vencidos. El anuncio de aquella religión predicada por un descendiente de Ismael, á quien las tribus morunas consideran como su padre; las rápidas victorias de los musulmanes, quienes ya

dueños de la mitad del Asia y del Africa, amenazaban invadir el mundo entero, excitaron grandemente la imaginación de aquel pueblo turbulento, haciendo que se rindieran de buena voluntad y por completo á sus conquistadores. En muy poco tiempo abrazaron los dogmas de Mahoma, y todos unidos combatieron por el islamismo.

Esta unión, que duplicó las fuerzas de aquellas naciones, se alteró por algún tiempo con el levantamiento de los berberiscos, quienes ni aun en este caso dejaron de dar pruebas de su espíritu indomable.

Reinaba entonces el califa Valid I, el cual hizo partir de Egipto al mando de cien mil hombres á Muza-ben-Nazir con objeto de apaciguar y someter á los berberiscos. Este hábil guerrero castigó á las revoltosas tribus, pacificando también á los mauritanos ó moros propiamente dichos, que habían seguido el ejemplo de sus vecinos, y llegando hasta Tánger, que pertenecía á los godos españoles, logra apoderarse de esta ciudad.

Dueño ya de un país inmenso y de un ejército aguerrido y numeroso, contando además con la ayuda de un pueblo, para quien la guerra constituía casi una necesidad, Muza pensó en pasar el mar y conquistar la España.

II

El rico y hermoso territorio español, después de haber estado sometido á los cartagineses y á los romanos, fué á caer en poder de los bárbaros. Los alanos, los suecos y los vándalos, conocidos bajo el nombre de godos, se habían repartido sus provincias, hasta que Eurico, uno de sus reyes, reunió bajo su cetro á últimos del siglo V á toda España y lo que hoy constituye Portugal, trasmitiendo después esta herencia á sus descendientes.

La benignidad del clima, las riquezas naturales de su suelo, la misma tranquilidad con que vivían, no turbada por ninguna guerra con enemigos extraños, afeminaron pronto á estos nuevos conquistadores, haciéndoles contraer vicios que antes no conocían y trocando su antiguo valor en desidia y abyección.

Los reyes que sucedieron á Eurico, ora católicos, ya arrianos, abandonaron el poder en manos de los obispos. Las contiendas suscitadas

entre unos y otros dieron lugar á continuas conspiraciones y disturbios. Rodrigo, el último de los monarcas godos, manchó el trono con sus vicios é influyó en la ruina de su nación.

El conde Julián y su pariente el arzobispo Oppas, ambos señores muy poderosos, favorecieron secretamente la irrupción de los moros á causa de ciertos resentimientos con su rey.

Tarik, lugar-teniente y uno de los mejores capitanes del ejército de Muza, fué enviado por éste, juntamente con un corto número de soldados, para probar fortuna en España.

A pesar del reducido número de combatientes con que contaba, Tarik no titubea en presentar batalla á los godos. En las primeras escaramuzas, la victoria se mostró indecisa por uno y otro bando; mas habiendo recibido el caudillo árabe nuevos refuerzos de Africa, ataca al grueso de las fuerzas españolas, mandadas por el mismo Rodrigo, en los campos de Jerez.

El rey godo murió en la refriega, y sus huestes fueron dispersas.

Aprovechándose de su victoria, penetra Tarik en Extremadura, en Andalucía, en las mismas Castillas y toma á Toledo. Muza envidioso de la gloria de aquél, pasa el mar con un numeroso ejército y entra en España. Ambos caudi-

llos, dividiendo sus fuerzas en diferentes cuerpos, terminan en poco tiempo la conquista de la península ibérica.

Y es digno de observar cómo estos moros, á quienes muchos historiadores presentan como bárbaros sedientos de sangre y exterminio, dejan á los pueblos vencidos, su culto, sus iglesias, sus magistrados, no exigiéndoles más tributos que los mismos que pagaban antes á sus monarcas. Y sin duda, no sería tan grande la ferocidad de los conquistadores, cuando la mayor parte de las provincias se rindieron por mutuo convenio, viviendo después tan en armonía unos con otros, que los de Toledo tomaron el nombre de *mozarabes*, y la reina Egilona, viuda de Rodrigo, el último rey godo, casóse públicamente y con el beneplácito de todos, con Abdélazis, hijo de Muza.

Este general árabe, á quien los hechos heróicos de Tarik le habían hecho concebir envidia y recelos, trató de alejar á éste de su lado, acusándole ante el califa.

Valid I llamó á ambos, y, después de oirles, creyó, conveniente no dar á ninguno la razón; mas sí les ordenó no alejarse de su corte, en donde á poco murieron en el olvido.

Abdélazis, el esposo de Egilona, quedó de go-

bernador de España; pero su mando duró poco tiempo.

Alahor, que le sucedió, llevó sus armas hasta las Galias, sojuzgó una buena parte de la Normandía, y ya se preparaba á llevar más adelante sus conquistas, cuando llegó á su noticia que Pelayo, príncipe de la sangre de los godos, que después de la batalla de Guadalete se había refugiado en las montañas de Asturias con un puñado de valientes guerreros, osaba desafiar á los vencedores de España, tratando nada menos que de reconquistar el suelo perdido.

Entonces, Alahor envió tropas contra Pelayo; pero el héroe español, parapetado tras las escabrosidades de los montes, venció por dos veces á los musulmanes, mucho mayores en número que los soldados cristianos.

Pelayo logró apoderarse de algunos castillos defendidos por los moros, y reanimando el valor de los suyos con sus continuos rasgos de audacia, hizo comprender á los atemorizados españoles que sus enemigos no eran invencibles.

Las increibles victorias alcanzadas por el invicto príncipe cristiano, motivaron la destitución de Alahor por el califa Omar II.

Elzemagh, su sucesor, pensó que el mejor

medio de reprimir las insurrecciones entre los ya envalentonados habitantes de España, era hacer á los pueblos lo más felices posible; y se ocupó en dictar leyes para la seguridad de los ciudadanos, reglamentando los impuestos, que algunos gobernadores habían hecho excesivamente onerosos, y señalando un sueldo fijo á los soldados, que hasta entonces vivieran de la rapiña.

Aficionado á las bellas artes, que los árabes cultivaban desde hacía largo tiempo, Elzemagh embelleció á Córdoba, en donde fijó su capital; llamó á su lado á los hombres más renombrados por su ciencia, y aun él mismo se dedicó á escribir un libro, en el que se hacía mención de todas las ciudades de la Península, de los ríos que pasan por cada región, de los puertos más seguros del Mediterráneo y del Océano, y por último una descripción minuciosa de las riquezas minerales y de otros géneros que entonces encerraba España.

Sin inquietarse por la actitud cada vez más resuelta de Pelayo, cuyo poder quedaba, empero, reducido á la posesión de algunas fortalezas en lo más inaccesible de las montañas, Elzemagh no trató de impedir sus correrías; mas en cambio, resolvió poner en obra un proyecto

más atrevido, y que desde hacía tiempo meditaba, el de invadir la Francia.

Con tal objeto reunió un ejército numeroso y escogido, y pasó los Pirineos; pero en la primera batalla fué muerto por las tropas que capitaneaba Eudes, duque de Aquitania.

III

Después de la muerte de Elzemagh, ocurrida en tiempo del califato de Yezid II, y en el espacio de muy pocos años, se sucedieron rápidamente en España diferentes gobernadores. Ninguno de éstos realizó hecho alguno digno de mención. Mas durante este tiempo, el bravo Pelayo engrandeció su pequeño Estado, avanzando hasta León y haciéndose dueño de varias plazas de importancia; echando así los cimientos de aquella poderosa monarquía, cuyos descendientes debían perseguir á su vez á los mahometanos hasta en las mismas estribaciones del Atlas.

Los moros, que no soñaban más que con la conquista de nuevos países, siguieron prestando poca atención á los esfuerzos de Pelayo, teniendo confianza en reducirlo fácilmente cuando fueran ya dueños de la Francia. Este solo deseo era el que animaba el alma ardiente y ambiciosa del nuevo gobernador Abderramán.

Su valor, su pericia, hasta el mismo prestigio de que se hallaba poseído, le hacían considerar esta conquista como fácil; pero bien pronto debía hallar el desengaño.

El heróico Carlos Martel era á la sazón jefe del palacio, bajo los últimos príncipes de la primera rama, ó mejor dicho, Carlos era el verdadero rey de los franceses y de los germanos.

El duque de Aquitania, Eudes, señor de la Guienne y de la Gascuña, había tenido largas cuestiones con el héroe francés, y demasiado débil para resistirle por sí solo, buscó la alianza de un moro nombrado Munuza, gobernador de Cataluña, y enemigo encubierto de Abderramán. Estos dos vasallos se unieron, pues, para combatir á sus respectivos soberanos, y con objeto de asegurar aún más aquella alianza, y á pesar de la diferencia de religión, el cristiano no dudó en entregar su propia hija al caudillo musulmán, y la princesa Numerancia casó con un moro, como en otro tiempo la reina Egilona se unió á Abdélazis.

Mas Abderramán, instruído á tiempo de aquella alianza, y adivinando su objeto, reune un fuerte ejército y marcha á Cataluña; cerca ,quí á Munuza, el cual intenta huir, aunque en .ano, pues perseguido de cerca por sus contra-

rios y sin esperanza ya de salvación, antes que entregarse prefiere darse á sí mismo la muerte.

No contentò con la derrota de Munuza, Abderramán atraviesa las montañas, llega á Navarra y entra en la Guienne, cercando y tomando la importante ciudad de Bayona.

Eudes, á la cabeza de su ejército, pretende oponérsele, pero es vencido en el primer encuentro. Todo se doblega ante las armas de los musulmanes. Abderramán prosigue su triunfal marcha, asola el Perigord, el Saintonge, el Poitu, llega á la Turena, y no se detiene sino ante las banderas del ejército de Carlos Martel.

Este marchaba al encuentro del árabe, seguido de las tropas de Francia, de Austria y de Borgoña, y precedido de aquellos viejos guerrilleros acostumbrados á vencer siempre bajo su mando. El duque de Aquitania se incorporó también con los suyos, y al cual, Carlos, olvidando antiguos agravios y no atendiendo más que al peligro común, le recibió con todos los honores debidos á su rango.

Y este peligro era inminente; la suerte de Francia, de la Germania, de todos los pueblos cristianos, iba á depender de aquella batalla.

Abderramán era un digno rival del caudillo francés; valiente como él, acostumbrado á ven-

cer, seguido de un ejército numeroso, rodeado de bravos y expertos capitanes, y con un gran deseo de realizar su constante anhelo, de someter el único país que aún les quedaba por conquistar á los árabes del antiguo imperio romano.

La acción fué larga, ruda, sangrienta. En ella halló la muerte Abderramán, lo cual decidió el éxito de la lucha en favor de los cristianos.

Aseguran los historiadores que perecieron allí más de trescientos mil combatientes. Este número es sin duda exagerado; pero sí es muy verosímil que pocos árabes pudieron llegar á sus hogares, perseguidos por una parte por sus vencedores, y expuestos por otra á la venganza de los pueblos cristianos por donde pasaban á la desbandada.

Este memorable hecho de armas, sobre el cual se encuentran pocos detalles en los historiadores de aquella época, salvó á Europa del yugo de los sarracenos, y fué como el término del preponderante poderío de éstos.

Después de la muerte de Abderramán, España fué desgarrada por las divisiones y luchas intestinas de dos gobernadores nombrados sucesivamente por los califas. Aún no terminadas éstas, cuando llega de Africa un tercer pretendiente, al cual, poco tiempo después, le sigue

un cuarto. Todo es confusión y desorden: las facciones se multiplican, los diversos bandos vienen á las manos, muchos jefes mueren asesinados, las principales ciudades son saqueadas por la chusma, y hasta provincias enteras son desvastadas por los secuaces de unos y otros partidos, convertidos en bandas de foragidos.

Estas guerras civiles duraron cerca de veinte años, y no ofrecen interés para la historia.

Mas los cristianos supieron aprovecharse bien de esta tregua que les ofrecían las rencillas de los mahometanos entre sí.

Alfonso I, yerno y sucesor de Pelayo, siguiendo el camino que le trazara éste, conquista á León y una buena parte de Galicia, derrota en varios encuentros á sus enemigos y apoderándose de muchas plazas fuertes pertenecientes á éstos, llega así á constituir un Estado respetable.

Los moros siempre, ocupados en sus interiores disensiones, seguían no prestando atención á los progresos que hacía el nuevo reino gobernado por Alfonso; mas al fin, y después de mucha sangre derramada, un tal Yusuf logra imponerse á los demás, y se proclama gobernador de España en nombre de los califas, eligiendo á Córdoba por su capital.

Por este tiempo tuvo lugar en Oriente un

acontecimiento memorable, que influyó podero-samente en los destinos de España.

Aquí es donde empieza la segunda época del imperio de los árabes. Mas para la mejor inteligencia de los hechos, se necesita volver, siquiera por breve espacio de tiempo, á la historia de los califas.



ÉPOCA SEGUNDA

LOS CALIFAS DE OCCIDENTE, REYES DE CÓRDOBA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO VIII HASTA PRINCIPIOS DEL XI.

I

YA hemos visto, aunque á la ligera, como bajo el mando de los tres primeros califas, Abubekr, Omar y Othman, los árabes, aunque conquistadores de la Siria, de Persia y de una gran parte de Africa, habían conservado sus antiguas costumbres, su sencillez, su profunda obediencia á los sucesores del profeta, y su desprecio hacia el lujo y las riquezas. ¿Pero qué pueblo podría resistir sin relajarse viviendo en medio de tanta prosperidad? Así, los vencedores volvieron las armas contra ellos mismos, ol-

vidaron la práctica de las virtudes que les hicieran invencibles, y desgarraron con sus propias manos el imperio que habían fundado.

Estos males dieron comienzo con el asesinato de Othman. Para sucederle se nombró al compañero inseparable, al hijo adoptivo del profeta, á Alí, el cual era muy querido y considerado por los musulmanes, tanto por su espíritu recto y la bondad de su carácter, cuanto por ser el esposo de Fátima, hija única de Mahoma.

Moaviah, gobernador de la Siria, se negó á reconocer á Alí, y guiado por los consejos del hábil Amrú, conquistador del Egipto, hízose proclamar califa en Damasco.

Los árabes se dividieron: los de Medina siguieron á Alí, los de la Siria á Moaviah. Los primeros tomaron el nombre de *Alies*, los segundos el de *Ommiadas*, derivado este último de Ommiah, abuelo del califa de Damasco. Tal fué el principio del cisma que aún separa á turcos y persas.

Alí consiguió vencer á Moaviah, mas no supo aprovecharse de su victoria. Poco tiempo después fué aquél asesinado, debilitándose mucho su partido con tal motivo; y aunque sus hijos hicieron grandes esfuerzos para reanimar y le-

vantar el espíritu de su pueblo, poco ó nada consiguieron. Los Ommiadas, aunque rodeados de guerras civiles y de conspiradores, pudieron permanecer en Damasco en posesión del califato.

Bajo el reinado de uno de estos príncipes, de Valid I, hemos visto á los árabes extender sus conquistas por oriente hasta el Ganges, por occidente hasta el océano Atlántico. Por lo general, los califas Ommiadas fueron poco guerreros, mas contaron con generales muy expertos, y el valor de los soldados mahometanos aún no había degenerado en astuta cobardía, como sucedió después.

El último califa de los Ommiadas, Mervan II, después de haber ocupado el trono cerca de ochenta años, fué vencido por Abdallah, de la raza de los Abásidas, próximos parientes de Mahoma, así como lo eran también aquéllos.

Mervan perdió la vida con el imperio, y en su lugar fué nombrado califa Abul-Abbas, sobrino de Abdallah, empezando con él aquella dinastía de los Abásidas, tan célebres en el Oriente por su cultura y su amor á las ciencias, y entre los cuales sobresalen Harum-al-Raschild, Almamon y Barmécides.

Los Abásidas ocuparon el trono durante cin-

co siglos, hasta que fueron depuestos por los tártaros, descendientes de Gengio-Kan. Ya antes de este acontecimiento, perdieron el extenso territorio de Egipto, en donde se estableció otra dinastía con título de califa, denominada *Fatimista*, por pretender descender de Fátima, hija de Mahoma.

El imperio de los árabes fué, pues, deshecho, y este pueblo, volviendo al país que fué su cuna, Arabia, es en la actualidad lo que fué antes de aparecer Mahoma.

Cuando el cruel Abdallah hubo colocado á su sobrino Abul-Abbas en el trono de los califas, formó el terrible designio de exterminar á todos los Ommiadas.

Como entre los árabes la poligamia es permitida, y tener un número crecido de hijos lo consideran como un don del cielo, no es raro hallar entre ellos muchos centenares y aun millares de individuos pertenecientes á una misma familia. Así, Abdallah, desesperado por no poder aniquilar por completo la raza de sus enemigos, á los que el temor había dispersado por todas partes, concedió una amnistía á todos los Ommiadas que se presentaran á él.

Estos desgraciados, creyendo en su palabra, fueron á implorar el perdón echándose á sus

pies; pero aquel mónstruo, viéndolos ya reunidos, ordenó que fueran cercados por sus soldados, los cuales les dieron muerte ante sus propios ojos. Después de esta espantosa carnicería, Abdallah dispuso que sus cuerpos se extendieran sobre el pavimento, cubriéndolos con tablas y tapices de Persia, y sobre esta horrible mesa, hizo servir á sus oficiales un opíparo banquete.

Y en verdad que espanta la sola narración de estos hechos, que retratan gráficamente el carácter y las costumbres de aquellos conquistadores.

Mas, en aquella hecatombe no todos los Ommiadas perecieron, aun cuando tan sólo uno fué el que se salvó, el príncipe Abderramán, que, errante, fugitivo, pudo llegar á Egipto, ocultándose en el desierto.

Los moros de España, siempre fieles á los Ommiadas, aun cuando su gobernador Yusef había reconocido á los Abásidas, no bien llegó á su conocimiento que existía un descendiente ilustre de aquella dinastía, cuando despacharon emisarios secretos para ofrecerle la corona.

Abderramán no dejaría, sin duda, de considerar las luchas que habría de entablar para asegurar su poder en un país tan perturbado; mas dotado de un alma grande y esforzada,

educada en la cruel escuela de la desgracia, no dudó en aceptar, y tomando pasaje con algunos pocos que le siguieron hasta el desierto, llega á España y desembarca en la costa comprendida entre el cabo de Gata y la ciudad de Málaga.

El joven y esclarecido príncipe se atrajo pronto las simpatías de sus nuevos súbditos, y reuniendo un ejército regular con los voluntarios que á diario se le presentaban, entra en Sevilla y marcha después sobre Córdoba, capital de los estados musulmanes.

Yusef, en nombre de los Abásidas, intenta en vano oponérsele; pues es vencido en muy poco tiempo por el valeroso príncipe. Córdoba es al fin conquistada en favor de la nueva dinastía, á la que siguen después otras diferentes ciudades.

II

Abderramán es proclamado, no ya sólo como rey de España, sí que también como califa de Occidente, declarándose así independiente de los soberanos de Oriente.

El nuevo califa eligió á Córdoba por capital de su reino. Pero poco tiempo pudo gozar de paz. Por un lado las revueltas suscitadas por los Abásidas, por otro las constantes irrupciones de los reyes de Asturias y León en sus estados, y por último las expediciones de los franceses sobre Cataluña, ocuparon sin cesar toda su atención y actividad.

Pero Abderramán con su valor y su pericia logra al fin triunfar de tantos peligros, y aun en medio de éstos no se olvida de cultivar las ciencias y las bellas artes. En su tiempo se fundaron aquellas escuelas de Córdoba, en donde se enseñaban la astronomía, las matemáticas, la medicina y la retórica. El mismo califa era un poeta de gran inspiración, conservándose hasta

hoy algunas de sus composiciones. Desde luego, fué considerado como el hombre más elocuente de su siglo.

Abderramán fortificó y embelleció su capital, construyendo un palacio magnífico, rodeado de espléndidos jardines en los que crecían las plantas más raras de Africa y Asia. Se dice que este monarca fué el primero que mandó traer palmeras del Egipto para propagarlas en su patria adoptiva.

Mas en lo que Abderramán puso todo su cuidado fué en la construcción de la gran mezquita, empezada por él y terminada en tiempo de su hijo y sucesor, Hacham. Este monumento es todavía la admiración de los viajeros que visitan la ciudad de Córdoba. Según se dice, los españoles no han conservado más que la mitad del edificio. Aun así, cuéntanse en él más de trescientas columnas de mármol y jaspe, las cuales sostienen la techumbre. En tiempo de los moros entrábase allí por veinticuatro puertas de bronce, casi enteramente cubiertas de adornos de oro, y durante la noche se alumbraba su recinto con cuatro mil setecientas lámparas.

Según precepto del Alcorán, á esta mezquita iban á orar todos los viernes los califas en compañía del pueblo, á los cuales se unían los pe-

regrinos mahometanos que en gran número acudían desde los más apartados rincones de España, del mismo modo que hoy van los de Oriente á la Meca.

La fiesta llamada del grande y del pequeño *Beiram*, que corresponde á la Pascua de los judíos, era celebrada con gran solemnidad é inusitada pompa, así como la del principio de año y la del *Milud*, ó aniversario del nacimiento de Mahoma.

Cada una de estas fiestas duraba ocho días, y en ellas se suspendía todo trabajo, invirtiéndose el tiempo en orar, hacerse presentes, visitar é inmolar víctimas. Las familias, reunidas, olvidaban por un momento sus mutuos resentimientos, se juraban una perpetua amistad y se entregaban á todos los placeres permitidos por la ley. De noche, la ciudad entera aparecía iluminada y las calles cubiertas de olorosas flores. En los paseos y plazas públicas, los sistros, los oboes, las tiorbas, unidos á los cantos populares, atronaban el espacio con su algazara. Y, en fin, para celebrar la fiesta, los ricos repartían abundantes limosnas, uniéndose así las bendiciones de los pobres á los cánticos de alegría eneral.

Educado Abderramán en la suntuosa corte

de los califas de Oriente, trajo á España aquel gusto por las fiestas espléndidas. Reuniendo en su calidad de califa, así el imperio como el sacerdocio, reglamentó las ceremonias, y ordenó que éstas se celebrasen con toda la pompa, con toda la magnificencia con que se acostumbraba en Damasco.

Aunque enemigo del cristianismo, y contando con muchos católicos entre sus súbditos, nunca persiguió á éstos ni los vejó; mas sí privó á las ciudades de sus obispos y á las iglesias de sus sacerdotes, facilitando al mismo tiempo los matrimonios entre las dos razas, y haciendo más daño á la religión cristiana con tal prudente tolerancia que con el extremo rigor, que fué la norma de conducta de sus antecesores, los gobernadores musulmanes.

Abderramán, que poseía ya á España entera, desde Cataluña al Océano, murió después de treinta años de un glorioso reinado dejando la corona á Hachan, el tercero de sus once hijos.

A la muerte de aquel príncipe, volvió á turbarse la paz en el imperio de los moros, á causa de las pretensiones al trono de los hermanos del nuevo califa y de los tíos de éste.

Estas contiendas eran casi inevitables en un gobierno despótico, en el cual el orden de suce-

sión no estaba reglamentado por ninguna ley; era suficiente pertenecer á la familia reinante, para creerse con derecho á ocupar el trono, y como casi todos los califas dejaron un número crecido de hijos, cada uno de éstos fué por regla general un pretendiente, que empezaba por crearse un partido con los descontentos y terminaba por apoderarse de alguna ciudad mal defendida, donde se hacía proclamar soberano por los suyos. De aquí esos numerosos y pequeños estados, que se levantaban y desaparecían á cada instante, y aquellos reyes vencidos, depuestos ó asesinados de que está llena la historia de los moros de España.

Hacham, y después su hijo Abdélazis-el-Hakkam, se sostuvieron en el califato á pesar de estas guerras civiles que constantemente perturbaron el imperio.

El primero terminó la grandiosa mezquita empezada por su padre, Abderramán, y hasta llevó en una ocasión sus armas á Francia, penetrando sus generales en el centro de la Narbona.

El segundo, menos feliz que aquél en sus empresas, combatió con diverso resultado contra los españoles y contra sus súbditos rebeldes, siendo asesinado en un motín. Le sucedió su hijo, Abderramán II.

Este fué un buen monarca, y durante su reinado, los cristianos empezaron á equilibrar su poder con el de los moros. Aquéllos supieron aprovecharse de las disensiones de sus enemigos para ensanchar sus dominios. Alfonso *el Casto*, rey de Asturias, hábil político y esforzado caudillo, aumentó bastante en este tiempo sus estados. Ramiro, su sucesor, sostuvo su independencia y venció en varios encuentros á sus enemigos; Navarra se erigió en reino; Aragón eligió sus soberanos cristianos, creándose un gobierno esencialmente popular, con leyes que garantizaban los derechos de los ciudadanos. Los gobernadores de Cataluña, sometidos desde hacía tiempo á Francia, también se hicieron independientes. Todo el norte de España se declaró, en fin, enemigo de los moros, mientras el mediodía se vió amenazado con la irrupción de los normandos.

Mas en medio de tantas dificultades, y á pesar de tantos adversarios como le acosaban, Abderramán II se defendió valerosamente, mereciendo por su pericia militar el sobrenombre de *Elmuzaffer*, que quiere decir el *Victorioso*.

Y no fueron obstáculo las continuas guerras á que tuvo que atender aquel monarca para que se olvidara de embellecer su capital, construyen-

do en ésta otra grande y magnífica mezquita, y un acueducto por medio del cual y en tubos de plomo iba el agua á repartirse por la ciudad.

Fué este soberano protector decidido de las bellas artes, lo que atrajo á su corte á los sabios y á los poetas, entreteniéndose él mismo en sostener con ellos discusiones sobre algún punto de doctrina. Fundó tambien en Córdoba una escuela de música, haciendo venir de Oriente al famoso Alí-Ze-riab, cuyas composiciones tanto renombre alcanzaron, y á quien se le atribuye la invención de algunos cantos populares españoles.

En fin, bajo el reinado de Abderramán II, Córdoba fué la morada de las ciencias, de las artes y de los placeres.

Dejó este rey de sus diferentes mujeres cuarenta y cinco hijos y cuarenta y una hijas. El primogénito, Mahomed, le sucedió.

Los reinados de Mahomed, Almucir y Abdallah no ofrecen durante un espacio de sesenta años, más que una serie de continuos trastornos, sediciones y levantamiento de ciudades, cuyos gobernadores aspiraban á hacerse independientes.

Por este tiempo, Alfonso el *Grande* rey de Asturias, ensancha grandemente su territorio.

Los normandos, por otra parte, vuelven á aparecer en Andalucía. Toledo, muchas veces vencida, mas siempre rebelde, llega al fin á tener sus reyes propios. Zaragoza imita su ejemplo. La autoridad del califa es desconocida, y su imperio, estremeciéndose por todas partes, parece pronto á derrumbarse, cuando Abderramán III, sobrino de Abdallah, sube al trono y logra reanimar por algún tiempo el decadente poderío de Córdoba.

Este príncipe, cuyo solo nombre esa ya un buen presagio para los moros, tomó el título de *Emir-al-munemin*, que significa *Príncipe de los verdaderos creyentes.*

Este califa dió principio á su reinado con el triunfo de sus armas en varias é importantes batallas. Lo que sus predecesores no pudieron conseguir, lo logró él: los rebeldes fueron deshechos y castigados, y sus facciones dispersas. El orden y la paz volvieron á imperar allí donde antes todo era confusión y guerra.

Atacado de improviso por los cristianos. Abderramán tuvo que recurrir á Africa en demanda de socorro, logrando al cabo dominar la situación. Sostuvo largas guerras con los reyes de León y los condes de Castilla, tomándole éstos la villa de Madrid, entonces de poca importan-

cia. Batido algunas veces, otras pocas vencedor, mas siempre grande y respetado, supo reparar sus pérdidas y aprovecharse con prudencia de sus victorias. Profundo político y hábil capitán. excitó las rivalidades entre los príncipes españoles, llevando por doce veces sus armas hasta el centro mismo de los estados de éstos.

Este califa fué el que creó aquella forminable armada, compuesta de muchos y poderosos navíos, con la cual se hizo dueño del Mediterráneo, y conquistó á Seldjemene y Ceuta en la costa de Africa.

A pesar de las continuas guerras que le ocuparon durante todo su reinado, á pesar, también, de los enormes gastos que le reportaban sus ejércitos, sus flotas y los socorros que recibía de Africa, Abderramán ostentaba en su corte tal lujo, tal magnificencia, que sus detalles parecerían una fábula, si no estuvieran atestiguados por todos los historiadores de aquella época.

El emperador Constantino IX, hijo de León, deseando oponer á los califas de Bagdad un competidor capaz de resistirles, envió embajadores á Córdoba para tratar de su alianza con Abderramán. Este, orgulloso al ver que de tan luengas tierras venían los cristianos á implorar

su apoyo, desplegó en la recepción de aquéllos toda esa pompa á que tan aficionados son los asiáticos.

El monarca moro envió á Jaén varios magnates del imperio con lucido acompañamiento, para recibir á los delegados griegos. A todo lo largo del camino por donde la comitiva debía pasar, se situaron diversos cuerpos de caballería. Las avenidas del palacio estaban cubiertas por una infantería no menos numerosa y brillante. Las fachadas aparecieron cubiertas con ricos tapices de Persia y Egipto, y las murallas con colgaduras de seda bordadas de oro.

Sobre un trono magnífico, rodeado de su familia, de los visires y de lo más escogido de la corte, esperaba el califa á los embajadores. En el salón lucían las incalculables riquezas artísticas acumuladas por los monarcas moros. El *hadjed*, dignidad que entre los árabes equivalía á la de los antiguos gobernadores de palacio, introdujo á los enviados griegos. Deslumbrados éstos por tal magnificencia y aparato, se prosternan ante Abderramán, entregándole la carta de Constantino, escrita en un pergamino azul encerrado en una caja de oro.

El califa firmó el tratado de alianza, llenó de presentes á los embajadores, y dispuso que é

tos fueran acompañados por numerosa comitiva hasta los mismos muros de Constantinopla.

El califato de Córdoba se componía entonces de Portugal, Andalucía, los reinos de Granada, Murcia y Valencia y la mayor parte de Castilla la Nueva, es decir, la mejor porción de España. Estas provincias estaban todavía muy pobladas, y los moros habían levantado en ellas la agricultura al más alto grado de perfección.

Los historiadores aseguran que solamente en las riberas del Guadalete, existían doce mil pueblos, y que no se andaba por la campiña un cuarto de hora sin encontrar un poblado. Los estados del califa contaban con ochenta grandes ciudades, trescientas de segundo orden y un número considerable de aldeas y caseríos. La capital, Córdoba, encerraba entre sus muros doscientas mil casas y novecientos baños públicos.

Mas todo ha cambiado desde entonces. Y la razón es bien sencilla: los moros, vencedores de los españoles, no persiguieron á éstos; en cambio, los segundos, cuando les llegó su vez, expulsaron á los primeros.

La renta de los califas de Córdoba se hacía ascender á doce millones de dineros de oro, equivalentes á ciento treinta millones de pesetas. Independientemente de las contribuciones en

moneda existían otros impuestos en especie; y ya se podrá colegir á cuanto se elevarían éstos en un pueblo agricultor y laborioso, poseedor del más rico país del universo. Las minas de oro, de plata, de plomo y otros preciados metales, que abundaban sobre todo en Andalucía, constituía otra no despreciable fuente de recursos.

Y el comercio enriquecía á súbditos y soberanos. Aquél dividíase en varios ramos: seda, aceite, azúcar, cochinilla, hierro, lana, la mejor ésta por entonces conocida, ámbar gris, alcarabea, amianto, antimonio, talco, marquesita, cristal de roca, azafrán, azufre, gengibre. Todas estas mercancías eran objeto de muchas é importantes transacciones y daban ocupación á un número considerable de individuos. El coral, que entonces se pescaba en las costas de Andalucía; las perlas, en particular las de Cataluña; los rubíes, de los que se habían descubierto dos minas, una en las cercanías de Málaga y otra en Berja; todos estos productos, ora en bruto, ya manufacturados, eran transportados á Africa, á Egipto, al extremo Oriente.

Los emperadores de Constantinopla, obligados aliados de los califas de Córdoba, favorecían este comercio, que venía á aumentar el muy im-

portante que se hacía por las extensas costas de la Península, de Italia y Francia.

Las artes, hijas naturales del comercio, añadieron un nuevo brillo al reinado de Abderramán. Los palacios, los jardines, de gran renombre en todo el mundo, las mismas fiestas magníficas y suntuosas de su corte, atraían de todas partes á artistas y arquitectos. Era, pues, Córdoba, por decirlo así, como el centro de la industria y el asilo de las ciencias. La geometría, la astronomía, la química, la medicina, tenían sus escuelas, que después se hicieron célebres, y de las cuales salieron, entre otros, Averróes y Abenzóar.

Los poetas, los filósofos, los médicos árabes, gozaban de tal fama, que Alfonso *el Grande*, rey de Asturias, deseando hallar hombres capaces de instruir á su hijo, el príncipe Ordoño, tuvo que recurrir á preceptores moros, á pesar de la diferencia de religión; y uno de los sucesores de aquel rey, Sancho, de León, atacado de una hidropesía, considerada por los suyos como incurable, no tuvo inconveniente en ir á Córdoba en persona, para ponerse en manos de los cirujanos de su enemigo Abderramán, los cuales consiguieron curarle. Este hecho singular en aquellos tiempos de tan terribles guerras de razas, hace tanto honor á los sabios musulmanes

por su acierto y su humanidad, como al califa por su generosidad y al rey cristiano por su noble confianza.

Tal era el estado de Córdoba bajo el reinado de Abderramán III. Este ocupó el trono más de cincuenta años, y ya se ha visto cómo supo gobernar. Pero nada podría dar una idea de las cualidades de este príncipe, y hasta qué punto estaba elevado sobre el nivel de los demás sus contemporáneos, como el escrito trazado por su propia mano, que se halló entre sus papeles después de su muerte, el cual decía así: «Cincuenta años han pasado desde que empecé á ocupar el califato. Riquezas, honores, placeres, de todo he gozado, y todo me ha hastiado. Los reyes, mis rivales, me estiman, me respetan y hasta me envidian. Cuanto los hombres desean me lo ha concedido el cielo. Y me he puesto á calcular, y he contado los días en que verdaderamente he sido dichoso durante tan largo espacio de aparente felicidad, y su número no pasa de catorce. Mortales ¡ved lo que es el poder, el mundo y la vida humana!»

Este monarca tuvo por sucesor á su hijo primogénito Abul-Abbas Al-Hakhen, quien, lo mismo que su padre, tomó el título de *Emir al munemín*.

III

El coronamiento de Hakhem se efectuó con gran pompa en la villa de Azarah. El nuevo califa recibió el juramento de fidelidad de los jefes de la *guardia scytha*, cuerpo de ejército muy importante compuesto de extranjeros, y que fué creado por Abderramán III. Los hermanos, los parientes todos del monarca, los visires, y el primero entre éstos el *hadjed*, los eunucos blancos y negros, los arqueros y coraceros de la guardia, juraron asimismo obedecer al soberano. Esta ceremonia terminó con los funerales de Abderramán, cuyo cuerpo fué trasladado á Córdoba para ser enterrado en el panteón de sus abuelos.

Hakhem no poseía las dotes militares de su padre, pero tan hábil y prudente como éste, logró vivir tranquilamente; su reinado fué el de la paz y la justicia.

Los esfuerzos, la vigilancia de Abderramán, ían apagado las discordias entre los suyos.

Luego, los reyes cristianos, divididos y en pugna unos contra otros, no pensaban en inquietar á los moros. La tregua pactada por éstos con Castilla y León sólo una vez se rompió, y en ésta, el califa que mandaba en persona sus tropas, obtuvo la victoria, y aun conquistó algunos pueblos á los españoles.

Durante el resto de su reinado, Hakhem se dedicó casi por completo á hacer felices á sus vasallos, á cultivar las ciencias, á acumular en su palacio una cantidad inmensa de libros, y sobre todo á hacer cumplir y respetar las leyes.

Estas leyes eran tan pocas en número como sencillas. Entre los moros no existía en rigor código civil, sino que era el mismo religioso del que se servían en su caso. Su jurisprudencia se reducía á la aplicación de los principios contenidos en el Alcorán. El califa, como jefe supremo de la religion, podía, sí, interpretar dichos principios, pero nunca infringirlos. Todas las semanas, una vez por lo menos, oía en audiencia pública las quejas de sus vasallos, interrogaba á los acusados, y sobre el terreno disponía el castigo de los culpables. Los gobernadores nombrados por él para las provincias y las ciudades, mandaban militarmente, percibían los impuestos, administraban justicia en su nombre, y res-

pondían de los desafueros de sus subalternos.

Otros funcionarios públicos, versados en las leyes llenaban las funciones de notarios, dando forma jurídica á los actos ó contratos que aseguraban la propiedad; y cuando algún hecho daba lugar á pleitos, ciertos magistrados llamados *cadíes*, muy respetados así del pueblo como del soberano, intervenían en ellos. Mas los procedimientos no eran largos: los abogados, los procuradores eran desconocidos; nada de gastos ni de subterfugios; las mismas partes se defendían y la sentencia se ejecutaba en el momento.

No más complicada que la civil, era la jurisprudencia criminal; casi siempre se imponía la pena del talión, recomendada por el profeta. Los ricos, en verdad, podían comprar con dinero la sangre por ellos derramada; pero era condición precisa en este caso el que los parientes del muerto ó del herido consintieran en ello; el mismo califa no se hubiera atrevido á impedir el castigo de su hijo culpable de homicidio, si la familia del muerto no quería perdonar.

Acaso un código tan sencillo no fuera del todo suficiente; pero la suprema autoridad de los padres sobre los hijos, de los esposos sobre las esposas, suplía en parte las leyes que faltaban.

Los árabes habían conservado de sus antiguas costumbres patriarcales, aquel respeto, aquella sumisión, aquella obediencia pasiva de la familia hacia su jefe. Cada padre en su casa, tenía los mismos derechos que el califa; juzgaba sin apelación las cuestiones entre sus mujeres y sus hijos, castigando severamente las más pequeñas faltas, y pudiendo hasta imponer la muerte respecto á ciertos crímenes. La ancianidad era muy respetada; un hombre anciano era como un objeto sagrado, y su sola presencia hacía cesar los desórdenes y las pendencias. El joven más fogoso ó atrevido bajaba los ojos y escuchaba pacientemente las amonestaciones de aquél que se presentaba bajo el aspecto de una barba blanca.

Estas costumbres, que valen más que las leyes, se guardaban fielmente en Córdoba. El sabio Hahkem era el primero en respetarlas y fomentarlas, y he aquí un hecho que así lo demuestra:

Una pobre mujer de Medina-Azarah, poseía un pequeño campo contiguo á los jardines del califa. Hahkem, quiso construir un pabellón en aquel campo, y mandó á uno de sus servidores para que se entendiera con la dueña respecto al precio, que debería entregarle después su te-

sorero. Mas aquélla rehusó todos los ofrecimientos, alegando que quería conservar aquella heredad que fué de sus padres.

Hahkem ignoró sin duda aquella resistencia; pues el intendente de los jardines, creyendo así servir mejor los deseos de un rey déspota, se posesionó á viva fuerza del terreno, y construyó el pabellón.

La pobre mujer, desesperada, corre á Córdoba para contar su desgracia al cadí Béchir, y consultarle sobre lo que debería hacer.

El cadí pensó que el príncipe de los creyentes no tenía más derecho que otro cualquiera para apoderarse de los bienes ajenos; y pensó en la manera como debería recordarle esta verdad, que aun los más justos están expuestos á olvidar muchas veces.

Un día que Hahkem, rodeado de su corte, fué á visitar el nuevo pabellón construído sobre el terreno de la pobre mujer, se vió llegar al cadí Béchir montado sobre un asno y llevando en la mano un saco vacío.

El califa, sorprendido, le pregunta qué quiere.

—Príncipe de los creyentes—responde Béchir;—vengo á pedirte permiso para llenar este saco con la tierra que oprimen tus pies.

Hahkem, sonriendo, le invitó á que llevara á efecto su deseo.

El cadí llenó de tierra el saco, lo dejó en el suelo y se aproximó al califa, suplicándole que fuera hasta lo último complaciente, ayudándole á cargar el saco sobre el asno.

Hahkem ríe aún más de esta extraña proposición; la acepta de buen grado, y va á levantar el saco; mas pudiendo apenas moverlo, lo deja caer, pretextando su enorme peso.

—Príncipe de los creyentes—dice entonces Béchir con mesurada gravedad,—este saco que encuentras tan pesado no contiene más que una pequeña parte de la tierra usurpada por tí á uno de tus súbditos. Ahora dime: ¿cómo podrás tú sostener el peso de este campo el día que aparezcas ante el supremo juez á dar cuenta de tal iniquidad?

Hahkem, admirado de aquel gran ejemplo, corre á abrazar al cadí, le da gracias por su aviso, y entrega en el acto á la pobre mujer, no tan sólo el campo de que se le había despojado, si que también el pabellón y cuantas riquezas contenía.

Un déspota capaz de una tal acción, no puede compararsele más que con el cadí que le obligó á realizarla.

Hahkem murió después de quince años de reinado. Le sucedió su hijo Hacham.

Este príncipe era todavía muy niño cuando subió al trono. Su infancia, puede decirse que duró toda su vida, pues antes y después de su minoridad, un moro, muy célebre por sus hechos, llamado Mahomed Almanzor, ya revestido con el importante cargo de *hadjed,* fué el que verdaderamente gobernó sus estados.

Almanzor, que al par de ser un genio en política poseía las más relevantes dotes como general, reinó veinticinco años bajo el nombre del indolente Hacham; siendo durante todo este tiempo el más terrible enemigo que hasta entonces tuvieran los cristianos.

El caudillo mahometano llevó sus armas hasta cincuenta y dos veces sobre Castilla y Asturias, tomando y saqueando las ciudades de Barcelona y de León, y llegando hasta Compostela destruye su famosa iglesia, cuyas riquezas transportó á Córdoba.

Por un momento parece que los árabes vuelven á su antigua pujanza guiados por un tal caudillo, que de tal suerte hacía respetar el nombre de su señor, del débil califa que duran- todo este tiempo se adormía allá en su pala- de Córdoba en brazos de los placeres. Mas

aquello sólo fué como un relámpago en la vida del imperio de los Ommiadas.

Los reyes de León y de Navarra y el conde de Castilla se unieron para resistir al terrible Almanzor. La ocasión de medirse las armas no se hizo esperar mucho. Muy cerca de Medinaceli se encontraron los dos bandos. La lucha fué larga y terrible; mas al fin los moros emprendieron la huída. Tan grande fué la impresión que este primer revés produjo en el alma del insigne caudillo moro, que al cabo de muy corto tiempo murió. Con él perecieron también la fortuna de los árabes; en cambio, los españoles empezaron desde aquel momento á ensanchar sus dominios con las pérdidas de aquéllos.

Los hijos de Almanzor reemplazaron sucesivamente en el poder á su padre; mas, si heredaron su valor, no así su talento. Las facciones volvieron á enseñorearse del imperio. Un pariente del califa se levanta en armas y logra apoderarse de la persona de Hacham, á quien encierra en una prisión; pero entre el pueblo se extiende la voz de que había muerto violentamente.

Estas nuevas llegaron á Africa, de donde bien pronto parte para España un príncipe Ommiada con un numeroso ejército para vengar á

Hacham. El conde de Castilla, que ya tenía noticias de esta expedición, se une á ella.

El imbécil Hacham, juguete de todos los partidos, es colocado de nuevo en el trono, del cual tiene que renunciar poco después para escapar de la muerte.

En este tiempo, los reyes cristianos recuperan los pueblos que Almanzor había conquistado; mientras Córdoba arde en discordias y guerra civil, que muy luego se extiende á las demás provincias musulmanas de España.

Una multitud de conjurados se hicieron proclamar sucesivamente califas; algunos sólo pudieron reinar algunas horas, y todos fueron depuestos, encarcelados ó decapitados.

Un descendiente de los Ommiadas, Almudir, osa reivindicar su derecho al trono aun en medio de tantos trastornos y combates. Sus amigos le hacen ver los peligros á que se expone; mas el ambicioso joven les contesta:

—Que reine yo tan solo un día, aunque al siguiente perezca.

El pronóstico se realizó en su parte más triste: Almudir fué muerto antes de ser califa.

Los usurpadores se sucedían sin interrupción; eran soberanos de un momento. Jaimar-ben-Mahomed fué el último de ellos, y con él ter-

mina en 1060 el imperio de los califas de Occidente, que durante tres siglos fué regido por los Ommiadas.

Durante los últimos acontecimientos, el poderío de Córdoba decayó. Los gobernadores de varias importantes provincias, aprovechándose de la anarquía que por doquier reinaba, se proclamaron soberanos independientes. La ciudad de Abderramán dejó de ser la capital de un reino: tan sólo le quedó la supremacía religiosa, que debía á su gran mezquita.

Desunidos, debilitados por tantas y tan largas luchas civiles, los moros no estaban ya en condiciones de poder resistir á los cristianos españoles. Así, esta tercera época de su historia, sólo ofrece el triste cuadro de su decadencia.



ÉPOCA TERCERA

PRINCIPALES REINOS LEVANTADOS SOBRE LA RUINAS DEL CALIFATO

DESDE PRINCIPIOS DEL SIGLO XI HASTA LA MITAD DEL XIII

I

DESDE principios del siglo XI, cuando el trono de Córdoba se tenía cada día con la sangre de un nuevo usurpador, los gobernadores de las principales ciudades se arrogaban, como hemos visto, el título de reyes. Toledo, Zaragoza, Sevilla, Valencia, Lisboa, Huesca, así como otras plazas menos importantes, tuvieron sus soberanos particulares.

La historia de estos numerosos monarcas re-sultaría tan enojosa para el lector como para el escritor; en el largo espacio de doscientos años

no presenta aquélla más que una larga serie de sediciones y matanzas, de pillaje y de traiciones, de pueblos y fortalezas perdidos y reconquistados, y alguno que otro hecho aislado digno de mención en medio de tantos y tan grandes crímenes.

Entre aquellos hechos, merecen citarse dos: el rey de Toledo, Almamón, y el de Sevilla, Bénabad, dan seguro asilo en sus respectivas cortes, el uno á Alfonso, monarca de León, y el otro al infortunado García, de Galicia, los dos lanzados de sus estados por su hermano Sancho de Castilla. Este persiguió á aquéllos como pudiera haberlo hecho con sus más crueles enemigos; en cambio los príncipes moros, á pesar de la enemistad de las dos razas, recibieron á los dos proscriptos cual si fueran sus deudos más queridos.

Almamón, sobre todo, prodigó las atenciones más afectuosas al desgraciado Alfonso, procurándole cuantas distracciones pudieran hacerle olvidar la pérdida de su trono, facilitándole toda clase de recursos y tratándole, en fin, cual si fuera un hijo querido.

Mas bien pronto, la muerte del implacable Sancho hizo á Alfonso dueño de León y de Castilla; y el generoso Almamón, que tenía entre

sus manos al rey de sus enemigos, no sólo le dejó marchar libremente, sino que dispone sea acompañado hasta la frontera por un lucido escuadrón de su guardia; haciéndole al mismo tiempo muy ricos presentes, y ofreciéndose para todo evento con sus tropas y su tesoro.

Alfonso III fué agradecido con el agareno: en tanto que Almamón vivió conservó la paz con él, y aun llegó á socorrerle en una ocasión en que se vió atacado por el rey de Sevilla. Después de la muerte del rey de Toledo, entró á reinar en este estado, Hacham, hijo del anterior, con quien el castellano vivió también en amistosa relación.

Pero después de un reinado bastante corto, Hacham dejó el trono á su joven hermano Iahiah, quien desviándose de la política de tolerancia seguida por sus predecesores, trató de oprimir á los numerosos cristianos que vivían en su ciudad. Estos se dirigieron entonces á Alfonso, suplicándole que fuera á atacar á Iahiah, ofreciéndole al mismo tiempo su apoyo.

El recuerdo de Almamón, á quien tanto debió el monarca castellano, hizo titubear á éste en la resolución que debía tomar; mas al fin, triunfó la ambición, y Alfonso acampó frente á los muros de Toledo.

Después de un cerco muy largo y célebre, al que concurrieron varios caballeros navarros y franceses, Toledo capituló. El vencedor permitió al hijo de Almamón el que marchara con su ejército á Valencia, cuya soberanía le reconoció, comprometiéndose asimismo bajo juramento á conservar á los moros sus mezquitas; promesa que no pudo impedir el que los cristianos la violaran después. Tal fué el fin del reino y de los reyes moros de Toledo. La antigua capital de los godos pertenecía á los musulmanes desde hacía doscientos setenta y dos años.

En poco tiempo, otros muchos principados mahometanos sufrieron igual suerte que el de Toledo. Los reyes de Aragón y de Navarra, y los condes de Barcelona, hostilizaban y asediaban sin cesar á los soberanos de los pequeños estados que aún quedaban en el Norte de España. Por su parte, Castilla y León no dejaban de molestar á los moros del Mediodía, impidiéndoles de este modo poder socorrer á sus hermanos. Y sobre todo, el *Cid*, el famoso y legendario *Cid,* seguido de un ejército invencible, reunido bajo su bandera al solo influjo de su fama, corría, volaba por toda la Península, haciendo triunfar á los cristianos cuando con éstos peleaba, y cuando no, combatiendo por cualquier

bando moro, si éstos reñían entre sí; mas siempre decidiendo la victoria por el lado á que se inclinaba.

Este insigne guerrero, mejor dicho, este héroe, acaso el más digno de alabanza de cuantos menciona la historia, unía á sus relevantes méritos militares un alma recta y grande, adornada de las más hermosas virtudes. Este simple caballero castellano, bajo cuyo mando acudían á alistarse millares de guerreros cristianos, y que llegó á hacerse dueño de muchos pueblos y castillos, ayudó al rey de Aragón á apoderarse de Huesca y conquistó con sus tropas el reino de Valencia.

Acaso tan poderoso como su mismo señor, del cual tuvo que lamentarse muchas veces, el *Cid*, envidiado y sufriendo las intrigas de los palaciegos, nunca olvidó que era súbdito del rey de Castilla. Desterrado de la corte y aun expulsado de sus dominios, va, seguido de sus bravos compañeros, á pelear contra los infieles, y cuando éstos son vencidos, les impone por condición que vayan á prestar pleito homenaje á aquel que le había ultrajado.

Llamado nuevamente por Alfonso, que necesitaba de su esfuerzo, el *Cid* suspende sus conquistas, y sin pedir reparación por los injustos

agravios recibidos, vuelve á defender con denuedo á su perseguidor, mostrándose siempre dispuesto á olvidarlo todo por su patria y por su rey.

En tanto que el *Campeador* pudo combatir, los cristianos llevaron la ventaja; pero poco antes de su muerte, ocurrida en 1099, los moros de Andalucía cambiaron de soberanos y llegaron á ser más poderosos que nunca. Desde la pérdida de Toledo, se había aumentado la población de Sevilla con la muchedumbre de emigrados que á esta ciudad habían afluído. Luego, el reino sevillano era bastante extenso, pues se componía, además de su territorio propio, del de Córdoba, Extremadura y de una gran parte de Portugal. Bénabed, que era el que gobernaba esta parte de España, fué un príncipe muy querido de su pueblo por sus virtudes, y el único enemigo temible para Castilla. Alfonso VI trató, pues, de aliarse con él, y pidió al moro su hija en matrimonio. El musulmán accedió, y la nueva reina castellana llevó en dote algunos pueblos.

Este raro himeneo que debió ser prenda de paz para las dos naciones, fué por el contrario causa, ó á lo menos pretexto para nuevas guerras.

El Africa, después de haber sido desmembrada del vasto imperio de Oriente por los fatimistas, y de haber pertenecido durante tres siglos, pasados en continuas guerras, á unos vencedores más sanguinarios que los mismos leones del desierto, fué á caer bajo el dominio de los Almoravides, tribu poderosa originaria del Egipto. Jusef Ben-Tessefin, segundo soberano de esta dinastía, fundó el imperio y la ciudad de Marruecos en 1091. Dotado este príncipe de grandes dotes militares y orgulloso de su poderío, pensó en pasar al rico país de España, como en otro tiempo Muza, para conquistarlo.

Pretenden algunos historiadores que el rey de Castilla, Alfonso VI, y su suegro Bénabed, de Sevilla, habiendo convenido en repartirse á España entera, tuvieron la imprudencia de llamar á los moros de Africa para que le ayudasen en este gran proyecto; mas otros por el contrario afirman, apoyándose en razones muy atendibles, que los reyes de los pequeños estados musulmanes, vecinos ó tributarios de Bénabed, alarmados por aquella alianza, fueron los que solicitaron el auxilio del Almoravid.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el mbicioso Ben-Tessefin, aprovechó esta ocasión ›ara realizar su designio, y pasando el mar, ata-

ca con su ejército á Alfonso y le vence en esta primera batalla. Luego, volviendo sus armas contra Bénabed, toma á Córdoba y pone sitio á Sevilla. Ya esta ciudad iba á ser asaltada, cuando el virtuoso Bénabed tomando una resolución heroica, va á entregarse al marroquí, salvando así á sus súbditos de los horrores del pillaje, pero sacrificando su corona así como su libertad. Al monarca sevillano siguió toda su familia, compuesta de cien hijos.

El bárbaro Almoravid llevó su crueldad hasta hacer cargar de cadenas al anciano monarca; y temiendo que sus pueblos, que tanto le amaban por su extremada bondad, se levantaran en su favor, dispuso que fuera trasladado á Africa, donde sus hijas se vieron obligadas á trabajar con sus manos para mantener á su padre y á sus hermanos. El infortunado Bénabed vivió seis años en el destierro, sin desear su trono más que por sus queridos súbditos; no soportando la vida, sino por sus amados hijos, y dedicando mucha parte de su tiempo en escribir sentidas poesías, en las que consuela á su familia, y recordando su pasada grandeza, muéstrase como ejemplo á los poderosos que fian en la fortuna.

Dueño ya de Sevilla y de Córdoba, Ben-Tesefin no tardó mucho en someter á los demá

pequeños estados musulmanes. Reunidos los moros bajo el mando de aquel poderoso monarca, llegaron á constituir un serio peligro para sus vecinos. Así lo comprendieron los españoles, pues suspendiendo sus particulares querellas hicieron alianza entre sí para defenderse de los agarenos. Sucedía esto precisamente en aquel tiempo en que el sentimiento religioso de Europa llegó á su apogeo, cuando los guerreros de la cristiandad abandonaban sus familias y sus hogares para ir á pelear contra los infieles. Raimundo de Borgoña y su pariente Enrique, ambos de la estirpe real de Francia, así como el conde de Tolosa y otros caballeros, seguidos de numerosos vasallos, atravesaron los Pirineos, y fueron á alistarse bajo las banderas del rey de Castilla.

Los africanos llevaron desde luego la peor parte en los encuentros habidos, y Ben-Tessefin se vió obligado á emprender la huída, embarcándose para el Africa. En agradecimiento á los que de tal suerte le habían ayudado, Alfonso otorgó sus hijas en matrimonio: la mayor Urraca, casó con Raimundo de Borgoña, de la cual tuvo un hijo que fué después rey de Castilla; Teresa, fué esposa de Enrique, llevando en dote las tierras que éste había conquistado, además

de las que pudiera adquirir en Portugal, teniendo de aquí origen este reino; Elvira se unió al otro Raimundo, conde de Tolosa, quien la llevó cônsigo á la Tierra Santa, en donde con su valor fundó un nuevo Estado.

Excitados por este ejemplo, otros franceses acuden después para ayudar al rey de Aragón, Alfonso el *Batallador*, el cual había puesto cerco á Zaragoza; logrando al cabo entre todos apoderarse de este antiguo reino de los moros.

El hijo de Enrique de Borgoña, Alfonso I, rey de Portugal, tan célebre en la historia por su denodado valor, aprovechándose de una escuadra compuesta de buques ingleses, germanos y flamencos, que iban á la guerra de Tierra Santa, pone sitio á Lisboa, y después de varios encuentros encarnizados toma por asalto la plaza; desde entonces es ésta la capital del reino lusitano.

También por este tiempo, los reyes de Castilla y de Navarra extendieron sus conquistas. Los moros eran arrojados de todas partes, sus mejores plazas eran ocupadas, sin que los Almoravides hicieran grandes esfuerzos por recobrarlas.

Estaban por aquel tiempo los príncipes Almoravides muy ocupados en combatir en su

mismo territorio á un nuevo y terrible enemigo. Eran éstos unos sectarios de la religión de Mahoma, cuyo jefe, Tomrut, bajo pretexto de restablecer en su primitiva pureza la doctrina del profeta, iba preparándose el camino para el trono, lo que consiguió al fin, destronando la antigua dinastía. Dueños de Marruecos los vencedores Almohades, que así se denominaron, empezaron por destruir la raza de sus enemigos, según bárbara costumbre del Africa.

Y hay que admirar cómo en medio de tanta división, de tantas guerras y trastornos, seguíanse cultivando las bellas artes en Córdoba para gloria de los sarracenos. Ciertamente que esta población no tenía la vida ni el esplendor del tiempo de Abderramán, pero sus renombradas escuelas de filosofía, de medicina y aun de retórica, subsistían, y de ellas salieron durante el siglo XII muchos hombres notables, entre ellos Abenzóar y el famoso Averróes. El primero tan entendido en medicina como en cirugía y farmacia, vivió, según se dice, ciento treinta y cinco años, habiendo dejado escritas diversas obras muy estimadas entre los sabios. El segundo, médico también, pero al mismo tiempo filósofo, poeta, jurisconsulto y comentador, adquirió una gran reputación que los siglos han confir-

mado. La misma división que éste hizo del tiempo de su vida, puede ser ya objeto de profunda meditación; en su juventud fué apasionado por los placeres, y cultivó la poesía; ya en edad madura, quemó los versos que había escrito, estudió legislación y ocupó una plaza de juez; cuando empezó á envejecer, se ocupó en la medicina; y, en fin, al llegar al último tercio de su existencia, se entregó con entusiasmo á la filosofía, abandonando toda otra ocupación. Averróes fué el primero que extendió entre los moros el gusto por la ciencia y la literatura griegas, debiéndose á él una hermosa traducción al árabe y unos comentarios muy razonados de las obras de Aristóteles; así como también escribió diversos libros de filosofía y medicina, y gozó de la gloria de ilustrar á los hombres y serles útil al propio tiempo.

II

Mahomed-el-Nazir, cuarto monarca de la dinastía de los Almohades, á quien los españoles apellidaron el *Verde* por el color de su turbante, viéndose ya poseedor en absoluto del imperio de los moros en Africa, resolvió reunir todas sus fuerzas, para conducirlas á España, y reanudar aquí las antiguas conquistas de Tarik y Muza. En su consecuencia, hizo proclamar en sus estados la guerra Santa, y bien pronto una inmensa muchedumbre de guerreros se halló pronta para pasar el mar en busca de botín.

El ejército africano se aumenta aún más al desembarcar en Andalucía con los descontentos de este país, á quienes el soberano marroquí, lleno de confianza en su empresa, les promete hacerles dueños en muy poco tiempo de todos los países que comprende el territorio español, y que en otras edades poseyeron los hijos del Islam.

Ardiendo en deseos de llegar á las manos con el ejército cristiano, el soberano mahometano hace avanzar á su ejército, que algunos historiadores hacen elevar á seiscientos mil hombres, y llega á la frontera de Castilla.

Era á la sazón rey de este último estado Alfonso, apellidado el *Noble*, el cual, advertido de los preparativos del africano, había impetrado el auxilio de los príncipes cristianos de Europa. El papa Inocencio III, publicó una cruzada con tal motivo, por la que concedió muchas indulgencias, y el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, que había pasado á Roma como embajador del rey católico, predicó á su vuelta por Italia y Francia en favor de la empresa de combatir á los musulmanes, logrando así decidir á muchos caballeros á seguirle.

Toledo era el lugar de la cita, adonde muy pronto se vieron llegar más de sesenta mil cruzados italianos y casi otros tantos franceses, los cuales se unieron á los castellanos que ya se hallaban organizados.

El rey de Aragón, Pedro II, el mismo que después pereció en la guerra de los Albigences, concurrió con su valiente ejército; Sancho VII, de Navarra, no tardó en aparecer al frente de sus guerreros; y los portugueses, cuyo sobera-

no acababa de morir, también se presentaron mandados por sus mejores capitanes. Toda la España cristiana tomó en fin, las armas: se trataba nada menos que de su porvenir, y acaso del de toda la cristiandad, pues nunca, desde el tiempo del rey Rodrigo, habían estado en tan inminente peligro.

Al pie de los montes llamados Sierra Morena, y en un lugar denominado las *Navas de Tolosa*, fué en donde se encontraron los dos ejércitos enemigos; mas los cristianos observaron que Mahomed se había posesionado de las alturas que dominaban el camino por donde necesariamente deberían aquéllos pasar.

El designio del africano era: ó forzarlos ó volver á atrás, lo cual los exponía á carecer de víveres, ó destruirlos impunemente desde lo alto de las estrechas gargantas, si se atrevían á adelantar.

Los reyes confederados estaban indecisos sobre el camino que debían tomar. Alfonso era partidario de marchar adelante presentando batalla al enemigo; Pedro y Sancho, por el contrario, optaban por retirarse. En esta discusión, entra un desconocido vestido de pastor en la tienda real, y se ofrece á los príncipes para conducir las tropas por senderos descono-

cidos. A éste se debió la salvación de aquel ejército.

El pastor guió á los reyes por caminos escabrosos, á través de rocas y torrentes, y así llegaron á la cumbre de la montaña, mostrándose de improviso ante los ojos de los moros que los contemplaban atónitos. Los españoles se prepararon para el combate durante dos días enteros, orando, confesando y comulgando. Los monarcas dieron los primeros este ejemplo de fervor religioso. Los prelados, y los eclesiásticos todos, que en gran número se contaban en el campo, después de haber absuelto á estos piadosos guerreros, se dispusieron á seguirlos á lo más rudo de la pelea.

Llegó el día tercero, 16 de julio del año 1212, y las tropas cristianas se ponen en orden de batalla, divididas en tres cuerpos, cada uno mandado por un rey. Alfonso y sus castellanos, estaban en el centro con los caballeros de Santiago y Calatrava, órdenes recientemente instituídas; Rodrigo, arzobispo de Toledo, é historiador de esta gran jornada, estaba al lado de su soberano, precedido de una gran cruz, insignia principal de aquel ejército. Sancho y sus navarros formaban la derecha. Los aragoneses con Pedro, la izquierda. Los cruzados ita-

lianos y franceses, reducidos estos últimos á un pequeño número por la deserción de sus compañeros, que no habían podido soportar el sofocante calor de aquel clima, marchaban delante de las tropas guiados por Arnaud, arzobispo de Narbona y de Thibault Blazón, señor poitevín. Así colocados descienden al valle que los separaba de sus enemigos.

Siguiendo su antigua costumbre, los moros desplegaron por todas partes sus soldados, sin orden ni concierto. Constituía la principal fuerza de éstos una excelente caballería compuesta de unos cien mil combatientes; el resto lo formaban un montón de infantes mal armados y poco aguerridos.

Mahomed, que se había situado en la cumbre de una colina que dominaba el campo de batalla, estaba resguardado por una cerca compuesta de gruesos barrotes y cadenas de hierro y por lo más escogido de sus caballeros, que formaban un triple círculo á su alrededor. De pie, en medio de aquel inexpugnable reducto, y con el Alcorán abierto en una mano y el alfanje en la otra, el monarca mahometano mandaba sus tropas, cuyos bravos escuadrones corrían impetuosamente de uno á otro lado de la llanura.

Desde un principio, los castellanos dirigieron

su ataque sobre esta altura, haciendo por el pronto retroceder á los moros; mas repuestos éstos, cargaron con tal denuedo, que aquéllos empezaron á su vez á desconcertarse.

Alfonso, que iba recorriendo toda la línea para animar á los suyos, al observar la indecisión que se había apoderado del ánimo de éstos, exclama, dirigiéndose al arzobispo de Toledo, que no se había apartado un momento de su lado:

—Ha llegado el día en que debemos morir.

—Señor—le contesta el prelado—no es este el día en que debemos sucumbir, sino en el que debemos vencer.

Y acercándose al valiente eclesiástico que llevaba la cruz, le ordena el prelado que avance hacia el centro de las masas musulmanas. El rey y el arzobispo siguen en pos de la santa Enseña. Entonces los castellanos, viendo el peligro que corren su estandarte y su soberano, se precipitan cual furiosa avalancha sobre el ejército agareno. El choque fué tan terrible, con tal ardor peleaban los cristianos para impedir que sus enemigos se acercaran al rey y al prelado, que los moros atemorizados retroceden de nuevo.

En esto, el bravo rey de Navarra, seguido de

un escuadrón de su guardia, había roto por medio de las masas agarenas, y llegando al parapeto, rompe las cadenas que defienden la entrada del lugar en que el monarca moro se encuentra. Mahomed emprende entonces la huída precipitadamente; y sus guerreros, que ya no le ven, pierden el valor y la esperanza. El desconcierto en el campo de los infieles se hace general; los aragoneses han derrotado la mayor parte de los escuadrones africanos; el ala izquierda de éstos está totalmente deshecha, y todos corren asolados de un lado para otro.

Todo se doblega ante el ejército cristiano: sus enemigos escapan á la desbandada; millares de ellos han quedado sobre el campo de batalla.

El arzobispo de Toledo, rodeado de los demás prelados, del clero, de los reyes, jefes y soldados, entona sobre el mismo lugar de la acción un *Te-Deum* en acción de gracias por la victoria alcanzada.

La batalla de las Navas tuvo más funestas consecuencias para el desgraciado Mahomed que para los moros de Andalucía. Retirados éstos á sus ciudades, doblemente defendidas después con los restos del ejército africano, pudieron resistir á los reyes españoles, que sólo lograron tomarles un corto número de plazas y

teniendo que separarse sin haber conseguido grandes ventajas. El rey de Marruecos, despreciado por sus aliados después de su derrota, y hasta vendido por sus más próximos parientes, perdió todo su prestigio y poder en España, viendo como sus principales jefes formaban pequeños estados y se declaraban independientes. El infortunado monarca se vió precisado á volver á Africa, donde, según se dice, murió del tedio que le produjeron sus desventuras.

Los reyes que sucedieron á Mahomed, gobernaron en medio de continuas guerras y disturbios, y al fin fueron lanzados del trono. El imperio de Marruecos se dividió, estableciéndose tres dinastías distintas en Fez, Túnez y Tremesén. Los soberanos de estos estados, rivales entre sí, multiplicaron los combates, los crímenes, las atrocidades de que está llena la historia de aquella parte de Africa.

Durante este tiempo, las disensiones producidas en Castilla y la guerra con Francia en que tomó parte Aragón, dejaron respirar por algún tiempo á los moros. Poseían éstos todavía en España, los reinos de Valencia, Murcia, Granada y Sevilla, así como una parte de los Algarbes y las islas Baleares, poco conocidas todavía por los cristianos del continente. Estos estados

estaban regidos por diversos soberanos. El principal de ellos era Benhud, príncipe hábil y capitán experto, descendiente de los antiguos monarcas de Zaragoza, el cual, con su valor y su prudencia, había llegado á someter á casi todo el mediodía Oriental de España. Después de éste, los más importantes eran los de Sevilla y Valencia. El bárbaro que reinaba en Mallorca no era más que un jefe de piratas, que sólo se aventuraba á llegar alguna que otra vez á las costas de Cataluña para saquear á los pueblos indefensos.

Tal era el estado de España, cuando dos esclarecidos príncipes españoles entran á reinar, el uno en Aragón y Castilla y en León el otro. Estos soberanos fueron Jaime I y Fernando III, éste último admitido como santo por la Iglesia, y los dos dotados de grandes dotes de gobierno.

Fernando el *Santo*, ardía en deseos de emprender la guerra contra los infieles de Andalucía. Era este rey sobrino de Blanca de Castilla, reina de Francia, y primo hermano de San Luis, con el cual tenía un gran parecido, tanto por su piedad como por su valor y por el amor á sus pueblos, reflejado en las sabias leyes que ambos promulgaron.

Los aprestos militares se hacían con activi-

dad en Castilla, y bien pronto el joven monarca entra en tierra de los musulmanes á los que logra vencer, tomándole varias plazas y recibiendo el homenaje de varios de sus príncipes que se reconociéron sus tributarios. Entre los pueblos conquistados por el santo rey estaba el de *Alhambra*, cuyos habitantes se retiraron en gran número á Granada, fijándose provisionalmente en un barrio de esta ciudad, que tomó el nombre, tan célebre después, de su antigua patria.

Jaime, por su parte, se embarcó en una armada para la conquista de las islas Baleares, y aunque contrariado por una fuerte tempestad, no retrocede en su empresa; llegando al fin á las costas de Mallorca, donde bate á los moros, y marcha seguidamente á poner cerco á la capital. Vista la tenaz resistencia de los musulmanes, resuelve emprender el asalto, en el cual da un alto ejemplo de valor, siendo el primero en el ataque, y precediendo á sus soldados en los puntos de mayor peligro.

Al cabo de algunos días, ríndese la plaza, y Jaime agrega para siempre aquel territorio á la corona de Aragón.

Pero el aguerrido y caballeroso monarca aragonés meditaba desde hacía ya largo tiempo una

conquista aún más importante. Después de la muerte del *Cid*, Valencia había vuelto á caer en poder de los moros, y este reino tan rico, tan fértil, donde la naturaleza parece haberse complacido en dotarlo de todos sus dones, estaba regido por un príncipe Almohade llamado Zeith, hermano de aquel Mahomed vencido en las *Navas de Tolosa*.

Por aquel tiempo la guerra civil tenía divididos á los habitantes de Valencia. Un príncipe de nombre Zéan, pretendía derribar al soberano reinante, contando para esto con los principales jefes del ejército. El rey de Aragón toma el partido de Zeith, quien había demandado su auxilio, y logra vencer á su competidor en varios combates, apodéranse de paso de muchas plazas fuertes, y dirigiéndose por último á la capital, á la que estrecha por todas partes.

En tan apurado trance, Zéan implora el socorro de Benhud, soberano el más poderoso entre todos los musulmanes de la Península; mas á éste le fué imposible marchar en su auxilio.

Por su parte, los castellanos, guiados por su esclarecido príncipe, habían hecho nuevos progresos en la conquista de la tierra andaluza, haciéndose dueños de buen número de pueblos, y

terminando por poner cerco á la antigua capital de los califas.

Benhud, á menudo batido, mas siempre temible para sus enemigos, así como venerado por los moros andaluces, sus súbditos, reune un ejército poderoso, y se dirige en busca del aragonés, á quien creía más fácil de vencer; cuando uno de sus tenientes le hizo perecer en Almería por medio de una traición, librándose así los reyes cristianos del único caudillo capaz de contenerlos en sus conquistas.

La muerte de Benhud abatió el valor y la esperanza de los cordobeses, que hasta entonces se defendieron con tesón esperando socorro, y pidieron capitulación.

En aquella ocasión, los cristianos abusaron de su victoria, concediendo á los desgraciados musulmanes tan sólo la vida; ordenando expatriarse á todos aquellos que no quisieran abrazar la religión de los vencedores.

Un considerable número de familias, abandonando sus propiedades, y casi sin recurso alguno, salieron llorando de aquella su querida ciudad, que por espacio de quinientos ventidós años, había sido el centro principal de su grandeza, y el asilo de la ciencia y de las artes árabes. Aquellos infortunados en su huída vol

vían de vez en cuando la cabeza, como despidiéndose, para siempre de sus hogares, de sus templos maravillosos y de aquellos jardines magníficos que representaban la constante labor de cinco generaciones.

Los soldados españoles que habían quedado en Córdoba, lejos de conservar las riquezas de todo género que la ciudad encerraba, se dedicaron más bien á destruirlas, cegados como estaban por su intransigencia á todo cuanto provenía de los infieles.

Córdoba, aquella Córdoba suntuosa de los califas de Occidente quedó desierta, y para poblarla se vió obligado Fernando á publicar un decreto concediendo grandes ventajas y privilegios á cuantos cristianos fueran á habitarla. La gran mezquita de Abderramán se convirtió en catedral, y tuvo su obispo y sus prebendados; mas la gran ciudad, como la llamó un poeta árabe, no volvió á recobrar su antiguo esplendor.

No tardó mucho tiempo Valencia en seguir el mismo camino que la capital de Andalucía. Asediado Zean por el intrépido Jaime, no halla modo de salvar su ciudad, pues aun dentro de sus muros tiene que combatir á la fracción de Zeith, que trata de aprovecharse de su situación para destronarle. Por otra parte, la esperanza

de que le socorriera su aliado el rey de Túnez se ha desvanecido: la flota de éste ha tenido que emprender la fuga perseguida por los buques de Aragón. El monarca valenciano se halla solo peleando con un enemigo poderoso que le cerca, y con los sediciosos que le rodean, y el momento de rendirse ha llegado. Zean propone al aragonés hacerse su tributario; mas el cristiano es inflexible: sólo cesará en su ataque con la entrega de la plaza.

El rey de Valencia evacua la ciudad en compañía de cincuenta mil musulmanes. Fiel á su palabra, Jaime no sólo le permite llevarse sus tesoros, sino que los defendió contra la avaricia de sus soldados que contemplaban con pesar como se les escapaba el codiciado botín.

Después de la conquista de dos tan ricas y populosas ciudades como Córdoba y Valencia, nada parecía detener ya á los españoles en su triunfal marcha; pues hasta Sevilla, entonces de menor importancia, también estaba amenazada por las tropas de Fernando.

Mas, justamente por este mismo tiempo, surge repentinamente un nuevo estado que hace retardar la época de la total ruina de los moros de España; estado éste que adquirió por espacio de doscientos años una gran celebridad.



ÉPOCA CUARTA

REINO DE GRANADA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIII
HASTA LA TOTAL EXPULSIÓN DE LOS MOROS
EN EL XVI

I

LAS sucesivas victorias de los españoles, y sobre todo, la conquista de Córdoba, habían consternado por completo á los moros. Este pueblo impetuoso é impresionable, que con tanta facilidad se entusiasmaba hasta el frenesí como se abatía ante el más insignificante contratiempo, cuando vió que la cruz triunfante ondeaba sobre el minarete de la gran mezquita de Abderramán, consideróse como perdido y que su poder en España había terminado para siempre: los mismos imanes predicaban públicamente el fin del islamismo.

Esto no obstante, los moros poseían todavía extensos y ricos territorios; como eran los reinos de Sevilla, Granada, Murcia y Algarbe, siendo asimismo dueños de todos los puertos comprendidos en la costa del Mediodía. Además, su numerosa población, sus riquezas, su floreciente industria, le aseguraban muchos recursos. Pero Córdoba, la ciudad santa rival de la Meca, estaba en poder de los cristianos: de tal suerte, los musulmánes españoles considerábanse sin verdadero estado.

Mas en medio de tantos desastres y de tanta desventura, un hombre llega á reanimar el abatido espíritu del pueblo agareno, dándole alguna esperanza de regeneración. Era éste Mohamed Abusaid, de la tribu de Al-Hamar, originaria de Cuffa, ciudad situada en la ribera del mar Rojo. Algunos historiadores aseguran que *Alahmar*, como así le llamaban, fué en su mocedad un simple pastor, y que después, dedicado ya al ejercicio de las armas, logró ascender por su ingenio y su valor hasta el mismo trono; hecho éste poco extraño entre los musulmanes, quienes sólo reconocían como privilegio el que se basaba en el propio mérito, ó en el vinculado en los descendientes del Profeta.

Mohamed Alahmar poseía como gobernante

dos grandes cualidades: un valor á toda prueba y una sagacidad poco común. Para hacerse cargo de este don particular suyo, hay que considerar la manera como se hizo proclamar rey.

Hallábanse reunidas en Arjona buen número de tropas, y el caudillo moro piensa aprovecharse de éstas para que sean la base de su soberanía. Pero ¿con qué títulos va á presentarse ante ellas? Mohamed, gran conocedor de aquel pueblo, catequiza y atrae en primer término á su partido á un *santón*, especie de religioso muy considerado entre los moros, el cual predice públicamente que aquél es el designado por el cielo para regir y salvar el estado musulmán. Desde este momento la ciudad se declara en su favor, siguiendo después su ejemplo otros muchos pueblos.

Considerando Mohamed I cuán importante era poseer una ciudad que reemplazara á Córdoba, y que fuera como el asilo y centro de los dispersos musulmanes de España, funda definitivamente su reino y elige á Granada por capital en el año de 1236.

Aún pretendió más Mohamed, pues hizo grandes aunque inútiles esfuerzos, por reunir bajo un mismo cetro cuantos territorios de la Península pertenecían todavía á los moros. Sin

duda era éste un gran designio, y la única manera de poder resistir á los ya poderosos cristianos. Mas la salvadora idea del granadino no prevaleció: ni Murcia, ni Sevilla, ni los Algarbes, estados gobernados por diferentes príncipes mahometanos, quisieron adherirse al Alhamar, prefiriendo á la unión su independiencia. Tal división fué la causa principal de la perdición de dichos reinos, que cayeron muy pronto en poder de los españoles.

En los principios de su reinado, señalóse Mohamed I por su victoria sobre las tropas del rey D. Fernando III el *Santo;* pero las sediciones y revueltas que se levantaron en la misma Granada, y aun en otros puntos de su nuevo reino, le obligaron á firmar una paz poco beneficiosa y aún menos digna para él. Por dicho tratado se estipuló la entrega al castellano de la importante plaza fuerte de Jaén, más la obligación de pagar á Castilla un tributo anual y de ayudarle con sus tropas el granadino en caso de necesidad. Bajo tales condiciones fué como Fernando reconoció el nuevo reino de Granada; y aun llegó á auxiliar á su soberano, enviando un ejército para someter á algunas tribus granadinas que se habían rebelado.

El hábil monarca castellano, si dejó en paz á

Mohamed, fué para volver con más brío contra Sevilla, cuya idea de conquista ha tiempo acariciaba.

El sitio de esta ciudad fué largo y sangriento. Los sevillanos, que eran muchos y muy aguerridos, se defendieron con tesón. Por otra parte, el rey de los Algarbes, aliado natural y casi obligado de aquéllos, inquietaba sin cesar á los sitiadores con sus continuas escaramuzas. Así, pues, y á pesar del valor que los españoles mostraron en los asaltos, y aun de la misma falta de víveres que empezaba á sentirse, como era natural después de un sitio que duraba ya un año, la ciudad no estaba dispuesta á rendirse.

Entonces, Fernando requiere al de Granada para que vaya á ayudarle con sus tropas conforme á lo pactado; y Alahmar se ve obligado á obedecer, concurriendo al cerco con un brillante séquito de guerreros.

Aumentado de tal suerte el ejército sitiador, Sevilla pierde toda esperanza de salvación, y se rinde al rey de Castilla. El monarca granadino, cumplida ya su triste misión, vuelve á sus estados con la humillante gloria de haber contribuído á la ruina de sus hermanos.

Más piadoso que político, Fernando dispone en el acto la expulsión de los moros sevillanos:

y doscientos mil de éstos abandonan la ciudad en el espacio de algunos días, yendo á refugiarse, unos á África y á los Algarbes, y los más al reino de Granada.

Este último estado era el único que les quedaba á los musulmanes españoles; pues el pequeño territorio de los Algarbes, aislado ya y sin apoyo alguno, cayó bien pronto bajo el yugo de los portugueses, y Murcia que nunca debió separarse de Granada, no tardó mucho en ser también conquistada por los castellanos.

El convenio entre Fernando III y Mohamed Alahmar, se cumplió fielmente por ambas partes; mientras el primero vivió, no fué molestado el granadino, de cuya tregua supo aprovecharse el segundo, fortificando sus plazas de guerra, y preparándose para el porvenir, ya que la paz entre cristianos y mahometanos no debería durar largo tiempo.

A la muerte de San Fernando, subió al trono su hijo Alfonso, llamado el *Sabio*.

Apenas Alahmar recibe la noticia, emprende la marcha á Toledo acompañado de una lucida escolta, con objeto de cumplimentar al nuevo rey y reanudar el tratado de alianza concertado con su antecesor.

El monarca granadino fué bien recibido por

el castellano; y aun éste no se quiso recibir del tributo que aquél le ofreciera, sino sólo de una pequeña cantidad, y esto como prueba de alianza y amistad.

Pero duraron poco estas buenas relaciones: la guerra empezó de nuevo, y las primeras escaramuzas que tuvieron lugar en la frontera, fueron de un éxito igual para ambas partes; dando en ellas alto ejemplo de valor y caballerosidad así cristianos como mahometanos.

Y á este propósito se refiere el siguiente nobilísimo hecho.

Asediada la ciudad de Jerez por los agarenos y á pesar de que la escasa guarnición castellana había ya sucumbido casi en su totalidad, niégase á rendirse. El gobernador de la plaza García Gómez, permanece todavía en pie, solo, sobre la muralla, tratando de contener el impulso de los enemigos. Estos, admirados de tal heroísmo y comprendiendo por la sangre que en abundancia salía de las numerosas heridas del caudillo, que éste iba á perecer si no se le socorría á tiempo, convinieron tácitamente en suspender la lucha; y por medio de unos garfios y aun teniendo que vencer su tenaz oposición, lo levantan, lo recogen y lo trasladan con sumo cuidado á su campo; en donde es solícitamente aten-

dido. Después que hubo curado, García Gómez es devuelto á los suyos, acompañado de muchos presentes que como recuerdo de su estancia entre ellos ofreciéronle sus nuevos amigos.

Alahmar no pudo impedir que Alfonso se apoderara de Murcia, y aun para obtener la paz se vió obligado á ofrecerle al castellano el pago de un nuevo tributo.

Mas, en esto, las disensiones que sobrevinieron entre este monarca y algunos grandes señores de su reino dieron tiempo al granadino para reparar sus pérdidas. El hermano de Alfonso y otros magnates, resentidos de su soberano por sus exorbitantes exacciones á los castellanos, abandonan su país, y van á refugiarse en Granada; en donde ayudaron eficazmente á Mohamed en su lucha contra los rebeldes de sus estados, que á su vez estaban protegidos por la corte de Toledo.

Por este tiempo muere el Alahmar y le sucede su hijo Mohamed II el Fakih (año de 1273.)

El nuevo soberano siguió las trazas de su padre, sabiendo aprovecharse en su beneficio de las discordias que reinaban en la corte de Castilla, y de los inútiles viajes que Alfonso el *Sabio* emprendió al extranjero en busca de apoyo

para que la dieta de Francfort le eligiera emperador de Alemania.

Durante esta ausencia, **Mohamed pactó una** alianza con el rey de Marruecos Jusef, de la raza de los *Beny-Mérinos*, vencedores y sucesores de los Almohades; por la cual el primero cedía al segundo las plazas fuertes de Tarifa y Algeciras á cambio de su apoyo.

Y en efecto, Jusef desembarca en España con un lucido ejército y se une al granadino.

En los primeros encuentros los aliados consiguen algunas pequeñas ventajas sobre los cristianos; pero la criminal rebelión del infante de Castilla don Sancho, que pretendía destronar á su padre Alfonso el *Sabio*, fué causa indirecta de la desunión de los musulmanes.

El rey de Granada había tomado el partido del ingrato hijo; y Alfonso, que vióse abandonado de sus súbditos y enfrente del granadino, imploró el auxilio del africano, quien se apresuró á marchar en su socorro.

Avistáronse, en Zafra; y en esta célebre entrevista, el infortunado monarca fué á ceder el puesto de honor al infiel que iba á socorrerle.

—Esperad—le replica el mahometano:—este sitio os pertenece en tanto que seáis desgraciado. Yo vengo, no á defender la causa del sobe-

rano, sino la del padre. Cuando hayáis sido repuesto en vuestro derecho, tiempo habrá en que podamos medir nuestras fuerzas frente á frente.

A pesar de estas nobles declaraciones, Alfonso no tuvo confianza en el africano, pues á la siguiente mañana, antes de rayar el día, huyó sigilosamente del campo musulmán. Poco tiempo después murió el castellano, no sin desheredar antes al culpable Sancho; quien también gozó poco su reinado.

Con la muerte de ambos, volvieron á suscitarse las contiendas en Castilla; y conforme á su antigua táctica, Mohamed trata de aprovecharse de aquella coyuntura, entrando en son de guerra por tierras de Andalucía.

En esta ocasión logra el granadino apoderarse de algunas plazas mal defendidas; terminando aquí el glorioso reinado del segundo Alhamar (1302).

Y creemos conveniente fijarnos por un momento en esta época, pues fué cuando Granada llegó al apogeo de su gloria y su esplendor.

Mohamed II, al par que hábil político era un experto capitán; teniendo una afición decidida por las bellas artes y aun por la misma ciencia: su cultura era poco común; los poetas, los filó-

sofos, los astrónomos, los arquitectos que florecieron en su corte, hicieron célebre á éste por todo el mundo. Estaban por entonces los moros tan adelantados en toda clase de conocimientos, que el mismo Alfonso el *Sabio*, no hallando entre los cristianos quien pudiera ayudarle en sus trabajos científicos, tuvo que recurrir á los sabios granadinos para que le prestaran su concurso en la redacción de aquellas tablas astronómicas que llevan el nombre del monarca castellano.

Empezaba, pues, á realizarse el sueño del primer Alahmar: Granada reemplazaba con honor á la antigua ciudad de los califas. La arquitectura en particular había hecho notables progresos; en el reinado de Mohamed II dióse principio á la construcción de ese famoso palacio que lleva por nombre la *Alhambra*, el cual hoy día, aunque incompleto, es la admiración de propios y extraños.

Pero nuestra misión de historiadores nos obliga á dejar para otros la descripción del hermoso y magnífico monumento árabe, para ocuparnos de la triste y prosáica tarea de reseñar las guerras, traiciones y sangrientas revueltas de castellanos y granadinos.

Mohamed III, que por su ceguedad fué apelli-

dado el *Ciego*, tuvo que combatir, así á sus propios súbditos, como á los españoles. Obligado por su enfermedad, á tener un primer ministro ó regente, designó para tan importante cargo á Farady, esposo de su hermana, que era muy entendido en los asuntos de Estado, así como excelente guerrero; el cual en la guerra contra los cristianos supo guiar á los suyos á la victoria, y coronarla al fin con una paz honrosa para su nación (1304).

Mas los cortesanos, envidiosos de la gloria adquirida por el favorito, y no pudiendo conseguir su destitución, conspiran contra el soberano, y la guerra civil empieza á enseñorearse de Granada. Y para colmo de males, Fernando el *Emplazado* se une al rey de Aragón para atacar al granadino; y toman á Gibraltar, de donde son expulsados los musulmanes.

A propósito de la conquista de esta ciudad, cuéntase el siguiente hecho:

Entre la muchedumbre de desterrados, que mustios y cabizbajos salían por las puertas de hierro de la plaza, iba un anciano de luenga barba, quien al apercibir al monarca español, que en aquel momento se dirigía á su campamento, se acercó á él, y le dijo:

—Rey de Castilla: ¿qué os he hecho yó, á t

y á los tuyos? Tu bisabuelo Fernando me echó de Sevilla, que es mi patria; fuí entonces á buscar un asilo en Jerez, y de allí me expulsó tu abuelo Alfonso; retirado á la ciudad de Tarifa, tu padre Sancho me obligó á que la abandonara; y en fin, cuando ya creía haber hallado una tumba donde reposar, aún aquí, en esta apartada roca, tu odio me persigue. Dime, pues, en que parte de la tierra podré ir á morir lejos de los cristianos.

Fernando, señalando al Estrecho, le contesta secamente:

—Pasa el mar.

Y en el mismo momento, el monarca da la orden para que el anciano musulmán sea conducido á Africa.

Vencido por los aragoneses, hostigado por los castellanos, y temiendo algún levantamiento por la actitud hostil del pueblo, cada vez más solevantado por los ambiciosos cortesanos, el rey de Granada, y con él Farady, su ministro, se vieron obligados á pactar una paz humillante. Con este motivo, la tormenta que se cernía sobre el reino moro no se disipó, sino que estalló con terrible furia. Mohamed *Abenazar*, hermano de Mohamed el *Ciego*, se puso á la cabeza de los amotinados, logrando apoderarse del

infortunado monarca, á quien mandó asesinar para ocupar su lugar.

Mas el reinado del implacable *Abenazar* fué muy efímero, siendo á su vez destronado por Farady, el antiguo ministro; el cual, no osando retener la corona para sí, la puso sobre la cabeza de su hijo Ismael I, (1313).

Desde este momento, la familia real de Granada se dividió en dos ramas que nunca dejaron de ser enemigas: una la de Alahmar (*Al-Hamar*) descendiente del primer monarca por los varones; otra, la de Farady, cuyo derecho provenía por las hembras.

Los castellanos, cuyo interés fué siempre el de fomentar y mantener las rivalidades de los moros, tomaron el partido de Mohamed IV *(Abezanar)* refugiado en Guadix. El infante don Pedro, tío del joven rey de Castilla Alfonso XI, fué á atacar á Ismael, logrando algunas ventajas sobre éste; pero reunido después al otro infante don Juan, entran los dos á sangre y fuego por las tierras de los infieles, llegando triunfantes hasta los mismos muros de Granada.

En esta ocasión, los musulmanes no se atrevieron á salir de la ciudad para combatir á los cristianos; pero cuando éstos, cargados de rico botín, hubieron tomado la vuelta de Castilla,

Ismael dispuso que fueran perseguidos por su ejército; el cual los alcanzó bien pronto, cayendo de improviso sobre su retaguardia.

Sucedió esto á últimos del mes de Junio, á la hora más calurosa del día. Los dos infantes, hicieron tales esfuerzos y tanto se agitaron para restablecer el orden en sus filas, descompuestas por el imprevisto é impetuoso ataque, que extenuados de fatiga cayeron en tierra exánimes: ambos murieron allí mismo sin haber recibido la más pequeña herida. Los españoles, cansados, jadeantes, no podían defenderse de aquellas tropas que llegaban de refresco; y acabaron por emprender la huída, perdiendo todo su bagaje y dejando en poder de los moros el cuerpo de uno de los desgraciados príncipes. Ismael dispuso que aquel cuerpo fuera trasladado á Granada, donde fué colocado en un ataúd forrado de seda y oro, y con los honores debidos, fué después devuelto á los castellanos.

El fruto recogido por los granadinos en esta jornada, fué la ocupación de algunos pueblos y la terminación de un tratado de paz muy honroso para ellos.

Ismael, sin embargo, no llegó á gozar de tranquilidad por mucho tiempo. Enamorado de una joven española cautiva, que pertenecía á uno

de los jefes de la guardia, osa arrebatársela á éste. Tal ultraje es siempre lavado con sangre entre los musulmanes; y el monarca granadino fué asesinado por el ofendido amante. Entonces sube al trono Mohamed V, primogénito de Ismael (1322).

II

El reinado de Mohamed V, así como el de su sucesor Yusuf I, no presentan en el largo espacio de treinta años, más que una serie no interrumpida de sediciones, motines, luchas y traiciones. Ambos soberanos tuvieron el mismo fin, muriendo asesinados en su palacio.

Yusuf tuvo por heredero en 1354 á un príncipe Farady, tío suyo, de nombre Mohamed VI, también conocido por el *Viejo,* á causa de su avanzada edad. Pero éste duró poco, siendo destronado por otro príncipe de la raza de Alahmar, Mohamed VII el *Rojo*, el cual pudo mantenerse durante algunos años en el trono por la protección que le dispensó el rey de Aragón. Mas Pedro el *Cruel*, á la sazón reinante en Castilla, tomó el partido de Farady destronado, mandando un ejército para sostenerlo en sus pretensiones. En tan apurado trance, Mohamed el *Rojo*, no hallando medio de terminar las contiendas, resuelve ir él mismo á Sevilla para tratar con el castellano.

El Alhamar, seguido de sus más fieles servidores y llevando por delante todas sus riquezas, llega á la ciudad andaluza, y se presenta con noble confianza delante de Pedro.

—Rey de Castilla—dice á éste—la sangre de los cristianos y de los mahometanos está derramándose á causa de mi disputa con Farady. Tú proteges á mi competidor, y á tí elijo yo para que dirimas el pleito. Examina, pues, el derecho de cada uno, y señala después al que deba reinar. Si éste fuera Farady, sólo te pido una gracia: que me dejes marchar libremente á Africa; pero si por el contrario, el designado fuera yo, recibe de antemano mi pleito homenaje.

Sorprendido ante aquella inesperada proposición, Pedro el *Cruel* recibe con benevolencia al monarca moro; y le sienta á su lado en un festín que en su honor mandó preparar; pero, al levantarse de la mesa, el cristiano da orden de prender al mahometano, y aún no satisfecho con esto dispone que sea paseado y montado en un asno y medio desnudo por las calles de la ciudad.

El granadino hubo de quejarse amargamente, de tamaña alevosía; y entonces el castellano reitera la orden, y aun la hace más cruel, dis-

poniendo que el rey moro y las treinta y siete personas de su séquito sean conducidos á un lugar llamado *Tablada*, donde todos fueron decapitados.

El mismo D. Pedro hirió con su espada en el pecho al aganero, antes de ser éste entregado al verdugo; y cuéntase que el infortunado rey dirigió á su implacable enemigo estas palabras:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¿Es así como debe emplear sus armas un caballero?

Por coincidencia bien extraña, los diversos tronos de España estaban ocupados por aquel tiempo por príncipes corrompidos y llenos de crímenes. Pedro el *Cruel*, el asesino del noble Alahmar, el que hizo perecer á su esposa Blanca de Borbón, manchándose cada día con la sangre de sus víctimas, entre las que se contaban sus más próximos parientes y allegados, tal era el que empuñaba el cetro de Castilla. Pedro IV, el Tiberio de Aragón, menos violento, pero más pérfido y más tirano, si cabe, que aquél, pues despojó de sus derechos á uno de sus hermanos, ordenó la muerte del otro y entregó al verdugo á su antiguo ministro. Y en fin, el que reinaba en Navarra, era aquel Carlos, cuyos abominables hechos le valieron el sobrenombre de *Malo*.

Pero los horrores y las desgracias eran generales en aquella época; pues mientras España gemía bajo el yugo tiránico de aquellos monarcas, fuera de ella, otras causas diferentes, pero no menos tristes y funestas, hacían conmover la humanidad. Francia estaba entregada á los horrores que siguieron á la prisión del rey Juan; Inglaterra se hallaba profundamente conmovida por las continuas revueltas que se sucedieron durante el reinado de Ricardo II; Italia se desgarraba por las luchas fratricidas de Güelfos y Gibelinos, mientras dos papas se disputaban la tiara; en Alemania, los pretendientes á la corona imperial solevantaban los pueblos, y en fin, Tamerlán, que con sus ejércitos destruía las poblaciones de Asia, desde el país de Usbeck hasta la India.

Después del crimen de Pedro de Castilla, Granada quedó tranquila. Libre ya de su adversario, Mohamed el *Viejo* reinó pacífica y libremente, siendo éste el único aliado que guardó fidelidad al castellano. Cuando Pedro sucumbió á manos de su hermano bastardo Enrique de Trastamara, el Farady se apresuró á renovar con éste el tratado de alianza, con lo que consiguió vivir en paz hasta su muerte. Le sucedió en 1379 su hijo Mohamed Abú'l-Hhedjadj, á

quien algunos historiadores denominaron Mohamed *Guadix* á causa de la predilección que por esta ciudad siempre mostró.

Este soberano fué el mejor entre todos los reyes granadinos. Dedicado á hacer la felicidad de sus súbditos, trató en primer término en mantenerlos en aquella paz de que tan raramente habían gozado en tiempo de sus predecesores; y para mejor asegurarla, empezó por fortificar sus ciudades, y por crear un fuerte cuerpo de ejército; después buscó alianza con los moros de Africa, casándose con una hija del rey de Túnez llamada Cadige.

Ya así preparado para cualquier contingencia, Mohamed, obrando con excesiva prudencia, se apresura á enviar embajadores al rey de Castilla, ofreciéndole la celebración de un tratado de paz y amistad.

Juan I, hijo y sucesor de Enrique de Trastamara, muy ocupado á la sazón en sus contiendas con Portugal é Inglaterra, firma de buen grado el tratado, al cual nunca llegó á faltar Abú'l-Hhedjadj.

Tranquilo ya por parte de los cristianos, el nuevo monarca granadino se ocupó preferentemente en fomentar el comercio y la agricultura, disminuyendo sobre todo los impuestos; con lo

que la prosperidad y la riqueza del país desarrolláronse extraordinariamente.

Adorado de su pueblo, cuya felicidad procuraba por todos los medios, y respetado por sus enemigos, á quienes no temía, Mohamed VIII dedicó el ocio en que le dejaba la paz á embellecer su capital y su querida ciudad de Guadix; dotándolas de hermosos monumentos públicos y de diferentes escuelas, en las que se enseñaban las ciencias y las artes, siendo digna de anotar entre todas la muy célebre de *Azrah*. Así, pues, la corte de Abú'l-Hhedjadj fué considerada como el centro de la cultura española.

Después de un glorioso reinado de cerca de trece años, este rey dejó sus florecientes estados á su hijo Yusuf II (1392).

El nuevo soberano trató de seguir las mismas huellas que su predecesor, proponiendo en primer término al cristiano renovar el antiguo tratado de alianza.

Mas por este tiempo, un suceso tan imprevisto como extraordinario, vino á turbar por un momento la paz que en Granada reinaba.

Un fanático ermitaño portugués logró convencer al gran maestre de Alcántara Martín de Barbuda á que marchara á la conquista del rei-

no moro; asegurándole que el mismo Dios se lo había así comunicado, y que como prueba del favor divino, él le profetizaba que en aquella guerra no habría de morir un solo soldado cristiano.

El crédulo maestre, considerando como infalible esta profecía, envía al momento embajadores á Yusuf para comunicarle de su parte que la religión de Mahoma era falsa y detestable y la de Jesucristo la única que debía creer y profesar todo el género humano; y que para probar esta verdad, él, Martín de Barbuda, proponía al rey de Granada á que designara cien guerreros moros para combatir contra solos cincuenta cristianos, con condición de que la nación vencida adoptaría en el instante mismo las creencias de la vencedora.

El recibimiento que la tal embajada obtuvo de parte de los moros fácil es de colegir; á duras penas si Yusuf pudo contener á su irritado pueblo, que quería hacer con aquellos ilusos un castigo ejemplar.

Los enviados, despedidos ignominiosamente, volvieron al lado del gran maestre; quien muy sorprendido de no recibir respuesta, se apresura á reunir un ejército compuesto de mil infan-
es y trescientos caballeros, con el cual parte

en compañía del ermitaño para conquistar á Granada.

El rey de Castilla, Enrique III, que deseaba estar en paz con los moros dado el estado de perturbación de su propio reino, no bien llega á su noticia la temeraria empresa que proyectaba Barbuda, envía á éste una orden para que no pase la frontera; pero el gran maestre le contesta que él solo debía obedecer á Dios, y sigue impasible su camino. Los gobernadores de las ciudades castellanas por donde el portugués pasaba con sus tropas, tratan á su vez de detenerlo; mas los pueblos, exaltados por tal arranque de valor, se ponen de su parte y le instan á proseguir su marcha, apresurándose muchos á engrosar sus filas.

El ejército de Barbuda se elevaba ya á seis mil hombres, cuando llegaron á aquella tierra enemiga que su loca temeridad le hacía considerar como su próxima conquista; y el primer castillo de los moros que hallan al paso es atacado con denuedo. Pero aquí, los del gran maestre pierden tres hombres y aun él mismo resulta herido.

Sorprendido al ver correr su sangre, así como de que hubieran perecido tres soldados, Barbuda llama al ermitaño, y le pregunta lo que aque

llo significaba después de su formal promesa de que no se perdería una sola vida en aquella empresa.

El ermitaño le contesta que en su profecía él solo se había referido á batallas campales, pero no á simples escaramuzas.

El gran maestre pareció conformarse con estas razones, y ordena seguir adelante.

En esto llegan á avisarle que hacia allí se dirige á marchas forzadas un ejército moro, compuesto de más de cincuenta mil combatientes; pero el alucinado portugués no titubea un solo momento, á pesar de la gran inferioridad numérica de su gente y de lo mal armados que éstos estaban, y se apresura á salirles al encuentro.

La lucha duró poco tiempo; pereciendo en ella el gran maestre y sus trescientos caballeros, después de haber hecho prodigios de valor. El resto de la tropa fué aprisionada, excepto algunos pocos que pudieron escapar; del ermitaño no hablan las historias, lo cual hace suponer que no fué el último en huir.

Esta insensata expedición no alteró las buenas relaciones que existían entre las dos naciones. El rey de Castilla la desaprobó desde el primer momento, y aun trató de impedir, como

se ha visto, el que llegara á realizarse; haciéndoselo comprender así al monarca granadino.

Yusuf siguió reinando tranquilamente; siendo la esperanza de sus súbditos, los que veían en él al hombre que podría regenerar el reino musulmán.

Pero el esclarecido monarca murió poco tiempo después (1396), según se dice envenenado por medio de un magnífico traje que el rey de Fez, traidoramente le regaló. Por lo que los historiadores árabes aseguran, este traje, impregnado de un veneno muy activo, hizo perecer al infortunado Yusuf en medio de los más terribles tormentos: su carne se desprendió de los huesos, y en tal suplicio vivió durante treinta días.

Mohamed IX, que era el segundo de sus hijos, y el cual en vida de Yusuf había ya promovido varias revueltas en contra de su mismo padre, usurpó la corona á su hermano mayor, llamado como aquél Yusuf; mandando encerrar á éste en la apartada y aislada fortaleza de Almuñecar.

Mohamed no carecía de valor personal ni de talento militar. Aliado con el rey de Túnez, cuya flota se unió á la de Granada, rompió la tregua con Castilla, llegando á conseguir al principio de la guerra algunas ventajas; pero el infant-

D. Fernando tío y tutor del joven rey Juan II, no tardó en vengar á los castellanos.

En esto murió Mohamed IX (1408). Mas antes de espirar, y queriendo asegurar la corona en su hijo, envió á uno de sus principales oficiales á la prisión en que yacía su hermano, con orden de cortarle á éste la cabeza.

El oficial halló á Yusuf que jugaba tranquilamente una partida de ajedrez con un imán, y todo turbado y con entrecortado acento le anuncia la misión que allí le lleva. El príncipe, sin inmutarse, oye aquella su sentencia de muerte, y pide por toda gracia al emisario que le permita terminar la partida empeñada; á lo cual aquél no osa negarse.

El juego se reanuda, pues, por algunos instantes; cuando en esto entra jadeante y cubierto de polvo un jefe de la guardia real quien comunica la nueva de la muerte de Mohamed y la proclamación en Granada de Yusuf III (1408).

Fué este un monarca prudente y virtuoso, consagrado particularmente á hacer feliz á su pueblo. Bien lejos de vengarse de aquéllos que habían ayudado á su hermano para destronarle, prodigó, por el contrario, entre ellos toda clase de mercedes y empleos disponiendo que el hijo

de Mohamed fuera educado al igual que los suyos.

Algunos cortesanos llegaron á argüirle por tal indulgencia, que consideraban peligrosa para su política.

—¡Ah!—les replicó el bondadoso monarca. —¿Queréis acaso que con la crueldad dé la razón á los que han preferido sobre mí á Mohamed?

A pesar de su natural pacífico, Yusuf se vió precisado á tomar varias veces las armas para pelear contra los cristianos. No fué muy feliz en esta empresa, en la que perdió varias plazas; pero sí consiguió con su tacto y su moderación el que su nombre fuera siempre respetado y venerado de sus súbditos; y cuando después de algunos años de reinado murió (1423), el duelo general de los granadinos, expresado en públicas manifestaciones, demostró cuan querido había sido de su pueblo.

III

Al pacífico reinado de Yusuf III sucedió una serie de motines y guerras intestinas. Su hijo y sucesor Mohamed X, conocido generalmente bajo el nombre de *Abenazar* ó el *Zurdo*, fué lanzado del trono por Mohamed el *Pequeño*, el cual sólo llegó á reinar algunos meses. Los Abencerrages, tribu poderosa de Granada, restablecieron á *Abenazar*, y su competidor purgó su usurpación en el cadalso.

Por este tiempo, los españoles atacaron á los moros, entrando á sangre y fuego por sus fronteras, arrollando los pequeños destacamentos musulmanes que se les oponían, y llegando así triunfantes hasta los mismos muros de la capital.

Según las crónicas árabes, los cristianos hicieron grandes destrozos en esta correría; las campiñas fueron devastadas, quemadas las cosechas y los pueblos destruídos. Y aun no satisfechos con estos daños causados á los granadi-

nos, Juan II, reinante á la sazón en Castilla, procura encender entre ellos la guerra civil, apoyando y haciendo proclamar por rey de Granada á un tal Yusuf Alahmar, nieto de aquel Mohamed el *Rojo* tan alevosamente asesinado en Sevilla por Pedro el *Cruel*.

Los enemigos de *Abenazar*, que no eran pocos, se unieron al pretendiente y á los Zegríes, tribu ésta muy numerosa é importante rival de los Abencerrages.

Con tales auxilios, Yusuf logra lanzar del trono á su competidor; pero no goza por mucho tiempo de su soberanía, siendo á su vez destronado, y entrando á reinar Mohamed Osmín, sobrino de Mohamed el *Zurdo*.

Mas también aquél es depuesto á los pocos meses por un hermano suyo de nombre Ismael, Mohamed Osmín terminó sus días en el mismo calabozo en que gemía hacía tiempo su tío *Abenazar*.

Ismael dejó la corona en 1465 á su hijo Abul-Hacen.

Este rey fué de grandes alientos, y supo aprovecharse de las turbulencias de Castilla bajo el deplorable reinado de Enrique IV, llevando sus armas hasta el centro de Andalucía.

Estas victorias hicieron concebir á los moros

grandes esperanzas de conquistar su antigua grandeza y poderío; pero un acontecimiento transcendental en la historia de España, vino á cambiar su estrella y á preparar su total ruina.

Isabel de Castilla, venciendo la tenaz oposición de su hermano, así como otros obstáculos casi insuperables, llega á casarse con el rey de Sicilia, Fernando, apellidado el *Católico*, presunto heredero de Aragón. Este matrimonio, que fué causa de la unión de las dos más poderosas monarquías de España, fué como golpe mortal asestado al reino moro, que hasta entonces sólo pudo sostenerse por las divisiones que entre los cristianos existían; ya antes: una cualquiera de aquéllas hubiera sido suficiente para acabar con él, cuanto más ahora que ambas fuerzas se hallaban juntas.

Los nuevos monarcas poseían cualidades muy estimables para la gobernación de un estado. Era Fernando en política, tan hábil como sagaz, y de un carácter que se plegaba maravillosamente á las circunstancias, así como prudente hasta tocar en la desconfianza, y astuto hasta la doblez; pero sobre todos estos dones tenía ese talento especial que consiste en conocer de un so-ɔ golpe de vista los diversos aspectos de una ıestión. Isabel, por el contrario, era franca, no-

ble, ingenua, y particularmente dotada de un valor que rayaba en el heroísmo, tanto como de una constancia á toda prueba que la hacían emprender las más grandes empresas y terminarlas á pesar de todos los obstáculos. De tal suerte fué como resultó perfecto el conjunto: la razón fría y calculadora del aragonés se animó al fuego del magnánimo corazón de la gran castellana.

No bien estos monarcas hubieron disuelto las facciones y vencido á todos sus enemigos interiores, entrando en tranquila posesión de aquella herencia que por tanto tiempo le fué disputada, cuando se ocuparon de los medios que deberían poner en práctica para echar de España á los sarracenos.

Todo parecía ayudarles en su designio, estando sin duda llamada aquella época para ser la más gloriosa de la nación española. Aparte de la gran fuerza que representaba la unión de los dos reinos, Isabel y Fernando estaban rodeados de hombres de indisputable mérito; como capitanes expertos, valientes guerreros y hábiles políticos. Entre éstos sobresalía el célebre Jiménez de Cisneros, quien de simple fraile franciscano llegó por sus merecimientos á ser un príncipe de la Iglesia, y el cual, como presidente

del Consejo tenía á su cargo la gobernación del Estado, llevando—según él mismo decía—la España entera sujeta del cordón de su hábito.

Dadas, pues, las circunstancias que concurrían en el nuevo reinado de los cristianos, podía muy bien augurarse que la ruina del último imperio moro estaba muy cercana.

Abul-Hacen, ó Muley-Hacen según algunos le denominan, que á la sazón ocupaba el trono granadino, no parecía, sin embargo, amedrentarse por tales peligros; pues él fué el que rompió la tregua, entrando en tierra de Castilla y apoderándose de algunos pueblos pertenecientes á ésta.

Con tal motivo, Fernando envió una embajada al musulmán para quejarse de aquel acto de hostilidad, y reclamar al propio tiempo el cumplimiento del antiguo tratado, por el cual, el segundo debía pagar anualmente un tributo al castellano.

Abul-Hacen contestó á los embajadores con estas arrogantes palabras:

—Ya sé que algunos de mis antecesores han entregado oro y plata á vuestro rey; pero ya no se fabrica moneda en Granada. Por tanto, el metal que únicamente puedo hoy ofrecer á los cristianos es éste.

Y les mostró la punta de su lanza.

No se hizo esperar por mucho tiempo las consecuencias de aquella provocación. El ejército de Fernando marchó sobre Alhama, plaza fuerte situada á corta distancia de Granada, y muy célebre en aquel tiempo por los magníficos baños que en ella habían construído los reyes moros. Los cristianos tomaron la ciudad valiéndose de una sorpresa; y desde entonces la guerra se encendió encarnizadamente por una y otra parte.

Los éxitos de esta lucha fueron muy varios en los principios. Abul-Hacen contaba con tropas numerosas y aguerridas, así como con bastante dinero y muchas máquinas de guerra. De tal modo se explica la confianza del granadino; pues, en efecto, tenía medios para repeler y defenderse de los españoles durante largo tiempo. Mas una imprudencia de su parte fué la causa de su ruina.

Estaba casado Abul-Hacen con una mora llamada Aixa ó Zoraya, perteneciente á una de las primeras tribus de Granada, de la cual había tenido un hijo, Boabdil, llamado á ser su sucesor. Pero enamorado de una esclava cristiana, que supo dominarle, el monarca moro repudió á aquélla. Esto dió motivo á una guerra civil

La ultrajada esposa, de acuerdo con el desnaturalizado hijo, subleva á sus parientes y amigos que constituían la mitad de Granada; los cuales exigen á Abul-Hacen que abdique en favor de aquél.

Boabdil es coronado en el palacio de la Alhambra, mientras su padre sale furtivamente de la ciudad (1478).

Pero el destronado rey no por esto renuncia á recuperar el trono, pues reuniendo á sus parciales entabla la guerra civil.

Y por si tantos desmanes y contratiempos no fueran bastantes á aniquilar el reino, un hermano de Abul-Hacen apellidado el *Zagal*, intriga también en favor suyo y en contra de aquél.

Generalmente estimado de los moros, el *Zagal* logra reunir un ejército, y emprende en primer término la marcha contra las fuerzas españolas, á las que logra vencer en los desfiladeros de Málaga. Entonces piensa llegado el momento de disputar la soberanía á su hermano y á su sobrino; con lo que el reino granadino se divide en tres bandos enemigos, que amenazan destruir en lucha fratricida el último asilo de los musulmanes españoles.

Temiendo perder su reino, Boabdil proyecta ›or medio de una temeraria empresa reanimar

el valor de los suyos, y hacerse al mismo tiempo popular. Con tal objeto hace una salida al frente de un reducido número de combatientes, y se dirige á marchas forzadas sobre Lucena, población importante que pertenecía á los cristianos, llevando nada menos que el designio de sorprender á su guarnición. Pero estaba escrito que la hora de la desgracia había sonado para los moros. Las tropas del joven monarca granadino fueron diseminadas por el ejército cristiano; y aun el mismo Boabdil cayó en poder de sus enemigos, siendo éste el primer rey de su raza que en España fué hecho prisionero. Fernando el *Católico* prodigó sus atenciones al infortunado príncipe, señalándole á Córdoba por destierro.

Abul-Hacen aprovechó esta coyuntura para recuperar la corona que su rebelde hijo le había usurpado, y á pesar de los partidarios del *Zagal*, que trataron de oponérsele, entra triunfante en su antigua capital.

Ya repuesto en su derecho, el monarca moro trató de afianzarse en el trono; pero si venció á sus enemigos interiores, por la parte de los castellanos sólo pudo oponer una muy débil resistencia. Las conquistas de estos últimos iban cada día en aumento, sometiendo á diario á las

casi indefensas poblaciones musulmanas; y llegando á amenazar hasta la misma Granada, en donde los mal avenidos mahometanos se entregaban á una guerra de exterminio.

Y para colmo de males, y con objeto de enconar y aumentar más estas sangrientas contiendas, el hábil monarca castellano pone en libertad á Boabdil; concertando antes con éste una alianza, en la que se estipulaba la obligación del primero en ayudar al moro para recobrar su trono, en cambio de un tributo de doce mil escudos de oro que pagaría anualmente al de Castilla, á más de declararse su feudatario y de hacerle entrega de varios pueblos importantes del estado granadino.

Boabdil firmó este tratado, tan denigrante para él, y auxiliado por algunas tropas españolas marcha á hacer la guerra á su padre.

El reino de Granada convirtióse, pues, en un campo de confusión y carnicería, en donde Abul-Hacen, Boabdil y el *Zagal* seguidos de sus respectivos partidarios, se perseguían á muerte, disputándose la posesión de unos tristes despojos.

En tanto que éstos se aniquilaban mutuamente, los cristianos caminaban de conquista en conquista: ora atacando á los pueblo enemigos de Boabdil; ya reclamando abiertamente el cum-

plimiento del tratado concertado con dicho monarca, y por el cual debían ocupar determinadas plazas, y siempre atentos en avivar el fuego de la discordia, apodéranse por igual del territorio perteneciente á los tres partidos; pero cuidando de dejar á los vencidos el libre ejercicio de su culto, de sus leyes y de sus costumbres.

En medio de tantos desastres, el anciano Abul-Hacen muere en 1482, según unos de pesar, y por lo que otros cuentan asesinado por su propio hermano.

Ya antes de este acontecimiento, el rey católico se había hecho dueño de toda la parte occidental del reino; y Boabdil convino con el *Zagal*, como medio de transacción, en repartirse lo poco que quedaba.

Por consecuencia de este tratado, el territorio granadino quedó dividido en dos estados: el de Granada, regido por Boabdil, y el de Almería y Guadix, por el *Zagal*.

Sin embargo, y á pesar del convenio, la guerra no cesó, sino por muy corto tiempo. El *Zagal* entonces, viendo la imposibilidad de resistir al castellano después de inútiles resistencias en Baza y otros puntos, se apresura á pactar con el rey católico la entrega de su territorio á cam-

bio de una pensión anual, y la propiedad de algunas tierras. El tratado se firmó y Fernando é Isabel tomaron posesión de los dominios del príncipe moro; quien no tuvo escrúpulo en aceptar al mismo tiempo un puesto en el ejército cristiano, ya dispuesto para marchar en contra de su sobrino.

VI

De aquel su antiguo poderío, sólo quedaba ya en España á los musulmanes un reducido espacio: el que ocupaba la ciudad de Granada.

Reinaba aquí, como ya se ha dicho, Boabdil, príncipe de instintos poco nobles; receloso y altanero, que hacía pagar la cólera que su impotencia le producía á sus pobres súbditos, á los cuales mandaba como cruel tirano.

Los reyes de Castilla y Aragón, á pesar de su pretendida alianza y amistad con este débil monarca, le requirieron por medio de embajadores para que les hiciera entrega de su capital, con arreglo á una de las cláusulas del tratado secreto entre ellos concertado cuando Boabdil estuvo prisionero de los cristianos. El granadino no pudo reprimir su cólera al recibir tal mensaje. Pero no era ocasión de lamentarse, sino de combatir ó entregar la corona; y el rey moro optó por el partido más noble, resolviendo defenderse hasta el último momento.

Fernando el *Católico* seguido de un ejército de sesenta mil hombres de lo más escogido de su reino, fué á poner sitio á Granada el 9 de Mayo de 1491.

Estaba defendida esta gran ciudad por fuertes murallas, flanqueadas por mil treinta torres y por una innumerable serie de obras acumuladas unas tras otras. Luego, la población era muy numerosa, pues á pesar de las guerras civiles que tantas veces la inundaron en sangre, Granada encerraba en su recinto por aquel tiempo más de doscientos mil habitantes. Cuantos quedaban de aquellos valientes musulmanes amantes de su patria, de su ley y de su religión, se habían acogido entre sus muros. Ahora, el peligro y la desesperación duplicaban sus fuerzas, y acaso éstos los hubieran salvado á estar dirigidos por otro jefe; mas Boabdil, tan débil como sanguinario, hacía perecer por la cimitarra de sus verdugos á los más fieles defensores del imperio que tenían la desgracia de inspirarle alguna sospecha de traición. Así llegó á ser el objeto del odio y del desprecio de los granadinos, quienes le apellidaban *Zogoile* ó *Rey pequeño*. Las tribus todas de Granada, y muy particularmente la de los Abencerrages, estaban disgustadas y desalentadas, mientras los alfaquíes y

los imanes predicaban públicamente el fin del reinado de los moros; sosteniendo solamente la energía de aquel desventurado pueblo, el horror que sentía á caer bajo el yugo de los cristianos.

Por el contrario, las tropas de Fernando marchaban al combate ebrias de entusiasmo por las victorias alcanzadas, considerándose como invencibles, y casi seguras de conseguir la conquista del último baluarte de los infieles. Además, las huestes castellanas iban mandadas por jefes de gran prestigio; tales como Ponce de León, el Marqués de Cádiz, Guzmán, el Duque de Medina Sidonia, Aguilar y el célebre Gonzalo de Córdoba, así como otros muchos renombrados capitanes; todos ellos siguiendo las órdenes de un rey experto y sagaz, á quien siempre sonrió la fortuna.

Por su parte, la reina Isabel, cuyas virtudes hacíanla venerar de todos, concurrió también al campo, acompañada de los infantes y de una corte tan numerosa como brillante. Esta gran soberana, aunque de un carácter naturalmente severo, sabía plegarse á las circunstancias. Así, á la vida ruda é ingrata del campamento, mezcló las esplendidas fiestas palaciegas; sucediéndose los torneos á los combates, y ocupando

aquellas noches de verano, tan bellas bajo el límpido cielo granadino, en danzas y juegos animados por la iluminación de millares de luces.

A todos estos regocijos presidía la magnánima reina, y una palabra, una mirada suya, hacía un héroe del último de sus soldados.

Y en tanto que la abundancia y la alegría reinaban en el campo de los cristianos, en el de los moros sólo imperaba la desconfianza, el descontento y el miedo de que pronto llegara á carecerse de los víveres más indispensables para la vida.

A pesar de todo esto, aún duró el sitio nueve meses. El prudente Fernando no intentó el asalto contra una plaza tan bien fortificada, sino que después de desvastar los campos de los alrededores, esperó á que el hambre le entregara á Granada. Por tanto, se contentó desde un principio en combatir desde afuera las murallas, y en repeler las continuas salidas de los moros; pero sin empeñarse en una acción decisiva, mas sí estrechando cada vez más á aquéllos á fin de que no se les pudieran escapar.

Por un incidente imprevisto se prendió fuego una noche á las tiendas de los reyes cristianos; el incendio corrióse pronto á todo el campo, el cual fué casi por completo devorado por las

llamas. Boabdil, ó no advirtió á tiempo el siniestro y la consternación que con tal motivo se produjo en el ejército enemigo, ó ni aun en este caso tan propicio para él, se atrevió á atacar á los castellanos.

Mas, si los infieles no supieron sacar provecho de tal suceso, en cambio, el genio de Isabel hizo convertir aquel contratiempo en un hecho de grande utilidad para el mismo cerco: sobre el mismo lugar en que estuvo establecido el campo destruído por el fuego, hizo construir una ciudad, como para darles á entender á los sarracenos que el sitio de Granada jamás sería levantado. Esta feliz idea de la reina, fué ejecutada en veinticuatro días, estableciéndose los cristianos en aquel nuevo pueblo, fuertemente defendido por dobles murallas, el cual aún hoy lleva el nombre de Santa Fé cón que lo designara su ilustre fundadora.

Obligados por el hambre que ya empezaba á sentirse, batidos sin cesar en cuantas salidas intentaban, y abandonados, en fin, de los africanos, que no hicieron el más insignificante esfuerzo por socorrerlos, los habitantes de Granada comprendieron la necesidad de rendirse, y enviaron emisarios para entenderse con los cristianos.

Gonzalo de Córdoba fué el encargado por los *Reyes Católicos* para convenir con los moros las bases de la capitulación. En ellas, y según las instrucciones dadas á aquél por sus soberanos, se hizo constar: que los granadinos reconocían el señorío de Fernando é Isabel, así como el de sus sucesores en la corona de Castilla; que devolverían sin rescate todos los prisioneros cristianos; que los moros seguirían gobernados según sus leyes, pudiendo conservar asimismo, sus costumbres y sus jueces; que se les dejaría para su culto la mitad de sus mezquitas, y que respecto á sus bienes, podrían guardarlos ó venderlos, ó bien retirarse á Africa, ó á otro país si así lo deseaban, comprometiéndose por su parte los castellanos á no obligarlos en ningún tiempo á que abandonaran á España. A Boabdil se le reconoció el señorío y la posesión de un vasto dominio en las Alpujarras, del cual podría disponer á su voluntad. Tales fueron las condiciones estipuladas para la capitulación, condiciones que después no fueron cumplidas fielmente por parte de los españoles.

Boabdil se apresuró á hacer entrega de la plaza, aun antes del plazo estipulado, cuando se enteró que su pueblo, sublevado por los imanes, querían romper el convenio y resistir á los

cristianos y en último término sepultarse entre las ruinas de Granada. El desgraciado monarca desalojó el Albaycín y la Alhambra, y seguido de algunos fieles servidores, fué á poner en manos de Fernando las llaves de la ciudad. Cumplida tan triste misión, emprendió el camino de las Alpujarras, sin osar entrar de nuevo en su antigua capital.

Se cuenta, que cuando Boabdil hubo llegado al monte de Padul, desde donde se descubre perfectamente á Granada, echó una mirada sobre ésta, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Entonces, Aixa, su madre, le dirigió aquellas conocidas palabras:

—¡Llora, hijo! ¡Llora como mujer, ya que no has sabido defenderte como hombre!

El destronado monarca no pudo resignarse á vivir como simple vasallo en un país donde había reinado como señor absoluto, y poco después pasó á Africa, donde fué muerto en un combate.

Isabel y Fernando hicieron su entrada en Granada el día 6 de Enero de 1492, entre las aclamaciones de su ejército alineado en doble fila á todo lo largo de la carrera que la regia comitiva debía seguir.

En la ciudad reinaba un silencio profundc

no encontrándose un solo musulmán por las calles; pues éstos habíanse retirado á lo más escondido de sus hogares para llorar la pérdida de su amada Granada.

Los *Reyes Católicos* se dirigieron en primer término á la gran mezquita, que fué transformada en iglesia, en donde se cantó un *Te-Deum* por el triunfo conseguido.

Entre tanto, el Conde de Tendilla, nombrado gobernador de la plaza, plantaba la cruz y los estandartes de Castilla y de Santiago sobre la torre más alta de la Alhambra.

Así cayó la ciudad de Alahmar en poder de los cristianos; terminando aquí la dominación de los moros en España, á los setecientos ochenta y dos años después de su conquista por Muza y Tarik.

Antes que vivir en Granada sujetos á los españoles, muchos musulmanes prefirieron marchar á Africa. Los que quedaron en esta ciudad tuvieron que sufrir no pocas vejaciones y persecuciones de parte de sus conquistadores.

Los sucesores de Fernando, Carlos I y Felipe II, en particular este último, trataron con excesiva dureza á los moros que aún quedaban en sus estados; y éstos, con ese valor temerario que presta la desesperación, toman las armas,

y se entregan á las más terribles venganzas. Después, retirándose á lo más inaccesible de las montañas, eligen un caudillo con título de rey para que los guíe á la guerra: el designado fué Mohamed-ben-Ommiah, descendiente á lo que parece de los Ommiadas.

Con éxito vario, el nuevo monarca libra diferentes batallas en los escabrosos terrenos de las Alpujaras, en donde con mucho trabajo logra sostenerse por espacio de dos años; pero al fin es asesinado por uno de sus parciales.

Los moros designan un sucesor, que tuvo la misma suerte que aquél; viéndose al cabo en la necesidad de conformarse con el yugo de los cristianos, yugo que su pasada desobediencia hizo aún más pesado.

Poco tiempo después aquéllos fueron expulsados por completo de los dominios españoles; llegando con dicho motivo á despoblarse de tal suerte el reino, y en particular Andalucía, que muchos pueblos quedaron por completo desiertos.

Más de cincuenta mil de estos infortunados hijos del profeta pasaron á Francia; algunos pocos quedaron ocultos en los apartados desfiladeros de las Alpujarras, y la mayor parte fuero á establecerse á Africa, donde, bajo la tiranía

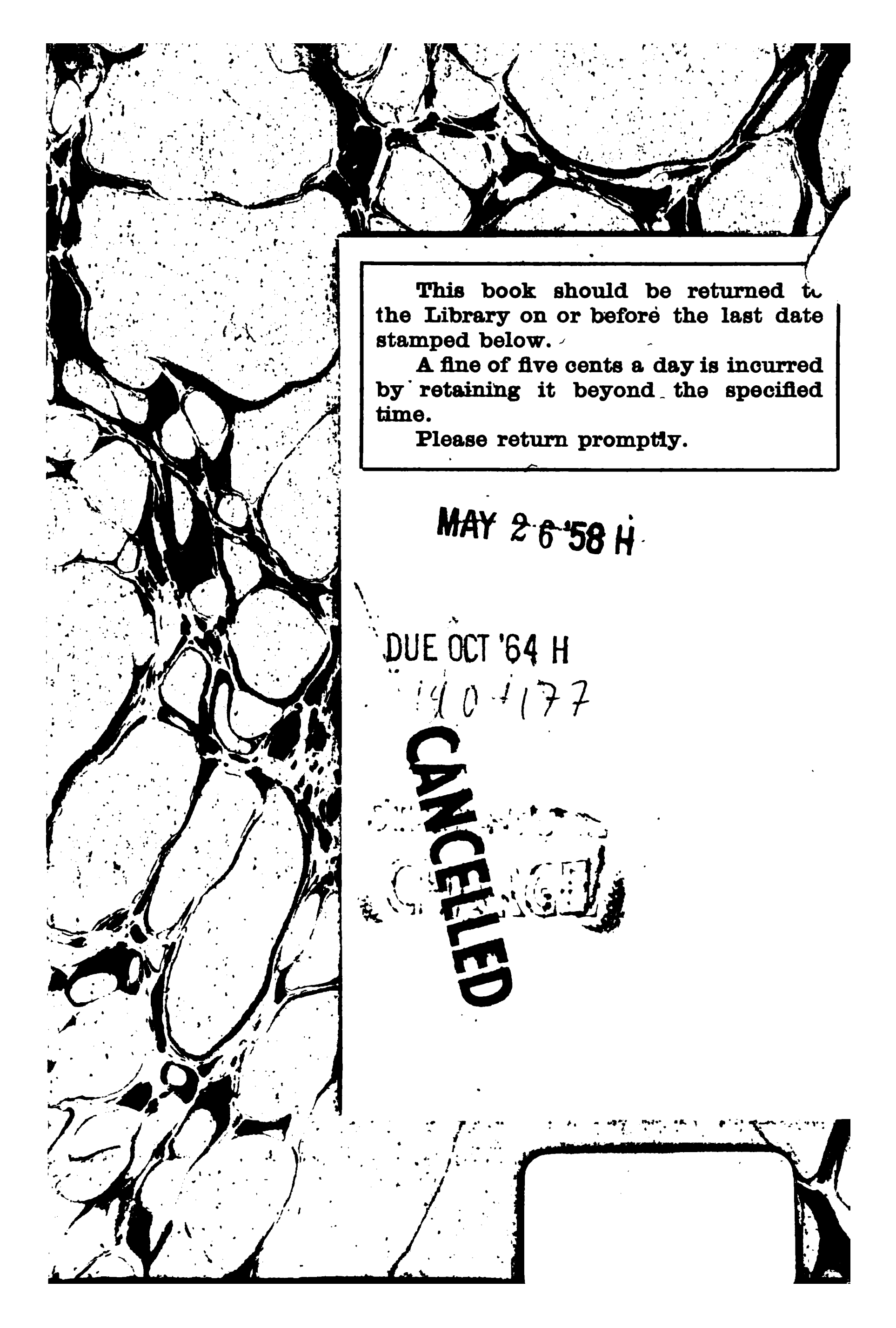
de los emperadores de Marruecos, viven hoy; pidiendo continuamente al Dios de Mahoma que llegue presto el día en que puedan volver á su amada é inolvidable Granada.

FIN

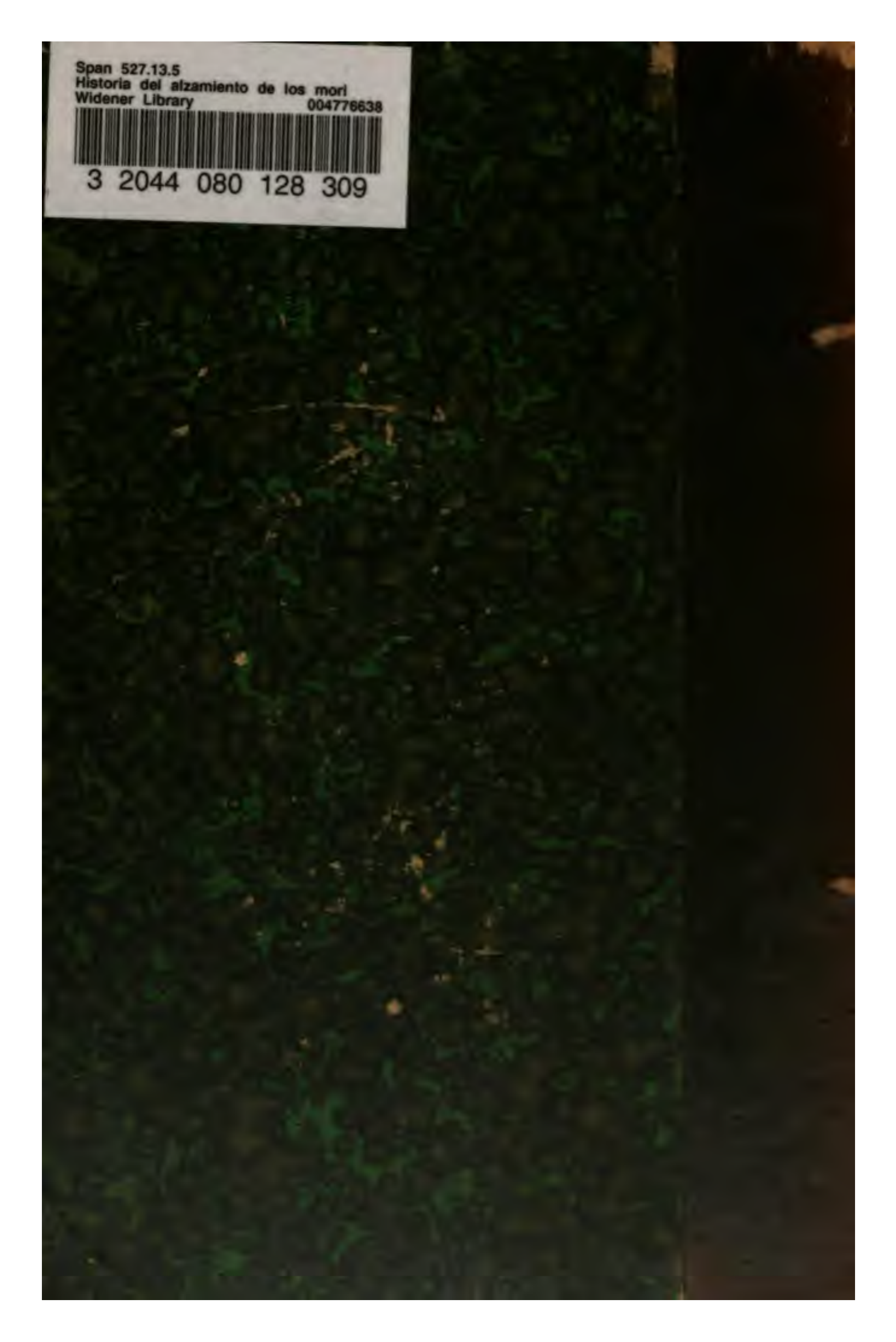


ÍNDICE





This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.
MAY 26 '58 H
DUE OCT '64 H
CANCELLED


Span 527.13.5
Historia del alzamiento de los mori
Widener Library 004776638
3 2044 080 128 309